

A profile portrait of Andrés Manuel López Obrador, looking to the left. He has grey hair and is wearing a dark jacket over a light-colored shirt. The background is a plain, light-colored wall.

La mafia nos robó la Presidencia

"Sólo le han quitado una pluma a nuestro gallo"

Andrés Manuel López Obrador

Grijalbo

LA MAFIA NOS ROBÓ
LA PRESIDENCIA

Andrés Manuel López Obrador

LA MAFIA NOS ROBÓ
LA PRESIDENCIA

WITHDRAWN

Grijalbo

SAN BRUNO PUBLIC LIBRARY

La mafia nos robó la Presidencia

Primera edición, 2007

D. R. © 2007, Andrés Manuel López Obrador

Derechos exclusivos de edición en español reservados
para todo el mundo:

D. R. © 2007, Random House Mondadori, S. A. de C. V.
Av. Homero No. 544, Col. Chapultepec Morales,
Del. Miguel Hidalgo, C. P. 11570, México, D. F.

www.randomhousemondadori.com.mx

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
literaria@randomhousemondadori.com.mx

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-970-780-215-5

Impreso en México / *Printed in Mexico*

*Este libro está dedicado a quienes participan
con corazón y conciencia para lograr
el cambio verdadero*

ÍNDICE

Introducción.	11
Primera parte. Tabasco y otras cosas	13
Segunda parte. El partido	61
Tercera parte. Gobierno.	93
Cuarta parte. La República	181

INTRODUCCIÓN

Este libro es fruto de una serie de entrevistas que me hizo Luis Mandoki y su equipo para la realización de una película.

Al cabo de las 35 horas de grabación, y una vez que se transcribió el contenido, pensé que el material podría servir, con algunas adecuaciones, para dejar por escrito este testimonio. Además, en un libro, a diferencia de una película, podría extenderme.

Sin embargo, cuando comencé a revisar las entrevistas me di cuenta de que era muy difícil convertirlas en relatos, por la sencilla razón de que se trata de un género diferente. De modo que me vi en la necesidad de escribir y ordenar de nuevo, en mis tiempos libres, toda la historia.

La película se estrenará en septiembre. Tiene lo suyo. Hay tema, cuenta con material filmico de primer orden, y está hecha con la sensibilidad artística propia de los grandes cineastas.

El libro, por su parte, es interesante porque trata con amplitud y detalle cada una de las etapas de mi vida pública como dirigente social y político. Por esa razón, está dividido en cuatro capítulos: “Tabasco y otras cosas”, “El partido”, “Gobierno” y “La República”. Este último aborda pormenores de la campaña y del fraude electoral.

Mi experiencia y mis reflexiones tienen el propósito de contribuir al conocimiento de la forma en que realmente funciona la política en nuestro país. Sobre todo, la manera como opera lo que yo denomino “la mafia de la política”.

Es evidente que en México existe un grupo que detenta el poder para mantener y acrecentar privilegios a costa del bienestar de las mayorías. La peculiaridad de esta élite es que la integran traficantes de influencias, comunicadores, representantes empresariales, líderes sindicales y políticos tradicionales que, en lo cotidiano, actúan por separado, ocupándose cada quien de sus asuntos. Pero cuando se trata de defender intereses particulares o de grupo y, sobre todo, cuando advierten que pueden ser desplazados, como lo hicieron ante la autenticidad y la fuerza de nuestro movimiento, se asocian y se disciplinan de manera jerárquica y operan como una especie de hermandad. En expresión popular: Dios los cría y el diablo los junta.

De manera especial, dedico este relato a los jóvenes, quienes, como relevo generacional, en caso de que nosotros no podamos o no seamos capaces, serán los encargados de llevar a feliz término la gran obra de transformación que México necesita.

Para la elaboración de este libro, conté con los puntos de vista de Julieta Campos, Jesús Ramírez Cuevas, Ignacio Marván Laborde, Rogelio Ramírez de la O, Beatriz Gutiérrez Mueller, Renata Soto-Elizaga y Laura González Nieto. También, como siempre, con el cariño y la comprensión de mis hijos José Ramón, Andrés Manuel, Gonzalo Alfonso y el buen comportamiento de mi pequeño hijo Jesús Ernesto.

México, D. F., junio del 2006

PRIMERA PARTE

TABASCO Y OTRAS COSAS

Soy originario del pueblo de Tepetitán, municipio de Macuspana, Tabasco, el estado más tropical de México. Mi infancia transcurrió sin trabas y en estrecho contacto con la naturaleza. Crecí con plena libertad para jugar afuera y disfrutar del campo y del río. Porque mi pueblo es como una isla: hay agua por todas partes. Ubicado a la orilla del río Tepetitán, lo rodean dos arroyos y una laguna. En tiempos de lluvia se inundaba por completo, corría el agua por las calles y para los niños era una oportunidad más de diversión. Ya de grande supe que las crecientes perjudicaban pero también traían fertilidad a la tierra y mucha pesca. El Tepetitán nace en las hermosas cascadas de Agua Azul, en Chiapas; llamado allá Tulijá, va descendiendo hacia la planicie hasta unirse con el Grijalva y el Usumacinta y desembocar en el mar por la barra de Frontera, Tabasco.

Mi pueblo existe desde la época prehispánica. En medio de un paisaje exuberante, en un territorio que, como diría Pellicer, es más agua que tierra. Las comunicaciones se hicieron siempre por agua. Cuando yo era niño, se iba a la cabecera municipal de Macuspana en cayuco o en lancha. La carretera era una brecha y siempre estaba en mal

estado. Los únicos caminos de Tabasco, en aquella época, eran los grandes ríos.

La familia contribuyó mucho a que yo creciera en armonía con aquel ambiente, tanto natural como social. Mi padre y mi madre se querían mucho y en esta atmósfera de amor familiar, los vínculos entre hermanos fueron auténticamente fraternos y solidarios. Por otra parte, en mi pueblo no eran muy marcadas las diferencias sociales, porque tampoco los niveles económicos eran extremadamente desiguales. Hijos de padres campesinos, pescadores, agricultores, ganaderos, panaderos, alijadores, jornaleros, lancheros, maestros o comerciantes convivíamos y jugábamos en espontánea cordialidad.

Crecí en una familia católica, pero no hay que olvidar las peculiaridades que la religión tuvo en Tabasco desde la época colonial. Nunca hubo una fuerte tradición religiosa porque la evangelización tropezó con los obstáculos de pantanos y selvas, calor y mosquitos. Además, por la falta de metales preciosos, en torno de los cuales giraba la economía durante el periodo colonial, en Tabasco no arraigó la cultura novohispana con los rasgos de acendrado catolicismo que tuvo en el centro del país. Lo mismo sucedió durante todo el siglo XIX. Las prácticas religiosas estuvieron siempre relacionadas más con la convivencia social que con la devoción. Y aun durante el porfiriato tuvo gran influencia la masonería. Los dos gobernadores más importantes de ese periodo, Simón Sarlat Nova y Abraham Bandala, fueron liberales y la sociedad era eminentemente laica.

Después, entre 1919 y 1935, dominó Tabasco un hombre fuerte: Tomás Garrido Canabal, quien impulsó la educación racionalista y el progreso, combatió el alcoholismo y aplicó una política anticlerical, como en ninguna

otra parte del país. En la época garridista, se decretó que los sacerdotes sólo podían ejercer si estaban casados, entre otros muchos requisitos. Por si fuese poco, en ese entonces, los integrantes de la Liga Central de Resistencia del Partido Socialista Radical, que después serían conocidos como los “Camisas Rojas”, organizaban asambleas culturales en todas las plazas públicas, donde se leían discursos o poemas contra la religión y se quemaban imágenes religiosas. Es más, los templos fueron derribados o convertidos en escuelas; se prohibió tanto el uso de cruces sobre las tumbas como los escritos que hicieran alguna referencia a Dios; las fiestas religiosas fueron sustituidas por ferias regionales; se cambió la “nomenclatura fanática” de todos los pueblos de Tabasco por nombres de héroes, maestros, libertadores locales, artistas y sabios.

Sólo las singularidades de Tabasco en los siglos precedentes explican la escasa resistencia de la población a esa modalidad de la política “modernizadora” garridista. Únicamente se opusieron los indígenas, los chontales, quienes tuvieron que enfrentar la represión violenta, no sólo por las manifestaciones de su religiosidad sino en todos los demás aspectos de su tradición cultural.

Además, en el trópico las cosas suelen ser distintas. Esto no lo entendió del todo el gran escritor inglés Graham Greene, quien visitó Tabasco en 1938 y en un pasaje de su libro *Caminos sin ley* cuenta que se entrevistó con un dentista estadounidense que vivía en Frontera, Tabasco, con quien sostuvo el siguiente diálogo:

Lo único malo de Garrido era que... había atacado a la Iglesia. Con eso nunca se gana nada, dijo. Si no hubiera atacado a la Iglesia todavía estaría aquí.

—Pero parece que consiguió lo que quería —dije—, no hay curas, no hay iglesias...

—Oh —contestó ilógicamente—, aquí nadie se interesa por la religión. Hace demasiado calor.

Lo cierto es que la respuesta del doctor Doc Winter no distaba mucho de la realidad. En el trópico no se puede estar ensimismado, meditando, encerrado dentro de cuatro paredes. El clima sí influye en la forma de ser y en el temperamento de la gente. El tabasqueño usa poca ropa, es abierto y expresivo.

Mi infancia en Tepetitán sigue presente en el adulto que soy ahora; la familia y el entorno donde crecí fueron los cimientos de lo que vino después. La adolescencia y la juventud fueron determinantes para el rumbo que habría de tomar mi vocación política.

Ya en secundaria, en Villahermosa, tuve la fortuna de recibir clases de Civismo de un maestro nada convencional: Rodolfo Lara Laguna. En su clase se apoyaba en el libro *El buen ciudadano*. Sin embargo, con frecuencia se salía del texto y nos platicaba de otros temas relacionados con los problemas sociales y políticos de esos tiempos. Una vez nos contó que había participado en una manifestación en contra de la visita de John F. Kennedy a México en 1962, en tiempos de la invasión a Cuba, y que iban coreando: “¡Jacqueline sí, Kennedy no!”. Pequeños detalles como éste se me quedaron grabados. De él recibí una buena influencia y me abrió la inquietud hacia lo social, porque había sido dirigente estudiantil; hoy sigue siendo un hombre íntegro, juarista y de izquierda.

Por aquella época leí *Un niño en la Revolución mexicana*, del gran escritor tabasqueño y uno de los mejores

prosistas de la lengua castellana, Andrés Iduarte. Me gustó tanto ese texto que me aprendí de memoria un fragmento que resume la profunda trascendencia de aquel gran movimiento social:

Nosotros teníamos un criado... Se llamaba Polo. Era un muchacho indio, con la mirada helada de la raza, pero con una sonrisa afectuosa en los labios... Yo no sé qué me dijo de don Porfirio y de mi tío: fue, desde luego, algo relacionado con la política o con la riqueza. Yo se lo conté a mi primo. Sólo recuerdo que una noche mi papá, nervioso, habló a solas con Polo. Yo debo haber entendido que era algo referente a mi pecado, porque me escondí detrás de un armario. Mi padre se dio cuenta, me hizo salir y me dio una cachetada:

—Por hablador, por chismoso —me dijo.

Para mí, que nunca había recibido de él ningún golpe, fue tremendo el castigo. Polo estaba ya en el fuego crecientemente de la rebeldía. En 1917, en plena Revolución, lo vi un día por La Cruz Verde y fui a hablarle. Andaba roto, astroso, flaco; pero con su fusil. Lo acompañé hasta su cuartel, que estaba en la iglesia de Esquipulas. Polo me dijo que iría a vernos a la casa; pero no fue nunca: nos contaron que lo mataron poco después. (Andrés Iduarte, *Un niño en la Revolución mexicana*, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1993, p. 19.)

De la preparatoria recuerdo mucho la lectura de *Historia de la Revolución mexicana*, de don Jesús Silva Herzog; dos tomos publicados por el Fondo de Cultura Económica. Con esos libros empecé a formarme, a descubrir el país y a pensar en la participación política. No puede forjarse un

buen dirigente si no conoce la historia, que es la maestra de la vida: la historia es forjadora, fundamental.

En mi caso, la familia, mi pueblo, la libertad, el trópico, el maestro de Civismo, el libro de don Jesús Silva Herzog y quizá también un fracaso económico en el negocio de mis padres, fueron circunstancias que de una u otra manera me marcaron el rumbo.

Mis padres eran comerciantes y el negocio quebró. Fue al terminar la preparatoria cuando decidí venir a la Ciudad de México a estudiar la universidad. Tomé la iniciativa en circunstancias muy difíciles porque no tenía dinero, pero me liberé, me eché a andar y llegué a vivir a la Casa del Estudiante Tabasqueño, en la calle Violeta de la colonia Guerrero.

Presenté el examen para ingresar a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, esperanzado por el apoyo del gobierno federal que nos daba alojamiento y comida en la Casa del Estudiante. Éramos 80 jóvenes, la mayoría de escasos recursos, que estudiábamos en diferentes carreras de la UNAM y del Instituto Politécnico Nacional (IPN). Esa casa fue muy importante para mi formación.

Durante el primer semestre en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales me tocó enfrentar lo terrible que fue el golpe militar en Chile. El maestro de la materia "Ciencia Política" nos propuso un análisis del proceso chileno. Se trataba de Raúl Olmedo, un buen maestro, althusseriano. En esa clase revisamos el texto *El Estado y la Revolución*, de Lenin, y con ese marco teórico vislumbramos la terrible posibilidad de un golpe de Estado, que se consumó el 11 de septiembre de 1973. Esto me impactó mucho. El presidente chileno Salvador Allende es el personaje extranjero que más admiro, quien más sentimientos me genera. Fue un humanista, un hombre bueno, víctima de canallas.

En mis tiempos universitarios hubo varios movimientos sociales en México, como el de los trabajadores electricistas contra el charrismo sindical, llamado “Tendencia Democrática”, encabezado por Rafael Galván, y en el cual yo participé como estudiante acudiendo a las marchas de protesta. Pero también en América Latina hubo, además del de Chile, otros golpes de Estado, y la UNAM y otras universidades acogieron a muchos exiliados. Tuve profesores de Chile, Bolivia, Haití, Uruguay y Argentina, además de muy buenos maestros mexicanos.

Fue una época muy interesante para las ciencias sociales, pero también muy dolorosa para América Latina por las dictaduras y el sufrimiento que éstas provocaron a la gente; a la par, fue un tiempo de mucha reflexión y análisis, algo que no sucede en la actualidad: las ciencias sociales están muy apagadas.

Nunca me planteé como opción la vía armada, aunque la admiraba porque me parecía llena de idealismo. ¿Cómo no respetar, por ejemplo, a guerrilleros mexicanos como Lucio Cabañas y Genaro Vázquez? ¿Cómo no admirar el idealismo y la congruencia del Che? Siento un profundo respeto por aquellos que optan por esa vía; sin embargo, no la comparto porque es una alternativa que produce mucho dolor y sufrimiento y sirve de pretexto a quienes nada más tienen el dinero, el poder y la fuerza, para reprimir y someter al pueblo. Creo que no se debe renunciar a la vía pacífica, y conste que en los años sesenta y setenta, la guerrilla fue muy atractiva. No quiero utilizar la expresión “estaba de moda” porque puede parecer peyorativa; no debe entenderse de esa manera, pero sí era una opción bien vista: fue ésa una de las consecuencias de la brutal represión de 68.

Se decía en aquel tiempo, hablando precisamente del presidente Allende, que ser joven y no ser revolucionario era una contradicción. Pero ser revolucionario no implica tomar las armas. El propio presidente Allende no tomó ese camino, aun cuando muchos opinaban que sólo así podía mantenerse en la Presidencia y evitar que lo asesinaran. Él era un pacifista. Por eso, aquello fue un crimen horrendo. El que opta por la lucha armada sabe que se trata de vencer o morir. Pero el que no quiere la violencia para su pueblo ni para nadie y ve con profundo respeto, con profundo amor incluso al adversario, no merece ser tratado de esa manera. La traición de Augusto Pinochet fue abominable, es una mancha indeleble en la historia del mundo. Siempre expresé mi repudio total al fascismo que azotó a Chile y a América Latina en aquellos años.

Con mucha indignación y dolor, me enteré por medio de la radio del golpe de Estado en Chile. Y ese mismo día, en un pizarrón grande que estaba en el patio principal de la Casa del Estudiante, junto con Hebert Sánchez, un compañero de Economía del Politécnico, escribí un manifiesto de protesta. Nunca lo voy a olvidar.

También, cuando todavía era estudiante, el 8 de julio de 1976, se dio el golpe al periódico *Excélsior*. El presidente Luis Echeverría decidió silenciar a ese diario independiente que dirigía con dignidad Julio Scherer García. Tampoco voy a olvidar que Miguel Ángel Granados Chapa, Froylán López Narváez y Heberto Castillo fueron al auditorio de Ciencias de la UNAM a exponer lo que había pasado y, a partir de entonces, cada vez que había una marcha, al pasar por Bucareli y Reforma, donde está *Excélsior*, se coreaba la consigna “¡Prensa vendida!”.

No tuve una vida universitaria de muchos amigos. Me aislaba. Mi círculo era el grupo de tabasqueños con los que vivía. No podía tener un círculo de relaciones más amplio porque, la verdad, no tenía dinero. No tenía, tampoco, mucha comunicación con mi familia. Mis padres no estaban bien en lo económico, y por eso sólo a veces recibía de ellos un giro de 100 o 200 pesos. Vivía de milagro, de la solidaridad, de la comida y del hospedaje de la Casa del Estudiante Tabasqueño.

En una ocasión le escribí a mi madre para contarle cómo me iba en la universidad, pero dudó, no me creyó que estuviese estudiando... “¿Cómo, si no tienes dinero?” Y para mi sorpresa, un día que tomaba clases vi por la ventana que allí estaba ella, observando... Me dio mucho gusto y un poco de vergüenza porque era extraño que una mamá llegara a un salón de clase. Salí y platicamos, le conté cómo era la escuela, la anterior Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, porque ahora tiene instalaciones nuevas, donde estudia mi hijo Andrés. En fin, fue una época muy formativa que consolidó mis convicciones.

En ese tiempo, de 1973 a 1976, estreché amistad con don Carlos Pellicer. Un poeta extraordinario de América y del mundo, pero, además, un humanista. Era el presidente del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua contra la dictadura somocista y antes había participado en otros movimientos libertarios, como la defensa de la República en España durante la Guerra Civil. Era un hombre de izquierda, un “socialista guadalupano” —como él mismo se decía— y un tabasqueño de primer orden. Él fundó el Parque-Museo de La Venta, de los mejores

del mundo, con las colosales cabezas olmecas. También estuvo en el momento preciso en el que el arqueólogo Alberto Ruz descubrió la sepultura de Pakal el Grande en el Templo de las Inscripciones de Palenque, en 1952. Y ahí organizó el primer museo de sitio de la zona arqueológica.

Cuando permanecía en Villahermosa, vivía en un cuartito debajo de una escalera del antiguo Museo Regional de Antropología de Tabasco, en la Plaza de Armas. Cuando llegué a estudiar a la Ciudad de México lo busqué en Sierra Nevada, en Las Lomas. Fui muchas veces. Era una casa muy peculiar, llena de libros y piezas arqueológicas, de pinturas de los mejores artistas: Diego Rivera, Siqueiros, Orozco, Dr. Atl, Guayasamín y otros. Al entrar, lo primero que uno veía era un retrato suyo realizado por Kleomenes Stamatiades. En el segundo piso estaba la biblioteca, y más pinturas y piezas arqueológicas por todos lados.

Mantuvimos una relación espléndida y eso también me ayudó mucho en mi formación cultural y consolidó mi humanismo. Al terminar la universidad, en 1976, todavía como pasante, me invitó a participar en su campaña para la senaduría por Tabasco. Propició así mi reencuentro con mi estado y, de manera particular, con las comunidades indígenas, porque él tenía el propósito de crear un fideicomiso para apoyarlas. Se propuso vender algunos de sus cuadros para ayudar a los chontales tabasqueños, la gente más pobre y olvidada del estado.

Precisamente, el fideicomiso para ayudar a los indígenas chontales se haría con la venta de una colección de paisajes del Valle de México, de José María Velasco, valuada en aquel tiempo en siete millones de pesos. Don Carlos estaba en tratos para esa venta de los Velascos con el entonces secretario de Educación Pública, Víctor Bravo

Ahuja. Pero, en ese entonces, asaltaron su casa, amordazaron a Chabelita, su ama de llaves, y se robaron las pinturas. Hasta el día de hoy nada se sabe de los cuadros. Poco después se enfermó, y lo vi por última vez dos días antes de su muerte, que ocurrió el 16 de febrero de 1977, cuando me dijo: “Con las pinturas o sin las pinturas, vamos a constituir el fideicomiso porque quiero ser senador de los chontales”.

Una de las anécdotas que más presente tengo en mi memoria fue cuando nos vimos el día que lo nombraron candidato del PRI al Senado por Tabasco. Un periódico vespertino divulgaba una declaración de Juan Rulfo diciendo más o menos, no sé si en serio o en broma, que “ahora sí mejorarán las cosas porque el maestro Pellicer va a ser senador”. De modo que, al llegar a verlo y para provocarlo —porque yo no estaba muy de acuerdo con su candidatura y sentía que lo estaban usando—, le comenté las declaraciones de Rulfo y me preguntó con su vozarrón y esa solemnidad que lo distinguía, erguido, con la cabeza hacia atrás, pero también en plan de guasa: “¿Y quién es ése?”. Luego supe que entre ambos existía una gran amistad.

Otra anécdota que recuerdo es cuando en 1975 lo acompañé a ver al secretario de Recursos Hidráulicos, el ingeniero Leandro Rovirosa Wade, durante el gobierno de Luis Echeverría. En ese tiempo se construía el Museo Regional de Antropología de Tabasco, a la orilla del río Grijalva, y se requería un muro de protección porque en esa zona hay un recodo del río y se inundaba.

En la conversación salió el tema del Plan Chontalpa, impulsado por el gobierno del presidente Echeverría. El Plan consistió en integrar las tierras ejidales, agrupar a los campesinos, construir poblados y aplicar un colectivismo

muy *sui generis*, casi a la fuerza; por mencionar algo, llevaron al trópico vacas Holstein que, obviamente, no produjeron leche y se murieron. De esas cosas absurdas que se hacían. Bien, cuando se mencionó el Plan Chontalpa en la plática, yo enfrenté muy fuertemente al ingeniero Rovirosa argumentando que se trataba de una imposición, que no surgía del sentir de la gente ni respondía a la tradición productiva de Tabasco. Tengo que reconocer que fui poco prudente porque alcé la voz y me exalté. Al salir le ofrecí disculpas al maestro Pellicer y él me dijo, serio: “¡A usted no lo vuelvo a traer!”. Luego soltó la risa, se carcajeó.

Más tarde, el ingeniero Rovirosa se convirtió en gobernador de Tabasco. Al iniciar su gobierno, en 1977, me recomendó como director del Centro Coordinador Indigenista Chontal y lo más importante fue que nos apoyó y, sobre todo, nos dio absoluta libertad.

Fui el segundo director del Centro Coordinador Indigenista Chontal, creado en 1973 contra la voluntad del gobernador de entonces, Mario Trujillo García, quien sostenía que en Tabasco no había indios. Esto me lo contó el antropólogo Salomón Nahmad Sitton, que en ese tiempo trabajaba en el Instituto Nacional Indigenista (INI) y a quien le tocó entrevistarse con el gobernador para la creación de ese Centro. Los indígenas no sólo vivían arrinconados en la zona pantanosa, donde han estado por siglos, marginados y empobrecidos, sino que se les negaba hasta su misma existencia, siendo ellos los primeros que nacieron en aquellas tierras húmedas que un día se llamarían Tabasco. Para la oligarquía, el indígena era, y en muchos casos sigue siendo, sinónimo de atraso. “Los inditos, los

chajules —decían— están en Chiapas no en Tabasco”. Ignorancia y racismo combinados.

Por fortuna, por decisión del INI se creó el Centro Chontal. Aquí quiero hacer un reconocimiento a quienes durante mucho tiempo trabajaron a favor de los indígenas: antropólogos, médicos, agrónomos, sociólogos, maestros bilingües, técnicos y personal de base, muchos de ellos todavía en actividad. Es cierto que durante la aplicación de la política indigenista se cometieron errores. Por ejemplo, en algún tiempo se propuso la integración; incluso, se hablaba de “incorporarlos a la civilización”. No obstante, se avanzó en crear conciencia para reconocer y respetar la complejidad de las culturas, las tradiciones, las costumbres, las lenguas y la organización social comunitaria. Había siquiera una política; ahora no hay nada. El neoliberalismo acabó también con la política indigenista.

Trabajar de 1977 a 1982 en la zona indígena chontal de Tabasco fue para mí una experiencia extraordinaria. Allí echamos a andar programas sociales integrados y logramos mejorar las condiciones económicas y sociales de los pueblos. Allí comprobé que, con una política de apoyo a la gente pobre, siempre se logran buenos resultados: los indígenas tuvieron donde sembrar porque adquirimos buenas tierras y se les entregaron; pusimos en marcha un programa para rehabilitar zonas pantanosas mediante la tecnología tradicional chinampera, como en Xochimilco, lo que llamamos “camellones chontales”; se creó un programa de crédito a la palabra para la ganadería y la agricultura. Me tocó fundar las primeras escuelas secundarias en la zona, así como centros de salud y hospitales; construimos viviendas y caminos; introdujimos agua potable y organizamos cooperativas de consumo y de transporte.

Creamos una radiodifusora cultural bilingüe, XENAC, *La voz de los chontales*, que era la más escuchada. Después la silenciaron, ahí están las instalaciones abandonadas.

Me ayudó mucho poder comprobar que sí es posible mejorar las condiciones de vida de la gente. Un ejemplo: cuando llegué a la zona chontal había muchísimo alcoholismo. En las cantinas de Nacajuca, la cabecera municipal, vendían aguardiente de caña y los indígenas de las comunidades llegaban a embriagarse. Era común que pidieran “cuatro dedos de aguardiente” que bebían de un solo golpe. Caminaban 200 o 300 metros, caían inconscientes y pasaban horas tirados a las orillas de los caminos. Eran escenas muy tristes y preocupantes. Cuando empezamos a trabajar disminuyó el alcoholismo. Ésta fue una buena lección, ¿por qué? Porque aprendí que la actividad, el trabajo, la esperanza, la dignidad y el orgullo cultural, todo esto junto, hace cambiar cualquier realidad de postración o sometimiento.

Fue definitorio trabajar seis años en las comunidades indígenas. Un proceso de enseñanza-aprendizaje. Di algo, muy poco, más que nada di mi corazón, pero ellos me dieron y me enseñaron muchísimo. Sólo por mencionar algo: allí aprendí que las decisiones en las comunidades se toman en forma colectiva, algo parecido al proceso que ahora llaman “consenso”.

Las asambleas comunitarias comenzaban con una exposición que hacíamos sobre el asunto a tratar. Cuando terminábamos de explicar, ellos deliberaban; sólo se oía un murmullo en lengua chontal. Inmediatamente después se hacía un profundo silencio, hasta que alguien levantaba la mano para dar a conocer la decisión de todos. Para entonces ya se había logrado el consenso, había un acuerdo y

eso era lo que, en voz de alguien, ellos consideraban que podía aceptarse o no. Allí comprendí que había que esperar y tener paciencia porque las decisiones no se toman como es usual fuera del mundo indígena. También aprendí mucho sobre la solidaridad verdadera, la ayuda mutua. Por ejemplo, la siembra o la construcción de una casa implica la participación de todos; como ellos dicen: se dan “la mano” cuando alguien lo necesita. Sin duda, la enseñanza mayor que recibí fue conocer el lado humano de las comunidades. Me tocó ver cómo un indígena de Oxiaca que se cortó el pie de un hachazo y tuvieron que llevarlo en hamaca a Nacajuca porque en ese pueblo aún no había un centro de salud ni existía un camino. Me impresionó ver cómo empezó a llegar la gente humilde a verlo a la hamaca y a darle 20 centavos, un peso, lo que tenían, porque sabían que iba a necesitarlo para la curación.

Vivir de cerca esa fraternidad, esa solidaridad, me hizo más humano. No cuenta sólo la teoría, lo que se aprende en los libros, sino lo que puede enseñar la gente del pueblo. Mi trabajo en las comunidades indígenas, viviendo entre los pobres, conociendo de cerca esa realidad, explica en buena medida lo que soy.

Entonces escribí una frase que todavía se conserva en una pared de las instalaciones del Centro Coordinador Indigenista Chontal de Nacajuca: “Quien tenga como aspiración ser un animal puede, naturalmente, dar la espalda a los dolores de la humanidad y trabajar en su propio provecho”.

En 1982, al final de mi trabajo en el INI, se resolvió la candidatura al gobierno de Tabasco. Dejaba el cargo el ingeniero Leandro Rovirosa y el candidato del PRI a su-

cederlo era Enrique González Pedrero. Desde antes de su postulación, los que habíamos trabajado en el INI teníamos interés en que él fuese el candidato y gobernador de Tabasco. González Pedrero es un hombre inteligente. Fue director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y es uno de los que más sabe en México de historia de las ideas políticas. Es un maestro al que admiro y respeto mucho. Había otros precandidatos, pero él reunía las cualidades para dar continuidad al trabajo que ya habíamos iniciado en la zona indígena. Reflexionábamos que, si con Leandro Rovirosa —que era ingeniero civil— se había avanzado, con González Pedrero iba a ser aún mejor. Por ello nos adherimos a su campaña. No pertenecíamos al PRI sino que lo hicimos por esta circunstancia especial. Optar por él era lo que convenía a los ideales que nos movían. Se trataba de apoyar la candidatura de un hombre consecuente, de un político progresista; además, en esos tiempos, no teníamos realmente otra opción. En Tabasco no había una tradición opositora. El PRI era predominante y la política se hacía básicamente en ese partido. Desde luego, en su interior convivían posturas distintas; había gente muy reaccionaria y, al mismo tiempo, gente progresista.

La idea era participar con González Pedrero para seguir transformando, para seguir defendiendo causas populares y para avanzar en la democratización de Tabasco y de México. En la campaña de González Pedrero me desempeñé como director del Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI en Tabasco: me ocupé de organizar reuniones de análisis sobre la problemática del estado y de hacer propuestas para el desarrollo.

Cuando se constituyó el nuevo gobierno, González Pedrero me invitó a ser presidente del PRI en Tabasco.

Yo no tenía antecedentes partidistas, no era militante, pero el ofrecimiento era por demás atractivo: se trataba de hacer un partido auténtico, separarlo del gobierno, algo muy difícil de lograr, como lo pudimos comprobar. La verdad es que era una misión imposible. No se podía porque el PRI era un apéndice del gobierno, una especie de Secretaría de Acción Electoral del Poder Ejecutivo. El PRI jugaba un papel básico en épocas electorales porque se constituía en una maquinaria electoral que justificaba la llegada al gobierno; pero, una vez constituido éste, en periodos interelectorales, el PRI entraba en una fase de inmovilismo; de pasividad.

Sin embargo, acepté el cargo y me tomé en serio la tarea de renovar a ese partido. Muchos jóvenes de los que estaban en el INI se incorporaron al PRI sin tampoco contar con antecedentes partidistas, sino sólo con la idea de intentar algo nuevo. El proceso fue muy interesante. En aquel tiempo el PRI tenía comités seccionales en colonias y pueblos pero, por la dependencia respecto del gobierno, sus dirigentes eran nombrados por funcionarios estatales y por los presidentes municipales. Por eso nos propusimos cambiar esas prácticas y decidimos que los dirigentes tenían que ser nombrados en asambleas democráticas.

En consecuencia, constituimos nuevos comités seccionales y cuando las bases comenzaron a elegir a sus dirigentes, se empezó a tener un partido auténtico, con fuerza, que servía como órgano de intermediación entre el pueblo y el gobierno. Esta acción se hizo acompañar con la formación de los dirigentes, tomando como referencia la Declaración de Principios y el Programa de Acción del PRI que, en teoría, postulaban la defensa de los derechos del pueblo y el nacionalismo revolucionario. Desde luego, una cosa

eran los contenidos de los documentos básicos del PRI y otra la realidad política; precisamente, ésta era una de las características de la simulación que prevalecía, pero el hecho de formar a los dirigentes con base en esos documentos significaba todo un avance.

La formación de dirigentes seccionales y sus tareas a favor de la organización de la gente, de la gestión y del seguimiento del ejercicio del presupuesto de los gobiernos municipales, generó conflictos y apareció la lucha de intereses. Los alcaldes se sintieron vigilados porque el PRI se había convertido en un contrapeso al gobierno, en una organización que defendía a la gente y que vigilaba el buen uso de los recursos públicos.

En poco tiempo comenzaron las intrigas, hasta que nos aislaron por completo. El ensayo duró siete meses: había entrado a la presidencia del PRI en febrero de 1983 y para septiembre se había desatado la crisis. El gobernador me convocó a una reunión con los presidentes municipales. Su propósito, dijo, era escuchar los puntos de vista de ellos y el mío. En estas circunstancias, un lunes por la mañana González Pedrero me llamó a su despacho para informarme que había tomado la decisión de que yo dejara la presidencia del PRI y de proponerme el puesto de oficial mayor del gobierno del estado. Mi respuesta fue el silencio. No contesté, no hablé, me quedé callado. Sin embargo, él llamó al secretario de Gobierno, José Eduardo Beltrán, para que de inmediato me diera posesión del nuevo cargo. Momentos después, se verificó una junta con los directores de esa dependencia, donde se anunció mi nombramiento, y cuando me correspondió hablar, pregunté: “¿Quién sabe más de esto?”. Nadie quería contestarme, de modo que insistí: “¿Quién de ustedes sabe más de administra-

ción para que se haga cargo de la oficina en tanto vuelvo?”. Alguien mencionó al contador Guillermo Priego de Wit, el director administrativo. De modo que a él le dije: “Mire, siéntese aquí, atienda todo..., ya voy a regresar, ya regreso”. Claro, nunca regresé. Pasé a buscar a mi esposa, Rocío, a su trabajo en la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos y en el camino a la casa hablamos de lo sucedido. Ella estaba al tanto del proceso, tenía una idea y ya veíamos venir el desenlace. Por eso, cuando le consulté mi propósito de renunciar, estuvo de acuerdo aun cuando esto implicaba dejar Tabasco y ella nunca había vivido en el Distrito Federal. Estas decisiones siempre están relacionadas con la familia. El político toma decisiones, y de una u otra manera cuenta con el apoyo de lo más cercano, de lo más íntimo. Por fortuna, yo siempre conté con el de mis padres, desde luego con el de Rocío; y en los últimos tiempos, con el de mis hijos.

En la tarde de aquel día escribí la renuncia dirigida a Enrique González Pedrero que, en forma escueta, palabras más, palabras menos decía:

Ciudadano gobernador:

Desde siempre he dedicado mi trabajo a servir a las mayorías. Hoy usted me brinda la oportunidad de ocupar el honroso cargo de oficial mayor de Gobierno que, siento, me aleja de ese propósito fundamental. En consecuencia, le estoy presentando mi renuncia con carácter de irrevocable.

A la mañana del día siguiente la entregué y la hice pública. Ésta es una de las decisiones más importantes que he tomado en mi vida. Haberme quedado como oficial mayor habría significado tomar un camino opuesto al que seguí.

Tuve que optar entre la situación personal, la comodidad, la seguridad del trabajo, la posibilidad del ascenso y el desarrollo de una carrera política, y mis convicciones. Fue una ruptura, pero actué de manera consecuente y, con el tiempo, sé que la decisión fue acertada. Dicho sea de paso: mucha gente que no me conoce piensa que, como estuve en el PRI, soy igual que los demás. Pero no, tengo mi propia historia; no soy un político tradicional y, aun cuando fui dirigente del PRI, busqué la democracia y fui consecuente. Por eso, no tengo nada de qué avergonzarme.

En septiembre de 1983, con Rocío y mi hijo José Ramón, de dos años, llegué a vivir a la Ciudad de México. Rentamos un departamento en Copilco y empezamos una nueva etapa de la vida, con muchas limitaciones económicas porque al principio no tenía ánimo para trabajar en cuestiones políticas ni puestos públicos. Mi experiencia en ese sentido no era muy buena que digamos. Habíamos intentado democratizar al PRI con un gobernador progresista y no se había podido. Desde entonces, llegué a la conclusión de que el PRI no tenía remedio. La competencia entre distintos partidos haría la democracia, era la única posibilidad para avanzar. Tenían que existir verdaderos partidos de oposición para democratizar la vida pública de México.

En la capital aproveché para cursar las dos materias de la Facultad que tenía pendientes, acreditar la traducción de idiomas que se exige para la titulación y hacer la tesis con el tema: *La formación del Estado nacional en México*. También me dediqué a escribir. Terminé en ese tiempo *Los primeros pasos. De 1810 a 1867*, un libro sobre la his-

toria de Tabasco, y empecé otro con el título: *Del esplendor a la sombra. De 1867 a 1876*, que concluí tiempo después. Nuestra situación económica se fue haciendo aún más difícil, y entonces Ignacio Ovalle Fernández, que me conocía porque había sido director del INI, me recomendó con Clara Jusidman, quien acababa de tomar posesión como directora del Instituto Nacional del Consumidor (Inco). Ella me ofreció ser director de Organización Social y Promoción de ese instituto. Allí trabajé de 1984 a julio de 1988. Me ocupaba de organizar a consumidores para la compra en común de productos básicos, con el propósito de que obtuvieran ahorros. Además, era el encargado del departamento que hacía investigaciones y daba a conocer los precios de mercancías y otros bienes. En ese entonces, el Inco tenía una central telefónica cuyo número se hizo muy famoso: el 568 8722. Todavía mucha gente lo recuerda. No sé si ahora también, pero en aquellos años cualquiera podía llamar para informarse sobre los precios y la calidad de los productos. Si alguien quería comprar, por ejemplo un electrodoméstico, en ese teléfono recibía información de lo que valía ese producto en las diferentes tiendas, así como sobre las marcas, la garantía y la calidad.

En ese trabajo me tocaron los sismos de 1985. El Inco fue de las pocas instituciones que participó dando información por medio del teléfono, ayudando a la gente en esos momentos aciagos. Además de muchos muertos, había gente herida o desaparecida. Nosotros brindamos toda la información que tuvimos a la mano para localizar a personas en hospitales y albergues. También organizamos brigadas de rescate. Fui testigo de cómo, ante la inmovilidad, la indecisión y la incapacidad de la mayor parte de las autoridades, la gente tomó la iniciativa. Salió a la calle, se

organizó y se puso a hacer labores de rescate con verdadera solidaridad humana.

En 1988 me tocó tomar otra decisión importante en mi vida. Acepté ser candidato del Frente Democrático Nacional (FDN) a la gubernatura de mi estado. En el Inco ganaba un buen sueldo, fue la época en la que empecé a vestir traje que, por cierto, ni entonces ni ahora me acomoda, por la corbata; siento que me aprieta y me estorba, aunque he tenido que aprender a utilizarla por formalidad y por respeto a la gente. En fin, cuando inició el movimiento democrático, encabezado por el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, decidí hacer a un lado mi situación personal y actuar también a partir de mis convicciones. En ese entonces, de nueva cuenta, me apoyaron Rocío y mis padres.

En 1988 regresé a Tabasco como candidato a la gubernatura por el FDN, integrado por el Partido Mexicano Socialista, el Partido Auténtico de la Revolución mexicana, el Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional y el Partido Popular Socialista. Se trataba de abrir brecha, porque no había tradición opositora y, además, los cuatro partidos del Frente tenían muy poca presencia y casi nada de organización. Implicaba comenzar una etapa nueva en circunstancias complejas. Tabasco es un estado muy corporativo, donde todo gira alrededor del poder público y no había cultura democrática.

Sabía que no ganaría la gubernatura, pero estaba convencido de la necesidad de iniciar un trabajo de organización ciudadana para el futuro. Era imprescindible crear un movimiento opositor. En ese entonces, en Tabasco no había ningún contrapeso, los gobernadores eran amos y

señores y sin su consentimiento no se movía ni una hoja del árbol de la política. Además, imperaban la corrupción y otros vicios que, por desgracia, se siguen dando.

Fue en esos días cuando conocí al ingeniero Cárdenas, al que le tenía mucha admiración y lo sigo respetando. También conocí a otros dirigentes, como el ingeniero Herberto Castillo y Porfirio Muñoz Ledo. Inicié mi campaña en las comunidades indígenas de Nacajuca, donde ya me conocían y donde de nuevo me dieron su confianza. Ellos fueron los primeros en adherirse al movimiento y, desde entonces, hemos ganado electoralmente en todos los pueblos indígenas de Tabasco.

Como ya lo expresé, en un principio no pensé que podría ganar la gubernatura; sin embargo, en el transcurso de la campaña el movimiento prendió y de manera espontánea levantó mucha simpatía, al grado de que cuando había visitado 10 de los 17 municipios de Tabasco, la sensación era de que podíamos triunfar. En esos días, Carlos Salinas, a quien habían nombrado presidente electo, me mandó decir con Ignacio Ovalle que le interesaba tener un “acuerdo” conmigo.

Ovalle me contó que Salinas le había pedido una opinión sobre mi persona y que luego de dársela le advirtió que yo no iba a ganar y que mejor me convenciera de que renunciara a la candidatura y, a cambio, me ofrecía un cargo en su gobierno. Obviamente, cuando Ovalle me hizo el planteamiento, le dije que no aceptaba. Y, a partir de entonces, los operadores de Salinas —Roberto Madrazo, presidente el PRI en Tabasco— delegado del PRI en Tabasco.

Investigador

como sucede ahora, hicieron todo lo posible por cumplir la disposición de que no ganáramos. Entre muchas otras maniobras, no nos permitieron tener representantes en las casillas. Unos días antes de la elección, la Comisión Estatal Electoral aprobó de modo arbitrario un acuerdo, según el cual para ser representante de casilla había que vivir en la sección electoral y para demostrarlo no bastaba con la credencial de elector, sino que había que presentar una carta de residencia, expedida por el presidente municipal correspondiente. Cabe decir que, en ese tiempo, todos los presidentes municipales eran del PRI y, por supuesto, nunca nos extendieron las cartas de residencia y no tuvimos representantes en las casillas electorales.

Así era entonces. El 5 de octubre de 1988, un mes antes, se había realizado en Chile un plebiscito nacional para determinar si debería o no permanecer en el poder Augusto Pinochet. Quizá sea desproporcionada la comparación que haré, pero es curioso que en un régimen militar se haya permitido que los opositores tuvieran representantes en las casillas y aquí, en uno supuestamente democrático, no lo permitieran. En esas condiciones, el 9 de noviembre de 1988 se realizó la votación y, claro, nos *barrieron*. Impusieron a Salvador Neme Castillo como gobernador de Tabasco. Ya lo decía Porfirio Díaz: “El que cuenta los votos gana las elecciones”.

Luego de ese proceso electoral me propuse seguir adelante y consolidar una organización popular todavía incipiente. Los adversarios pensaron que el movimiento democrático iba a ser “flor de un día” que, terminando la elección, desistiría y me regresaría a la Ciudad de México. No fue así. Me quedé y, de inmediato, inicié un recorrido

por las comunidades para informar que seguiríamos
Unidad Nacional (Cisen) (espionaje),
secretario general de Gobierno,
del Villar,

adelante. El 5 de mayo de 1989 participé en la fundación del Partido de la Revolución Democrática. Fui el primer presidente del PRD en Tabasco y, a partir de entonces, ya con más organización, iniciamos el movimiento por la justicia y la democracia desde mi estado.

De aquel tiempo datan las diferencias con Carlos Salinas. Siempre que fue a Tabasco protestamos por su presencia. Nunca lo reconocimos como presidente y, cuando estaba en la cima de su popularidad y muchos le quemaban incienso o se dejaron engañar, nosotros sostuvimos con insistencia que era perverso y farsante, que llevaría al país a la ruina. Todo lo que aconteció después. Por desgracia, con el tiempo me he vuelto a topar con Salinas. Fox lo convirtió en su aliado y ahora es de los principales *apoyadores* de Felipe Calderón. Salinas forma parte de la misma pandilla de rufianes que se robó la Presidencia de la República en 2006.

Mientras tanto, en octubre de 1991 se realizaron elecciones municipales en Tabasco. Y como se resistían a reconocernos el triunfo en Cárdenas, el segundo municipio en importancia en el estado, decidimos protestar en forma pacífica y emprendimos una caminata a la Ciudad de México a la que llamamos “Éxodo por la Democracia”. En ese entonces, optamos por evadir el acoso y caminar con la gente en vez de quedarnos en Tabasco, donde querían reprimirnos. Al final salimos bien porque acabaron reconociendo el triunfo en Cárdenas y algunos municipios del estado de Veracruz, donde también se habían unido a la protesta. Por primera vez, el PRD ganó un municipio en Tabasco pero tras una larga lucha.

No fue nada más caminar a lo largo de mil 90 kilómetros de Villahermosa a la Ciudad de México, durante 50 días ininterrumpidos. Fue un proceso que implicó rechazar proposiciones indecorosas e intentos de cooptación, porque querían que desistiéramos de la marcha y que abandonáramos la lucha aceptando cualquier cosa. Durante este primer Éxodo, a lo largo de todo el trayecto que realizamos a pie recibimos propuestas del gobierno federal para llegar a un acuerdo al viejo estilo, es decir, en el marco de la política tradicional. Al llegar a Coatzacoalcos, Veracruz, el entonces secretario de Gobernación de Salinas, Fernando Gutiérrez Barrios, nos ofreció cargos de regidores en el ayuntamiento de Cárdenas; más adelante, por el rumbo de Catemaco, el planteamiento fue realizar nuevas elecciones. La respuesta fue: “No, nosotros ganamos la elección, queremos que nos reconozcan el triunfo”. “No va a haber arreglo”, amenazaban. “Pues seguimos caminando”, respondíamos. Ya por Xalapa, nos propusieron crear un Concejo de Gobierno para el municipio de Cárdenas: “Ustedes designan a una persona y el PRI a dos”. O sea, un concejo con mayoría del PRI. No aceptamos, seguimos caminando... El 24 de diciembre —estando en Perote, Veracruz— me llamó Gutiérrez Barrios para ofrecer dos concejeros en lugar de uno, con la condición de que ninguno de ellos fuera el doctor Carlos Alberto Wilson, nuestro candidato ganador. Pues no.

Recuerdo que, de manera muy respetuosa y formal, Fernando Gutiérrez Barrios me dijo por teléfono: “El licenciado Salinas quiere que ustedes pasen la Navidad en sus casas”. “Dígale al licenciado Salinas —le respondí— que no aceptamos, que no se preocupe por nosotros; lo que queremos es el reconocimiento del triunfo.” Me

reviró diciendo que ésa era la última oferta, después no habría nada... “No le hace, seguimos caminando.” Y, en efecto, por varios días ya no hubo nuevas propuestas.

En un lugar cercano a San Martín Texmelucan, Puebla, caminó con nosotros el doctor Salvador Nava Martínez, auténtico líder ciudadano del movimiento democrático de San Luis Potosí. Platicamos y me expresó su preocupación. Sentía que no íbamos a lograr mucho porque pretendían escarmentarnos para que nadie hiciera lo mismo. Meses antes, el doctor Nava había encabezado la “Marcha por la Dignidad” en contra del fraude que le hicieron como candidato a la gubernatura en San Luis Potosí. Había logrado con su protesta que no tomara posesión el gobernador impuesto, Fausto Zapata; pero el doctor Nava y el movimiento cívico que representaba tenían mucha fuerza. Además, tuvo a su favor la circunstancia de que esa marcha iba a llegar el mismo día del tercer informe de Salinas. Los hombres del régimen tuvieron que ceder. En contraparte, él argumentaba que nosotros llegaríamos a finales del año, cuando no había gente en el Distrito Federal y no se registraba, en apariencia, ninguna fecha importante por esos días.

No obstante, nos ayudó la suerte, que en política siempre juega un papel importante. En San Martín Texmelucan decidimos hacer tiempo para llegar a la capital entre el 10 y el 15 de enero, cuando hubiese más gente. De modo que hicimos un rodeo y nos internamos en Tlaxcala. Recuerdo que de Texmelucan caminamos un tramo de 32 kilómetros hasta Nanacamilpa. Siempre que llegábamos a un lugar hacíamos un mitin y después comíamos y descansábamos en el campamento. Ese día estábamos tan cansados, y sobre todo con tan poca fortaleza moral, que

decidimos no hacer el mitin e irnos directo al campamento. Alguien trajo el periódico *La Jornada* y leí que estaban a punto de firmarse en la Ciudad de México los acuerdos de paz de El Salvador. Cuando vi la nota, me puse contento y exclamé: “¡Aquí está, esto es lo que estábamos esperando...! No puede ser que el gobierno mexicano sea candil de la calle y oscuridad de la casa. Ésta es la fecha, el acontecimiento que esperábamos, la circunstancia favorable”.

¡Dicho y hecho! Casi detrás de *La Jornada* llegó el enviado de Gutiérrez Barrios a hacer un nuevo ofrecimiento. A partir de ahí, todo eran ofrecimientos y más ofrecimientos. Nos pedían negociar pero que ya no llegáramos a la Ciudad de México; incluso, nos ofrecían camiones para regresarlos a Tabasco. Dijimos que no. Vamos a llegar a la capital.

En un movimiento como éste participa gente de todas las características. En el Éxodo era notorio que había tres grandes agrupamientos: en primer término, estaban los demócratas que luchaban por el sufragio efectivo, por el respeto al voto y en contra del fraude electoral. Luego, se encontraban los humanistas y los místicos, los que ven en el movimiento social una lucha justa; con una visión religiosa vinculaban la marcha con una peregrinación: portaban la imagen de la Virgen de Guadalupe, oraban o rezaban el rosario. No sólo eran católicos sino también evangélicos de diversas denominaciones. Se trataba de gente muy seria, responsable, con una vida espiritual que vinculaba el cristianismo con la justicia. Y por último, venía un grupo de aventureros, por lo general jóvenes a favor del movimiento pero con menos solemnidad y más rebeldía.

En el Éxodo, sin embargo, todos tenían varias cosas en común. Por ejemplo, predominaba la antigua concepción de que en la capital se resuelve todo. Además, la ma-

yoría no conocía la Ciudad de México y tenía un enorme deseo de llegar para visitar la Villa de Guadalupe, Chapultepec y el zócalo. ¿Cómo iba yo a decirles: “Vámonos de regreso”? Por eso y por razones políticas decidí darle su tiempo al acuerdo. Llegamos al Distrito Federal el 11 de enero de 1992 y sus habitantes nos recibieron de manera extraordinaria, con mucho cariño, como lo sabe hacer la gente de esta gran ciudad, la más fraterna del país. La solidaridad que siempre se expresa en la Ciudad de México sólo la he visto en las comunidades indígenas. Muy contrario a lo que se piensa, ésta es una ciudad generosa, con alma colectiva.

Era sábado. Mucha gente salía de sus casas a saludarnos. El zócalo se llenó. En el mitin participaron Salvador Nava, Heberto Castillo, el ingeniero Cárdenas, doña Rosario Ibarra de Piedra y otros dirigentes políticos y sociales como Porfirio Muñoz Ledo, Bernardo Bátiz, Jorge Eugenio Ortiz Gallegos y Jesús González Schmall, del Movimiento Ciudadano por la Democracia, y hasta los panistas Gonzalo Altamirano Dimas y Francisco Barrio Terrazas.

Ese día, cuando tomé la palabra en el zócalo, empecé diciendo:

Esta concentración tiene para nosotros, los participantes del Éxodo por la Democracia, un triple significado: es un acto de agradecimiento a todos aquellos que nos ayudaron a llegar hasta aquí; es otra etapa, una de las más significativas, del diálogo que hemos venido manteniendo con la sociedad mexicana [...]; y es, también, otro momento de la resistencia civil, pacífica, legal a la que nos hemos comprometido al rechazar la ilegalidad electoral y el uso impune de la violencia.

Enseguida, reconocí de esta manera el acompañamiento de la gente:

Hemos recibido frutas, aves, cerdos, borregos, vacas, jorrongos, cobijas, las bolsitas con monedas de la gente pobre y saludos, bendiciones, cariño, ese afecto popular que de nosotros parte y a nosotros vuelve. Hemos sido los depositarios de la generosidad de los vecinos que se han manifestado, en el pleno sentido de la palabra, como nuestros hermanos. Creemos saber con exactitud el sentido y el contenido de esta ayuda. Quienes contribuyen se sienten de algún modo representados, no tanto por un partido sino por algo que trasciende las banderas: la causa más general, más amplia, más profunda de la democracia.

Y para concluir, pronuncié unas palabras que, quince años después, mantienen su vigencia:

Somos una de las pruebas de que el acoso, el silencio y las difamaciones ni evitan el generoso apoyo popular, ni disminuyen el compromiso con la democracia. El Éxodo, sin paradoja alguna, nos ha permitido el mayor arraigo en nuestras convicciones.

Terminó el mitin y todos nos fuimos a descansar. Yo dormía en el remolque de una camioneta. Estaba con Rocio y, a las 12 de la noche, me tocó la puerta un enviado de la Secretaría de Gobernación para decirme que me esperaba Fernando Gutiérrez Barrios. Tuve que ir. Llegamos a Gobernación y parecía de día, todo iluminado. Allí estaban esperándonos los principales funcionarios. En

el movimiento social uno aprende que es posible avanzar cuando hay firmeza en los principios y se defienden causas justas. Además, uno llega a entender que las circunstancias son definitorias, como en este caso, cuando estaba de por medio la firma de los acuerdos de paz para El Salvador.

A Gutiérrez Barrios le recordé: “Ustedes saben lo que planteamos”, y me respondió: “Sí, ya está resuelto”. Sin embargo, faltaba lo de Veracruz y además no podíamos irnos pronto. Él decía: “Ya está y se van mañana temprano”. Expliqué: “No se puede porque tengo que sacar un acuerdo con la gente”. “Se tienen que ir mañana...”, me contestó. Le propuse, con la idea de ganar tiempo: “Mire, mejor nos vemos mañana, ahora estoy muy cansado, me voy a dormir...” “No, Andrés Manuel. Haga lo que tenga que hacer ahora y nos vemos aquí a las dos o tres de la mañana, vamos a resolver esto de una vez”, agregó. “Bueno —le respondí—, veré si encuentro a los dirigentes de Veracruz...” Tenía que hablar con ellos. Recuerdo bien cuando me comentó: “Mire, me costó mucho trabajo convencer al licenciado Salinas, lo logré en el velorio de su suegra, y esto tiene que salir, Andrés Manuel”. También recuerdo que hubo un momento, cuando sintió que yo quería ganar tiempo y lograr más, que se puso nervioso, y de repente cambió su actitud amable y respetuosa. Se me quedó viendo, me miró a los ojos, sentí que eran como dos agujas, dos alfileres que pretendía clavarme... Y con un rostro distinto, con mucha dureza, me advirtió: “Si no hay acuerdo, quedamos en libertad y usted conoce lo que es el Estado”. En ese instante le pedí que se tranquilizara y, sin dejar de sentir el peso de la amenaza, reiteré: “Vamos a buscar un acuerdo pero así no”. Salí de su despacho y regresé al zócalo, desperté a los dirigentes

de Veracruz, aceptaron la propuesta y volví a la Secretaría de Gobernación como a las dos o tres de la mañana. Al regresar al despacho de Gutiérrez Barrios, un ayudante suyo, capitán del Ejército (creo que todavía vive), me empujó. Supongo que éste era un truco muy ensayado que tenían para *apretar* o *ablandar* a la gente. Lo insulté, se fue y, al voltear, ya tenía a Gutiérrez Barrios enfrente. “¿Qué vamos a resolver?” Le dije: “Traigo una propuesta. Si ustedes aceptan, se pondrá a consideración de la gente en una asamblea mañana a las cuatro de la tarde”. “¡No, se tienen que ir en la mañana!...” “No, en la mañana no. En definitiva, no...” “¿Por qué?...” “Entre otras razones, porque la gente quiere ir a una misa que va a officiar Sergio Méndez Arceo en la Basílica de Guadalupe...” Se me quedó viendo y, sorprendido, expresó: “¡Oiga, pero usted es liberal!...” “Sí, sí soy liberal, pero también soy respetuoso de los sentimientos y de la religiosidad de la gente. De modo que, si hay acuerdo, es después de la misa.”

Al día siguiente, luego de la ceremonia religiosa —parece que fue la última oficiada por don Sergio, pues murió poco después, el 6 de febrero de 1991—, se llevó a cabo la asamblea en el zócalo; informé, hice la propuesta, la gente votó y se aceptó el acuerdo. Regresamos con el triunfo a Tabasco. Hubo fiesta en Cárdenas y en algunos municipios de Veracruz.

Con estos acuerdos se respetó el triunfo de Arturo Herviz Reyes, candidato del PRD por el municipio de Ángel R. Cabada en la región de los Tuxtlas, Veracruz. Él había participado en el Éxodo y hoy, muchos años después, es senador por su estado. Ganó la elección al Senado junto con Dante Delgado que, en esos años, era gobernador interino de Veracruz. Cuando estábamos en el *plantón*,

en agosto de 2006, Herviz llegó a mi casa de campaña en el zócalo y recordábamos aquellos tiempos. Le dije: “Mira lo que son las cosas. Hace 15 años aquí estábamos y hoy aquí seguimos luchando por lo mismo”.

En 1994, participé de nuevo como candidato a la gubernatura de Tabasco y nos echaron la *aplanadora* encima. Lo distintivo en esa contienda fue que utilizaron mucho dinero y pudimos demostrarlo. El candidato del PRI, Roberto Madrazo, se gastó en su campaña 70 millones de dólares. Fue un gasto excesivo aunque, desgraciadamente, poco novedoso porque lo común en las elecciones de nuestro país es que los candidatos del PRI y del PAN ganen con mucho dinero, que la mayoría de las veces utilizan para comprar lealtades, conciencias, votos y publicidad.

En todas las elecciones en que hemos participado, hemos padecido de una total desproporción en el manejo de recursos. En esa ocasión, yo no tenía prácticamente nada, sólo contábamos con un carro y un aparato de sonido para ir a visitar los pueblos, y carecíamos de recursos para propaganda; y aunque hubiésemos tenido dinero, para nosotros estaban cerrados todos los medios de comunicación: ni pagando podíamos contratar mensajes en radio o televisión.

Lo extraordinario, como decía, fue que luego de la elección, unos vecinos de la colonia Industrial de Villahermosa se enteraron de que en una casa cercana, el PRI había guardado unas cajas con documentos. Aquí abro un paréntesis para destacar que, así como en la política son fundamentales los principios, la experiencia, la perseverancia y la suerte, es indispensable también el apoyo y la

participación de la gente. Ahora sí que, con el pueblo, todo; sin el pueblo, nada.

Para entonces, ya caminábamos de nuevo a la Ciudad de México en un segundo Éxodo por la Democracia. Algunos de esos vecinos me alcanzaron en Puebla para decirme que en dicha casa había, supuestamente, boletas utilizadas para el fraude electoral. Se pusieron de acuerdo y se comprometieron a entregar las cajas. No sé cómo lo hicieron, el caso es que abrieron la casa y allí encontraron 45 cajas que contenían toda la documentación de campaña del PRI. Ellos no sabían realmente qué contenían las cajas. Me avisaron por teléfono: “Ya tenemos los papeles”. Todo ello en clave —porque ésa es otra: uno aprende que nada se puede decir por teléfono, ni entonces ni mucho menos ahora. Les respondí que me los mandaran. “Sí, pero, ¿cómo...?” Les dije que con alguna persona, porque suponía que serían unas cuantas carpetas... “No, es que son decenas de cajas, es mucho.” El caso es que las transportaron en una camioneta de tres toneladas hasta el zócalo, casi al mismo tiempo que iba llegando nuestra marcha.

Fue una gran sorpresa ver, junto con otros compañeros, el tesoro que nos había llegado. Como el responsable de Finanzas del PRI era un contador, todo estaba ordenado de manera minuciosa: facturas, copias de cheques, escritos, autorizaciones, órdenes de pago y pólizas, así como las pruebas de los que intervinieron en el manejo del dinero y la evidencia de la participación del banquero Carlos Cabal Peniche.

Yo sostengo que los 70 millones de dólares salieron de las arcas del gobierno de Tabasco, porque era gobernador Manuel Gurría Ordóñez, un hombre incondicional de Madrazo; además, así se acostumbraba: con el presupues-

to público se financiaban las campañas del PRI. Y ahora, por cierto, también las del PAN. Era mucho dinero. En ese tiempo, el gobierno de Tabasco había contratado deuda pública por una cantidad similar. Hay un paralelismo en cuanto al excesivo gasto de campaña y el monto de esa deuda. Además, había aportaciones de Cabal Peniche, dueño del entonces Banco Unión y quien, por cierto, también había dado dinero al PRI nacional para financiar la campaña de Zedillo. El 28 de mayo de 1999, Carlos Cabal Peniche, desde una prisión en Melbourne, Australia, reveló al periódico *The Miami Herald* que en 1994 había contribuido con 25 millones de dólares para las campañas políticas del PRI. Cabal justificó sus aportaciones diciendo que “donativos de esta clase eran normales en México... Eran parte del sistema entre empresarios y políticos...”. Más tarde, cuando se rescató a los banqueros, este dinero fue a parar a la “panza” del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa), y se convirtió en deuda pública, que estamos pagando todos los mexicanos.

En fin, comenzamos a revisar el contenido de las cajas y, por ser tantas, tuvimos que rentar una habitación en el hotel Canadá, cerca del zócalo. No nos costó mucho ordenar porque todo estaba organizado, repito, en carpetas verdes, de las que se emplean para la contabilidad. Se hizo la suma de los comprobantes de gasto y dio la cantidad de 70 millones de dólares que, en aquel tiempo, equivalían a 270 millones de pesos, aproximadamente. La ley electoral de Tabasco establecía como tope de campaña tres millones de pesos. Se procedió por la vía legal pero, como siempre, los que para todo invocan el Estado de derecho y el respeto a las leyes le dieron carpetazo a nuestra denuncia. Es necesario recordar que este asunto lo manejó

el panista Antonio Lozano Gracia, procurador general de la República en el gobierno de Ernesto Zedillo. También hay un señor filopanista, Alonso Lujambio —hoy presidente del Instituto Federal de Acceso a la Información Pública (IFAI)—, que en ese entonces era consejero electoral del IFE y se rehusó a darle curso a nuestras denuncias ante ese órgano electoral. Ahora es muy cercano a Calderón y es de esos derechistas que presumen, hipócritamente, de ser demócratas y defensores de la legalidad.

El 2 de julio de 2006 nos aplicaron la misma receta. La historia se repite. Con dinero y argucias legales consumaron el fraude. Dinero a raudales dado por banqueros, por empresarios, por especuladores y por gente de dudosa honorabilidad, pero con mucha plata.

En suma, la democracia en México se ha convertido en una farsa. Es la democracia de los donantes, la de los barones del dinero. Por eso, hay que rescatarla y hacerla efectiva.

Tras el fraude de 1994, decidimos continuar la lucha. En aquellos días el gobierno intentó, como ahora, privatizar el petróleo. En particular, las plantas petroquímicas. Cabe recordar que, en aquel entonces, el secretario de Energía era Jesús Reyes Heróles, el actual director de Pemex. En consecuencia, nos abocamos a defender el patrimonio nacional. El movimiento de resistencia civil pacífica causó, incluso, el paro temporal en algunos campos petroleros de Tabasco. Por eso también entonces me atacaron mucho. Encarcelaron a alrededor de 200 compañeros, porque llegaba la policía y la determinación era que nadie opusiera resistencia y que todos estuviéramos dispuestos a ir a

la cárcel. Ésa era la consigna. Se acordó en una asamblea general, es más, se votó en la plaza pública: “¿Estamos dispuestos a defender el petróleo aunque tengamos que ir todos a la cárcel como parte de la resistencia civil pacífica?”. La respuesta fue: “Sí”. Tengo grabada en mi memoria, como una fotografía, la escena repetida de cuando llegaba la policía a los distintos lugares de protesta en toda la zona petrolera del estado: recogía a la gente y se ponían otros. Regresaba la policía y lo mismo. Hasta que las cárceles resultaron insuficientes. Además, en sentido estricto, no se tomaron las instalaciones petroleras, sino los caminos que conducen a ellas; caminos que son, al mismo tiempo, las calles de las comunidades. Sencillamente, fue decir: “Ya no pasan por mi pueblo”.

Recuerdo que durante una gira por Europa, Ernesto Zedillo ofreció a inversionistas extranjeros las plantas petroquímicas. De modo que en pleno movimiento, desde aquí, mandamos el aviso de que no permitiríamos la privatización del petróleo en ninguna de sus modalidades, y la información se difundió en todas partes. Zedillo regresó muy enojado y dio la orden a su secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet, y al procurador, Antonio Lozano Gracia, de que nos apretaran. Giraron 12 órdenes de aprehensión en mi contra por todos los delitos habidos y por haber. Pero no se atrevieron a encarcelarme. Ahora los panistas siguen amenazándome con ese expediente. En esos días de protesta me descalabraron y estuve sometido a fuertes presiones. Sobrevolaban helicópteros muy cerca del techo de nuestra casa en Villahermosa. Dos mujeres que estimo mucho, Carmen Lira y Lourdes Galaz, fueron a Tabasco y se llevaron a mis hijos a un hotel para protegerlos.

Pero salimos adelante y no pudieron privatizar la petroquímica. Además, hicimos notar el daño que ocasiona Pemex en comunidades indígenas, donde la nación posee una invaluable riqueza petrolera, pero la gente tiene que padecer por la contaminación de las tierras, las aguas y la atmósfera y vive en la extrema pobreza.

Aquí quiero hacer una reflexión sobre la importancia que tiene, como forma de lucha, la resistencia civil pacífica. De entrada sostengo que la no violencia es eficaz en el ejercicio de la política. Aunque es preciso señalar que, para avanzar con esta estrategia, se necesita organización y liderazgo. No se puede echar a andar un plan de resistencia civil de manera espontánea, con ocurrencias, porque, entre otras cosas, se trata de conducir a mucha gente y siempre se corre el riesgo de la provocación o el desbordamiento. Además, cuando hay protestas debe considerarse que una cosa es el agravio que sentimos los dirigentes, y otra muy diferente es el ultraje y la humillación que, secularmente, ha padecido nuestro pueblo, lo cual tiende a producir reacciones muy fuertes. De modo que es indispensable conocer la psicología del pueblo y tener todos los elementos para evitar que se dificulte la conducción.

Para que el movimiento no se salga de cauce es necesaria mucha reflexión sobre el tema y mucha comunicación con la gente, evitando el radicalismo sin ton ni son y evadiendo el acoso y la provocación. Cuando se reúnen todas estas condiciones, la gente lo asimila bien; al principio piensa de otra manera, quiere resolver las cosas más rápido y con más osadía, con más audacia. Un ejemplo: cuando decidimos caminar hacia la Ciudad de México en

el primer Éxodo por la Democracia, lo hicimos pensando en evadir el acoso y evitar la represión; pero también sabíamos que eso era más eficaz en términos políticos; así lograríamos mejores resultados que permaneciendo en Tabasco.

La lógica de algunos líderes —y también de la misma gente— era: “¿Para qué vamos hasta allá? Mejor, tomemos todos los palacios municipales”. Teníamos mucha capacidad de movilización y se suponía que, con eso, nos resolverían nuestras demandas. La pregunta insistente era: “¿Para qué vamos tan lejos? ¿Para qué caminar mil kilómetros si aquí podemos resolver el problema?”. Sin embargo, decidimos caminar. ¿Por qué? Porque es muy delicado *tomar* una instalación pública. En Tabasco, “Palacio *tomado* es palacio quemado”.

De modo que empezamos la marcha. Pero todavía no salíamos del territorio de Tabasco cuando hubo una especie de rebelión. Antes aclaro que, cuando uno se propone caminar mil kilómetros en una protesta, se avanza en promedio unos 30 kilómetros por día, aunque a veces 40. Los primeros días son los más pesados: el primero, el segundo, el tercero y hasta la primera semana, porque es cuando salen ampollas en los pies y es muy doloroso. Recuerdo que en el tramo entre Cárdenas y Huimanguillo, Tabasco, llevábamos tres días caminando bajo la lluvia y era muy incómodo. Abro un paréntesis para contar cosas que pasan: por ejemplo, se comete el error de utilizar pantalones de mezclilla y es lo peor que puede hacerse porque con el agua, además del peso, se entierran las costuras. Al quitarse el pantalón, la costura se lleva un poco de piel.

En esas circunstancias, se produjo esta especie de rebelión. La gente dijo: “No seguimos caminando, tomamos la carretera”; es decir, la carretera principal del sureste. “¿Para qué caminar? Aquí tendrán que venir a resolver nuestra demanda.” Entonces, tuvimos que destinar todo un día para persuadir y convencer y, al final, seguimos caminando.

En esencia, si la resistencia civil pacífica se conduce bien, hay resultados sin violencia. Luego de las elecciones del 2 de julio pasado, si no se hubiera convocado a los campamentos en el zócalo y en el Paseo de la Reforma, hubiese sido muy difícil la conducción porque cualquier acto de protesta podría haberse salido de control. La gente estaba, y sigue estando, muy molesta con el fraude; además, siempre existe el riesgo de que infiltren provocadores. En cambio, la decisión de instalar los campamentos, aunque fue muy fuerte, muy radical, sirvió para dar cauce al movimiento y evitar la violencia. Desde luego, esto no gustó a la oligarquía y lo usaron para atacarnos con la complicidad de los medios de comunicación. Pero cuando se enfrenta este tipo de situaciones, se debe pensar que nada de lo que hagamos les parecerá bien a nuestros adversarios. Ahora sí que: “Si la ensartas, pierdes; y si no la ensartas, perdiste”. En el caso específico de la reciente lucha postelectoral, nos movimos siempre en el filo de la navaja, porque suele pasar que si no protestas, quedas como traidor al movimiento y se produce la suspicacia de que te vendiste; tus propios adversarios con sus medios de comunicación, que son la mayoría, lo difunden: “Ya llegaron a un arreglo”, “Ya cedió”, “Qué rara actitud, no movió a la gente, no protestó”. Y por el otro lado, si profundizas mucho en la protesta, si se desborda y hay confrontación, alegan que eres un irresponsable, un violento.

Entonces, ¿cómo conducir el movimiento por un camino intermedio, con protesta pero sin violencia, y cómo lograr que sea políticamente eficaz?

Eso puede lograrse con la experiencia adquirida en la lucha cotidiana. Cuando uno ha sido dirigente por muchos años y ha pasado por situaciones difíciles, va aprendiendo. Sabe qué puede hacer, qué no y por dónde conducir. Un político tradicional no lo sabe porque nunca convive con la gente, nunca ha caminado en una marcha, no ha estado en un campamento, no ha dormido en comunidades y a la intemperie, no le han salido ampollas en los pies, no ha sido reprimido y no ha luchado por la gente que va a la cárcel. Es otro mundo.

El político *de arriba* sólo se relaciona con otros políticos. La vida del político tradicional es muy distinta a la del dirigente social. Para el político tradicional, su agenda consiste en desayunar con otro político, con empresarios o periodistas; comer de la misma manera, con sus iguales, los de la llamada sociedad política. En este mundo de la “clase política”, el obrero, el campesino, el indígena, las clases medias sólo son parte del discurso; los políticos tradicionales están en realidad divorciados de la mayoría del pueblo. Un político que viene del movimiento social conoce más a la gente, sabe cómo piensa, qué sentimientos tiene y, además, cuenta con la experiencia que se adquiere en la lucha de oposición.

Un verdadero liderazgo se alcanza cuando se ejerce la política como imperativo ético. Por ejemplo, un dirigente con autoridad moral debe estar dispuesto a enfrentar los mismos riesgos que corre la gente; es aquel que puede poner en riesgo su vida pero sabe que no tiene derecho a poner en riesgo la vida de los demás.

Al conducir un movimiento, no se puede estar dando órdenes y cuidándose más de la cuenta; o buscar un abogado que lo defienda a uno y estar pensando en los amparos. Se tiene que actuar con principios y dignidad. Cuando ocurrió ese movimiento contra la privatización del petróleo y de las plantas petroquímicas, ante la amenaza de que iba a ser aprehendido, estaba consciente y decidido a ir a la cárcel. Se tiene que actuar así para enfrentar la guerra psicológica. Los hombres del régimen son muy dados, primero, a filtrar información a los medios para amedrentar y ver si el dirigente flaquea, se esconde, busca huir o ampararse porque van a proceder en su contra. Por eso, un líder social debe contar con fortaleza interior: éste es su principal escudo, su principal protección. Saber que está defendiendo una causa justa, que no es un delincuente y que llegado el momento tiene que desafiarlos diciéndoles: "Aquí estoy, no tengo miedo, vénganme a buscar". Entonces, la postura personal se vuelve una decisión política, y son los hombres del régimen los que tienen que actuar. Cuando el movimiento petrolero, la decisión estuvo en manos del presidente Zedillo y su secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet; no me encarcelaron porque llegaron a la conclusión de que así no resolvían nada. No procedieron y se llegó al acuerdo de liberar a todos los detenidos y suspender las órdenes de aprehensión. Algo parecido sucedió cuando el desafuero.

Por lo general, todo dirigente que lucha contra el Estado autoritario tiene como referente las experiencias o biografías de los más destacados practicantes de la resistencia civil y de la no violencia. Es lectura obligada un pequeño pero extraordinario libro llamado *Desobediencia civil*, de Henry David Thoreau, quien narra su experien-

cia cuando decidió ir a la cárcel en Estados Unidos por resistirse a pagar impuestos, sosteniendo que ese dinero se utilizaba para financiar la invasión de Estados Unidos a México en 1847. Desde luego, están las grandes enseñanzas de Gandhi que, sabiamente, llegó a decir: “Primero te ignoran. Luego se ríen de ti. Después te atacan. Entonces ganas”. O el libro *El largo camino hacia la libertad*, de Nelson Mandela, quien permaneció 27 años preso, acción decisiva para liberar a Sudáfrica del *apartheid*. Por último, conviene recordar cuando Martin Luther King decidió no pagar fianza y permanecer en prisión como parte de la resistencia civil al ser encarcelado con el pretexto de que conducía un automóvil a exceso de velocidad. Aunque en otras ocasiones nunca faltó “alguien” que pagara la fianza, porque al gobierno no le convenía tenerlo preso.

La cárcel puede significar para un dirigente, en determinado momento, la diferencia entre la vida y la muerte. Lo más grave es que lo asesinen; muchas veces, la cárcel protege porque transcurre un tiempo, cambian las cosas, el dirigente es liberado y conserva su vida. Muchos líderes en la historia política de México se salvaron porque fueron a prisión; otros que no cayeron presos acabaron asesinados.

Un caso que puede confirmar lo anterior es el de un político tabasqueño del PRI a finales de la década de 1960: Carlos Madrazo Becerra, el papá de Roberto Madrazo. Muy distinto al hijo. Mis respetos para el padre.

Carlos Madrazo era un político heterodoxo. Como buen tabasqueño, era muy apasionado. En su juventud había pertenecido al grupo político los “Camisas Rojas” que organizó Tomás Garrido Canabal. Luego fue diputado federal, y en ese entonces (1943) le iniciaron un juicio de desafuero, acusado de traficar con tarjetas de braceros,

y lo encarcelaron. Lo cierto es que se trató de una represalia porque él formaba parte de un grupo que apoyaba como precandidato a la Presidencia de la República al regente de la Ciudad de México, Javier Rojo Gómez, y el candidato *oficial* o del presidente en turno era Miguel Alemán Valdés. Más tarde, de 1959 a 1964, fue gobernador de Tabasco, modernizó al estado y tuvo un buen desempeño. Era un hombre con carisma y con un discurso fogoso. Durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz se convirtió en presidente nacional del PRI y puso en práctica una reforma interna del partido, la cual consistía en que los candidatos a presidentes municipales fueran elegidos por las bases. Tengo la impresión de que todo esto lo hizo *por la libre*, sin línea presidencial, esto es, sin consultar a Díaz Ordaz —como era de rigor en ese entonces—. Por ello se le vino el mundo encima, al cabo de 11 meses lo obligaron a renunciar el 7 de noviembre de 1965, y a partir de ahí empezó a formar un movimiento ciudadano. Recorrió el país, habló en distintos foros, fue a las universidades y convocó, en mayo de 1968, a una asamblea nacional que debería efectuarse del 26 al 28 de septiembre, para definir una plataforma ideológica y resolver sobre la creación de un frente o de un partido que se llamaría, según se dijo, “Patria Nueva”. Este proceso resultó muy atractivo sobre todo para los jóvenes pero, al mismo tiempo, muy riesgoso porque estamos hablando de la época de Díaz Ordaz, uno de los presidentes más autoritarios de la historia de México.

Durante el movimiento estudiantil de 1968 muchos jóvenes lo buscaron. Aunque tenía contacto con ellos, no participó en las manifestaciones; le dio miedo, consideró que no debía hacerlo o no se decidió. De todas maneras, lo

acusaron de estar detrás del movimiento estudiantil, como le echaron la culpa a todo el mundo, sobre todo a la Unión Soviética y al comunismo internacional. En realidad, se trataba de un movimiento por la liberación de la juventud que se expresó en México y en otros países. En México, específicamente, fue un movimiento de rechazo al autoritarismo del régimen y un reclamo por la democracia.

A Madrazo no sólo se le combatió como opositor al régimen sino que se le acusó de instigador de la violencia. Incluso, luego de la matanza de estudiantes en Tlatelolco, algunos lo acusaron de haber provocado la masacre y de ser uno de los líderes “ocultos” del movimiento.

Después de la represión del 2 de octubre, Madrazo entró en una profunda crisis emocional. Se reprochaba todo: su indefinición, el haber suspendido la asamblea y el haber optado por abstenerse, cuando era el momento de salir a la calle y acompañar a los jóvenes. Darío Vasconcelos, uno de sus amigos más entrañables desde la época de juventud, percibió su estado de ánimo. Cuenta que se entrevistó con él y lo notó angustiado.

Su cambio era notorio. No era el manojito de nervios de siempre. La insatisfacción que sentía y que no podía ocultar asomaba a sus ojos... “¡No sé qué fue lo que me ocurrió! —me dijo en un grito de desbordante franqueza—. ¡No fue temor, te lo aseguro! ¡Qué diablos me importaba haber vuelto a la cárcel, como preso político! Y estoy seguro que si me hubiera presentado en esos momentos habría ahorrado muchas desgracias. ¡Estoy seguro de que los jóvenes me hubieran escuchado!”

Luego de estos difíciles momentos, Madrazo bajó la intensidad de su acción. Suspendió sus conferencias y decidió esperar a que pasara el vendaval autoritario. Sin embargo, ya estaba en la mira. Apenas comenzó a moverse de nuevo cuando el avión en que viajaba a Monterrey estalló cerca del cerro Pico del Fraile, el 4 de junio de 1969.

Desde entonces, la pregunta obligada ha sido si fue un accidente o un sabotaje. Yo tengo razones suficientes para sostener que fue un asesinato político. El primer elemento digno de ser considerado es el carácter autoritario del régimen. El propio Madrazo decía que “en el aspecto político, nuestro sistema ha rebasado trabajosamente la matanza de Huitzilac pero no ha salido de la década de los veinte”. Los hombres del gobierno conocían bien a Madrazo. Recelaban de sus intenciones. Estaban seguros de que sólo esperaba el momento. Tenían presentes las experiencias de José Vasconcelos (1929), Juan Andrew Almazán (1940) y Miguel Henríquez Guzmán (1952), y pensaban que la oportunidad de Madrazo llegaría con la sucesión presidencial: Madrazo se lanzaría como candidato independiente a la Presidencia, contaría con muchas simpatías y no tenían más remedio que eliminarlo. No es casual que el *avionazo* ocurriera muy poco antes del destape de Luis Echeverría como candidato del PRI a la Presidencia de la República.

Pero, en concreto, ¿por qué sostengo que lo mataron? Una vez, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas me contó que llegó a visitar a su padre, el general Lázaro Cárdenas, y se topó en la entrada de la casa con el general Marcelino García Barragán, quien era el secretario de la Defensa Nacional. Este pasaje ocurrió un año después de la represión estudiantil, del asesinato de Madrazo, y poco antes de que finalizara el gobierno de Díaz Ordaz. Cuauhtémoc

Cárdenas le preguntó a su padre el motivo de la visita del general García Barragán. Y su padre le contestó que había ido a informarle sobre la participación del Estado Mayor Presidencial en la matanza estudiantil de Tlatelolco y en el asesinato de Carlos Madrazo. Me acuerdo que el ingeniero Cárdenas mencionó que esta revelación la había hecho el general García Barragán con lágrimas en los ojos. Luego supe que García Barragán tenía esa característica: era llorón como Porfirio Díaz, Francisco Villa y otros políticos a quienes, a pesar de su reciedumbre, los embarga el sentimiento. Desde luego, al contar esto no pretendo deslindar al Ejército de esos hechos. Lo único que me importa es la responsabilidad que pudo tener el Estado Mayor en aquella represión. También es importante precisar que en México existe, por un lado, la Secretaría de la Defensa y, por el otro, el Estado Mayor Presidencial, cuyo objetivo es la protección del presidente de la República. Es un agrupamiento especial del Ejército pero, en la práctica, mantiene una autonomía relativa respecto de la Secretaría de la Defensa.

Dicho sea de paso: en la campaña presidencial del 2006, cuando ofrecieron darme seguridad por parte del Estado Mayor Presidencial, me rehusé a aceptarla porque —aunque las cosas han cambiado— siempre hay que considerar el comportamiento de este cuerpo de élite en épocas anteriores. Más aún después de las sospechas que se levantaron tras el asesinato de Luis Donaldo Colosio o, cuando menos, por lo cuestionable que fue la protección que le dieron durante su campaña presidencial en 1994. Por eso, propuse a un general tabasqueño de mi confianza, Audomaro Martínez Zapata, quien fue comisionado para encargarse de mi seguridad mientras duró la campaña.

Ahora bien, ¿qué hubiera pasado si Carlos Madrazo se pronuncia y sale a la calle con los jóvenes participando en las manifestaciones? Tal vez hubiese ido a la cárcel, como el ingeniero Heberto Castillo, Pablo Gómez, José Revueltas, Gilberto Guevara Niebla, Raúl Álvarez Garín y otros, pero tal vez habría salvado la vida. Por eso sostengo que para un dirigente que lucha contra un régimen autoritario, muchas veces es mejor la cárcel que la calle.

El asesinato de Luis Donaldo Colosio tampoco merece el olvido. Es otro capítulo triste de la historia política de México. Lo conocí personalmente dos días antes de su asesinato. El crimen ocurrió el 23 de marzo de 1994. El 21 yo había cenado con él. Al día siguiente, salió de gira hacia el norte del país, estuvo en Sinaloa y en Baja California Sur; y el 23 lo asesinaron en Lomas Taurinas, Tijuana. Fue un crimen horrendo, lo victimaron de manera vil.

Tenía discrepancias *arriba* y su asesinato, como es obvio y de dominio público, está vinculado con el poder; es un crimen de Estado. Y una característica de los crímenes de Estado es que difícilmente llegan a esclarecerse y por lo tanto nunca se castiga a los verdaderos responsables. Así pasó con el asesinato de John F. Kennedy, cuya investigación estuvo llena de contradicciones y nunca se llegó al fondo.

La eliminación de un dirigente es un retroceso histórico. En primer lugar, porque la violencia no debe aceptarse en la política. El atraso político de un país se mide por los niveles de represión que predominan, sobre todo, por los asesinatos de dirigentes campesinos y obreros; de periodistas y de defensores de los derechos humanos.

Además, el asesinato de un dirigente político siempre implica un daño a la vida pública. Es cierto que el pueblo es el motor del cambio, pero un buen líder puede ser determinante en la transformación de los pueblos.

SEGUNDA PARTE

EL PARTIDO

En 1996 pasé, sin demasiados tropiezos, de lo regional a lo nacional asumiendo la presidencia del PRD. Fue todo un desafío porque tuve que empezar a moderar mi fogosidad tropical sin perder autenticidad. La política es, entre otras cosas, el arte de conciliar la razón con la pasión.

El 3 de agosto de 1996 asumí la presidencia nacional del PRD, tras una contienda en la que participaron Amalia García Medina y Heberto Castillo. Al ganar la elección interna, lo primero fue hablar con los otros candidatos. De conformidad con los estatutos del partido, por haber triunfado con un amplio margen tenía la facultad de nombrar a la mayoría de los miembros del Comité Ejecutivo Nacional, pero no procedí de esa manera: acordé con el ingeniero Castillo y con Amalia incluir en la dirección a compañeros de las corrientes que ellos encabezaban.

Integré un Comité Ejecutivo plural; elaboramos un programa de trabajo, definimos reglas claras y, por encima del interés personal o de grupo, se colocaron las causas del partido y del pueblo de México. Fue un buen Comité Ejecutivo en el que participaron, por cierto, varias mujeres que respondieron bien, con entrega y res-

ponsabilidad, y obtuvimos resultados políticos y electorales muy importantes.

Mientras fui dirigente nacional del PRD, Ernesto Zedillo era presidente de la República. Con él tuve una relación tirante. Comenzó más o menos bien. Mi antecesor, el licenciado Porfirio Muñoz Ledo, había logrado con Zedillo y con otras fuerzas políticas cambios importantes a las reglas electorales. Esto fue posible, en gran medida, gracias al movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), porque las concesiones en el terreno democrático pocas veces se dan por voluntad o gracia de *los de arriba*: cuando se avanza es porque hay detrás un movimiento social o una circunstancia específica. El zapatismo contribuyó mucho para estos cambios durante el gobierno de Zedillo. Por ejemplo, cuando se creó el primer Consejo General del IFE, Zedillo estuvo de acuerdo en que fuese plural, sin el predominio del PRI. Antes, este Consejo dependía de la Secretaría de Gobernación. Con Zedillo se hizo autónomo y los consejeros se nombraron a partir de un acuerdo entre los partidos: ellos tenían el poder pero aceptaron proponer sólo dos consejeros; el PAN, dos; nosotros, tres, y el Partido del Trabajo (PT), uno. De origen, en el nuevo Consejo General del IFE ya el PRI no tenía mayoría.

Como dirigente del PRD me tocó encabezar esta negociación. Nos trabamos por dos asuntos: primero, porque el PRI y el PAN estaban decididos a designar como consejero presidente a Jorge Alcocer. Ya lo habían negociado los priistas con Diego Fernández de Cevallos y con Felipe Calderón, entonces presidente nacional del PAN, a lo cual

en el PRD nos opusimos porque no le teníamos confianza: en 1988, Alcocer había estado con nosotros y en 2000 con el PRI, en la campaña de Francisco Labastida (ahora le hace trabajos a Calderón). Luego de argumentar nuestra inconformidad, logramos que retiraran la candidatura de Alcocer y se propuso conjuntamente a un constitucionalista, don Héctor Fix-Zamudio, pero no aceptó. La tercera propuesta recayó en el entonces presidente de El Colegio de México, Andrés Lira González, quien tampoco aceptó. Considero que estas posturas hablan bien de ellos, porque en el sistema político mexicano casi nadie dice que no cuando se trata de estos ofrecimientos. La cuarta opción fue José Woldenberg. Él sí aceptó y se logró el consenso. Por cierto, ese Consejo General no actuó mal, sobre todo si se compara con la indigna y tramposa actitud de los actuales consejeros del IFE, presididos por un personaje lamentable impuesto por Elba Esther Gordillo.

El otro asunto complejo fue el de la apertura de la televisión a los partidos políticos. Me consta que, a finales de 1996, hace relativamente poco, a los partidos de oposición no se les permitía ni siquiera contratar publicidad para comunicarse por televisión. Al llegar a la presidencia del PRD, me propuse romper ese bloqueo. Con ese propósito, se contrató a la publicista Teresa Struck, quien nos hizo los primeros mensajes de 20 segundos para las elecciones municipales del Estado de México, de noviembre de ese año. Sin embargo, ni pagando las televisoras quisieron transmitirlos, a pesar de que su contenido era totalmente moderado. Por eso, cuando estábamos en la mesa de acuerdos en la Secretaría de Gobernación, amenacé con retirarnos si no se transmitían nuestros mensajes. Así fue como, luego de la intervención de Gobernación,

comenzaron a vendernos tiempos para nuestras campañas. Esto explica, en parte, por qué Zedillo y el régimen permitieron la integración plural del Consejo General del IFE; de seguro, calcularon que el Estado contaba, como sucede hasta ahora, con varios instrumentos o mecanismos para inclinar la balanza durante los procesos electorales.

También con Zedillo me tocó ver parte de la negociación sobre el financiamiento a los partidos políticos. Desde entonces, hemos expresado nuestro desacuerdo por el cuantioso gasto en campañas políticas. En la legislación electoral de agosto de 1997, se dispuso entregar bastante dinero a los partidos. Rechazamos ese ordenamiento en particular, pero aun así se aprobó. En congruencia, nosotros decidimos utilizar sólo lo indispensable para las tareas del partido. El excedente se destinó a otros propósitos: una parte se usó para comprar libros de secundaria, que se entregaron a 700 mil alumnos de los municipios más pobres del país; otra parte se utilizó para apoyar con becas a viudas y huérfanos de compañeros asesinados durante el salinismo, y una tercera parte se destinó para abrir oficinas en ciudades fronterizas y proteger a los trabajadores mexicanos que emigran a Estados Unidos y que son vejados o maltratados.

Otro distanciamiento con Zedillo se dio cuando se echó para atrás en la aprobación de los *Acuerdos de San Andrés Larráinzar*. En ese entonces, los miembros de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) habían empeñado su palabra con los zapatistas de cumplir esos acuerdos. El ingeniero Heberto Castillo, miembro de esa comisión en su calidad de senador, había estado trabajando con intensidad para la pacificación de Chiapas. Recuerdo que se molestó mucho porque Zedillo se retractó; pero también se echaron para atrás el representante del PAN, el

senador Luis H. Álvarez, y otros. El caso es que los *Acuerdos* quedaron sin efecto.

El gobierno usó el pretexto de que, si firmaba un documento de esta naturaleza, se estarían sentando las bases de la fragmentación del país, es decir, su *balcanización*. Se dijo que otorgar la autonomía a las comunidades indígenas implicaba ceder los recursos naturales y el petróleo, cuando en realidad en los *Acuerdos* se habla de respetar el dominio de la nación sobre el subsuelo y otros bienes. El punto es que el gobierno federal incumplió los *Acuerdos de San Andrés Larráinzar* en el sentido de garantizar la autonomía de los pueblos indígenas.

Me parece pertinente definir mi posición respecto del subcomandante Marcos. Siempre me ha parecido un hombre inteligente; aunque no comparto del todo su visión política. Por ejemplo, pienso que se equivocó en sus apreciaciones sobre el proceso electoral de 2006. Nunca he respondido a sus ataques y críticas ni lo voy a hacer, pero ha hecho juicios sin sustento con relación a mi persona. En plena campaña electoral llegó a decir que yo era “el huevo de la serpiente que anida en el gobierno de la Ciudad de México” y a insinuar que fomentaba el narcotráfico. Barbaridad y media. Señalamientos que nada tienen que ver con mi vida. No tengo nada de que avergonzarme y siempre he actuado de manera congruente. Eso sí, todas sus declaraciones fueron ampliamente utilizadas y difundidas por nuestros adversarios. Nunca voy a polemizar con él porque no lo considero mi adversario, mucho menos mi enemigo. Creo que es un luchador social que ha contribuido al movimiento por la democracia, a lo mejor sin proponérselo o sin que ése sea su propósito principal, porque no parece estar muy de acuerdo con la vía electoral.

En tres ocasiones me he reunido con el subcomandante Marcos. Antes de asumir la dirigencia nacional del PRD, doña Rosario Ibarra y yo acompañamos al ingeniero Cárdenas a un encuentro con él en la comunidad de Guadalupe Tepeyac, Chiapas. Eran momentos de mucha tensión, porque estaba a punto de desatarse de nuevo el enfrentamiento entre el EZLN y el gobierno. El propósito era convencer a Marcos de una especie de tregua, para evitar la represión. El ingeniero Cárdenas le llevó una carta notable en la que hacía toda una argumentación acerca de la importancia de la paz, del sufrimiento que produce la violencia y de lo imprescindible del zapatismo. No sé si se haya publicado pero era una carta muy profunda y, sobre todo, muy oportuna. Marcos se convenció y días después planteó la tregua mediante un comunicado. Nos quedamos muy contentos porque se había logrado el propósito de detener una confrontación. Aunque tiempo después Zedillo no supo valorar la importancia del diálogo y del acuerdo, y el 9 de febrero de 1995 ordenó la represión.

La ruptura política definitiva con Zedillo se dio a partir de que decidió convertir mediante el Fobaproa deudas privadas, de unos cuantos, en deuda pública. Denuncié esa irregularidad en 1997, por primera vez, luego de una reunión que tuvimos y en la cual se le *escapó* comentarme sobre esa decisión, aunque para entonces yo ya tenía indicios. Le planteé que no estaba de acuerdo, que no era posible que dinero público se destinara al rescate de traficantes de influencias y de hombres de negocio vinculados al poder, mientras se requerían caminos, presas, obras públicas, infraestructura, impulso al campo y, sobre todo, inversiones

para garantizar la educación pública y la salud. ¿Por qué vamos a rescatar a los banqueros? Y lo peor: ¿por qué vamos a solapar el saqueo y la corrupción? En esa ocasión, le puse como ejemplo que si un comerciante o cualquier persona fracasaba, tenía que ver cómo le hacía porque el gobierno no iba a rescatarlo y que, si había que “rescatar” a alguien con el presupuesto público, que es dinero de todo el pueblo, se tenía que pensar primero en millones de mexicanos que padecían —y padecen— por la pobreza y la marginación.

Zedillo respondió que no compartía mi punto de vista y, a partir de ahí, rompimos y comencé a denunciar el saqueo más grande que se haya cometido en México desde la época colonial. Además, Zedillo mintió al asegurar, en su segundo Informe de Gobierno, que el rescate financiero nos iba a costar 180 mil millones de pesos cuando, en realidad, se trata de una deuda de alrededor de un billón 200 mil millones de pesos, incluyendo el capital principal y los intereses. Es decir, más de seis veces lo que él informó.

Fue tan grande la discrepancia con Zedillo por este tema que nunca volvimos a encontrarnos. Cuando gané la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, en julio de 2000, no se comunicó conmigo; sólo felicitó a Vicente Fox. Después él se fue a radicar al extranjero y no lo he vuelto a ver.

El caso Fobaproa mostró con claridad que la política económica que se viene aplicando desde la época de Salinas tiene como principal lineamiento privilegiar los intereses financieros sobre las demandas sociales y aun sobre el interés público.

Más allá del discurso neoliberal y del fundamentalismo tecnocrático, está el hecho evidente de que esa política económica sólo busca satisfacer la voracidad de las mino-

rías, sin interés alguno por el destino del país ni, mucho menos, por los reclamos de todo un pueblo que se ahoga en la injusticia y la pobreza.

En la práctica, el gobierno se ha convertido en un comité al servicio de un puñado de especuladores y traficantes de influencias. Sólo así se explica que se haya considerado más importante el rescate bancario que el bienestar de la mayoría de los mexicanos. Todo comenzó cuando Salinas se propuso crear “la nueva clase empresarial mexicana”, vinculada a sus intereses políticos. Durante su gobierno entregó a particulares, como nunca en la historia de México, empresas y bancos propiedad de la nación. Todo se llevó a cabo sin legalidad ni transparencia. Así surgió la nueva camada de banqueros salinistas. Sólo tres tenían experiencia bancaria, la mayoría eran propietarios de casas de bolsa o no contaban con ningún mérito empresarial, y algunos, incluso, tenían una dudosa reputación y hasta antecedentes penales. Como era de esperarse, los bancos privatizados operaron sin ningún tipo de supervisión ni control, lo que dio lugar a que los mismos accionistas se autoprestaran y otorgaran tanto créditos quirografarios o sin garantía como por consigna o influyentismo.

Al estallar la crisis de 1995, Ernesto Zedillo, en vez de transparentar el quebranto bancario, dimensionarlo, fincar responsabilidades y buscar el menor costo para las finanzas públicas, optó también por la simulación, el engaño, la ilegalidad, incluso por la violación constitucional. Al inicio del sexenio de Zedillo se creó la Unidad Coordinadora del Acuerdo Bancario Empresarial (UCABE), a cargo de Eduardo Bours, expresidente del Consejo Coordinador Empresarial, encargado de recaudar las aportaciones económicas para Francisco Labastida como precandidato

del PRI a la Presidencia de la República y, ahora, gobernador del estado de Sonora. La UCABE, conocida como “el Barzón de los ricos”, sirvió de instrumento para reestructurar créditos a favor de grandes empresas con pérdidas millonarias para el erario. La justificación era que, al rescatar de la quiebra a las empresas más importantes del país, éstas, como por arte de magia, *jalarían* a las demás. Tal razonamiento sólo sirvió para encubrir el tráfico de influencias y permitir operaciones fraudulentas de todo tipo. Más tarde se utilizó al Fobaproa, el fideicomiso que sin facultades legales compró a los bancos cartera *chatarra* por miles de millones de pesos, a sabiendas de que los créditos no iban a ser recuperados porque tenían problemas de origen; es decir, fueron otorgados sin garantías y sin el debido sustento documental.

Para llevar a cabo todas estas operaciones, los funcionarios del Fobaproa, con el aval del gobierno federal, por medio de la Secretaría de Hacienda, suscribieron pagarés a favor de los bancos, violando flagrantemente la Constitución, pues el Poder Legislativo es el único que tiene la facultad para autorizar endeudamiento público, tanto en el ámbito interno como en el externo.

Por si fuera poco, en el manejo del fideicomiso hubo un cúmulo de irregularidades y violaciones a la ley, que hicieron aún más grande el quebranto financiero. En concreto, hubo influyentismo al más alto nivel: se recibieron bienes en dación de pago con avalúos inflados y se vendieron activos a precios irrisorios. Incluso, hace no mucho, todavía el Instituto de Protección al Ahorro Bancario (IPAB) —organismo que sustituyó al Fobaproa— remató casas o departamentos a razón de tres mil pesos a los hijos de Marta Sahagún, esposa de Vicente Fox.

Uno de los tantos casos de corrupción e influyentismo fue el rescate carretero. Por ejemplo, se pagó una indemnización al Grupo Mexicano de Desarrollo, de la familia Ballesteros, en condiciones totalmente dañinas para las finanzas públicas. Esta empresa, con el manejo de influencias, a finales de 1997 empezó a solicitar una indemnización por 309 millones de dólares, en el marco del rescate carretero por la autopista Cuernavaca-Acapulco. A principios de enero de 1998, de forma inexplicable, el grupo terminó recibiendo 723 millones de dólares, más del doble de lo que en un principio había solicitado. El pago lo realizó la Secretaría de Hacienda, la cual compró a Banca Serfin la cartera vencida de esta empresa.

Es obvio que en estos enjuagues se cometieron delitos graves que involucran, entre otros, a Guillermo Ortiz, entonces secretario de Hacienda y ahora gobernador del Banco de México. Las pruebas de esos ilícitos son irrefutables: en el decreto presidencial para el rescate carretero, publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 27 de agosto de 1997, se estableció como obligatorio realizar auditorías externas y que el monto de la indemnización a las empresas rescatadas fuera fijado por la Comisión de Avalúos de Bienes Nacionales. Todo este procedimiento fue evidentemente violado. La indemnización a los Ballesteros, como en otros casos, se llevó a cabo a partir de los arreglos que se dieron en las altas esferas del poder. A pesar de ello, nunca se castigó a ninguno de los altos funcionarios públicos que participaron en todos estos actos de corrupción. Al contrario: estos tecnócratas siguen contando con la admiración de los hombres de negocios vinculados al poder y de la llamada sociedad política, lo cual me hace recordar a don Jesús Silva Herzog cuando en 1943 se quejaba de que en

México “son muchos los funcionarios gubernamentales que han hecho su fortuna sin perder públicamente su respetabilidad y éste es el mayor de los males”.

Como presidente del PRD hice todo lo posible, a partir de octubre de 1997, por esclarecer el asunto y reducir el daño a las finanzas públicas. Recuerdo que en una entrevista con Ricardo Rocha, propuse por primera vez la creación de una Comisión de la Verdad para revisar a fondo todo el quebranto financiero, fincar responsabilidades y presentar alternativas de solución.

El 28 de mayo de 1998 lanzamos el primer manifiesto a la nación exponiendo el problema. La posición era que, antes de convertir en deuda pública el Fobaproa, había que hacer auditorías banco por banco, expediente por expediente, caso por caso, para depurar la cantidad global y saber qué porcentaje asumirían los bancos al comprobarse operaciones ilegales, y luego buscar alternativas para los pequeños y medianos deudores que habían sido víctimas de la crisis económica. Es obvio, el tema central era el de la transparencia. Desde el principio el gobierno se negó a dar información, con el pretexto del secreto bancario, a lo cual respondimos que no se trataba de un asunto entre particulares, sino que se intentaba hacer pública la deuda privada de unos cuantos, lo cual hacía indispensable la apertura de toda la información.

Ante la negativa reiterada del gobierno de proporcionar información, hicimos un llamado a la ciudadanía para que nos acercara documentos y testimonios sobre el tema. La respuesta fue sorprendente. Gracias a ello, el 3 de agosto de ese año dimos a conocer el primer paquete de los beneficiarios del rescate, con cantidades globales y con observaciones sobre las características del banco, consorcio o persona beneficiada.

La publicación de esta lista causó gran revuelo. Desde Los Pinos se instruyó a Eduardo Bours, dirigente del Consejo Coordinador Empresarial, para que orquestara toda una *lanzada* contra nosotros. En ella participaron, mediante la publicación de desplegados periodísticos y en recurrentes apariciones en medios electrónicos, los presidentes de Coparmex, Concamín, Concanaco, Canacintra, el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios y la Asociación de Banqueros de México. Eduardo Bours llegó a decir que el PRD pretendía convertir el caso Fobaproa en “un juicio sumario o de cacería de brujas” y que poníamos en riesgo, con “acusaciones infundadas, el prestigio y la viabilidad de las empresas que cotizan en la Bolsa Mexicana de Valores”. Es más, aseguró que nos demandarían por la vía legal “por difamación, daños morales y lo que resulte”. Como es obvio, nunca se atrevieron a presentar ninguna denuncia, por la sencilla razón de que todo lo que decíamos era cierto y ellos eran parte del saqueo.

Luego de la publicación de las listas convocamos a una consulta pública nacional sobre el Fobaproa. En medio de presiones del gobierno, enfrentando amenazas y actos de provocación, recorrí en 15 días todas las capitales de los estados para reunirme con dirigentes estatales del PRD y con representantes de organizaciones sociales y ciudadanas. En esa gira, logramos que todo el partido participara de lleno para divulgar en qué consistía el Fobaproa. El 30 de agosto de 1998 se celebró la consulta nacional. La participación fue extraordinaria, votaron tres y medio millones de ciudadanos: la mayoría rechazó la propuesta del gobierno y se opuso a que las deudas privadas se convirtieran en deuda pública sin la realización de auditorías.

Todo este proceso pudo tener un mejor final pero, como siempre, los delincuentes *de cuello blanco* contaron con la complicidad de los dirigentes del Partido Acción Nacional. Cuando se dio a conocer la lista de los beneficiarios del Fobaproa, Vicente Fox, entonces gobernador de Guanajuato, pegó el grito en el cielo; con su peculiar estilo preguntó: “¿Por qué el PRD desnuda, le baja los calzones a cientos de empresas y [...] exhibe [las listas] ante el pueblo de México?”. Más tarde, en plena campaña presidencial, habló de que se iba a “castigar a los culpables” y, como ya sabemos, una vez que llegó a la Presidencia no sólo protegió a los saqueadores, sino que las empresas de su familia fueron beneficiadas, como también resultaron favorecidos otros destacados dirigentes y promotores del Partido Acción Nacional.

También conviene, para refrescar la memoria, revisar la actitud de Felipe Calderón, en ese entonces presidente nacional del PAN. Calderón siempre ha sido un simulador, encarna la hipocresía, que es la verdadera doctrina de la cúpula de ese partido. El 28 de octubre de 1998 acudimos juntos a una mesa de debate en Monitor Radio, con el periodista José Gutiérrez Vivó, donde Calderón aseguró que el PAN no aprobaría el Fobaproa. Veamos lo que afirmó:

AMLO: “...Ustedes acordaron con el Gobierno resolver el asunto del Fobaproa sin castigo a los responsables y sin que estén las auditorías...”

GV: “A ver, le va a contestar...”

FCH: “Nosotros no vamos a aprobar el Fobaproa, Andrés Manuel...”

AMLO: "Aquí el tema es: ¿van a aprobar el dictamen con el PRI a principios de noviembre sobre el Fobaproa, sí o no?"

AMLO: "...¿Sí?..."

FCH: "...¡No!..."

AMLO: "¡Ah, perfecto! Ya está..."

GV: "Ya le dijo que no..."

AMLO: "Ya está."

FCH: "Ya."

AMLO: "Vámonos."

No obstante, mes y medio después, en la madrugada del 12 de diciembre, con 325 votos del PAN y del PRI, el Fobaproa quedó aprobado.

Aquí sólo añado que recientemente el presidente espurio, Felipe Calderón, tomó la decisión de privatizar de nuevo las autopistas, cuyo rescate se hizo a costillas del erario con un costo de 160 mil millones de pesos y por el que nadie ha sido castigado. Al contrario, ahora se devolverán las carreteras a los mismos concesionarios que las quebraron durante el Fobaproa y todo porque este grupo apoyó con dinero su campaña. Es decir, la inmoralidad continúa.

Al frente de la dirección nacional del PRD obtuvimos logros electorales muy importantes: dio resultados el habernos dedicado a fortalecer la organización del partido y trabajar abajo y con la gente. La actividad política requiere pensamiento y acción. Claro que es importante el pensamiento, la reflexión, pero es fundamental el trabajo, que propicia la buena fortuna. Es importante estar presente en

todos los lugares del país, hablar con la gente, organizar, postular buenos candidatos y apoyar las campañas.

Las primeras elecciones locales que me tocaron fueron las del Estado de México, Guerrero e Hidalgo, y me dediqué a recorrer sus municipios para levantar al partido y, al mismo tiempo, buscar buenos candidatos.

Luchar por la vía electoral implica apegarse a ciertas reglas. Una de ellas es postular candidatos que cuenten con el reconocimiento de la población. Puede haber un dirigente social extraordinario, una mujer o un hombre honrado, recto y comprometido pero, a lo mejor, no es conocido y no es un candidato idóneo. Una cosa es ser dirigente, y otra, candidato. Son lógicas distintas, porque el dirigente trabaja más a partir de sectores. Se desenvuelve más en ciertos círculos o núcleos de población. El candidato debe ser conocido por más personas, tener aprobación no sólo de las clases populares sino también de las clases medias. A veces ocurre que un buen dirigente es, al mismo tiempo, un buen candidato. Pero es indispensable estar dispuestos a abrir el partido a candidatos externos. Si se acepta luchar por la vía electoral, no se puede participar en las elecciones sólo de manera testimonial; se participa para ganar, para avanzar en ese terreno.

Me tocó dirigir el PRD en circunstancias muy difíciles. El partido había resentido mucho la embestida salinista y era necesario reposicionarlo. En el sexenio de Salinas hubo muchos asesinatos de dirigentes políticos y sociales. Durante su gobierno perdieron la vida alrededor de 600 militantes y simpatizantes de nuestra organización política. Es algo que nunca se debe olvidar.

El régimen salinista optó por destruir al PRD y negociar con el PAN. En ese tiempo se empezó a construir la

alianza entre el PRI y el PAN, la cual dio lugar a la componenda que hoy conocemos como PRIAN. Mientras que al PAN le respetaban sus triunfos (ganaron su primera gubernatura en Baja California en 1989), a nosotros nos hacían fraude en todos lados. No sólo eso: con la complicidad de los medios de comunicación, sobre todo de la televisión, pusieron en marcha una estrategia de desprestigio, intimidación y miedo. Muchas veces repitieron que el PRD era el “partido de la sangre y de la violencia”. Entre tanto, utilizaban los recursos públicos y los programas sociales para traficar con la pobreza de la gente y comprar lealtades con fines electorales.

Como resultado de estas acciones, después de que en 1988, según cifras oficiales, habíamos obtenido a nivel nacional 30.8 por ciento de los votos, en las elecciones de 1991 para renovar el Congreso nos *bajaron* a nueve por ciento. Es decir, nos *barrieron*, querían desaparecernos por completo. Nos dieron trato de enemigos a destruir, no de adversarios a vencer.

También desde los tiempos de Salinas existía la idea de consolidar el bipartidismo. Se apostaba a algo muy parecido al sistema político estadounidense, de dos partidos, pensando desde luego en eliminarnos de la escena político-electoral: nuestros adversarios querían la alternancia entre el PRI y el PAN pero sin ningún cambio fundamental, porque la diferencia entre estos partidos es como la que puede haber entre la Coca-Cola y la Pepsi-Cola. Ahora, incluso, las franquicias de esos dos partidos están en manos de los oligarcas y las usan según les convenga en su juego de intereses. En esencia, a los que se creen amos y señores de México no les conviene que participemos y nos vaya bien, porque la opción que proponemos es distinta,

significa aspirar a un cambio verdadero. No es nada más lo electoral, es una dimensión social; es la lucha contra la desigualdad económica, la corrupción y la impunidad; es la reivindicación de las demandas de la mayoría. Es “arriba los de abajo”, sin que esto signifique literalmente “abajo los de arriba”; significa, eso sí, “abajo los privilegios”.

Decididos a no ser relegados, buscamos colocarnos en el centro de la acción política. Y lo conseguimos. En la elección federal intermedia de 1997, el PRD desplazó al PAN como segunda fuerza en la Cámara de Diputados. Esto se logró con el trabajo de base, con la unidad y con la postulación de candidatos externos. Aunque no cualquiera pudo ser candidato: se cuidaron perfiles y trayectorias. No fue abrir las puertas de par en par. Nos reservamos el derecho de admisión. Por eso, aunque estas candidaturas siempre generan polémica, logramos consenso en el interior del partido. Nunca hubo un reclamo por la invitación de algún personaje de la sociedad civil a que se incorporara como candidato del PRD. Casi no hubo problemas y sí, entraron personas que venían del PRI y otros sin partido. Por esa apertura fueron legisladores Bernardo Bátiz, María Rojo, Ricardo García Sáinz, Enrique González Pedrero y otros más.

En las elecciones de 1997 participaron con nosotros muchos candidatos sin partido: maestros, comerciantes, pequeños empresarios, médicos. Agregaría que, de todos los profesionales, los más interesados en participar en política son los médicos. ¿Por qué? Porque son muy sensibles a los padecimientos de la sociedad. Muchos médicos cuentan con reconocimiento social por bondadosos y humanitarios; cobran la consulta al que tiene para pagar y a la gente humilde la atienden sin recibir nada a cambio. Por

lo general, ese médico humanitario tiene buena fama pública y buena fama pública es poder. Un candidato así tiene amplias posibilidades de ganar. En nuestro movimiento hay muchos médicos y maestros.

En suma: durante el tiempo que fui presidente del PRD se alcanzaron los siguientes resultados electorales: a fines de 1996, en las elecciones locales del Estado de México, de gobernar siete municipios pasamos a 27, incluido el de Ciudad Nezahualcóyotl, el segundo más poblado del país. Por cierto, desde entonces se ha ganado ahí de manera ininterrumpida. En el caso de Guerrero: gobernábamos 13 y pasamos a 21 municipios. En Hidalgo sólo gobernábamos en el municipio de Tezontepec de Aldama y, tras la elección del 10 de noviembre de 1996, ganamos siete ayuntamientos. A partir de 1997, en las elecciones de Morelos pasamos de uno a 13 municipios, y en ese estado prácticamente empatamos en votación con el PRI, que obtuvo 34.3 por ciento; en tanto que nosotros logramos 33.6 por ciento.

Como ya lo mencioné, en la elección federal intermedia de 1997 desplazamos al PAN como segunda fuerza nacional, pasamos de siete diputados de mayoría a 70 y ganamos la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, con Cuauhtémoc Cárdenas, quien, como en 1988, se convirtió en un gran atractivo no sólo para la gente de la capital: su prestigio nos ayudó a avanzar en el ámbito nacional. Se ganaron, entonces, las gubernaturas de Zacatecas, Baja California Sur y Tlaxcala. Es decir, de no tener ninguna, obtuvimos cuatro, incluido el Distrito Federal.

El caso de Ricardo Monreal es muy interesante. El presidente Zedillo no quería que Monreal fuera el candidato del PRI al gobierno de Zacatecas en la elección de 1998. Sin embargo, Ricardo tenía y sigue teniendo mucha aceptación en su estado natal. El coraje de Zedillo se había originado porque Ricardo acudió a la presentación del libro *La Neta II*, escrito por la combativa periodista Manú Dornbierer, en donde hacía alguna crítica a la esposa del presidente. Ricardo fue acusado de promover el libro y fue hecho a un lado en el proceso de selección interna del PRI, partido en el que militaba.

Nosotros teníamos en Zacatecas muy poca presencia. El PRD obtenía un promedio de cinco por ciento de los votos en cada elección. Cuando Ricardo decidió buscarnos para contender por el PRD a la gubernatura, los precandidatos de nuestro partido aceptaron declinar y darle el espacio.

En ese entonces, de la Presidencia de la República recibí un expediente en contra de Monreal. Quien me lo entregó me advirtió que tuviera cuidado, porque Ricardo tenía supuestos vínculos con el narcotráfico. Al revisar el expediente, me di cuenta de que no había nada grave. Creo que acusaban a uno de sus 14 hermanos de haber comprado un caballo robado o algo así; es decir, se trataba de una maniobra para evitar que lo postuláramos como candidato. Esto suele pasar en los partidos de oposición. Hay procedimientos internos y se tiene libertad relativa para decidir quiénes deben ser los candidatos, porque los hombres del régimen siempre buscan inmiscuirse. Ellos quieren candidatos opositores *a modo*: perdedores. Hay adversarios nuestros, incluso gobernadores del PRI o del PAN, que se entrometen en la vida de los partidos. Se

llega al extremo de apoyar con despensas, materiales de construcción o con dinero a precandidatos de la oposición para que ganen las elecciones internas, a sabiendas de que van a perder las constitucionales.

En el caso de Zacatecas, cuando vi el expediente y no había nada, intuí que Zedillo tenía mucho interés en que Monreal no fuera postulado por el PRD. Para mis adentros dije: “Entonces, él es el mejor candidato”, porque en ocasiones lo malo para ellos es bueno para nosotros. Con la candidatura de Ricardo Monreal Ávila se levantó un movimiento amplio y plural, y con él triunfamos en Zacatecas. Sin embargo, no fue fácil. El gobierno federal maniobró para consumir un fraude electoral e impedir que llegara a la gubernatura. Hicieron lo de siempre: utilizaron programas y recursos públicos, compra de votos, acarreos, contrapropaganda y mucha publicidad. Sin embargo, el liderazgo de Monreal resistió toda la embestida. El día de la elección, un simpatizante nuestro se dispuso a escuchar y grabar todo el operativo del PRI con un escáner o rastreador de llamadas. Recuerdo que estábamos en un hotel frente a la plaza principal de Zacatecas, casi al final de la jornada electoral, a las 6 de la tarde, y Ricardo me dijo que iría al centro de cómputo para ver cómo iban llegando los resultados por casilla. Momentos después, ese simpatizante me entregó unas grabaciones: la primera, una conversación entre el entonces subsecretario de Gobernación, Emilio Gamboa Patrón, con Jorge Fernández Menéndez, quien cubría “periodísticamente” la elección. (Esta persona siempre ha estado vinculada al régimen y ha hecho un trabajo oficioso, antes con el PRI y ahora con el PAN.) La segunda grabación se trataba de otra llamada desde la Secretaría de Gobernación dando instrucciones al gober-

nador para alterar los resultados electorales. Mientras escuchaba las cintas, desde el cuarto del hotel, veía los primeros informes de las televisoras. Televisa, por ejemplo, hablaba de una “elección cerrada”, de un “empate” en las encuestas de salida. Al mismo tiempo, Monreal regresaba y me expresaba preocupado, agarrándose la cabeza, “¡Han tirado el sistema de cómputo!”. Le pedí: “Escucha esto”. “¿Qué hacemos?”, me preguntó. Del cuarto del hotel hablé a Los Pinos y me contestó Liébano Sáenz, el secretario particular de Zedillo. Palabras más, palabras menos, le advertí lo siguiente: “Comunícale al Presidente que tengo una grabación que demuestra que están echando a andar un operativo para robarnos la elección. Dile que le exijo que garantice la democracia en Zacatecas. Si no hay una respuesta en dos horas, llamo a una rueda de prensa y doy a conocer las grabaciones”. Le ofrecí detalles para que comprobara la veracidad de mi acusación. Le comenté pormenores de las llamadas; es más, le sugerí que preguntara a Gamboa Patrón si había hablado con el gobernador y con Jorge Fernández. Me respondió que iba a consultar y colgué.

Una hora después recibí la llamada de Liébano Sáenz; me pedía que tuviese confianza, que se iba a hacer valer el voto. “Sí, sí —respondí—, pero eso no basta. Quiero que me aseguren que van a respetar el resultado. Nosotros ganamos la elección y no queremos fraude.” Del otro lado de la línea, Liébano repetía: “Ten confianza”. Supongo que no quería ser muy explícito por teléfono porque pensaba que también a él lo estarían grabando. Yo insistía en que se definiera con mucha claridad la situación pues, de lo contrario, daría a conocer las cintas y, además, como presidente del PRD me quedaría en Zacatecas el tiempo que fuese necesario para defender el triunfo. En un arran-

que de sinceridad ante mi insistencia, Liébano Sáenz se vio obligado a exclamar: “¡Ve la televisión, carajo!”. Colgué y, poco tiempo después, la televisión reportaba algo así como: “En el último corte informativo, el candidato del PRD a la gubernatura de Zacatecas, Ricardo Monreal, se encuentra en primer lugar por cinco puntos y, al parecer, se trata de un triunfo irreversible”. Volteé a ver a Ricardo, quien volvió a reírse con ganas, como acostumbra.

Con este ejemplo podemos ver qué tan importante es la postulación de candidatos externos. Cuanta mayor apertura, mejor. Cuando se lucha por hacer valer la democracia, no se vale el maniqueísmo. Los políticos no se dividen entre buenos y malos; se distinguen, sobre todo, por la forma como actúan en determinadas circunstancias. Los fundadores del PRD no somos los únicos con derecho a participar. El PRD no es de nadie, no tiene dueño, es de todos. Es un instrumento de lucha al servicio de la sociedad. Entonces, no se trata de buenos o malos o de quién llegó primero. Esto tiene que ver mucho con la congruencia. Puede tratarse de una persona que viene del PRI pero, al momento de tomar postura y empezar a actuar en el movimiento popular, en el movimiento de izquierda, tiene una actitud distinta. No se puede cuestionar o juzgar *a priori*, a rajatabla. Hay que cuidar los principios pero debe darse el beneficio de la duda.

En política hay que correr riesgos para poder avanzar. Es indispensable equilibrar principios con eficacia. Con más razón ahora que enfrentamos una derecha neofascista y voraz: se requiere la unidad de todos los que formamos parte del abanico de fuerzas progresistas. No estamos para

ponernos muy exigentes, para exquisiteces, para decir: “Este compañero sí, éste no, éste tiene una manchita, este otro no es puro”. Así no se puede. La política la hacen hombres y mujeres; no se hace con santos. Por eso hay que tener una visión amplia y abierta para preservar lo fundamental y no fijarse nada más en lo accesorio.

Por otro lado, aunque se trata de un asunto muy difícil, se debe tomar en cuenta que las discrepancias se dan en cualquier movimiento popular. El problema de la estrategia política suele presentarse con todo rigor, es motivo de desacuerdos y hasta puede provocar desprendimientos en cualquier movimiento político de transformación. Así ha ocurrido en el proceso histórico mexicano. A este problema se enfrentaron los liberales en el siglo XIX, divididos entre “puros” y “moderados”. Los hombres de la Reforma, aunque estaban de acuerdo en los principios y el programa, diferían en la estrategia. Los “puros” estaban por el camino rápido y los “moderados” por el gradualismo. Los “puros” querían calar profundo y con celeridad en las reformas, y la línea de los “moderados” era la conciliación. La política, decía Comonfort, debe huir de las exageraciones. En política, contestaba Ocampo, los temperamentos medios participan en todos los inconvenientes de los extremos sin ninguna de sus ventajas. Cuando Ocampo renunció a la Secretaría de Relaciones, sostuvo que lo hacía por no estar de acuerdo con la visión del presidente Comonfort, y en 1856 escribió:

Dudo mucho que con apretones de mano, como Comonfort me dijo que ha apaciguado a México y como se propone seguir gobernando, pueda conseguirlo, cuando yo creo que los apretones que se necesitan son de pescuezo.

Es más, 15 días después de su renuncia, Ocampo hacía la siguiente reflexión:

¿Qué son en todo esto los moderados? Parece que deberían ser el eslabón que uniese a los puros con los conservadores, y éste es su lugar ideológico, pero en la práctica parece que no son más que conservadores más despiertos, porque para ellos nunca es tiempo de hacer reformas, considerándolas siempre como inoportunas e inmaduras, o si por rara fortuna lo intentan, sólo es a medias e imperfectamente.

Lo cierto es que, a pesar de todas estas diferencias, Ocampo y Comonfort fueron asesinados por bandas de conservadores reaccionarios y los dos, con el presidente Juárez y muchos otros, contribuyeron al triunfo de la causa liberal.

El problema de la estrategia también lo enfrentaron en distintos momentos los hombres de la Revolución. De ahí las diferencias entre Madero y Zapata, Villa y Carranza, así como los desacuerdos durante la Convención de Aguascalientes y las distintas tendencias de los constituyentes de 1917. Pero al final, todos, de una u otra manera, contribuyeron al derrocamiento del régimen porfirista, enfrentaron la dictadura de Victoriano Huerta e hicieron posible que en el texto constitucional quedaran inscritas las principales causas por las que luchó, durante la Revolución, el pueblo de México.

En la actualidad debemos dejar de lado el maniqueísmo, tenemos que actuar con más apertura y saber distinguir quiénes son los aliados y quiénes son realmente nuestros adversarios, porque a veces nos confundimos. La izquierda tiene mucho de eso: se ensimisma y se pelea adentro como si esa fuera su misión principal. Por otra

parte, hay quienes exageran a la hora de juzgar. Una apreciación común entre quienes no son del PRD es considerar que en nuestro partido hay enfrentamiento permanente entre grupos y corrientes; que los del PRD son de lo peor. Pero no es así. Sí hay diferencias y, desde luego, una lucha por posiciones políticas; sin embargo, en el PRD hay gente muy responsable en los cargos directivos, y ni hablar de los militantes, que actúan casi de manera heroica. En los últimos tiempos, ha habido dirigentes de los tres partidos que integran el Frente Amplio Progresista, y ciudadanos sin partido que han mantenido una conducta ejemplar, contraria a la actitud asumida por quienes presumen de ser muy consecuentes.

El comportamiento de dirigentes y políticos debe explicarse a partir de circunstancias: hay gente que se conduce con integridad durante mucho tiempo y, al final de su vida pública, claudica. Se cansa de pensar y de ser como era. O al revés: hay gente que ha tenido una conducta muy cuestionada y decide actuar de manera consecuente en un buen tramo de su vida. Y esto no sólo en México, sino en todo el mundo. Está el caso de Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de El Salvador. En un principio fue muy conservador, pero la realidad lo transformó: se convirtió en un sincero protector de la dignidad de los seres humanos, sobre todo de los más desposeídos, y se dedicó a denunciar la violencia, sobre todo, a enfrentar cara a cara a los regímenes autoritarios. Por ello, el 24 de marzo de 1980, fue asesinado de la manera más cobarde en plena misa.

Hace poco visité el Museo del Estanquillo, donde se exhibe la colección de arte popular donada por Carlos Monsiváis, y me llamó mucho la atención una caricatura de José Clemente Orozco en contra de Francisco I. Made-

ro. Lo pinta como pigmeo y resalta la grandeza de Porfirio Díaz. El texto lo dice todo: "Los enanos imitan al gigante". Y estamos hablando de quien, más adelante, pintó extraordinarios murales revolucionarios y, sobre todo, actuó sin dobleces hasta que dejó físicamente de existir. Insisto: la vida de un luchador social o de un dirigente político no es algo dado, fijo, preestablecido; no es un destino manifiesto sino una prueba permanente. Y lo extraordinario es luchar y ser consecuente toda la vida.

Todo lo alcanzado por el PRD, de 1996 a 1998, se consiguió manteniendo en alto nuestros principios. El PRD creció electoralmente no por arreglos cupulares ni por *concertaciones*, sino luchando junto al pueblo de México y por sus aspiraciones libertarias. Durante este periodo no cedimos al tintineo de la política tradicional. Avanzamos porque, ante el poder autoritario, ejercimos el contrapoder que nos dio la autoridad moral. Por ejemplo, en el Congreso de la Unión no teníamos el poder cuantitativo de los votos que, por ese entonces, dependía de los consensos y las coaliciones parlamentarias. Pero la autoridad moral siempre da un importante poder cualitativo: el poder del veto, el poder de oponernos y, en última instancia, de hacernos a un lado en la medida en que nuestros argumentos no sean considerados para la toma de decisiones que atañen al pueblo y a la nación. En ese entonces así lo entendieron nuestros legisladores y nuestros coordinadores parlamentarios. Por eso creo que en la actualidad, en vez de convertirnos en una izquierda legitimadora y seguir haciendo política con el viejo molde, debemos volver a ejercer ese poder cualitativo que da la autoridad moral.

El poder del veto tal vez no evitará que las cosas se hagan como lo pretenden el régimen y sus aliados. Pero permite hacer explícita y clara ante los ciudadanos la calidad moral y la responsabilidad política de quienes aprueban leyes mediante el abuso del *mayoriteo*, y quienes se prestan a las componendas que lesionan los intereses populares. El contrapoder consiste, también, en no entrar al juego del sistema: el de la política tradicional de intereses, que ha imperado por mucho tiempo en nuestro país. El PRD nunca debe hacer ese juego porque tiene principios de moral política fundamentales, que son cimiento y techo para sus acciones: nada que vaya en contra de los intereses del pueblo mexicano. Cero negociaciones con el gobierno usurpador y con el PRI hasta que haya una propuesta política seria para las transformaciones democráticas de México. El que quiera política tradicional tiene dónde y con quién hacerla. El que quiera una nueva política ha de atender la demanda de justicia y democracia del pueblo de México. Quien quiera contar con el PRD tendrá que tomar en cuenta sus argumentos y sus razones.

Se trata pues de crear una nueva política. Y el cambio hacia una nueva política no se hará cuando se acceda al poder. Se empieza a construir ahora o no será viable. En la medida en que esa nueva política se vaya manifestando y extendiendo en México, por influjo del PRD, el contrapoder del partido tendrá más posibilidades de convertirse en pleno poder que entrando al juego de la política tradicional, ésa donde todos los intereses cuentan, menos el interés del pueblo. Se trata, entonces, de crear una nueva política cuya moral nos dé la fortaleza suficiente para resistir y no sucumbir a los siempre presentes cantos de las sirenas.

También como presidente nacional del PRD pude comprobar que se puede hacer política con el pueblo, no sólo con los de *arriba*. La política es asunto de todos. La nueva forma de hacer política exige más vinculación con la gente que con los integrantes de la llamada sociedad política. No es necesario estar todo el tiempo hablando con políticos. Incluso, mientras menos se hable con ellos, mejor. Hay quienes sólo nos buscan para utilizarnos. Adversarios que sólo quieren “la foto”, y a mucha gente, por cierto, no le gusta este regodeo entre políticos.

Otra trampa es la supuesta amistad que profesan los adversarios. Una característica muy marcada en los políticos de derecha es, precisamente, ese estilo hipocritón, falso; hablan quedito y son muy amables pero, al mismo tiempo, pueden estar conspirando en contra de uno. Es una manera de ser de la derecha. Algunos fingen ser amigos o tratan de engañar con su amabilidad. Siempre el buen trato y la manera pomposa como hablan: “¿Cómo estás? ¿Qué dice la familia?”. O los títulos: “¡Señor gobernador!”. “¿Qué tal señor diputado, cómo ha estado?” “¡Senador, qué gusto verlo!” Este tipo de reverencias. No digo que no se pueda hablar con nadie. La política implica negociación y diálogo; pero es distinta a la politiquería, basada en lo superficial y en el manejo corriente de los asuntos importantes. Además, no debe olvidarse que muchas veces, en política, los amigos son de mentira y los enemigos de verdad.

Hay casos de políticos de izquierda que, cuando se convierten en legisladores, empiezan a ser distintos porque no resisten el halago y la lisonja de los poderosos. En las cámaras hay un ambiente peculiar: los diputados o senadores desayunan y comen juntos y llegan a relacionarse tanto

que nunca defienden causas populares o, cuando suben a la tribuna, se miden porque “la amistad” está de por medio. También algunos ocupan todo el tiempo en las relaciones políticas o en viajes internacionales y se olvidan de la gente y nunca regresan a las colonias, a las comunidades y a los pueblos de sus distritos o estados.

Por fortuna, ésta no es la generalidad en los dirigentes de izquierda. La mayoría mantiene inalterables sus convicciones, nunca se divorcia del pueblo y regresa a trabajar con la gente. No se dejan manipular, mantienen los pies en la tierra. Pero siempre está la tentación, el riesgo de caer en lo superfluo, en lo banal. Por eso es necesario reafirmar constantemente los principios y los ideales.

Como dirigente nacional del PRD me quedaron algunos pendientes. Por ejemplo, hizo falta fortalecer más la organización interna. Se avanzó, pero no lo suficiente.

La lucha por el poder la hace el pueblo organizado. De ahí que se requiera consolidar la estructura territorial y sectorial de los partidos progresistas. Este tipo de organización requiere tiempo, paciencia y perseverancia, hasta lograr el objetivo superior de transformar la vida pública del país. No podemos enfrentar a una derecha autoritaria con actos espontáneos.

Recuerdo una conversación que tuve, en 1989, con don Sergio Méndez Arceo, el obispo de Cuernavaca. Él era, como es sabido, un sacerdote de avanzada, progresista. En esa ocasión cenamos y en la plática salió el tema de la organización. Yo insistí mucho en ello. “Mira —me dijo—, una vez un hombre muy pobre llegó a pedir ayuda a la Virgen, rogándole que lo apoyara porque sus hijos no

tenían para comer, no tenían ropa ni zapatos, y su familia estaba en una situación económica muy difícil. A lo cual la Virgen le respondió —según don Sergio—: ‘¡Organízate!’.” Lo cierto es que la organización es fundamental, aunque suele olvidarse, sobre todo ahora que está de moda suplir este importante trabajo con la propaganda en los medios de comunicación.

Como dirigente nacional del PRD también me faltó imprimirle al partido más principios e ideales. En el tiempo que estuve se creó una escuela de formación de cuadros políticos pero no fue suficiente. Como ya lo expresé: si no fortalecemos los principios, el pragmatismo arrasa y puede llegar a predominar. Poner por delante los ideales es lo único que puede detener la politiquería, el nepotismo, el amiguismo, el clientelismo e, incluso, la corrupción, todas esas lacras de la política tradicional.

Durante mi desempeño como presidente nacional del PRD cometí varios errores. Uno de ellos fue que, al final de mi gestión, cuando decidí retirarme, me propuse no involucrarme en el proceso electoral interno para elegir al nuevo presidente. Quise mantenerme al margen y se dio una elección muy complicada para el relevo en la presidencia. Participaron Jesús Ortega y Amalia García y hubo confrontación y crítica por el manejo irregular del proceso. Se anularon las elecciones para que entrara un presidente interino, Pablo Gómez Álvarez. Pero fue todo un escándalo, todo eso perjudicó al partido y me sentí culpable o responsable. Lo cierto es que caí en la indefinición. Pensé que me podían acusar de querer inclinar las cosas a favor de un grupo o de un candidato y, equivocadamente, decidí no participar para poner orden y buscar un buen desenvolvimiento del proceso interno. La lección es que, en estos asuntos,

hay que optar, no convienen las medias tintas. A final de cuentas, la política implica optar entre inconvenientes.

En una elección interna se generan muchas pasiones, casi como en una elección constitucional. Se pueden cometer abusos, irregularidades, incluso fraude electoral, algo reprochable en un partido democrático. En ocasiones, esas prácticas indeseables se presentan en los comicios internos de candidatos a puestos de elección popular. Cuando hay conflictos en la elección de dirigentes o de candidatos, siempre se afecta al partido; se pierde la unidad, hay desprendimientos, se van dirigentes y militantes a otros partidos. Ya hablé, por ejemplo, del primer Éxodo por la Democracia en Tabasco. En aquella elección de 1991, caminamos para defender el triunfo de un candidato, el doctor Carlos Alberto Wilson. Años después, él mismo volvió a competir para ser candidato a la presidencia del PRD en Cárdenas; perdió, se inconformó, denunció un fraude, se salió del partido y se convirtió en abanderado del PAN, algo muy lamentable. No responsabilizo a nadie, sólo describo hechos. Al final, ganó el PRD en Cárdenas pero, de no haberse dado ese conflicto, nuestro partido habría ganado con mayor ventaja. Las divisiones perjudican mucho.

Estos problemas se remedian al imprimir principios al partido. Debemos insistir en que lo nuestro no es la lucha del poder por el poder sino que deben prevalecer las convicciones, la mística. El poder sólo tiene sentido y se convierte en virtud cuando se pone al servicio de los demás. No es sólo la lucha por cargos públicos lo que debe movernos; lo principal es la lucha por los ideales y por las causas que defendemos. En todos los dirigentes de izquierda debe haber humildad. El poder es humildad. No debe prevalecer una visión personalista o individualista y

pensar que uno tiene que ser el candidato, cueste lo que cueste. Hay casos, en el PRD o en los partidos de izquierda, en los que los dirigentes actúan de manera consecuente, pero en otras ocasiones se cierran por completo. No aceptan nada, quieren ser ellos nada más, a como dé lugar. Entonces la lucha se vuelve una arena de ambiciones sin principios políticos o morales. Por fortuna, no es la regla sino la excepción y este tipo de casos pueden atemperarse imprimiendo principios.

TERCERA PARTE

GOBIERNO

Aceptar la candidatura del PRD al Gobierno del Distrito Federal fue algo que no entraba en mis planes. Había concluido, mi gestión como líder nacional del partido, incluso antes del periodo establecido, con el fin de que el nuevo Comité Ejecutivo Nacional tuviese tiempo suficiente para manejar las elecciones del 2 de julio de 2000. La idea era que no se acercaran mucho las elecciones internas con las presidenciales.

En 1999 regresé a Tabasco y comencé a recorrerlo de nuevo. Tenía el propósito de volver a participar como candidato al gobierno del estado, cuando surgió el planteamiento de ser candidato a jefe de Gobierno del Distrito Federal. La propuesta la hicieron el ingeniero Cárdenas y otros dirigentes del PRD, me parece que con base en encuestas. Consideraron que conmigo se podía ganar en la Ciudad de México.

En verdad, no era algo que yo me hubiera planteado: seguía pensando en Tabasco. Conozco el territorio del estado como la palma de mi mano: todos los pueblos, las comunidades, las rancherías... Además, me ilusionaba gobernarlo; imaginaba cómo sería un gobierno alternativo y cómo sacaría a Tabasco y a su pueblo del atraso y la pobreza. Mi propósito era convertirlo en un ejemplo nacional.

En ésas estaba cuando me hicieron la invitación para contender en el Distrito Federal, con el argumento de que podía perderse la Presidencia de la República, pero teníamos que asegurar el triunfo en la Jefatura de Gobierno.

Hay que decir que una de las cosas que más les duele a los panistas es no gobernar la capital de la República. La gente del Distrito Federal es excepcional: es gente progresista, generosa, informada, consciente y avispada. Aquí no tiene cabida la derecha, el conservadurismo. Aquí no se puede manipular; aquí la televisión no pasa. Cuando se hacen encuestas entre los capitalinos y se les pregunta: “¿Usted cree que la televisión informa o manipula?”, 50 por ciento responde: “Manipula”.

La elección interna que me llevó a ser candidato al D. F. por el PRD no fue un proceso sencillo. Los otros candidatos eran Demetrio Sodi, Pablo Gómez y Marco Rascón, a quienes gané en buena lid y con amplio margen. Sin embargo, en la campaña interna hubo cuestionamientos hasta por ser tabasqueño. En un debate entre los cuatro, alguien del auditorio llegó a gritar: “¡Vete a Tabasco! ¡Tú no eres de aquí!” Y en la elección constitucional, fue uno de los argumentos usados por mis adversarios: alegaban que no tenía la residencia que exige la ley y por ello no debía ser candidato. En el fondo, lo que querían el PRI y el PAN era tener otro contendiente, y ambos partidos impugnaron legalmente mi registro. Recuerdo que, cuando el Instituto Electoral del D. F. resolvió que sí tenía la residencia, un periódico vespertino, tituló: “¡Es chilango!”. En estas condiciones competí con Santiago Creel del PAN y Jesús Silva Herzog del PRI y gané la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal el 2 de julio de 2000.

Como candidato, me sentí doblemente obligado a recorrer la ciudad. Primero, porque tenía que ir por los votos y convencer a la gente y, segundo, porque necesitaba estar al tanto de sus problemas: había vivido en la capital, pero no la conocía a plenitud. La visité minuciosamente e hice una campaña profunda, intensa. Al mismo tiempo que hablaba con la gente y recogía sus sentimientos, iba reflexionando sobre el programa de gobierno. Así surgió el programa para los adultos mayores. No lo copié de ningún lado, es producto de reflexiones, de ir preguntando a la gente, de percibir cómo ve las cosas y también de vivencias. Recuerdo que mi papá, cuando le llegaba su pensión del IMSS, se sentía orgulloso.

Ya tenía conocimiento en la administración pública pero, sobre todo, como director del INI acumulé experiencia en el trabajo social y sabía cómo organizar a la gente para procurar el bienestar. Además, me puse a estudiar la historia de la Ciudad. Recuerdo que en ese tiempo, cuando ya era jefe de Gobierno electo y estaba elaborando planes y programas, llegué a la cafetería de la librería Gandhi donde me había citado con una persona, y un señor me regaló un libro que había comprado. Me identificó y me dijo: “Le doy este libro, quiero que lo lea”. Yo andaba por ahí, viendo libros en tanto llegaba la persona con la que iba a entrevistarme. Me dio el libro, no acudió la persona y decidí retirarme. Pero en la puerta, el vigilante me insinuó: “La nota. A ver, ese libro...”. Le expliqué que me lo habían regalado. Pero no lo convencí. “No lo puede usted sacar.” Me lo quitó y me fui, apenado; tal vez pensó que me lo quería robar. Como a los 10 días regresé a la misma librería, que está cerca de Copilco, donde vivía,

y el gerente o dueño de la librería me ofreció una disculpa porque se enteró de lo sucedido. En desagravio me regaló los 10 tomos de la *Historia de la Ciudad de México*, de Fernando Benítez, que es una obra fundamental. Me puse a leerla en jornadas intensas para tener una idea más acabada y precisa de la Ciudad. De modo que, cuando tomé posesión del cargo, ya tenía claridad suficiente sobre cómo debía planearse el gobierno.

Me sirvió venir del movimiento social, haber estado del otro lado. Cuando llegué por primera vez a la oficina de la Jefatura de Gobierno, lo primero que hice fue abrir las ventanas, asomarme desde el balcón y ver hacia el zócalo, porque yo había estado allí protestando muchas veces. Ahora, parte de mi trabajo iba a consistir en atender a los que protestaban. Realmente no lo viví como un problema; sin embargo, debo reconocer que lo más difícil para un gobernante de izquierda es enfrentar las protestas sociales y manejar a la policía. Cuando se es autoridad, es imprescindible poner orden, pero sin afán autoritario, sino partiendo del criterio de que lo mejor es el diálogo y el acuerdo, antes que el uso de la fuerza pública. Juárez decía: "Nada por la fuerza, todo por la razón y el Derecho".

Como jefe de Gobierno, no utilicé la fuerza pública, aplicamos una estrategia distinta. Por ejemplo, un equipo de trabajo de la Dirección General de Concertación Política estaba al tanto y conocía cómo se movían las cosas en la Ciudad; por anticipado sabíamos qué tipo de manifestaciones se llevarían a cabo y por qué iba a protestar la gente. Sólo así es posible darse cuenta cuándo se trata de una causa justa, cuándo la gente tiene toda la razón y cuándo hay una manipulación de por medio, o cuándo es un asunto de tipo político. Siempre se buscaba una solu-

ción al conflicto. Se hablaba con la gente o con los líderes de los manifestantes, se establecía de inmediato un diálogo para atender la petición o demanda. Lo fundamental era prevenir, bajo el criterio de que problema que se soslaya, estalla.

De esta forma, atendiendo las causas, logramos reducir, de manera considerable, el número de manifestaciones de protesta. Nunca un bloqueo al edificio de gobierno me impidió entrar a mi oficina y tampoco hizo falta el uso de la policía, porque la práctica siempre fue el diálogo y el acuerdo.

También me tocó enfrentar actos de abierta provocación. Sobre todo de grupos de derecha y de organizaciones corporativas. Por ejemplo, durante más de un mes, integrantes de Antorcha Campesina, afiliada al PRI, se mantuvieron acampados frente al edificio de gobierno. Pedían para sus agremiados un determinado número de viviendas pero, desde el principio, habíamos tomado la decisión de no responder a peticiones corporativas ni en el caso de Antorcha Campesina ni de organizaciones sociales vinculadas al PRD o a cualquier otro partido. Hay la mala experiencia de que se otorgan determinados apoyos que acaban siendo manipulados por los dirigentes de las organizaciones. Por eso, dijimos que no a la intermediación y optamos por apoyar de manera directa a la gente. La protesta de Antorcha Campesina era muy peculiar: tenían un aparato de sonido a todo volumen, día y noche, dirigido a mi oficina. Ni modo, aguantamos. Se actuó con tolerancia y terminaron por aceptar el nuevo procedimiento.

El conflicto con los trabajadores del Sistema de Transporte Colectivo Metro fue difícil. El sindicato tiene de hecho como dirigente a Fernando Espino, quien pertenecía

al PRI y ahora al Verde Ecologista; lleva alrededor de 20 años o más manejando el sindicato y eso le ha permitido, como a todos los líderes con esas características, tener una situación económica bastante holgada. Para mantener su control, Espino tenía como práctica ir a golpear el escritorio del regente o del jefe de Gobierno y amenazarlo con protestas si no se le concedía lo que pedía, aunque no fuese justo. Quiso hacer lo mismo conmigo pero no se lo permití. También dijimos que “así no” y terminamos con ese tipo de enjuagues. Sin embargo, en una ocasión, en protesta, cerró una línea del Metro.

Ya he afirmado que la Ciudad de México tiene alma solidaria: la gente siempre está a favor de los trabajadores y de las causas justas. Cuando se presentó el conflicto con el sindicato del Metro, pese a que el gobierno contaba con gran apoyo popular, la gente expresó en una encuesta estar del lado de los trabajadores. Cuando vi esos resultados me sorprendí mucho porque, a la par del apoyo a los trabajadores, la gente también validaba el comportamiento de un dirigente charro como Espino. Esta solidaridad incondicional de la gente hacia el sindicato me hizo pensar en las palabras de un maestro, que decía: “Prefiero equivocarme con los trabajadores que tener la razón con el gobierno”.

Entonces, ¿qué hicimos? Distribuimos miles de volantes explicando la situación. Se distribuyeron en el Metro, con los mismos trabajadores del sistema de transporte y, al paso del tiempo, las cosas cambiaron. Cada conflicto tiene sus propias características, su peculiaridad, y hay que enfrentarlo de acuerdo con ello. Desde luego, no se debe tener afanes autoritarios ni odiar ni ver a nadie, incluidos esos líderes charros, como enemigos. Se trata sólo de entender las circunstancias.



Las decisiones políticas las tomo siempre basado en el sentimiento popular. Eso es lo que estimo más importante: tener el pulso de lo que está aconteciendo en la calle. Porque, a veces, lo que opina la sociedad política —comunicadores, intelectuales y políticos— es muy diferente al sentir de la gente en la calle. Son mundos distintos. Sinceramente a mí me importa más la opinión de la gente de la calle; los sentimientos del pueblo, que son los sentimientos de la nación. Desde luego, procuro estar atento, escuchar mucho a la gente. Eso es lo primero. También escucho a los que colaboran conmigo, que son gente sensible, y, obviamente, estoy pendiente de lo que manifiestan los integrantes de la sociedad política.

Hay veces que tomo decisiones en contra de lo que opina la llamada sociedad política y eso les molesta mucho, les choca, porque algunos piensan que su mundo es el que predomina. Varias veces me ha tocado que por sostener una postura o un criterio, soy fuertemente cuestionado.

Por ejemplo, cuando fui candidato a jefe de Gobierno del Distrito Federal, recogí el sentir de la gente en contra del horario de verano que, sin duda, fue impuesto por los financieros para poner en correspondencia los horarios de la Bolsa de Nueva York con la Bolsa Mexicana de Valores. Inventaron un supuesto ahorro de energía, pero nunca han podido aclarar en realidad cuánto se ahorra ni a quién se beneficia. Por eso me comprometí a que llevaríamos a cabo una consulta para decidir sobre este asunto conforme a la opinión de los ciudadanos. Incluso Fox y Santiago Creel, entonces candidato del PAN a la Jefatura de Gobierno, ofrecieron lo mismo. Al ganar la elección, cuando Creel fue invitado a colaborar como secretario de

Gobernación, tanto él como Fox, como buenos demagogos, se olvidaron del asunto. También en eso son idénticos a los del PRI. En cambio, yo no podía abandonar el tema porque había hecho el compromiso y me gusta cumplir lo que ofrezco. Además era una petición de la gente.

De modo que, al llegar al Gobierno de la Ciudad, realicé una consulta pública para resolver lo del horario de verano. La mayor parte de los capitalinos dijo que “no” al horario de verano, pero se me vinieron todos encima, hasta la prensa de izquierda con sus escritores y columnistas. Sin embargo, la gente estaba pensando de otra manera. Muchas veces no se alcanza a entender en las cúpulas lo que sucede entre la gente común, aunque se trate de especialistas de la ciencia social. No todos, por supuesto, hay intelectuales que trabajan a partir del sentir popular; sin embargo, hay muchos que hacen opinión o deciden sólo a partir de lo que leen, y eso muchas veces no es certero. Por lo general, la llamada sociedad política no sabe bien lo que pasa abajo.

También he tenido que actuar con firmeza al momento de tomar decisiones. Si cuando fui gobernante de la Ciudad de México me hubiese atendido a los juicios de la sociedad política, muchas cosas no se hubieran realizado. Está el caso del segundo piso en el Periférico. En el periódico *Reforma*, de derecha, no hacían otra cosa que criticar la obra, y no porque no sirviera para desahogar el tráfico sino porque, en sintonía con el PAN, no querían que avanzáramos, deseaban que no hiciéramos nada y que el gobierno quedara mal. Es obvio que los mandé al diablo y dije: “Esto va porque va”.

También, aunque escucho las opiniones políticas, no siempre las tomo en cuenta. Escucho, consulto y tomo

decisiones a partir de lo que considero más importante. Por ejemplo, cuando el asunto de los videos de Ahumada, intelectuales y periodistas amigos me insistieron en que ofreciera disculpas de manera pública por los actos en los que se vieron involucrados algunos perredistas y Gustavo Ponce, secretario de Finanzas del gobierno. De haberlo hecho, me imagino el encabezado del *Reforma* al día siguiente: “Pide perdón”, acompañado de una fotografía donde aparezco cabizbajo, derrotado. En el escándalo de los videos, que se dio en marzo de 2004, sabía que más allá de las imágenes que implicaban a Ponce y a Bejarano, se encontraba la intención de destruirme políticamente, por lo que decidí que no asumiría una culpa que no tengo, ayudando a mis adversarios en su estrategia. A esas recomendaciones no les hago caso, y que conste que no las hacen de mala fe, sencillamente no saben de política, porque ése es otro tema también interesante. La política es como un oficio de carpintero o de albañil; así como para hacer una mesa se requiere conocimiento, también la política demanda una experiencia específica. Pero como la han envilecido, manchado y degradado tanto, se piensa que la política es sólo ocurrencia, intriga, que cualquiera puede. Además, como sucede que cualquier improvisado de repente resulta diputado o senador, se reafirma la idea de que la política es cualquier cosa y cualquiera puede hacerla. Para acabar pronto: una persona como Fox llegó a ser presidente de México. Nunca en la historia de este país habíamos tenido un presidente tan inepto como Vicente Fox. Hemos tenido presidentes autoritarios, ladrones, de todo tipo; pero desde el primer presidente de México, Guadalupe Victoria, nunca habíamos tenido a uno tan mediocre como Vicente Fox Quesada.

Actuar con base en mi criterio me ha valido la imagen de terquedad. Me acusan de que soy inflexible, que resuelvo solo, incluso que soy intolerante. Pero no es así. En realidad no soy como me pintan, sé rectificar y no soy autocomplaciente.

Un buen dirigente tiene que ser autocrítico y tener capacidad para rectificar. No se puede caer en la autocomplacencia. El ejercicio de un liderazgo de izquierda, de un gobierno de izquierda, exige la autocrítica. Uno tiene que revisarse cotidianamente. Hay que levantarse pensando en nuestra actitud. Todos los días hay que revisar lo que hemos hecho: errores, procedimientos y modos. Hay veces que, por la presión o el cansancio, uno se enoja con compañeros de trabajo o con la gente; contestamos mal y ofendemos, pero cuando se acepta el error, es imprescindible ofrecer disculpas, aceptar que se actuó mal y que esto no debe ser así, y rectificar: actuar con humildad. Si somos conscientes de nuestro papel como dirigentes, es fundamental hacer esa revisión cotidiana.

Tanto me importa la opinión de otros que, desde mi campaña en el Distrito Federal, ofrecí someterme cada dos años al principio de la revocación del mandato mediante una consulta pública. Si la gente decía que “no”, yo dejaba el cargo. Porque en la democracia el pueblo manda, es el que decide, y quien tiene en todo momento el derecho de cambiar la forma de su gobierno. Es un principio constitucional y la base de la democracia participativa. Los cuestionamientos y *recomendaciones* no se hicieron esperar: “¿Qué tal que te armen una estrategia para manipular y te rechacen? ¿Dejarías todo?”, me decían unos; otros: “Eso no se hace, échate para atrás”. Pero no. Se hicieron dos consultas: el segundo y el cuarto año de gobierno, y salimos bien.

Durante mi gobierno en el Distrito Federal, hubo un tiempo en que los medios de comunicación no fueron tan severos conmigo, pero nunca me dejaron pasar un error. Me equivoqué, por mencionar un hecho importante, en la forma como expliqué mi posición frente a la marcha contra la inseguridad pública, del 27 de junio de 2004. La había organizado “México Unido contra la Delincuencia”, una organización claramente ligada a la derecha y en contra mía. En esa ocasión, manipularon y utilizaron a los medios de comunicación, que le dieron una difusión inusual. Participaron los medios afines al proyecto del PAN. Pero yo no actué bien, no debí enojarme y, con mi actitud, les di motivos para atacarme y mostrarme como alguien intolerante. Fueron semanas y semanas en que estuvieron dale y dale con eso.

Siempre padecí de ese cuestionamiento informativo. A mediados de agosto de 2005, Televisa auspició una campaña contra la inseguridad en la cual aparecían personas que, lamentablemente, habían sufrido secuestros. Por cierto, los delitos en su contra en algunos casos ni siquiera habían sido en el Distrito Federal. Sin embargo, de manera subliminal, la culpa nos la cargaban a nosotros. Incluso había un mensaje dramático de un señor que le habían cortado los dedos y que pedía justicia, algo perfectamente legítimo, salvo que se traficaba con el dolor humano con propósitos políticos. Me enteré de que esa campaña había sido financiada por Claudio X. González, un ex asesor de Salinas y adversario nuestro. Vale la pena añadir que, cuando dejé el gobierno y me sustituyó Alejandro Encinas, se retiró toda esa propaganda y en televisión dejaron de tocar el tema de la inseguridad, como si, de repente, hubiera desaparecido el problema.

En otra ocasión, durante el desafuero, estaban a punto de destituirme y Televisa manipuló el tema de la salud del Papa en forma por demás reiterativa, sin tocar el tema del desafuero. Una manipulación obvia. Me enojé y dije que por qué tanto la noticia del Papa y fue un error de mi parte. Se me vinieron encima, diciendo que me sentía más importante que el Papa y cosas de ese tipo. Entonces tuve que ofrecer disculpas y llamé incluso a un minuto de silencio por la muerte de Su Santidad Juan Pablo Segundo, en una de las manifestaciones en contra del desafuero. Hay que cuidar lo que se dice. Pero uno se calienta porque está viendo que es evidente la manipulación.

También, luego del 2 de julio, no decían ni pío sobre el fraude electoral, tomaron la noticia de los pescadores náufragos, en el Pacífico, y fue el tema día y noche. Es lamentable que les haya pasado eso a los náufragos, ¿pero, y lo otro? Sin embargo, ya no hablé. No dije: Televisa está manipulando y dando todo el tiempo a lo de los pescadores, creando esa cortina de humo para ocultar lo del fraude. No lo dije porque tenía ya una mala experiencia.

Un líder opositor a los potentados tiene que aprender a atemperar sus pasiones para no cometer errores: aprender a equilibrar pasión y razón. Aunque se tenga el corazón caliente, hay que actuar con la cabeza fría.

Como dirigente social pero, sobre todo, como dirigente político de izquierda hay que aprender a autolimitarse. Es parte de la responsabilidad que se tiene como dirigente de un movimiento ciudadano. Si se tratara de una situación personal, no se tendría la obligación de autolimitarse. Eso me ha costado trabajo porque hay veces que la pasión desborda y son errores que aprovechan los adversarios.

Yo tenía una conferencia a las 6:30 de la mañana todos los días, y cuando cometía un error, porque caía en una provocación o contestaba mal, terminaba la conferencia y salía con la esperanza ingenua de que iba a pasar inadvertido. No, no dejaban pasar nada, ni el más mínimo error. A mí no me dejan pasar absolutamente nada. Una vez dije: “¡Al diablo con esas encuestas!”. En Televisa le cambiaron, precisamente, lo de “esas” y lo leyeron como “¡Al diablo con las encuestas!”. Y, en el caso de “¡Al diablo con sus instituciones!”, lo leyeron como “¡Al diablo con las instituciones!”. Tengo que ser muy cuidadoso. No me ven con lupa, sino con microscopio y eso es parte del quenacer de un dirigente de izquierda. Hay que procurar no equivocarse tanto. De ahí que lo mejor sea no hablar mucho. Uno es dueño de su silencio y rehén de lo que dice. Aunque cuando se tiene una actividad política intensa es difícil no equivocarse. Una cosa es que vayas a un acto una vez por semana, que escribas un discurso, que lo cuides y lo calibres bien. Y otra es que, como dirigente político, que tienes que hablar todo el tiempo y tienes que improvisar, no te calientes y te equivoques.

Sin embargo, va uno acumulando práctica. La conferencia diaria me sirvió para foguearme, tenía que ingeniármelas porque andaban a la caza del error, mandaban a los periodistas vinculados a la derecha para estarme provocando. Los jefes de información de los periódicos, de la radio, de las televisoras, mandaban a hacerme preguntas complicadas, para ver si me equivocaba, si trastabillaba, para ver si me agarraban. Aprendí a contestar con mucho cuidado. Por eso hablo despacio, no hablo de corrido porque no quiero equivocarme más de la cuenta y dar motivo al cuestionamiento.

Una vez sacaron que usaba un reloj *Tiffany*, marca famosa, apantalladora. Aclaro que no sé de marcas y no es un asunto que me interese. El reloj cuesta cinco mil pesos, me lo regalaron César Buenrostro y su esposa en una Navidad, hace tres años. De repente convirtieron en una gran noticia lo del reloj e hicieron un escándalo. En *La Crónica*, que es un periódico vinculado a Salinas, llegaron a decir que costaba 80 mil pesos, aclaré lo que realmente valía. Y Calderón llegó a decir, con oportunismo, que me compraba el reloj y me envió un cheque para hacerse publicidad. Es un personaje menor, ramplón.

Otro día llegué a la conferencia de la mañana estrenando un traje de lino que me regalaron, el cual tampoco era cosa del otro mundo. Tenía la costumbre de que, antes de enfrentar a los medios, pasaba a un lugarcito donde estaban los periódicos para ver qué traían y luego me disponía a contestar preguntas de los periodistas. Antes de entrar a este sitio, al pasar frente a los reporteros, uno exclamó: “¡Trajecito nuevo!”, e imaginé: la van a agarrar por ahí. Parece una cosa insignificante, pero no, tenía que cuidar hasta lo trivial. Ya viendo los periódicos, pensé qué decir, de qué hablar para que el tema no fuese el trajecito de lino. Unos días antes me había preguntado Jacobo Zabłudovsky que si iba a vivir en Palacio Nacional si ganaba la Presidencia y opté por eso. Cuando los enfrenté, dije muy formal: “Les quiero dar una noticia. Me preguntó hace unos días en una entrevista el licenciado Jacobo Zabłudovsky si iba a vivir, de ganar la Presidencia, en Palacio Nacional. Les quiero informar que, en ese caso, voy a vivir en Palacio Nacional como lo hizo el presidente Juárez”. Claro que había quedado en darle una respuesta al licenciado Zabłudovsky sobre ese tema, pero aproveché el momento para

ganarles la nota de modo que la pregunta sobre el traje ya no fuese lo principal. Así les gané algunas, otras no. Pero había que estar *a las vivas*.

Con todo, debo decir que, durante el tiempo que fui jefe de Gobierno, hubo una mayor apertura en los medios de comunicación. Ya conté cómo manipularon lo de la marcha a favor de la seguridad. También cómo utilizaron a los medios cuando lo de los videos. Cómo se hicieron de la vista gorda durante el desafuero. Hablé de lo del Papa. De modo que había esa tendencia, siempre los traía encima, pero de alguna u otra manera no estaban tan descarados. Sin embargo, a partir del 2 de julio, pierden todo recato y es cuando el régimen apuesta a que va a hacer valer el fraude, que va a imponerse con el apoyo de los medios y de la televisión en particular. A partir del 2 de julio empiezan a jugar ese rol, se envilecen, se enlodan por completo, se entregan por entero a la mentira y la manipulación.

En el caso de Televisa fue un gran viraje. Televisa había actuado, hasta finales del gobierno de Salinas, completamente subordinada al régimen. Luego experimentaron, con la llegada de Emilio Azcárraga hijo a la dirección de la empresa, una especie de apertura, se abrieron más los espacios. Antes había una cerrazón total. A partir de 1997 empieza a haber una indudable apertura en la televisión. Hubo más pluralidad en los programas de comentarios y noticias. Se transmitían mensajes de los partidos de oposición, y se daba seguimiento a lo que declaraban los dirigentes. En mi caso, como jefe de Gobierno constantemente aparecía, era noticia lo que decía. Pero todo eso se terminó cuando Fox y Calderón impulsaron la aprobación de la llamada Ley Televisa, a finales de marzo de 2006. Hubo un retroceso, se cerraron, porque creyeron

que corrían riesgos sus intereses. Aunque se equivocan, porque apuntalar al régimen de corrupción y privilegios no es garantía de estabilidad política. Es un error pensar que lograrán la gobernabilidad con manipulación y autoritarismo. Algún día entenderán que los negocios lícitos no florecen sin justicia y democracia. El cambio es imprescindible. No puede haber tranquilidad, seguridad pública ni paz social en un mar, en un océano de desigualdad, pobreza e imposiciones.

Yo siempre consideré a Fox como una persona sin principios y sin un proyecto de cambio. Fox engañó a la mayoría de los mexicanos. No fue mi caso, a lo mejor porque conocía un poco sus antecedentes. Lo había visto en dos ocasiones antes de que lo eligieran presidente. La primera vez nos encontramos en Acapulco, en una reunión a la que nos convocó Zeferino Torreblanca, que en ese entonces, 1991, era presidente de Coparmex en el sur del país. Participamos juntos en una conferencia. Cuando a Fox le tocó exponer lo sentí acartonado, falso. Se apoyaba en su presencia física, con ademanes fingidos, y repetía frases aprendidas de memoria. Todo un simulador.

Luego lo vi un año después en un restaurante, comimos antes de 2000, y la tercera vez que nos encontramos fue cuando era presidente electo. En ese entonces había euforia a su favor, porque supuestamente representaba el cambio. Es más, yo gané con muy poquito margen, tres puntos porcentuales de ventaja, porque Fox creó una gran ola de simpatía que benefició a Santiago Creel, quien estuvo a punto de vencerme electoralmente. Me salvó la gente del Distrito Federal que, como he venido diciendo, es

algo especial. Ganó Fox la Presidencia, pero muchos de los que votaron por él, también lo hicieron por mí. Lo cierto es que había en ese tiempo la esperanza de que Fox iba a cambiar las cosas. Yo nunca le creí. Pero debo confesar que me quedé corto, lo reconozco, porque lo sentí desde el principio vacío, desconocedor de la historia, reaccionario, muy ignorante, pero nunca pensé que fuera tan malo.

Fox es producto de una circunstancia especial. La gente estaba harta del PRI, quería algo nuevo. En la izquierda nos desdibujamos, no presentamos una propuesta clara y definida. No supimos acreditar el proyecto alternativo de nación y se polarizó la lucha política electoral entre el PRI y el PAN. Nuestra opción quedó relegada. Mucha gente que votó por nosotros en 1997, votó por Fox en 2000, porque la consigna de sacar al PRI de Los Pinos resultó muy atractiva. Al final todo fue *gatopardismo*, las cosas cambiaron para seguir igual. La llegada de Fox sólo sirvió para recomponer el viejo régimen y es lo que ahora estamos padeciendo. Por eso considero a Fox como traidor a la democracia, por eso y por muchas otras cosas de las que ya hablaremos.

Nos vimos el 13 de septiembre de 2000. Me invitó a comer en una casa en Las Lomas, que precisamente le había prestado Roberto Hernández, el dueño de Banamex, que fue su compañero de escuela y que le ayudó en la campaña. También por ese tiempo, Fox había ido a vacacionar a una casa en Punta Pájaros, que el banquero tiene en el Caribe mexicano.

En ese primer encuentro como presidente electo, me planteó que empujáramos juntos la llamada reforma fiscal. Con su estilo me dijo que había que hacer más grande el pastel, porque todo el presupuesto estaba comprometido y que había que cobrar el IVA en medicamentos y en

alimentos, y me pidió que le ayudara. Desde el principio le dije que no, que la llamada reforma fiscal significaba cobrar más impuestos a los pobres y a las clases medias y seguir manteniendo privilegios fiscales para los potentados. Y le puse como ejemplo a quienes se dedicaban a la especulación financiera: obtienen jugosas ganancias y no pagan impuestos. Incluso, le hablé del caso de Roberto Hernández, sin saber que la casa en la que estábamos era de ese banquero.

Recuerdo que los defendió y me reviró diciendo: “Sí pagan impuestos”. Quiso convencerme manifestando que iban a cobrar más impuestos a los pobres pero que después se los iban a regresar “hasta copeteados”. Luego utilizó esa expresión públicamente. El caso es que en ese primer encuentro no hubo ningún acuerdo. Pero es importante subrayar que, desde antes de tomar posesión de la Presidencia, Fox ya traía en la cabeza lo de las llamadas reformas estructurales, o sea, la privatización de la industria eléctrica, del petróleo, la reforma fiscal, la laboral, todo esto que los tecnócratas ya venían planteando por indicaciones del Fondo Monetario Internacional.

Aquí abro un paréntesis para comentar que, desde hace mucho tiempo, no tenemos realmente un plan de desarrollo propio, elaborado a partir de nuestras necesidades como nación libre e independiente. En México no decidimos el destino de nuestro país. Desde finales de los años ochenta, los organismos financieros internacionales nos han venido imponiendo sus recetas en materia económica. Primero fueron las famosas *cartas de intención* con el Fondo Monetario Internacional, y ahora los tecnócratas

mexicanos, ya amaestrados, no hacen más que seguir la pauta dictada desde el extranjero.

En otros países el proceso de globalidad obedeció a un diseño propio, a partir de sus realidades, con gradualismo y aprovechando los márgenes de negociación para proteger sus intereses estratégicos. En México, por el contrario, los tecnócratas se adhirieron a la globalidad sin ninguna reserva o condición. Los tecnócratas han actuado como fundamentalistas, no sólo acatan las recomendaciones de los organismos financieros internacionales, sino que van más allá de lo que les piden, y las convierten en ideología. Parece como si se hubiese cumplido al pie de la letra la profecía de Richard Lasing, secretario de Estado del presidente Woodrow Wilson que en 1924 recomendó:

México es un país extraordinariamente fácil de dominar porque basta con controlar a un solo hombre: el presidente. Tenemos que abandonar la idea de poner en la presidencia mexicana a un ciudadano americano, ya que esto nos llevaría otra vez a la guerra. La solución necesita de más tiempo: debemos abrirle a los jóvenes mexicanos ambiciosos las puertas de nuestras universidades y hacer el esfuerzo de educarlos en el modo de vida americano, en nuestros valores y en el respeto al liderazgo de los Estados Unidos. México necesitará de administradores competentes. Con el tiempo, esos jóvenes llegarán a ocupar cargos importantes y eventualmente se adueñarán de la presidencia. Sin necesidad de que Estados Unidos gaste un centavo o dispare un tiro, harán lo que queramos. Y lo harán mejor y más radicalmente que nosotros.

Yo considero que los mexicanos tenemos que definir con libertad un plan de desarrollo acorde con nuestra reali-

dad. Tenemos que decidir qué es lo que nos conviene, no tienen por qué imponernos un programa. Está demostrado que a los países o los gobiernos que resisten, que no se adhieren fácilmente a esas políticas de los organismos financieros internacionales, les va mejor. Ahora está de moda China, que es como la fábrica del mundo. Y obviamente ellos no le hacen caso al Fondo Monetario Internacional. No aceptan sus recomendaciones y les va muy bien. Es decir, en la medida en que hay resistencias o que se aplican políticas menos ortodoxas, hay más posibilidad de crecimiento económico, de empleo, de bienestar para los pueblos.

Fox, como ya lo expresé, desde antes de que tomara posesión de la Presidencia se subordinó a esas recomendaciones de política económica. Nunca se interesó por hacer ningún cambio en esta materia. Además, no tenía ni idea, ni en ése, ni en otros temas: andaba como en el limbo. Los que dominaban eran los mismos que vienen desde la época de Salinas: Francisco Gil, que había sido subsecretario durante el gobierno de Salinas, fue el secretario de Hacienda durante todo el sexenio de Fox y era tanta su influencia que actuó como vicepresidente de México. Yo le llamaba “su alteza serenísima”. El que lo sustituye y ocupa ese cargo en el gobierno usurpador es Agustín Carstens, su alumno; o sea que no hay ningún cambio en política económica.

Después de esa entrevista con Fox, llegué a la conclusión de que había que demostrar que era posible aplicar un proyecto alternativo, un modelo distinto, y que lo podíamos lograr desde el Gobierno del Distrito Federal. Con satis-

facción puedo asegurar que este propósito se alcanzó. Desde el principio, con mucha claridad, nos diferenciamos del gobierno federal y en todo se hizo evidente el contraste.

Por ejemplo, el gobierno de Fox hizo crecer de manera desproporcionada el aparato burocrático, aumentaron los sueldos de los altos funcionarios públicos, crecieron los viajes al extranjero, la ostentación y el derroche. En cambio, nosotros aplicamos una política de austeridad republicana, bajamos los sueldos. Yo ganaba lo que tiene de ingresos un director de área del gobierno federal, ganaba menos que los otros gobernadores y, desde luego, menos que un director general, un subsecretario y que un secretario del gobierno federal. Fox ganaba más del doble de lo que yo recibía. Sin considerar que él tenía bonos, servicios médicos especiales, partidas para alimentación y vestuario y muchas otras prestaciones.

Para mí la austeridad no sólo es un asunto administrativo, sino de principios. Siempre he sostenido que no puede haber gobierno rico con pueblo pobre. En los cinco años en que fui jefe de Gobierno, no hubo viajes al extranjero, no se compraron vehículos nuevos para funcionarios públicos, desapareció prácticamente la partida de viáticos, se suspendió el servicio médico particular y hubo ahorros considerables. Con el plan de austeridad republicana, pudimos liberar fondos para el desarrollo por más de 11 mil millones de pesos. Con esos ahorros financiamos los programas de apoyo a los adultos mayores, a personas con discapacidad y el de atención médica y medicamentos gratuitos para la gente pobre que no cuenta con seguridad social.

En contraste, en el gobierno federal hubo un incremento de 41 por ciento del gasto corriente. Mucho dinero

del petróleo, incluidos 70 mil millones de dólares adicionales que se obtuvieron por los altos precios del crudo en el mercado internacional, durante el sexenio de Fox se destinaron a la alta burocracia o se fueron por el caño de la corrupción. Por ejemplo, había y sigue habiendo con el gobierno usurpador, un fondo de ahorro para los altos funcionarios públicos. El secretario o subsecretario que gana 150 mil pesos al mes, puede ahorrar 10 por ciento, 15 mil pesos, y el gobierno, con dinero del presupuesto, que es dinero del pueblo, le aporta otros 15 mil, de modo que ahorran 30 mil pesos al mes. Cuando salen del gobierno, se llevan todo ese dinero. Esa partida significa, cada año, en el presupuesto federal, un poco más de tres mil 500 millones de pesos. Yo hice una política distinta. Una política distinta también en cuanto al combate a la corrupción.

No permití que se hicieran negocios al amparo del poder público, como era la costumbre. En el caso de Fox hubo muchísima corrupción, es más, hasta de su familia. No sólo son los hijos de la señora Marta, también los hijos de Fox se metieron de lleno a los *negocios*. Hay un hijo que es socio en la empresa transportista Estrella Blanca.

En el primer año de gobierno asistí a una ceremonia oficial con motivo del 16 de septiembre. El protocolo incluye hacer una guardia en el Ángel de la Independencia, luego se traslada uno al Palacio Nacional para presenciar el desfile militar. En esa ocasión, del Ángel al zócalo, nos llevaron en un camión grande del Estado Mayor Presidencial. Además de Fox, iba el presidente de la Cámara de Diputados, el presidente del Senado y el presidente de la Suprema Corte.

Al año siguiente, se hizo lo mismo, vamos a esa guardia, pero ya no nos suben a un camión del Estado Mayor, sino a uno que parecía un microbús, también con

mesitas, pero rústico. Resulta que la Presidencia rentaba esas unidades a Estrella Blanca. Tengo un documento que demuestra que algunos camiones de esa empresa son del hijo de Fox. Estoy hablando de un negocio de importancia secundaria, pero el que se atreve a hacer eso, es capaz de otras cosas. Me acuerdo que, cuando íbamos en esta especie de microbús presidencial de Estrella Blanca, él comentó: "Miren, está muy cómodo este camión". La verdad es que no era cierto lo que decía, y que conste que yo siempre usé un Tsuru. Repito, estoy hablando de una cosa de poca monta, pero estoy absolutamente seguro de que utilizó el gobierno para provecho personal.

Recientemente se dio a conocer que compró una gran extensión de tierra junto a su rancho y construyó una residencia. Se documentó que la introducción del agua y el sistema de riego para su rancho se llevó a cabo con el presupuesto público.

En fin, en el gobierno de Fox no hubo honestidad, y en cuanto a las políticas que aplicaban ellos y las que aplicábamos nosotros hubo una gran diferencia. El gobierno federal siempre actuó al servicio de los de arriba y nosotros buscamos siempre ayudar a la gente humilde, a la gente pobre. Supimos combinar crecimiento económico y generación de empleos con bienestar, fórmula que nos dio muy buenos resultados en el Distrito Federal.

En esencia, durante el gobierno de Fox no hubo ningún cambio, al contrario, se volvió más complaciente con los barones del dinero. Para entender un poco mejor el comportamiento de Fox y de las élites del PAN, hay que tomar en cuenta su formación y trayectoria. Fox trabajó y llegó a ser gerente de Coca-Cola. En sentido estricto no es ni siquiera un empresario, es un empleado de los podero-

sos. Lo mismo que el presidente espurio, que es un pelele de los potentados. Ya no son los presidentes que tenían la arrogancia de sentirse libres, ahora son empleados de los poderosos. De una u otra manera los presidentes posrevolucionarios representaban a una serie de intereses pero había cierto grado de autonomía, o había una autonomía relativa. Ahora son empleados de la oligarquía, que es la que realmente domina.

El Gobierno del Distrito Federal se propuso dos grandes objetivos: frenar el empobrecimiento del pueblo y recuperar el orgullo de la Ciudad.

Desde el principio sostuvimos que íbamos a atender a todos, a escuchar a todos, a respetar a todos, pero que la preferencia la iban a tener los más humildes, los desprotegidos de la Ciudad. El lema de mi campaña fue, "Por el bien de todos, primero los pobres".

Para cumplir este objetivo llevamos a cabo todo un innovador método de planeación democrática. Hicimos un trabajo de abajo hacia arriba, partiendo de donde vive la gente.

El Distrito Federal tiene mil trescientas cincuenta y seis unidades territoriales y, en cada una de ellas, se llevó a cabo un programa de desarrollo social integral. Una unidad territorial puede comprender una colonia si es grande o varias colonias pequeñas. En donde viven de cinco a 10 mil personas, aproximadamente. De ese modo fue como se echaron a andar mil 356 programas integrados de desarrollo social.

Desde luego, se hizo un estudio de campo para identificar los niveles de ingresos y bienestar por unidad territorial. Se aplicó el criterio de orientar más presupuesto a las unidades territoriales en donde vive la gente pobre.

En cada unidad territorial se aplican, al mismo tiempo, todas las ayudas del gobierno. Por ejemplo, se apoya a las madres solteras con el propósito de que sus hijos no abandonen la escuela. Estamos hablando de becas de 756 pesos mensuales, el equivalente a medio salario mínimo. Hay madres que viven solas y algunas veces, por falta de recursos económicos, no pueden mandar a sus hijos a la escuela. Otras veces como tienen que trabajar los dejan, contra su voluntad porque no tienen otra opción, encerrados en la casa. Entonces estos pequeños apoyos les ayudan. Pero también en esa unidad territorial se otorga el apoyo a todos los adultos mayores. Al mismo tiempo, se entregan gratuitamente todos los útiles escolares; se lleva a la práctica el programa de becas para todos los discapacitados pobres; se otorga un determinado número de créditos para la construcción, ampliación o mejoramiento de vivienda, o créditos para el autoempleo. En fin, se trata de un programa integrado.

Esto no se hace en ninguna parte del país. Cuando mucho, la planeación en México llega al nivel de los municipios. Pero aquí estamos hablando de más abajo. Estos programas se hacen con la participación de la gente. En cada unidad territorial se celebran asambleas de vecinos, se recogen propuestas, se dan a conocer las acciones, el presupuesto, las dependencias responsables. De modo que la gente sabe, le da seguimiento a todas las acciones y está pendiente del cumplimiento de las metas. Además se informa. Yo mandaba, al principio del año, cuando se elaboraban todos los programas integrados, una carta a cada ciudadano para informarle sobre lo que se había programado en su unidad territorial. Y al final se informaba sobre lo que se había logrado.

En el Distrito Federal, todos los adultos mayores tienen una pensión alimentaria. Esta acción nunca se había llevado a cabo en ninguna parte del país, y fuimos precursores a nivel mundial, con excepción de los países en donde se hace efectivo el Estado de bienestar. El programa consiste en que todos los adultos mayores tienen una tarjeta que les permite ir a cualquier centro comercial y comprar hasta 756 pesos en alimentos. Puede darse el caso de que se trate de un matrimonio de adultos mayores y así juntan mil 512 pesos mensuales. Este programa está fundado en el humanismo, porque el adulto mayor muchas veces vive en la pobreza, se queda solo, en el abandono, y que conste que la familia mexicana es muy solidaria, es muy fraterna. Sin embargo, hay casos en donde se les relega. Actualmente, por el desarrollo de la medicina se puede vivir más, pero no se trata sólo de vivir más, se trata de que se viva mejor, sobre todo en el último tramo de la vida. Hace 20 años el promedio de vida de un mexicano era de 65 años, ahora es de 75 años. Pero lo importante es que esos 10 años que se vive más en promedio se vivan lo mejor posible. La tarjeta no sólo implica lo económico, es una reivindicación, con ella el adulto mayor se siente tomado en cuenta. Tengo muchas anécdotas en este sentido; incluso de ancianos que, aunque sus hijos los apoyan, la tarjeta les da autonomía, satisfacción y aprecio. Además es un derecho universal. ¿Qué significa esto? Que es para todos, independientemente de la situación económica, porque en realidad es una pequeña retribución, es devolver a los mayores un poquito de lo mucho que nos han dejado. En el Distrito Federal, cumpliendo los 70 años todos tienen el derecho a la pensión alimentaria.

No sólo concebimos el programa y lo echamos a andar, sino que enviamos una iniciativa a la Asamblea Legislativa para elevarlo a rango de ley. De modo que, esté quien esté en el gobierno, los recursos están garantizados. También es muy interesante la forma como opera, porque no hay una secretaría o un fideicomiso, no hay un aparato burocrático. Por ejemplo, cuando se tiene una idea burocrática de las cosas, sucede que si se va a apoyar a mujeres, niños, discapacitados o, como en este caso, al adulto mayor, lo primero que se les ocurre es crear una oficina o estructura administrativa, y esa instancia requiere un director, subdirectores, asesores, y hacer viajes para saber lo que se está haciendo sobre ese tema en España, en Argentina, o en China. Y todo el presupuesto se lo gastan en el aparato burocrático y al supuesto beneficiario no le llega nada. Aquí no hay eso. Se hizo un convenio con los centros comerciales. Hay una tarjeta, se va usando mes con mes y los centros comerciales pasan la cuenta a la Secretaría de Finanzas del Gobierno de la Ciudad. Este programa funcionó bien. Estamos hablando de apoyos directos para alrededor de 400 mil adultos mayores. Asimismo, se otorgan 17 mil 804 becas de 757.50 pesos mensuales en efectivo, para madres solteras y 70 mil 688 en los mismos términos para personas con alguna discapacidad.

También, en el tiempo que estuve en el gobierno, se construyeron alrededor de 140 mil viviendas. Nunca en la historia de la Ciudad se habían construido tantas viviendas para la gente pobre. Todo el programa para frenar el empobrecimiento del pueblo significó una inversión de mil millones de dólares anuales. Monto que no se ejerce con ese propósito en ningún estado del país, ni en ninguna parte de América Latina y en muy pocos países del mundo.

Hablo de inversión, no de gasto. Es inversión porque el objetivo principal de cualquier gobierno debe ser el de procurar el bienestar del pueblo, contribuir a la felicidad de la gente. Además, donde hay justicia, también hay tranquilidad, armonía, seguridad, paz social, en pocas palabras, hay una sociedad mejor. Y no fue nada más el apoyo a los adultos mayores, a madres solteras, la construcción de vivienda para gente humilde, también hubo avances significativos en la educación y la salud.

En tres años creamos 16 escuelas preparatorias en las zonas más pobres de la ciudad para cerca de 20 mil muchachos. Escuelas de calidad, con buen nivel académico, con buenos salarios para los maestros, con un método de enseñanza de primer orden, de asesoría de los maestros a los alumnos, de cercanía, de relación directa. Asimismo, se fundó la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Esto fue también muy importante. Desde 1974, cuando se fundó la Universidad Autónoma Metropolitana, no se había creado una nueva institución de educación pública de nivel superior en la Ciudad de México.

También en esto pintamos nuestra raya. Con la política neoliberal deliberadamente se ha dejado de invertir en educación pública, sobre todo en el nivel superior. Por eso, cada año, alrededor de 300 mil jóvenes son rechazados de las universidades públicas del país, con el pretexto de que no pasan el examen, cuando en la realidad lo que sucede es que no hay lugares porque no han invertido lo suficiente en educación superior.

En los últimos 20 años, como consecuencia del abandono de la educación superior por parte del Estado, la participación de escuelas privadas en la matrícula nacional de ese nivel ha crecido de 16 a 40 por ciento. Es preciso dejar

claro que no estamos en contra de la educación privada, sino de la descalificación y el abandono de la educación pública. El mercado puede atender a quienes tienen para pagar una universidad privada, pero el Estado está obligado a garantizar el derecho de todos a la educación.

Si no hay presupuesto para las universidades públicas, se dejará sin la posibilidad de estudio a la inmensa mayoría de los jóvenes del país, que no tienen recursos económicos para pagar las cuotas de las universidades privadas.

En la Ciudad de México, según una reciente investigación sobre las cuotas de 22 universidades privadas, el promedio de las colegiaturas es de 5 mil 200 pesos mensuales, cantidad equivalente a 3.5 salarios mínimos. Pero sólo 22 por ciento de la población económicamente activa (PEA) de la Ciudad obtiene ingresos superiores a ese monto.

Un gobierno democrático debe tener como tarea principal la creación de escuelas preparatorias y universidades públicas. La justificación es elemental: no queremos que la educación se convierta en un privilegio.

La política neoliberal en materia educativa no sólo es injusta, es una barbaridad por múltiples razones. Ya no hablemos de que la educación es la base del desarrollo, de que hace florecer la democracia, ensancha el disfrute de la vida, o de que sin educación no vamos a poder salir del atraso ni alternar en un mundo globalizado. Por decir algo: en México, en 2003, sólo dos de cada 10 jóvenes tuvieron la oportunidad de acceder a la educación superior, 22 por ciento para ser exactos. La Unesco ha establecido como parámetro de referencia que si los países quieren ser hoy en día en verdad competitivos, deben tener una cobertura de educación superior de entre 40 y 50 por ciento. Bueno, pero ya no hablemos de eso, nada más pensemos que de

esos 300 mil jóvenes que son rechazados muchos tienen como único destino la calle. ¿Qué se les está dando como opción al cerrárseles las puertas de la educación? Nada. Se les está empujando a que tomen el camino de las conductas antisociales. Es un absurdo, es criminal lo que hacen los tecnócratas y la oligarquía con su política económica. Y luego se espantan: “¡Cuánta inseguridad! ¡Cuánta delincuencia!”. Pues cómo no va a haber inseguridad, raro sería que no hubiera delincuencia con la política económica que aplican, totalmente excluyente. ¿Qué opción les dejan a los jóvenes? Si excluyen en lo educativo y ni siquiera hay empleo, en pocas palabras han cancelado el futuro de millones de mexicanos.

Pero regresando, se creó la Universidad de la Ciudad de México con instalaciones modernas para diez mil muchachos. En San Lorenzo Tezonco, Iztapalapa, se construyó la sede principal y está funcionando con buen nivel académico. El rector de la Universidad, Manuel Pérez Rocha, es un pedagogo extraordinario, pero además es un hombre serio, sensible socialmente. También me tocó enviar la iniciativa a la Asamblea Legislativa para darle autonomía a la universidad. Y aquí también hay algo interesante: el proyecto que mandé no sólo incluía la autonomía, sino la obligación del gobierno de entregar a la universidad una cantidad de dinero por alumno. No fue: “Concedemos la autonomía, tú eres independiente y a ver cuánto alcanzo a juntarte para mantener a la Universidad”. No. Por ley, el gobierno le tiene que transferir recursos a la institución, de conformidad con el número de alumnos y mediante una fórmula bien definida en la ley. Este ordenamiento legal no limita a la universidad en lo económico, le da verdadera independencia.

Aparte de lo educativo se apoyó mucho todo lo relacionado con la salud. Por ejemplo, en la Ciudad de México se estableció que la atención médica y los medicamentos se entregaran de manera gratuita a toda la población. Eso no se da en otras partes. Está muy publicitado lo del Seguro Popular, una cosa que creó Fox, que es pura demagogia porque ni es seguro, ni es popular. En los centros de salud y hospitales del gobierno federal no hay medicinas, sólo entregan recetas.

Lo que se creó en la Ciudad es universal, no se paga cuota, es gratuito. Se tiene acceso a todos los servicios, desde una consulta de primer nivel en un centro de salud, hasta una intervención quirúrgica. Para eso se ampliaron y rehabilitaron clínicas y hospitales. Por ejemplo, el hospital Rubén Leñero, que es toda una institución, estaba totalmente en el abandono. Durante cuatro años estuvimos ampliándolo, mejorándolo, y ahora es un hospital de primera. Además, construimos un hospital de especialidades en Iztapalapa. Aquí abro un paréntesis para comentar que la infraestructura de salud, de educación, de vivienda, se desarrolló donde vive la gente más necesitada. También puedo decir que desde 1982 no se construía un hospital público en la Ciudad. Se creó este hospital de especialidades en Iztapalapa y se terminó otro, durante el gobierno sustituto de Alejandro Encinas, en una zona popular en la delegación Álvaro Obregón. Estamos hablando de 140 camas en cada hospital, que se equipó con lo mejor.

Por ejemplo, un programa que me gustó mucho fue el que hicimos para diagnosticar tempranamente a mujeres con cáncer de mama. El programa consiste en practicar mastografías en tráileres que operan como centros

móviles de diagnóstico, y que van a las colonias a prestar este importante servicio. En 2005, se cumplió la meta de 80 mil mastografías para detectar el cáncer de mama. Primero es lo preventivo y luego, si se requiere intervención, las mujeres son atendidas en una clínica que se creó con ese propósito en Ejido Viejo de Santa Úrsula Coapa.

En ello trabajamos en coordinación con la Fundación para la Prevención del Cáncer de Mama (Fucam), que es una asociación dirigida por el doctor Fernando Guiza y otros especialistas.

Aquí comento que muchas acciones de desarrollo social se hicieron con la participación de la sociedad civil. Es otra de las cosas buenas de la Ciudad de México, la gente apoya mucho.

Me sentí muy contento cuando echamos a andar este programa e inauguramos la clínica. Y así sucedió cada vez que inaugurábamos un hospital, una escuela o entregábamos viviendas en una colonia pobre. Ése es el trabajo que más me llenó de orgullo.

En resumen, el objetivo era frenar el empobrecimiento y creo que no sólo frenamos el empobrecimiento de la gente, sino que se mejoraron sus condiciones de vida, hubo bienestar.

Pero también añadido que cumplimos el compromiso de no permitir el aumento, en términos reales, ni del precio de la leche Liconsa ni del boleto para el Metro. No hay ninguna otra parte en donde se cobren dos pesos por el transporte público, y eso fue una política, fue un compromiso incluso de campaña. Dije: "El Metro no va a aumentar más allá del incremento al salario mínimo". Y lo cumplí. Además se introdujo un nuevo sistema de transporte: el Metrobús.

Una vez fui a una reunión con el Consejo Coordinador Empresarial, siendo presidente de ese organismo Claudio X. González, que es muy reaccionario y fue uno de los que participaron en el fraude electoral del 2 de julio. Ese día me llegaron a plantear que debía quitar el subsidio al boleto del Metro. Para ellos todo debe ser negocio. “¿Por qué el subsidio al Metro si el boleto te cuesta cuatro o cinco pesos? ¿Por qué lo das en dos? ¿Por qué subsidias?” Por eso con estas personas no nos entendemos, tenemos concepciones políticas distintas. Para ellos lo que se destina a apoyar a los pobres es populismo, es paternalismo. ¡Ah!, pero cuando se trata de rescatarlos a ellos, como se hizo con el Fobaproa, cuando se trata de los rescates financieros, eso no es populismo o paternalismo, eso es fomento o cambio estructural. ¡Al diablo con esas interpretaciones, con esa concepción! A mí no me genera ningún problema de conciencia el que se destinen recursos para apoyar a la gente humilde. Repito: ésa es la función principal de un gobierno democrático. Por eso son las discrepancias. Estos personajes de las cúpulas empresariales son gente muy atrasada, y actúan con mucha hipocresía: se la pasan en la iglesia, pero no saben qué es el cristianismo, no tienen amor al prójimo, son totalmente egoístas, el dinero los tiene enfermos y es su verdadero dios.

De manera sincera, creo que lo más trascendente del gobierno que me tocó dirigir y, sin duda, lo que más me llena de orgullo, es haber llevado a la práctica el principio de que “por el bien de todos, primero los pobres”. Y no es discurso o retórica: durante este gobierno se destinaron 64 mil millones de pesos a programas de desarrollo social. Se trata de la inversión más importante, para el bienestar de la gente, en toda la historia de la capital.

El otro objetivo fue, como ya lo expresé, recuperar el orgullo por la Ciudad. Es satisfactorio poder señalar que rompimos la inercia y que la Ciudad está saliendo del letargo en que se encontraba: se construyeron obras viales, como no se realizaban desde fines de los años setenta y principios de los ochenta. Hacía mucho tiempo que no se dinamizaba la obra pública. Todavía estaban ahí las ruinas dejadas por el temblor de 85, en el Centro Histórico. Años hacía que no se ampliaba la superficie de rodamiento en la Ciudad. Ha crecido mucho el parque vehicular y no hay nuevas vialidades. De ahí la importancia de los segundos pisos, que no sólo son necesarios, sino factibles, porque, entre otras cosas, no se afecta a nadie, se utiliza el derecho de vía y se construye hacia arriba. Nada más imaginemos lo que significaría ahora construir ejes viales, o hacer nuevas calles. Es materialmente imposible, ya no se pueden hacer, se afectaría mucho, lloverían los amparos, no se avanzaría. En cambio, con los segundos pisos, es posible enfrentar el problema del congestionamiento de tránsito.

Como ya lo comenté, la principal oposición a los segundos pisos la generaron quienes no querían que hiciéramos nada en la Ciudad. Les pesaba mucho que nosotros estuviésemos al frente del gobierno. Sin embargo, si actualmente se hace una encuesta y se le pregunta a la gente por los segundos pisos, la mayoría está de acuerdo.

Pero no sólo fue eso. Se construyeron muchas vialidades, se llegó a conectar Santa Fe con el sur de la Ciudad mediante tres grandes puentes en las barrancas de la delegación Álvaro Obregón. Trasladarse del sur de la ciudad a Santa Fe implicaba un larguísimo recorrido, ahora la comunicación ya es más fácil. En total se construyeron

44 kilómetros de segundos pisos, túneles, distribuidores viales y pasos a desnivel.

Tramposamente, nuestros adversarios preguntaban que por qué se invertía en los segundos pisos y no en el Metro. Lo cierto es que se hicieron las dos cosas. Incluso, durante mi gobierno, se invirtió más en el Metro que en los segundos pisos. Se compraron 45 trenes nuevos para el Metro, con 400 vagones. Una inversión de alrededor de 500 millones de dólares. El problema en el Metro tenía que ver con la falta de trenes. El Metro llegaba a las estaciones con menos frecuencia por falta de equipo. No se compraban trenes desde hacía 15 años.

También se trabajó mucho en lo relacionado con el agua potable. No es poca cosa abastecer de agua al Distrito Federal. Esta ciudad consume 32 mil litros por segundo. Es cuestión de imaginar lo que pasaría si falla el abasto de agua, si hay escasez, sobre todo en épocas de sequía. Teníamos que estar previendo todo eso porque cada año, a partir de febrero, empieza el problema y hay que abastecer de agua, sobre todo zonas como Iztapalapa, y muchas veces se tiene que distribuir con pipas. ¿Qué se hizo para garantizar el abasto de agua? Se llevó a cabo un programa para detectar fugas y se repararon 649 kilómetros de tubería. En la Ciudad, las fugas de agua llegaban a constituir hasta 30 por ciento del abasto total. ¿Por qué? Porque estamos hablando de instalaciones que datan de mucho tiempo atrás y también de instalaciones mal hechas que son producto de la corrupción, de cuando se hacían los contratos para beneficiar a determinada persona o empresa. El programa significó ahorro de agua. Nos involucramos mucho en eso porque, entre otras razones, no es fácil conseguir fuentes de abastecimiento para la Ciudad. Los 641 pozos del Va-

lle de México están sobreexplotados y, además, cada vez hay más dificultades para obtener el agua del Lerma y del Cutzamala. El proyecto Temascaltepec, Estado de México, está prácticamente cancelado porque los habitantes de esa zona se oponen a él de manera rotunda.

Como solución de fondo para evitar el crecimiento poblacional del área metropolitana, y de orientar más las acciones del gobierno hacia la racionalidad en el uso del agua y la recarga de los acuíferos, un proyecto viable que no pudimos implementar, por falta de tiempo, y que además impulsaría el desarrollo regional es el de llevar a cabo un acuerdo con el gobierno del estado de Hidalgo para aprovechar el acuífero de la zona de Tula, que se ha formado a través del tiempo, con el drenaje de aguas residuales del Distrito Federal y cuya capacidad, previo tratamiento, se estima en 10 mil litros por segundo. Lo anterior, desde luego, tendría que acompañarse de inversiones productivas, infraestructura, vivienda y desarrollo social para orientar el crecimiento poblacional hacia Hidalgo, al norte de la zona conurbada, que está poblada, pero menos que en el oriente, donde hay mucha más gente y se padece más por falta de agua y de otros servicios públicos.

Gobernar la Ciudad es velar. No sólo se trata de evitar una crisis por falta de agua. También hay que prevenir inundaciones. Yo antes dormía tranquilo, a pierna suelta. Es más, cuando llovía hasta me arrullaba el agua. Recuerdo que de niño dormíamos en una casa con techo de lámina de zinc y en el trópico el agua cae tan fuerte que hasta arrulla. Sin embargo, como jefe de Gobierno, cada vez que llovía fuerte no podía dormir por la preocupación. Es difícil conciliar el sueño cuando sabes que se puede inundar la Ciudad. Padeces por falta de agua y padeces por exceso de

agua. Aquí se usa mucho el eufemismo de *encharcamiento*, pero hay veces que se trata de inundaciones.

Se tenía un sistema de drenaje con una capacidad de desalojo de 160 metros cúbicos por segundo. Y nosotros aumentamos la capacidad en 60 metros cúbicos por segundo. Es decir, se incrementó en más de 30 por ciento. Se construyeron seis plantas de bombeo para el desalojo del agua. Por ejemplo, se construyó una planta muy grande en el Gran Canal del desagüe. Ese Canal se realizó en la época de Porfirio Díaz para sacar el agua hacia el estado de Hidalgo. Con el paso del tiempo, como la Ciudad se ha ido hundiendo, el Canal perdió su pendiente original y estaba prácticamente azolvado, al grado que se corría el riesgo de que, con lluvias fuertes, el agua entrara y se inundara una parte considerable de la Ciudad. Por eso se tuvo que construir una planta de bombeo con capacidad de 40 metros cúbicos por segundo, para sacar agua y evitar inundaciones.

También se crearon tres estaciones de bomberos, lo que no se hacía desde 1990. Después de 26 años, se construyeron dos reclusorios con capacidad para cuatro mil internos e internas. A lo largo de cuatro años y ocho meses, se garantizó la prestación normal de los servicios públicos. No se registraron problemas mayores en cuanto al suministro de agua, drenaje, transporte, repavimentación, alumbrado público, protección civil y recolección de basura. En este periodo hubo menos contaminación y sólo durante dos días padecimos contingencia ambiental.

Todos los días combatimos el flagelo de la delincuencia. A ello dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo y lo

hicimos con responsabilidad, profesionalismo, en forma organizada y de manera conjunta.

A diario, durante 56 meses y desde muy temprano, nos reunimos el secretario de Gobierno, el procurador, el secretario de Seguridad Pública y la consejera jurídica para revisar la incidencia delictiva de las anteriores 24 horas tomar decisiones oportunas para contrarrestarla y dar seguimiento a este problema que tanto preocupa a la sociedad.

Por convicción, desde el inicio decidimos actuar, al mismo tiempo, sobre las causas y los efectos. Lo primero fue mejorar las condiciones de vida, crear empleos y expectativas de superación. En este terreno se avanzó considerablemente y por eso, en buena medida, no se desbordó la incidencia delictiva.

Los resultados concretos en materia de seguridad pública son los siguientes: en el periodo 1995-1997 se denunciaron en promedio 654 delitos diarios; de 1998 a 2000, 586; y durante nuestro gobierno el promedio fue de 464; es decir, una disminución de 29 y 21 por ciento, respectivamente.

Esta disminución se observó también en los delitos de homicidio y robo de vehículo, en los cuales no hay *cifra negra* porque las denuncias corresponden a lo que realmente sucede. Por ejemplo, en el periodo 1995-1997 se registraron en promedio tres homicidios dolosos cada día, de 1998 a 2000 la cifra bajó a 2.3 y de 2001 a 2005 se redujo a dos homicidios diarios; o sea, 33 y 14 por ciento menos, respectivamente.

En cuanto a robo de vehículos, comparando los mismos periodos, pasó de 156 por día a 125, y en nuestra administración el promedio diario fue de 93; es decir, 40 y 25 por ciento menos. En suma: cuando entregué el gobierno, en delitos denunciados y en homicidios y robo de

vehículos se tenían registrados los promedios más bajos en los últimos 10 años.

Estos datos coinciden con los presentados por la Cámara de Comercio de la Ciudad de México y por la Asociación Mexicana de Instituciones de Seguros, que son las únicas organizaciones no gubernamentales que, de manera sistemática y desde hace muchos años, llevan el registro de los índices delictivos en la Ciudad de México.

Por ejemplo, en la evaluación trimestral que desde el año de 1993 efectúa la Cámara de Comercio, se registra que de 1995 a 1997 el índice de robo a negocios fue de 28.4; de 1998 a 2000, de 18.1; y durante mi administración fue de 8. Incluso, en el primer trimestre de 2005, fue de seis, índice que reconoce la propia Cámara como el más bajo en 10 años.

Por su parte, la Asociación Mexicana de Instituciones de Seguros sostuvo en sus evaluaciones que, de 1995 a 1997, en el Distrito Federal el robo de vehículos asegurados fue de 61.2 en promedio diario; de 1998 a 2000, de 64.2, y de 2001 a 2005, de 53.5. Es decir, hubo una disminución de 16.6 por ciento en el robo de vehículos asegurados, en comparación con la administración pasada. De acuerdo con la misma fuente, en el primer cuatrimestre de 2005, el promedio diario de robo de vehículos asegurados fue de 42.7; el más bajo de los últimos 10 años.

Según cifras de la Secretaría de Seguridad Pública del gobierno federal, en 2005 la Ciudad de México ocupaba el octavo lugar en incidencia delictiva entre todas las entidades del país, y, respecto de homicidios dolosos, el Distrito Federal se situaba en el lugar 18 entre las 32 entidades federativas del país.

Incluso, en el anexo estadístico del Cuarto Informe de Gobierno del presidente de la República, se da a conocer

que en el Distrito Federal, en el periodo 2001-2004, hubo una disminución de la incidencia delictiva de 21 por ciento, en relación con el periodo anterior; mientras que en el país, en el mismo lapso de tiempo, se registró un incremento de 2.66 por ciento.

Aunque nuestros adversarios usaron como propaganda en nuestra contra el que no pudimos enfrentar el problema de la inseguridad pública, y que fue una especie de asignatura pendiente, lo cierto es que también en esta materia obtuvimos buenos resultados. Esencialmente porque se atendió el desarrollo social, hubo perseverancia, profesionalismo, se trabajó en equipo y no se toleró ni la corrupción, ni la impunidad.

Desde mi particular punto de vista, combatir la inseguridad y la delincuencia depende, para decirlo de manera muy general y esquemática, en 70 por ciento, del bienestar de la gente; en 20 por ciento, de no permitir la corrupción, y el 10 por ciento restante corresponde a la perseverancia y el profesionalismo de las autoridades competentes.

Un programa muy importante fue el de la rehabilitación del Centro Histórico, incluyendo el Paseo de la Reforma, desde la Fuente de Petróleos hasta el zócalo. En este programa se trabajó de manera conjunta con la sociedad civil y también con el gobierno federal. Es una de las pocas cosas en las que hubo coincidencia con Fox. Yo le formulé el planteamiento. Quizás aceptó porque lo hice al principio del gobierno, cuando no había tantas discrepancias. Ellos invirtieron muy poco, la verdad, pero cuando menos no estorbaron y el programa se pudo llevar a cabo. Se rehabilitó el Paseo de la Reforma (desde los Jue-

gos Olímpicos de 1968 no había sido tocado) y se reconstruyó la zona de La Alameda, que había quedado destruida con los sismos de 1985. Se construyó la Plaza Juárez, que comprende el edificio de Relaciones Exteriores, un edificio para el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, la edificación del Museo de la Tolerancia y el templo de Corpus Christi, que se reconstruyó. Es una plaza muy hermosa. También se rehabilitaron las calles, se introdujo drenaje, nuevas instalaciones de agua, luz, teléfono, y se mejoraron las fachadas de los bellos edificios del Centro Histórico. Se remodelaron el Museo y el Teatro de la Ciudad. Se llegó al acuerdo con la Fundación Centro Histórico, dirigida por Carlos Slim, para que se creara el museo Carlos Monsiváis aunque se llama Museo del Estanquillo, porque él no aceptó que llevara su nombre. El gobierno tenía un edificio porfiriano, La Esmeralda, en la esquina de Madero e Isabel la Católica, el cual se destinó a la colección donada por Monsiváis de pinturas, esculturas, caricaturas, fotografías, libros, revistas y otras piezas en su poder y que sólo él pudo haber reunido por su talento, minuciosidad y buen gusto. Son obras extraordinarias de arte popular mexicano. También se creó, en el templo de Corpus Christi, el Archivo Histórico de Notarías, donde se exhiben actas y documentos antiguos de la Ciudad. En la Plaza Juárez se colocó el mural *El movimiento*, de David Alfaro Siqueiros. La fuente principal, una pieza bellísima, es un diseño de Vicente Rojo.

El programa de recuperación del Centro Histórico fue amplio, integral y, desde luego, trascendente. Se dieron facilidades para la construcción de edificios modernos en el Paseo de la Reforma y, por cada peso destinado por el gobierno, la iniciativa privada invirtió veinticinco. Noso-

tros nos hicimos cargo de los espacios públicos y ellos de la construcción de hoteles, edificios para oficinas y la rehabilitación de inmuebles.

La Ciudad de México fue la mayor receptora de inversión privada y extranjera. Cuando terminé mi gestión, el Distrito Federal ocupaba el primer lugar nacional en creación de empleos.

Mantuvimos buenas relaciones con la iniciativa privada: ningún empresario encontró obstáculos para invertir en la Ciudad. Sólo no tuvieron cabida los traficantes de influencias ni los que están acostumbrados a medrar al amparo del poder público.

Con absoluta seguridad también puedo afirmar que el crecimiento de la deuda pública fue el más bajo en los últimos 25 años, aunque por politiquería, ignorancia o mala fe algunos detractores sostengan lo contrario.

El 29 de julio de 2005, unos días antes de dejar el gobierno para participar como candidato a la Presidencia de la República, pronuncié mi último informe como jefe de Gobierno de la Ciudad. Aquí destaco que, desde que tomé posesión, cada tres meses rendí cuentas a los ciudadanos. En mi mensaje de despedida expresé:

La Ciudad tuvo la suerte, en esta etapa, de no padecer ninguna catástrofe natural. No hubo desgracias por temblores de tierra; tampoco desgajamiento de cerros, desbordamiento de ríos o inundaciones que pusieran en peligro la vida de la gente.

Por fortuna no hubo accidentes lamentables en el Metro ni motines en los reclusorios; las movilizaciones públicas fueron por lo general pacíficas y, por ejercer el derecho de manifestación, nadie perdió la vida a consecuencia de la represión policiaca.

Cada fin de semana se congregaron, en promedio, 200 mil personas para participar en diferentes eventos deportivos, religiosos, artísticos y culturales y, en términos generales, siempre hubo saldo blanco.

Desde luego no todo fue miel sobre hojuelas. Gobernar la Ciudad de México, como toda actividad política, implica riesgos. Hay que estar atentos, actuar de manera precavida y, sobre todo, trabajar todos los días sin bajar la guardia. La Ciudad exige entrega total: gobernar es velar.

En mi experiencia personal, quizá lo más difícil fue procurar hacer un buen gobierno y acreditar, al mismo tiempo, otra forma de hacer política: más humana, honesta y esperanzadora.

Esto fue lo que no les pareció a mis adversarios. Se acepta que puedan existir gobiernos emanados de diferentes partidos, pero no se tolera que se intente desplazar a la política tradicional: ésa donde todos los intereses cuentan, menos el interés del pueblo.

Por esta causa, me vi sometido a fuertes presiones, a campañas de desprestigio y a un intento de destitución, instrumentado de la manera más burda y antidemocrática. Esa confabulación logró aglutinar a varios de los personajes más encumbrados de la política nacional, sin importar sus aparentes militancias partidistas porque, en el fondo, lo que se pretende es cerrar el paso a un proyecto alternativo de nación y perpetuar la corrupción y los privilegios de siempre.

Por eso, estoy más que agradecido con la gente, porque fue este pueblo bueno, informado, consciente, avisado y generoso el que me ha sacado a flote en los momentos más difíciles de acecho y adversidad. Muchas, muchas, muchas gracias a mis paisanos de esta gran ciudad.

Ahora más que nunca me atengo a la voluntad popular y, al mismo tiempo, reafirmo mi compromiso de no traicionar la confianza de la gente. Como ustedes saben, a partir de hoy dejo la Jefatura de Gobierno porque voy a luchar, junto con muchos mexicanos, mujeres y hombres, por una verdadera transformación de México.

Mi reconocimiento al equipo de trabajo que me acompañó en la tarea de gobernar la Ciudad: les agradezco, en particular, haber sabido estar a la altura de las circunstancias.

Al nuevo jefe de Gobierno le deseo, como dicen los indígenas del Valle de México: “¡Buen camino!”.

Y a todas y a todos, de corazón, mucha felicidad.

Aunque al principio no fue nada fácil gobernar la Ciudad, por circunstancias políticas lo más difícil comenzó a mediados del tercer año de gobierno. A pesar de las diferencias, hasta entonces había con Fox una relación de respeto, pero luego de las elecciones de julio de 2003, cuando el PRD ganó en la capital 13 de las 16 delegaciones y la mayoría en la Asamblea Legislativa, se desató una serie de ataques promovidos o solapados desde Los Pinos.

Inicialmente atribuyo la actitud de Fox en mi contra a la influencia de su esposa. Ella me veía como un adversario, como un rival. Tenía la pretensión de ser candidata y presidenta de México para sustituir al marido. Es indudable que la llamada “pareja presidencial” llegó a acariciar esa expectativa. En una ocasión Lino Korrodi, una persona que fue muy cercana a Vicente Fox, me platicó que cuando se hablaba de esa posibilidad, se encontró a Fox y le comentó que había que detener esa versión porque no era conveniente y no le ayudaba. Sin embargo, para su

sorpreza, Fox le respondió: “Lino, no nos caerían mal seis añitos más”.

Como a los dos años y medio, llegó Fox a decirle a un empresario que lo fue a ver, que por ningún motivo iba a permitir que yo fuera presidente de la República. Este empresario se espantó y me fue a platicar lo que le había dicho el presidente. Incluso me contó que cuando le preguntó a Fox el porqué, éste le respondió: “Porque si Andrés Manuel llega a la Presidencia me va a meter a la cárcel”. Lo cierto es que él estaba obcecado en contra mía. La mayor parte de su gobierno se dedicó a dañarme, a cerrarme el paso; es más, él mismo lo decía. En reuniones que tenía los lunes en Los Pinos, con los dirigentes del PAN, insistía: “Andrés Manuel no va a pasar aunque yo tenga que bloquearlo, tirármele a los pies como los jugadores del futbol americano”. Él se dedicó realmente a eso. Lo demás fue continuar con la misma política económica y perder el tiempo en frivolidades.

De esta animadversión se desprende una serie de ataques. A finales de 2003, por ejemplo, viene el asunto del Paraje San Juan. De súbito, un juez ordenó que debíamos pagar mil 810 millones de pesos de indemnización a Fernando Arcipreste del Ábrego, por un terreno expropiado por el gobierno en la época de Salinas. Un predio, supuestamente, de 294 hectáreas, conocido con el nombre de Paraje San Juan.

Es importante decir que, al amparo del Gobierno de la Ciudad, se hacían negocios ilícitos a costillas del erario. Había la mala costumbre del influyentismo y el coyotaje. Había gestores y abogados que merodeaban las oficinas públicas para solicitar pagos de indemnizaciones por juicios en contra del gobierno, en complicidad con autorida-

des judiciales. Una vieja historia de corrupción que atañe a todos los gobiernos de México.

Esto nos generó una discrepancia de fondo con todo el Poder Judicial. En la mentalidad de muchos abogados, si un juez, un magistrado o la Suprema Corte resuelve que se pague una indemnización millonaria, debe acatarse la ley, aunque el proceso haya sido fraudulento. A pesar de los medios inmorales en que se desenvuelven los juicios, para ellos la cosa juzgada es como mandato divino.

También aclaro que, anteriormente, en ocasiones, el gobierno llevaba a cabo expropiaciones de terrenos a particulares de manera arbitraria, sin pagar las indemnizaciones a que obligaba la ley. Cuando se trataba de este tipo de casos y el Poder Judicial decidía que había que pagar, nosotros, aunque fueran juicios que databan de tiempo atrás, acatábamos y cumplíamos dichas resoluciones. Así lo hicimos en muchos casos. Por convicción se garantizaron los derechos individuales y se hizo valer realmente el Estado de derecho.

Sin embargo, en este tipo de juicios siempre había casos de corrupción. Mucha gente demandaba pagos de terrenos que no existían, y la autoridad judicial obligaba al gobierno a indemnizar cuando era evidente la estafa. Un ejemplo de ello es el litigio que se presentó sobre un predio, donde está construida la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en Cuicuilco. A ese terreno lo bautizamos como “el predio volador” porque no existía realmente, y un presunto afectado exigía el pago de ciento cincuenta millones de pesos. Todo esto a partir del manejo de influencias y la corrupción en el Poder Judicial y también en el mismo Gobierno del Distrito Federal. ¿Cómo se da este tipo de corrupción e influyentismo en la prácti-

ca? Si un juez, un magistrado o la Suprema Corte ordenan a una autoridad que pague una indemnización a supuestos afectados, éstos por lo general ofrecen una *recompensa* al funcionario, quien aparentemente actúa en cumplimiento de un mandato judicial, cuando en realidad se está consumando un fraude. Además prevalece la idea de que el dinero del presupuesto no es dinero del pueblo y no tiene por qué cuidarse.

Pero no sólo se dan esos casos. Cuando fui jefe de Gobierno, un asambleísta del PAN, Federico Döring, que ahora es senador, me mandó a decir con la secretaria de Turismo y con el secretario de Gobierno, que le bajaba a los ataques en mi contra si un juicio que se llevaba en la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, por un pleito entre un abogado amigo suyo y las herederas del señor Samuel Kurian, se resolvía a favor de su amigo. En realidad, el abogado litigante quería cobrar por la vía penal honorarios que, según los herederos, ya le habían pagado y, en todo caso, era un asunto de carácter civil. ¿Por qué convertir un juicio de civil a penal? Porque cuando hay una querella, cuando hay un pleito por dinero —estamos hablando de cuatro millones de dólares—, si se va por la vía civil tarda muchísimo y no hay mecanismos de presión, no meten a la cárcel al acusado. Lo pueden obligar a pagar al final de un largo juicio civil. Pero cuando se trata de un juicio penal lo pueden meter a la cárcel de inmediato y eso obliga al acusado a que tenga que pagar rápido. En pocas palabras, él quería que el procurador Bernardo Bátiz torciera la ley para favorecer a su recomendado. Ésa era la negociación para dejarme de atacar. Es obvio que lo mandé al diablo. Es un personaje inmoral, como lo es la mayoría de los dirigentes del PAN.

Iguales o peores que los del PRI. Por eso no les tengo ningún respeto. Pobre clase media que fue engañada por estos vivales que se las dan de gente decente, de santurrones, y son en realidad unas lacras.

Otro de los panistas que encarna el influyentismo es Diego Fernández de Cevallos. Este personaje, siendo senador en 2001, actuó como representante o gestor de jugos Del Valle y logró que la Secretaría de Hacienda pagara a esa empresa, por concepto de devolución del IVA, la cantidad de mil 400 millones de pesos. Esta negociación, al más alto nivel y llevada a cabo antes de que se emitiera una resolución judicial definitiva, implicó que, de manera unilateral e injusta, la Secretaría de Hacienda recortara, por ese mismo monto, el presupuesto de los gobiernos de los estados, incluido el Distrito Federal.

Durante el tiempo que fui jefe de Gobierno, enfrenté todas esas prácticas de corrupción. Tuve que andar ahuyentando *coyotes* de las oficinas hasta que los corrí, y se dieron cuenta de que las cosas habían cambiado. En mi experiencia, las proposiciones de corrupción llegaron hasta por el lado de mis hijos. Recuerdo que cuando yo era jefe de Gobierno, mi hijo José Ramón estudiaba Derecho, y supuestos amigos de la Universidad le ofrecían: “Oye, fíjate que hay este negocio. Es totalmente legal. Se trata de una indemnización ordenada por la autoridad judicial. Si tu papá paga, a ti te damos tanto”. Y no sólo en el caso de los predios. Es frecuente que “amigos” ofrezcan a tus hijos todo tipo de negocios: “Fíjate que tengo un sistema de cómputo extraordinario. Si nos lo compra el Gobierno de la Ciudad, y tú puedes intervenir con tu papá, a ti te damos una cantidad”. Y todo esto se ve, que es lo peor, como si fuese una cuestión natural. Por supuesto,

mis hijos rechazaron todas esas proposiciones deshonestas y a partir de ahí, qué amigos ni que ocho cuartos, no hay amistad cuando se trata de complicidades y corruptelas. La política, en México, se hace en un ambiente enfermizo. La podredumbre se ha generalizado tanto que penetra por todos lados; por desgracia predomina la máxima según la cual “el que no transa no avanza”.

En este contexto se presentó el caso del Paraje San Juan que, como ya expresé, llegó a la Suprema Corte de Justicia y había la intención de cobrarnos mil 810 millones de pesos. Personalmente me metí a revisar este asunto y me di cuenta de que era un fraude. Para descubrir la verdad, hice una investigación sobre el supuesto propietario, construí el árbol genealógico de toda la familia Arcipreste, llegué a saber quiénes eran y dónde vivían, en las distintas épocas. Revisé actas de nacimiento, matrimonio, defunción, fes de bautismo; hasta se visitaron algunos panteones.

Todo comienza cuando el señor Fernando Arcipreste Pimentel, que nació en 1897, y vivió en una vecindad de Peralvillo en la colonia Morelos, se casa legalmente con la señora Concepción Arcipreste Grande, y tiene varios hijos. Sin embargo, este mismo señor se enamora, al mismo tiempo, de otra señora, Guadalupe Nouvel Payutt, con quien procrea otros hijos. Uno de ellos es, precisamente, Arturo Arcipreste Nouvel, quien aseguraba que su papá le había heredado un predio de 298 hectáreas en Iztapalapa, que fue expropiado por el gobierno en 1989 y por el cual solicitaba el pago de la indemnización.

Lo cierto es que toda la documentación para acreditar dicha propiedad se falsificó, cuando se supo que el Gobierno llevaría a cabo la regularización de los asentamientos donde actualmente viven miles de familias. Por ejem-

plo, la escritura que suponía la compraventa de dicho predio en 1947, hablaba de “298 hectáreas cuadradas aproximadamente” y, como es obvio, dicha unidad de medida, “hectárea cuadrada”, no existe en el sistema métrico nacional, y no se tiene referencia histórica de que haya sido utilizada en ningún testimonio relacionado con la cuestión agraria. No es el caso, por ejemplo, de la vara, la caballería, la legua y otras. También la firma del supuesto comprador, Fernando Arcipreste Pimentel, es una rúbrica totalmente ajena a la época, es como la firma de un diputado o de un senador de nuestros días. Asimismo, se falsificaron la firma del juez de Paz de Iztapalapa, el sello del juzgado y de inscripción en el Registro Público de la Propiedad, en fin, el documento de compraventa es, a todas luces, falso. No obstante, a partir de un documento apócrifo se inició un juicio en contra del gobierno para cobrar mil 810 millones de pesos, donde participaron diversos actores, desde los supuestos dueños hasta funcionarios públicos, pasando por “apoderados legales”, notarios públicos, prestanombres y gestores profesionales, denominados comúnmente “coyotes”.

Aquí es necesario subrayar que el último reclamante de la indemnización fue Enrique Arcipreste del Ábrego, un hijo del señor Arturo Arcipreste Nouvel, quien falleció en 1998. Posteriormente supimos, cuando surgió el escándalo de los videos, que Enrique estaba vinculado a Carlos Ahumada y, como él, también fue a esconderse a Cuba.

Durante el último trimestre de 2003 padecimos por este asunto una campaña de ataques en todos los medios de comunicación. Sostuve que no iba yo a pagar la famosa indemnización de los mil 810 millones de pesos, por lo

que se me acusó de no respetar el Estado de derecho. Por supuesto que siempre he sido respetuoso de la legalidad, pero no puedo ser cómplice de actos de corrupción. Una cosa es el Estado de derecho y otra cosa es el Estado de chueco y de cohecho.

Al final se demostró que el Paraje San Juan nunca fue propiedad privada, era un terreno propiedad de la nación. Es decir, tuvieron que darnos la razón, aunque quienes nos atacaron no tuvieron siquiera el valor de admitirlo y ofrecer disculpas. Me refiero a ministros de la Corte, periodistas, funcionarios federales, dirigentes de partidos políticos, diputados, senadores, abogados, dirigentes empresariales y otros.

Luego surge el escándalo que hace la televisión respecto de Nicolás Mollinedo. Empezaron a difundir que mi “chofer” ganaba 60 mil pesos mensuales, cuando él, Nicolás, era coordinador general de Logística, cargo que existía desde las administraciones pasadas. Una especie de jefe de ayudantía para el Gobierno del Distrito Federal con funciones sustantivas, no nada más conducir el vehículo. Sin embargo, hicieron una gran campaña de desprestigio; una gran lanzada en la televisión y en todos los medios. De casualidad, en ese entonces, Fox acababa de expresar que conocía a “gentes que tienen choferes que ganan 60 mil pesos mensuales”. Éste fue un eslabón más de una cadena de ataques.

Todo lo anterior formaba parte de un plan para destruirme políticamente. Para entonces ya se había concretado la alianza entre Fox y Carlos Salinas de Gortari. Este per-

sonaje ya estaba de regreso en el país. En todo el sexenio de Zedillo había permanecido prácticamente en el exilio, viviendo en La Habana y en Dublín.

Como es conocido, Zedillo lo mantuvo distante de la política nacional. En octubre de 2000, cuando pretendió regresar a la vida pública con la publicación de un libro con el que buscaba justificar su labor como gobernante de México, Televisa difundió unas llamadas de sus hermanos Adriana y Raúl donde este último, desesperado, amenazaba con hablar e involucrar a Carlos Salinas en los actos de corrupción que le achacaban y por los que estaba preso.

Paradójicamente, cuando Fox llegó al gobierno, Salinas encontró las condiciones propicias para su regreso. Sostengo que es una paradoja porque Fox, en tiempos de su campaña, había aseverado que “con *Salinillas*, [no iba] ni al baño”; es más, al concluir su campaña prometió en el zócalo:

Ya como presidente electo propondré al Congreso la creación de una comisión en la que también participe la sociedad civil, que investigue los nexos del narcotráfico con las altas esferas del poder, y todo lo que pasó en el sexenio de Salinas, incluyendo las privatizaciones, las negociaciones del 88 y las finanzas familiares, cómo se enriquecieron los Salinas, y los asesinatos políticos. (*La Jornada*, 28 de junio de 2000.)

Lo cierto es que Fox volvió a mentir y Salinas regresó al país a principios de 2003, para moverse políticamente con la idea de recuperar sus fueros.

Para ello reagrupó a empresarios, políticos y comunicadores con los cuales había establecido, durante su mandato, relaciones de complicidad y que le guardan obediencia por amistad o miedo.

Obviamente, desde el principio Salinas sabía que su misión principal sería dedicarse a hacerme la guerra. No sólo porque representamos intereses distintos y contrapuestos, sino porque ello le permitiría, como al final sucedió, vincularse con Fox y con la señora Marta. De modo que yo padecí de la llamada pareja presidencial y, posteriormente, enfrenté la alianza entre éstos y Salinas.

En mayo de 2003, Salinas se reunió con los directivos y los principales conductores de programas de Televisa. Ahí expresó, por primera vez, su opinión sobre la posibilidad de que yo llegase a ser candidato a la Presidencia. Como es natural, pensaba que yo no le convenía al país y dejó de manifiesto que el mejor candidato de la izquierda era el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. Incluso, este punto de vista lo sostuvo en lo sucesivo. Más tarde llegó a decir en una reunión, de manera cínica y perversa, que sentía una especie de remordimiento, de cargo de conciencia por lo sucedido al ingeniero Cárdenas durante la elección presidencial de 1988 y que haría lo posible por ayudarle y reivindicarse con él políticamente.

Supe del encuentro de Televisa porque uno de los asistentes a la reunión, el periodista Alejandro Cacho, se atrevió a publicar el 4 de mayo de 2003, en el periódico *Milenio*, a manera de entrevista, lo que Salinas sostuvo. Cacho contó que “fue especialmente sarcástico y agudo al hablar de Andrés Manuel López Obrador. Ambos, enemigos de tiempo atrás. De entrada, lo descartó como el candidato ‘natural’ del Partido de la Revolución Democrática a la Presidencia de la República en el año 2006”. Cacho escribe que Salinas sostuvo: “López Obrador no es el PRD. No hay que olvidar al ingeniero Cárdenas, que es fundador del partido. Ese lugar le corresponde a él, después de

todo lo que ha pasado desde el 88". Al parecer al interior de Televisa había el acuerdo de no dar a conocer la reunión con Salinas, de modo que esto le costó a Cacho dos meses de suspensión en la conducción de su programa.

Posteriormente, 15 días antes de las elecciones de diputados federales, asambleístas y delegados del Distrito Federal, se inauguró el nuevo centro de noticias de Televisa Chapultepec y recibí la invitación para asistir a ese evento. Estaba dispuesto a ir, pero me entró la duda sobre la posibilidad de que también Salinas estuviera invitado. De modo que hablé un día antes con Emilio Azcárraga para preguntarle si iba a estar Salinas y me contesto que sí. Por lo tanto tomé la decisión de no asistir y de disculparme, enviándole una carta donde le digo:

...quiero que comprendas que resulta muy difícil para mí estar presente en un acto al cual asiste el señor Carlos Salinas de Gortari. Podría pensarse que soy rencoroso o que, como político, no actué correctamente. Pero, la verdad, aunque no odio a nadie y trato de ser tolerante, me cuesta mucho olvidar lo que significó para el movimiento democrático de nuestro país, la política del señor Salinas: en su gobierno, los opositores padecemos acoso y persecución; nos arrebataron triunfos electorales y fueron asesinados cientos de luchadores sociales. Además, el señor Salinas sigue siendo una amenaza para los intereses nacionales. Es evidente que mantiene una amplia red de componendas, que incluye a dirigentes de partidos políticos y a personajes de otros sectores del país, y su proyecto actual es convertirse en jefe de un grupo opositor al movimiento democrático que muchos representamos. Comprendo que el papel de Televisa es actuar de manera incluyente y no descalificar

a nadie. Incluso, se me hace que la invitación al señor Salinas, y a otros personajes de la vida económica, social y política de México, es un acto de congruencia con la pluralidad que te caracteriza. Pero, en mi caso, es muy difícil asistir a un evento que podría convertirse —sin que, obviamente, ustedes tengan ese propósito— en un acto político de aceptación por todos, del regreso con normalidad a la vida pública del señor Salinas.

Salinas continuó con su labor de acercamiento a la pareja presidencial, y después del segundo semestre de 2003 ya habían logrado entenderse. Recuerdo que el 2 de octubre de 2003 cenamos con Fox, en Los Pinos, Lázaro Cárdenas Batel, gobernador de Michoacán; Ricardo Monreal Ávila, gobernador de Zacatecas; Leonel Cota Montaña, gobernador de Baja California Sur, y Alfonso Sánchez Anaya, gobernador de Tlaxcala. No olvido la fecha porque ese día, en protesta por la represión estudiantil de 68, hubo disturbios en la ciudad. Unos provocadores generaron destrozos en establecimientos comerciales y yo estaba atento atendiendo esos hechos. Fuimos invitados a esa cena porque Fox volvió a plantear el tema del cobro del IVA en alimentos y medicamentos y quería que los gobernadores del PRD lo apoyáramos. En esa ocasión, después de escucharlo y oír la opinión de mis compañeros gobernadores, expresé con claridad mi desacuerdo, pero no sólo eso; como ya sabía de su alianza con Salinas, le dije que me parecía inaudito y muy grave para el país sus vínculos con este personaje. Recuerdo que le reclamé: “Presidente, no es posible que usted termine aliado a lo peor que hay en la política mexicana. Si usted llegó con la bandera del cambio, ¿cómo puede justificar la alianza con Salinas?”. No

me contestó, se quedó callado. Ahí se acabó la cena. Luego nos enteramos, según revelaciones recientes de Elba Esther Gordillo, de que por esos días se reunieron en la casa de Salinas Roberto Madrazo y otros dirigentes del PRI y del PAN, con el secretario de Hacienda, Francisco Gil, para ponerse de acuerdo y tratar de aprobar en el Congreso el cobro del IVA en alimentos y medicamentos.

Es decir, desde entonces ya estaba consolidada la alianza Fox-Salinas, que inmediatamente después padecimos en el asunto de los videos, más tarde en el desafuero y posteriormente en el fraude electoral.

No sólo por su espectacularidad, sino por el daño moral que pretendían ocasionarme, el gran ataque de Fox y Salinas en mi contra fue, sin duda, el asunto de los videos y los escándalos de corrupción que representaron.

Este solo asunto sería más que suficiente para comprender hasta dónde han llegado mis adversarios en su afán de dañarme políticamente. Por eso, desde los primeros días hablé de un *complot*, que según el Diccionario de la Lengua Española significa “un conjunto de maniobras secretas y concertadas contra alguien”.

Esta tragicomedia tiene como actor principal a Carlos Ahumada, aunque debe decirse que, al final de cuentas, él sólo fue un simple instrumento del hampa de la política mexicana. Desde antes de que yo fuera jefe de Gobierno, Carlos Ahumada, que se hacía llamar empresario, se fue metiendo en la vida interna del PRD. Lo acerca Ramón Sosamontes, uno de los dirigentes del partido, quien a su vez lo conoce por Ignacio Morales Lechuga, que había sido procurador de la República en la época de Sali-

nas. Más tarde, Carlos Ahumada se relaciona con Rosario Robles, entonces jefa de Gobierno del Distrito Federal y, posteriormente, presidenta del Comité Ejecutivo Nacional del PRD.

El caso es que Ahumada llega a tener influencias en el interior del PRD, al grado que ofrece ayuda económica a precandidatos y candidatos, con el compromiso de que al ganar recibiría contratos de obras, e incluso personas recomendadas por él ocuparían cargos como funcionarios.

A mi llegada a la Jefatura de Gobierno, empecé a saber de él y, aunque nunca lo conocí personalmente, estaba atento para evitar que se metiera en asuntos del gobierno. Es más, ordené una revisión exhaustiva de los contratos anteriores de sus empresas, como consta en las investigaciones realizadas por la Contraloría General del Distrito Federal.

Posteriormente, cuando Ahumada quiso participar en la construcción del distribuidor vial San Antonio y, aunque su empresa presentó aparentemente la propuesta económica más baja, ordené que se cancelara la licitación con fundamento en que su oferta estaba por encima de lo que habíamos presupuestado. Luego supe, a principios de 2003, que había firmado contratos de obras con los gobiernos delegacionales de Tláhuac y Álvaro Obregón, y de inmediato di instrucciones a la Contraloría para que indagara sobre posibles irregularidades. A pesar de la autonomía relativa de esos gobiernos y de trámites burocráticos, dichos contratos fueron cancelados.

A partir de entonces, Carlos Ahumada empezó a quejarse y, al mismo tiempo, buscó entrevistarse conmigo. En esas fechas me habló por teléfono un periodista profesional, Javier Solórzano, para decirme que él ofrecía su casa

para que me reuniera con Ahumada. Le respondí que no podía ver a esa persona porque, entre otras cosas, estaba siendo investigada por el gobierno.

A principios de enero de 2004, fui informado por la contralora Bertha Luján, de que empresas, posiblemente vinculadas a Carlos Ahumada, habían cobrado por obras contratadas por la delegación Gustavo A. Madero que no se llevaron a cabo. Al enterarme, sin titubeos, ordené que de inmediato se promoviera una denuncia ante la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, la cual se presentó el 28 de enero. Una vez iniciada la averiguación previa, la Procuraduría empezó a citar a los involucrados, tanto a los particulares como a los funcionarios, y se determinó que el monto defraudado era de 31 millones de pesos; se solicitó la congelación de cuentas bancarias; se pidió mayor información a la Comisión Nacional Bancaria y de Valores y, el día 20 de febrero, dos empresarios fueron detenidos. Además, al seguir el curso de las investigaciones, se descubrió que el dinero que recibieron las cinco empresas defraudadoras se concentró en una, llamada Pagosa, cuyo socio mayoritario era Carlos Ahumada, con 99.33 por ciento de las acciones.

Esta misma investigación iba a llegar, como resultó, a fincar responsabilidades al secretario de Finanzas del Gobierno del Distrito Federal, Gustavo Ponce Meléndez, porque la orden que di en su momento fue la de llegar a fondo, topara con lo que topara, y castigar a los responsables sin miramiento de ninguna índole.

Mientras tanto, Ahumada, al saberse rechazado por el Gobierno de la Ciudad de México y, en especial, luego de que la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal había iniciado una averiguación en contra de sus em-

presas, decidió vengarse y pactó con mis principales adversarios políticos, a quienes les ofreció información sobre Gustavo Ponce, secretario de Finanzas del Gobierno de la Ciudad; René Bejarano, quien había sido mi secretario particular, y Carlos Ímaz, ex jefe delegacional en Tlalpan.

Ahumada tenía como práctica hacer tratos o enjuagues con dirigentes y funcionarios de todos los partidos y con periodistas de distintos medios de comunicación. Era dueño de empresas, del equipo de fútbol León, de Primera División, del periódico *El Independiente*, comía y bebía en buenos restaurantes, viajaba con frecuencia y tenía un avión privado, que suele ser la fascinación de quienes se comportan como nuevos ricos. Una peculiaridad especial de Ahumada era que le gustaba filmar secretamente a todos los que iban a su oficina, en particular los momentos en que se consumaba un acuerdo sucio, o cuando entregaba dinero en efectivo. Incluso espiaba y grababa, en el vestidor, a los jugadores de fútbol contrarios a su equipo.

Como es obvio, en poco tiempo llegó a disponer de información sobre muchos personajes de la vida pública del país y, entre ellos, contaba con videos de personajes vinculados al Gobierno del Distrito Federal; materiales que le sirvieron para negociar con Salinas y con altos funcionarios del gobierno federal.

El caso es que, desde finales de 2003, Ahumada empieza a tener comunicación con Carlos Salinas. De todo esto y de muchas otras cosas nos fuimos enterando a partir de que se desató el escándalo de los videos. Como en otras ocasiones, siempre contamos con testimonios y la colaboración de la gente, choferes, meseros, secretarías y ciudadanos en general, que simpatizan con nuestro movimiento. También en este difícil trance me sirvió la intui-

ción política, los errores cometidos por mis adversarios y, vuelvo a repetir, la suerte, que siempre cuenta en política.

Antes del 1° y 3 de marzo de 2004, fechas en que se dieron a conocer en la televisión los videos de Ponce y Bejarano, sucedieron los siguientes hechos: primero, como ya expresé, Ahumada se entrevistó en más de una ocasión con Salinas. Según declaraciones del propio Ahumada, cuando Salinas vio los videos se llenó de júbilo e imaginó que la ofensiva en mi contra sería demoledora.

A partir de ahí, Salinas puso en comunicación a Ahumada con Juan Collado, su abogado, quien a la vez fue el encargado de poner en contacto a Carlos Ahumada con Diego Fernández de Cevallos, influente senador del PAN y otro de mis malquerientes. Casi al mismo tiempo, Salinas y Diego establecieron comunicación con el secretario de Gobernación, con el procurador general de la República y con el secretario de Hacienda. Como es obvio, de todo esto estuvo enterado Vicente Fox.

Hicieron el trato con Ahumada a cambio de dinero y protección. Abro un paréntesis para comentar que, originalmente, Ahumada sólo tenía las imágenes de Bejarano recibiendo dinero y de Carlos Ímaz, aunque conocía perfectamente los manejos de corrupción de Gustavo Ponce y su adicción al juego porque, incluso, había ido con él, en más de una ocasión, a Las Vegas. Estoy seguro de que, en una de las reuniones de Ahumada con Salinas, salió el tema de Ponce, y a aquél le interesaba mucho que también se le exhibiera, porque a Ponce, en su carácter de subsecretario de la Secretaría General de la Contraloría de la Federación, le había correspondido integrar y sostener la demanda de corrupción en contra de Raúl Salinas de Gortari quien, por ésa y otras acusaciones, permanecía en prisión.

De modo que al caso de Ponce le dieron un tratamiento especial. Antes de dar a conocer los videos, el 18 de febrero de 2004, la Secretaría de Hacienda solicitó a la Red de Combate de Crímenes Financieros (Fincen), del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, información financiera de Gustavo Ponce Meléndez y Esperanza González Ocampo, su esposa. Siete días después, el 25 de febrero, la Secretaría de Hacienda recibió respuesta del Fincen, información que consistía en todos los movimientos financieros de Ponce y su esposa y de los viajes que había realizado a Las Vegas y a otros lugares de Estados Unidos.

La Secretaría de Hacienda proporcionó esta información a Televisa, que la dio a conocer el día 1° de marzo. También aclaro que, aunque tenían toda la información documental, necesitaban imágenes que impactaran a la opinión pública. Por eso, del 19 al 22 de febrero, Ahumada invita a Ponce a Las Vegas y, allí, con la colaboración de agentes federales, es filmado jugando en el hotel Bellagio.

La información y la filmación de Gustavo Ponce en Las Vegas no tenía realmente el propósito de combatir la corrupción, sino el de afectarme políticamente. Las dependencias federales no informaron al Gobierno de la Ciudad de México para proceder legalmente en contra del funcionario y así evitar la impunidad y tampoco actuaron directamente una vez que tenían la información sobre los presuntos delitos del fuero federal. No actuaron en forma institucional: lo hicieron de acuerdo con una motivación política de carácter faccioso.

También, antes de dar a conocer los videos el 20 de febrero, con la participación de Diego Fernández de Ceva-

llos, la Procuraduría General de la República recibió y ratificó, al mismo tiempo, la denuncia de Carlos Ahumada por el presunto delito de extorsión en contra de funcionarios del Gobierno de la Ciudad. Esta diligencia se llevó a cabo en el hotel Presidente Intercontinental, en un salón pagado por el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen), dependiente de la Secretaría de Gobernación.

Mientras todo esto se urdía, y aunque no sabía del escándalo que se preparaba, por esos días le estuve insistiendo a Bernardo Bátiz, procurador general de Justicia del Distrito Federal, que informara a la opinión pública de lo que se estaba investigando respecto de los actos de corrupción de las empresas de Ahumada en la delegación Gustavo A. Madero. Sin embargo, Bernardo Bátiz había decidido mantener en sigilo todo este proceso, en virtud de que ya había recuperado diez millones de pesos y pensaba que podía lograr que devolvieran el total del monto de lo defraudado. Recuerdo que por instinto, el sábado por la mañana, dos días antes de que se diera a conocer el video de Ponce, en una reunión del Gabinete de Seguridad, hablé con Bernardo y le dije que al día siguiente, sin falta, informara en rueda de prensa sobre todo este asunto. No obstante, no lo hizo. De haberlo hecho hubiésemos podido atemperar el golpe y les hubiese costado más trabajo involucrarme. Porque, en realidad, yo ya había dado la orden de que se actuara, pues no había ningún tipo de compromiso. Al contrario, yo quería poner orden y combatir a la corrupción que significaba Ahumada. Aunque vale la pena aclarar dos cosas: primero, que el escándalo de todas maneras estaba planeado y lo iban a llevar a cabo, y segundo, que Bernardo Bátiz es un hombre recto, digno y honesto, que me ayudó mucho y al que siempre voy a respetar.

Ese lunes 1° de marzo en la noche, en mi casa, vi el impactante reportaje de Televisa sobre Ponce en Las Vegas, imágenes donde se le veía jugando en el casino del hotel Bellagio, todo esto complementado con información sobre sus frecuentes visitas, sus gastos y con el encabezado en voz de Joaquín López-Dóriga: “Filman al secretario de Finanzas del Gobierno de la Ciudad, jugando en Las Vegas”. Lo primero que hice fue tratar de localizar por teléfono a Ponce y, al mismo tiempo, le hablé al procurador Bernardo Bátiz para que procediera. Al final del noticiero logré comunicarme con Ponce, le pedí una explicación y me aseguró que había ido a Las Vegas porque tenía un familiar y que estaba dispuesto a aclarar lo que se estaba diciendo. Incluso le pedí que, al día siguiente, informara a la opinión pública, a lo cual se comprometió, pero no dio la cara.

Al día siguiente, en mi conferencia de la mañana, aunque en condiciones adversas por la contundencia de lo difundido en Televisa, fijé con claridad mi postura. Sostuve que no habría contemplación para castigar a Ponce si se le encontraba culpable de actos de corrupción, y que tomaba la decisión de separarlo del cargo para profundizar la investigación correspondiente.

Pero como es lógico, en esos primeros días, con nada podía detener el escándalo. Además, nuestros adversarios tenían una estrategia bien armada, y luego de lo de Ponce, dos días después, como seguidilla, apareció el video de Bejarano recibiendo dinero en efectivo de manos de Ahumada. Hay que recordar que el día 3 de marzo, por la mañana, se presentó Federico Döring, diputado federal del PAN, al programa *El mañanero* con Víctor Trujillo, Brozo, para entregarle el video en cuestión, argumentan-

do que lo había recibido en forma anónima y poniendo el énfasis en que iba a quedar de manifiesto la corrupción que había en el gobierno de López Obrador. Aquí conviene señalar que lo entregado a Brozo por Döring es un video en formato comercial que, para transferirlo, toma a la televisora entre 15 y 20 minutos. Sin embargo, Brozo lo entrega a los camarógrafos tal cual y casi de inmediato empieza a verse, lo cual demuestra que Televisa tenía el video desde tiempo atrás y lo de Döring era algo arreglado, convenido. Además, esa misma mañana Televisa había invitado a René Bejarano a otro programa, pero a la misma hora y en el mismo centro de noticias, de modo que inmediatamente después de que terminan de proyectar las imágenes, Brozo lo entrevista para exhibirlo aún más.

El golpe fue contundente. Las imágenes de Bejarano recibiendo dinero se repitieron infinidad de veces en la televisión. Los autores intelectuales del complot pensaron que me iban a liquidar políticamente. El propósito, entre otros, era envolverme en actos de corrupción y destruir mi autoridad moral. La ofensiva llevaba la intención de generar sospechas sobre mi integridad. Desde el principio sembraron la intriga, según la cual, si el secretario de Finanzas y René Bejarano —“mi principal operador político”—, eran corruptos, resultaría imposible creer que yo no estuviese involucrado o, cuando menos, que no estuviese enterado.

En medio del escándalo, convoqué al zócalo para informarle a la gente del Distrito Federal sobre mi postura. Allí aclaré que no tenía ninguna vinculación de complicidad con Ponce y Bejarano, porque toda la campaña mediática buscaba involucrarme, y con firmeza sostuve que no había ninguna limitación para actuar con toda energía y aplicar la ley.

Puntualmente expliqué que Ponce era egresado de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana. Aunque lo conocí en 1985, cuando trabajé en el Instituto Nacional del Consumidor, nunca tuvimos una relación de amistad. Muchos años después, en 2000, lo encontré como subsecretario de Egresos en la Secretaría de Finanzas. Ya para entonces había ocupado varios cargos públicos, como ya lo mencioné; entre otros, fue subsecretario de la Secretaría General de la Contraloría de la Federación y le correspondió integrar y sostener la demanda en contra de Raúl Salinas de Gortari.

De modo que, por su trayectoria administrativa, decidí mantenerlo como subsecretario y, en julio de 2003, cuando renunció voluntariamente Carlos Urzúa, a quien había nombrado originalmente secretario de Finanzas, Ponce pasó a ocupar ese puesto.

Por lo que respecta a René Bejarano, lo conocí a partir de la fundación del PRD, en 1989. Desde entonces establecí con él una relación política. Estuvo, como muchos otros, en mis campañas para la presidencia del PRD y para la Jefatura de Gobierno. Cuando tomé posesión de la Jefatura de Gobierno, lo nombré secretario particular, cargo que ocupó hasta el 4 de noviembre de 2002, cuando decidió por su propia voluntad renunciar y dedicarse a tareas partidistas.

Los hechos que se revelan en los videos datan de abril y junio de 2003, cuando ya no era funcionario de gobierno. Pero además, debo decir que, aunque tuve con él una relación política y administrativa, nunca, ni a él ni a nadie, le he pedido que en mi nombre se cometan actos de corrupción. Asimismo, quiero que quede claro: jamás he tenido un operador político. Yo trabajé con mis colabo-

radores a partir de las funciones y de las responsabilidades que a cada uno le correspondían.

Aquí reafirmo la importancia que tiene para el ejercicio de la política el poseer autoridad moral. El ataque con los videos fue como la prueba del ácido. Resistí porque, como dirigente político de oposición y como servidor público, he demostrado que no transijo cuando se trata de componendas o de actos de corrupción. En esos momentos difíciles siempre dije la verdad, reiteraré una y otra vez que nunca conocí a Carlos Ahumada; que nunca supe que existía un vínculo de Ahumada con Gustavo Ponce; que no sabía de la adicción de Gustavo Ponce por el juego ni me enteré de las relaciones que se revelan en el video entre René Bejarano y Carlos Ahumada; y que René Bejarano nunca me solicitó nada a favor de Carlos Ahumada o de sus empresas. Más todavía, estos escándalos estallaron, precisamente, porque nunca acepté componendas con Carlos Ahumada, como lo prueba el hecho de que, cuando supe de la posibilidad de corrupción de sus empresas con los gobiernos delegacionales, ordené que se actuara con todo el rigor de la ley.

Si pude salir librado de esta perversa estrategia en mi contra, fue porque, desde el inicio del escándalo de los videos, mantuve invariablemente la postura de que, aunado a los evidentes y reprobables actos de corrupción, la intención principal era dañarme políticamente. Siempre afirmé que quienes urdieron este complot no tenían ni tienen el propósito de combatir la corrupción, sino de causarme un profundo daño político. Desde entonces, mis adversarios estaban preocupados por la forma en que la gente aceptaba y respaldaba mi proyecto de gobierno y querían descalificarme para la contienda presidencial de 2006.

Salí de esa trampa por la suerte y la intuición política. Aunque al principio no sabíamos nada de cómo se había orquestado toda la confabulación, la experiencia indicaba que detrás de este asunto estaba el hampa de la política. En nuestro país, desgraciadamente, la política tradicional tiene mucho de práctica mafiosa. Por ello, cuando se recibe un golpe de esta magnitud, la pregunta obligada siempre es: “¿Y, de parte de quién?”. Porque nada suele ser espontáneo ni, mucho menos, bien intencionado.

Recuerdo que el día en que se da a conocer el video de Bejarano, yo tenía, prácticamente a la misma hora, una entrevista de radio con Gutiérrez Vivó. Y cuando me pregunta sobre el caso, menciono la sospecha de que detrás de todo estaba Carlos Salinas. También, de manera intuitiva, desde los primeros días hablé de que, posiblemente, Ahumada había recibido más dinero por los videos que la cantidad que aparecía entregando en las imágenes a Bejarano. Es más, antes de contar con pruebas, sostuve que era probable que la información sobre Ponce se hubiese conseguido con la colaboración del gobierno de Estados Unidos.

Pero lo más destacado de todo es el hecho de que la gente nos apoyó como siempre, en este caso transmitiendo información. Así, poco a poco se fue desenmarañando toda la confabulación. Supimos, por choferes de Ahumada, de sus entrevistas con Salinas; meseros y comensales dieron testimonio de las reuniones de Diego con Ahumada; se supo de la participación del Cisen; nos llegó el expediente con la información solicitada por Hacienda al Departamento del Tesoro del gobierno de Estados Unidos, hasta descubrirse que después de negociar con Salinas y con Diego Fernández de Cevallos, Ahumada se fue a refugiar a La Habana, Cuba.

La historia posterior ya se ha contado varias veces. Aquí sólo agrego que, en agosto de 2006, se dio a conocer un fragmento de un video con declaraciones de Ahumada en La Habana, en las que confiesa su acuerdo con Salinas y la vinculación del gobierno de Fox. Ahí expresa que Salinas:

Ve los videos en su computadora, en su biblioteca, y dice que es un madrazo, o sea que es una bomba atómica, un misil o no me acuerdo qué dijo. Lo vio 2, 3 minutos o algo así y ya lo sacamos... Porque me pidió Salinas que viera a Diego Fernández. Ya le platiqué a Diego Fernández de qué se trata y me dijo que, incluso, que le interesaba mucho... Y él me dice que había hablado ya con el secretario de Gobernación, que ya había hablado con el procurador, él, Diego, me dice, pero que no se querían por supuesto reunir conmigo por precaución... Y digo: Bueno, si se los dejo a Juan, a Pedro o a Chucho, o si los necesito para pagar cemento, eso es lo de menos, finalmente son 30 millones de dólares que necesito y quiero que apoyen. Me dice: Bueno, vamos a buscar un mecanismo... Yo creo que por medio de la Secretaría de Gobernación es como se dan a conocer los videos en la televisión... Y si estaba organizado a nivel del secretario de Gobernación, pues quiero pensar que un escándalo de este tipo, a nivel nacional, que llevamos 70 días en esto, pues se lo tienen que informar al Presidente, en una cosa de esa magnitud, a fuerza, se lo deben informar... Mira, Andrés, el complot, ponle: sí, nos reunimos con Salinas; sí nos reunimos con Diego, cierto... Que Andrés Manuel haya perdido, según los últimos datos que yo tuve, 15 puntos en las encuestas, y ahorita Santiago, Roberto Madrazo y Andrés Manuel están prácticamente en un empate... Es la pelea de 2006, es la pelea de 2006,

eso es lo que ganamos. O sea, prácticamente sacar a Andrés Manuel de la carrera presidencial.

Asimismo en el expediente judicial de Ahumada, aparece un documento sobre la estrategia de comunicación en mi contra. En él se definen los objetivos, las acciones puntuales para los primeros cinco días, las recomendaciones generales y notas sueltas para lo que denominan “*statements* diversos”.

En fin, como es obvio, con todo el aparato del Estado y con el apoyo de Salinas, Fox estaba empeñado en destruirme políticamente. Recuerdo que, al mismo tiempo del escándalo de los videos, deliberadamente había una campaña en radio y televisión del gobierno federal, hablando del combate a la corrupción. Es decir, todo estaba planeado. Sin embargo, salimos adelante, pues aunque al comienzo de esta lanzada hubo algún desconcierto en la gente, la mayoría de los capitalinos siempre creyó en mí.

Al no poder destruirme políticamente con el escándalo de los videos, Fox y Salinas y, en este caso, con la complicidad de Mariano Azuela, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, emprendieron toda una campaña para desaforarme como jefe de Gobierno, por haber intentado abrir una calle de acceso a un hospital y haber violado, supuestamente, el auto de suspensión provisional de un amparo. Todo esto envuelto en un discurso de aparente devoción por el Estado de derecho.

El 17 de mayo de 2004, la Procuraduría General de la República solicitó formalmente a la Cámara de Diputados mi desafuero, y al día siguiente apareció en la prensa

nacional un desplegado de la Suprema Corte de Justicia avalando, de modo descarado, la posición del Ejecutivo Federal.

En el expediente enviado por la Procuraduría General de la República a la Cámara de Diputados, que consta de 108 páginas, el Ministerio Público Federal hace referencia, en 14 de ellas, a información periodística que considera como pruebas en mi contra. Cabe señalar que estos recortes periodísticos fueron entregados por Fernando Espejel, abogado de Federico Escobedo Garduño, supuesto afectado y dueño del predio El Encino. Se trata de 34 notas y reportajes de tres periódicos: cuatro publicados por *El Universal*, ocho por el *Reforma* y 22 de *La Crónica*, periódico vinculado a Carlos Salinas de Gortari.

En dichas notas periodísticas aparecen “como pruebas” declaraciones del diputado panista Federico Döring, que muestran el evidente carácter político del asunto. Por ejemplo, el 30 de octubre de 2001, señala: “López Obrador debe de ser destituido de su cargo”. El 6 de noviembre de 2001, *La Crónica* titula: “El juez puede tramitar destitución de AMLO. La autoridad judicial no ha iniciado el trámite porque le tiembla la mano: Döring”.

Este asunto se originó desde antes de mi llegada a la Jefatura de Gobierno, en noviembre de 2000, cuando se expropió una franja del predio El Encino, para construir una calle en Santa Fe, motivo por el cual el propietario se amparó. Al inicio de mi administración, en 2001, quedaron suspendidos los trabajos que tenían el propósito de darle continuidad a la vialidad de Vasco de Quiroga. No obstante, dos años después, el Ministerio Público, por consigna política, consideró que, en mi carácter de autoridad responsable, violé el artículo 206 de la Ley de Amparo.

En términos estrictamente jurídicos, el proceso en mi contra estaba plagado de irregularidades y era insostenible. Nunca presentaron una prueba contundente. En el expediente, que llegó a acumular 12 mil hojas, no había ningún escrito o informe que demostrara que yo había desobedecido las órdenes judiciales. En todo este asunto actuamos con apego a derecho, y los servidores públicos de las áreas correspondientes fueron los encargados directos de informar al juez y de cumplir con las actuaciones derivadas de la suspensión definitiva. Sin embargo, la PGR me consideró como el único responsable de un delito que nunca se cometió, sólo porque era el superior jerárquico. Además, en todos los casos similares al mío, sobre supuestas violaciones a la suspensión de un amparo, la PGR había determinado el no ejercicio de la acción penal, argumentando que no existe en la ley una sanción exactamente aplicable y, de acuerdo con un principio general de derecho, no puede haber delito sin pena. Pero en mi caso, se esmeraron en inventar el delito y acomodar la pena correspondiente. Era claro, pues, que el abuso de autoridad, el dolo y la mala fe estaban en quienes me acusaban. De modo que no se trataba de un asunto jurídico, sino eminentemente político. Todo fue fabricado para inhabilitarme con miras a las elecciones de 2006, porque en la Constitución General de la República se establece que no se puede ser candidato a un cargo de elección popular si se está sujeto a un proceso judicial.

A partir de mayo de 2004, toda esta maniobra se hizo acompañar de una nueva embestida en los medios de comunicación. Llovían las acusaciones sosteniendo que no respetábamos la legalidad. Otros, de plano, escribieron o expresaron en los medios de comunicación que era el

momento de eliminarme de la contienda de 2006. Por ejemplo, Otto Granados Roldán, coordinador de Comunicación Social en tiempos de Salinas y exgobernador de Aguascalientes, escribió en un artículo:

Los políticos priistas ¿dejarían pasar la oportunidad de volver al poder tan sólo porque el señor López representa el rayo de esperanza y no hay que tocarlo ni con el pétalo de una rosa? Los dirigentes del PRI debieran leer a Maquiavelo: a los adversarios políticos no se les puede dejar a medio camino porque resurgen fortalecidos y lo primero que hacen es degollar a quienes quisieron eliminarlos. (*La Crónica*, 18 de agosto de 2004.)

Aunque los pormenores de esta historia son conocidos, no está de más recordar que la Cámara de Diputados integró la Sección Instructora con dos diputados del PRI, uno del PAN y otro del PRD, y se negaron, con excepción de Horacio Duarte, diputado del PRD, a investigar el fondo político de la acusación en mi contra. Olvidaron de manera deliberada que la declaración de procedencia en nuestro sistema constitucional consiste, precisamente, en investigar si se trata o no de un ataque político en contra del servidor público acusado penalmente. Como antecedente histórico, existe el hecho de que el diputado Heriberto Jara, en el dictamen correspondiente al juicio del desafuero elaborado por la Segunda Comisión del Congreso Constituyente, de 1916-1917, señaló que este procedimiento fue establecido: “para poner a cubierto a estos funcionarios de ataques infundados por parte de enemigos políticos, ataques que pudieran perjudicar la buena marcha de la administración”.

Pero como es obvio, todo era eminentemente político. Recuerdo que un diputado del PRI integrante de la Sección Instructora, Francisco Cuauhtémoc Frías Castro, de Sinaloa, al principio sostenía que no iba a prestarse al juego y que actuaría con rectitud. Sin embargo, más tarde supe que Salinas desayunó con Juan Millán, exgobernador de Sinaloa, y el diputado terminó sometién dose. Asimismo, aunque alrededor de 100 diputados del PRI antes habían expresado que no iban a votar en mi contra, el trabajo político de Fox, Salinas, Creel y otros terminó por alinearlos, al grado de que al final sólo siete diputados del PRI y una diputada del PAN se opusieron al desafuero.

Es memorable la revelación que hizo, por esos días, la periodista Marcela Gómez Zalce. En el diario *Milenio* contó cómo se habían reunido Santiago Creel, secretario de Gobernación, y Roberto Madrazo, presidente del PRI, para llegar al acuerdo de destituirme. La misma Marta Sahagún, esposa de Fox, en una cena de Navidad en Guanajuato, con amigos de la “pareja presidencial”, había sentenciado que en abril de 2005 me dejarían fuera de la contienda presidencial.

Y fue precisamente el 7 de abril de 2005 cuando, por 360 votos, me destituyeron como Jefe de Gobierno y autorizaron a la Procuraduría para que procediera penalmente en mi contra. Ese día, miles de capitalinos se congregaron desde muy temprano en el zócalo. Allí, antes de comparecer en la Cámara de Diputados, le hablé a la gente y definí con claridad la estrategia que seguiría. Expresé que debíamos actuar con inteligencia, sin caer en provocaciones ni en la trampa de la violencia. Les propuse la creación de un comité para conducir el movimiento en mi ausencia, que quedó integrado por José Agustín Ortiz

Pinchetti, Bertha Maldonado, Elenita Poniatowska, Martí Batres y Leonel Cota. También se acordó llevar a cabo una Marcha del Silencio, del Museo de Antropología al zócalo, el domingo 24 de abril. Asimismo, les hablé sobre mi situación política:

He decidido, como saben, no ampararme ni solicitar libertad bajo fianza. Haciendo uso de mis garantías constitucionales, tampoco permitiré que nadie pague la fianza ni que nadie tramite en mi nombre algún amparo. Así quiero contribuir a la resistencia civil pacífica. También quiero expresar públicamente que, desde el momento en que el Ministerio Público Federal solicite al juez mi orden de aprehensión, y antes de que este funcionario resuelva, voy a trasladarme por mi propia voluntad al reclusorio donde esté el juzgado correspondiente, para esperar desde allí mi detención. Entiéndanme, no quiero dar motivo a otro acto de prepotencia ni quiero dar pretextos para la provocación. Les pido que no traten de impedir esta decisión; sé que ustedes me apoyan, pero no debemos dar pie a ningún desorden. Vamos a enfrentar este asunto con mucha dignidad y con mucho decoro.

Al final de mi discurso en este emotivo acto, les pedí que no fueran a la Cámara. Les comuniqué que iría solo y me despedí con una exclamación espontánea: “¡Los quiero desafortadamente!”.

Más tarde, en la Cámara de Diputados, pronuncié un discurso, que transcribo íntegramente porque considero que muestra con claridad la realidad de ese tiempo y lo que vendría después:

Ciudadanas diputadas y diputados;

Pueblo de México:

Comparezco con dignidad ante este tribunal por el juicio de desafuero en mi contra.

Muy poco voy a argumentar en términos jurídicos sobre la falsedad de este juicio. Hemos reiterado nuestra defensa en numerosas ocasiones. Sólo diré que no he violado la ley, que jamás he actuado en contra de la justicia y que nunca ha sido mi intención hacerle mal a nadie.

Nunca firmé ningún documento ni ordené que no se respetara la suspensión del amparo otorgado al presunto dueño del predio El Encino. Por el contrario, hay constancias de que todos los servidores públicos responsables del caso cumplieron con su deber.

A pesar de que el Ministerio Público pretendió llevarlos a que me inculparan —como pueden ustedes constatarlo en el expediente—, planteándoles interrogatorios insidiosos, no logró su cometido. Nadie me hizo responsable.

El juez administrativo no se tomó la molestia de presentarse en El Encino para verificar con sus propios ojos si se daban o no las conductas de violación que me atribuyen. Tuvo, sin embargo, la ruindad de otorgar valor probatorio pleno a supuestas inspecciones judiciales practicadas por actuarios. Es decir, el juez se limitó a recibir los dichos de sus empleados. Con estas pruebas ilegales se me condena.

Es más: el supuesto dueño de El Encino primero reclamaba una propiedad de cien mil metros cuadrados; luego presentó una escritura de 86 mil metros y, en el Registro Público de la Propiedad, aparece que sólo posee 83 mil metros cuadrados, y que el tramo en cuestión ni siquiera es de su propiedad. Pero esto no se nos aceptó como prueba,

porque en la Sección Instructora se opusieron a realizar un deslinde del terreno.

El expediente está plagado de falsedades.

Me acusan, simple y llanamente, por ser el superior jerárquico del Gobierno del Distrito Federal.

Por último, les preguntaría a ustedes: ¿dónde está el dolo y la mala fe, si el camino no se construyó? Tuvimos que hacer un camino alternativo para comunicar al Hospital ABC. Ahí va a quedar la brecha que constata que no hubo ningún desacato.

El dolo y la mala fe es de quienes me acusan.

Tengo la conciencia tranquila. Desde hace muchos años que lucho por mis ideas y lo hago apegado a principios, uno de éstos es, precisamente, hablar con la verdad y conducirme con rectitud.

Tengo la certeza absoluta de que no se me juzga por violar la ley sino por mi manera de pensar y actuar, y por lo que pueda representar, junto con otros mexicanos, para el futuro de nuestra patria.

Atendamos lo evidente: hoy en México se debaten dos proyectos de nación, y de nación en la globalidad, distintos y contrapuestos, y a los que verdaderamente mandan junto con los que mal gobiernan al país, les preocupa y les molesta que nuestro programa en la Ciudad —de crecimiento económico, generación de empleos, construcción de obras públicas, de educación, salud y vivienda y de apoyo a los más humildes y olvidados— se propague cada día más, se acredite entre la gente y se aplique a nivel nacional.

Éste es el fondo del asunto. Por eso, y por ninguna otra causa, nos quieren atajar y me quieren quitar mis derechos políticos, con miras a las elecciones de 2006.

Quienes me difaman, calumnian y acusan son los que se creen amos y señores de México.

Son los que en verdad dominan y mandan en las cúpulas del PRI y del PAN.

Son los que mantienen a toda costa una política antipopular y entreguista.

Son los que ambicionan las privatizaciones del petróleo y de la industria eléctrica, algo que aún no consiguen tras la entrega sucesiva de los bienes nacionales.

Son los que utilizan al Estado para defender intereses particulares y rescatar instituciones financieras en quiebra.

Son los que, al mismo tiempo, consideran al Estado una carga y quieren desvanecerlo en todo lo tocante a la promoción del bienestar de los pobres y de los desposeídos, que es también, si bien se ve, el bienestar de una nación corroída por la desigualdad.

Son los que manejan el truco de llamar “populismo” o “paternalismo” a lo poco que se destina en beneficio de las mayorías, pero nombran “fomento” o “rescate” a lo demasiado que se le entrega a minorías rapaces.

Son los partidarios de privatizar las ganancias y de socializar las pérdidas.

Son los que han triplicado en veinte años la deuda pública de México.

Son los que defienden la política económica imperante, no obstante su serie de fracasos, que dan como resultado el cero crecimiento y el aumento constante del desempleo.

Son los que quieren cobrar IVA a los medicamentos y los alimentos, pero exentan de impuestos a sus amigos y protectores. Que la mayoría lo pague todo y que la minoría selecta nos dé por favor una limosna.

Son los que han socavado la calidad de vida de las clases medias.

Son los que han convertido al país en un océano de desigualdades, con más diferencias económicas y sociales que cuando Morelos proclamó que debía moderarse la indigencia y la opulencia.

Son los que han arruinado la actividad productiva del país y han obligado a millones de mexicanos a dejar sus hogares y sus familias para emigrar a Estados Unidos, arriesgándolo todo en busca de lo que mitigue su hambre y su pobreza.

Son los que quieren perpetuar la corrupción, el influyentismo y la impunidad, que son sus señas de identidad.

Son ellos los que tienen mucho miedo a que el pueblo opte por un cambio verdadero. Y ese miedo cobarde de perder privilegios los lleva a tratar de aplastar a cualquiera que atente contra sus intereses y proponga una patria para todos, y patria para el humillado.

Por eso utilizan al ciudadano presidente, a quien encumbraron para seguirse devorando al país, y a quien lanzan en mi contra para impedir que avance el movimiento de transformación nacional, capaz de crear una nueva legalidad, una nueva economía, una nueva política: una nueva convivencia social, con menos desigualdad, con más justicia y dignidad.

Un empresario me contó que el 10 de junio del año pasado, en una reunión en casa de Rómulo O'Farril ese grupo compacto de intereses creados le dijo al ciudadano presidente —palabras más, palabras menos—: “Nos has quedado mal; no has podido llevar a cabo las privatizaciones y la reforma fiscal, pero eso ya no es lo que nos importa. Ahora, lo único que te pedimos es que por ningún motivo permitas que ese populista de Andrés Manuel llegue a la Presidencia”.

Tal vez a partir de entonces o de una lectura febril de las encuestas, al presidente de la República se le volvió una obsesión hacer campaña en mi contra. Eso es lo que explica este desafuero, tramado desde Los Pinos.

Por eso, con seguridad y firmeza, desde esta tribuna:

Acuso al ciudadano presidente de la República, Vicente Fox Quesada, de estos procedimientos deshonorosos para nuestra incipiente democracia.

Lo acuso de actuar de manera facciosa, con el propósito de degradar las instituciones de la República.

Acuso también por complicidad al presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Mariano Azuela Güitrón, por supeditar los altos principios de la justicia y de la Constitución a las meras consignas políticas ordenadas por los intereses creados del momento.

Días antes de iniciar el procedimiento en mi contra, en abril del año pasado, el presidente de la Corte acudió a un encuentro con el ciudadano presidente, olvidándose de que su deber no es encubrir las arbitrariedades del titular del Poder Ejecutivo, sino el de proteger a los ciudadanos del atropello y del abuso.

Es más: dos días después de presentada la solicitud de desafuero, la Suprema Corte hizo publicar un desplegado donde, por anticipado, se trataba de legitimar este aberrante procedimiento en mi contra y se alababa la actuación de quienes actuaron por consigna haciéndose pasar por jueces.

Claro está que quienes me acusan tratan de justificar su actuación, hablando en nombre de la ley e invocando el Estado de derecho. Así ha sucedido siempre: todo acto autoritario suele encubrirse en un discurso de aparente devoción por la legalidad.

Lo cierto es que estos personajes no sólo están envileciendo a las instituciones sino haciendo el ridículo.

Ahora resulta que en el país de la impunidad, en el país del Fobaproa, de los Amigos de Fox, del Pemexgate y otros latrocinios cometidos, permitidos o solapados por los que ahora me acusan y juzgan, a mí me van a desaforar, a encarcelar y a despojarme de mis derechos políticos por haber intentado abrir una calle para comunicar un hospital. Repito: por intentar abrir una calle para comunicar un hospital.

Ahora resulta que los Defensores del Derecho Supremo del Privilegio han convertido en un “grave delito” una supuesta infracción jurídica que amerita despojarme del cargo que legal y legítimamente me fue otorgado por los ciudadanos del Distrito Federal.

¿Ése es el Estado de derecho que pregonan?

¿Cuál Estado de derecho puede haber si en México los encargados de impartir justicia, en vez de proteger al débil, sólo sirven para legalizar los despojos que comete el fuerte?

¿De cuál Estado de derecho hablamos si sólo se castiga a los que no tienen con qué comprar su inocencia?

¿Qué Estado de derecho existe si la mayoría de los jueces, magistrados y ministros no tienen el arrojo para sentirse libres, y todavía se comportan como empleados del Poder Ejecutivo Federal?

¡No señoras y señores!

Eso no es Estado de derecho. En México, desgraciadamente, el derecho ha significado por lo común lo opuesto a su razón de ser; el derecho que ha imperado ha sido el del dinero y del poder por encima de todo; el derecho de un modelo de país exclusivo para los privilegiados y el derecho de destruir a quienes pongan en peligro ese modelo.

Es un timbre de orgullo que se me juzgue como en otros tiempos se condenó a quienes han actuado en defensa de los derechos sociales, civiles y políticos.

Por ejemplo, cuando la dictadura porfirista presintió que sería derrotada en las urnas por Francisco I. Madero, decidieron sacarlo de la carrera presidencial inventándole cargos y conduciéndolo, finalmente, a prisión. Ya desde abril de 1910, para impedir su asistencia a la Convención Antirreeleccionista, se le había acusado de invadir un predio ajeno para robarse una carga de guayule.

Cuando este cargo fracasó, por ridículo e infundado, se le acusó —siendo ya candidato a la Presidencia de la República— de proteger de la policía al orador Roque Estrada, quien había pronunciado un supuesto “discurso injurioso” en contra de las autoridades. De ese modo, Francisco I. Madero fue detenido en Monterrey y trasladado a la cárcel de San Luis Potosí, en donde radicaban los cargos.

Desde la prisión, Madero escribió a uno de sus partidarios:

Efectivamente, es un atentado incalificable el que se ha cometido conmigo, pero ha servido para quitar definitivamente la careta a nuestros gobernantes, para exhibirlos como tiranos vulgares y para desprestigiarlos completamente ante la opinión pública, a la vez que nuestro partido se ha fortalecido de una manera increíble. Por estas circunstancias no me aflige mi prisión, pues aquí descansando, creo que estoy prestando grandes servicios a nuestra causa.

También cuando se obtuvieron con engaños las renunciaciones de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, la mayoría de la Cámara de Diputados cometió la indignidad de desafarlos —que a eso equivalió aceptar sus renunciaciones— y de prestarse a la farsa de “legalizar” un nombramiento que duró

en el poder 45 minutos, tiempo sólo suficiente para que el tal Pedro Lascuráin nombrara como secretario de Relaciones Exteriores a Victoriano Huerta y luego renunciara convirtiéndose al “Chacal” en presidente de la República.

Un dato más para comprender la historia, que es la maestra de la vida. Y que no se tome como un insulto, porque la verdad no es injuria: el bisabuelo de Santiago Creel, Enrique Creel, fue ministro de Relaciones de Porfirio Díaz, y su abuelo, Luis R. Creel, fue huertista y participó en La Decena Trágica.

También, para quienes padecen de amnesia, para los que creen que la política es una enciclopedia del conocimiento de las mañas y el golpe artero, a ellos conviene recordarles otro hecho indigno que pasó por esta Cámara de Diputados. Me refiero a la renuncia forzada ante la amenaza de desafuero de Carlos Madrazo Becerra.

En ese entonces, el pretexto fue un supuesto fraude con tarjetas de braceros cuando, en el fondo, se trataba de una venganza política porque Carlos Madrazo Becerra apoyaba, para la sucesión presidencial, al entonces regente Javier Rojo Gómez. Tan es así que, luego de ser encarcelado por cerca de nueve meses, una vez que se eligió a Miguel Alemán como candidato a la Presidencia, Carlos Madrazo obtuvo su libertad.

También estoy orgulloso de ser acusado por quienes engañaron al pueblo de México; por quienes ofrecieron un cambio y mintieron; por quienes se aliaron a los personajes más siniestros de la vida pública del pasado como Carlos Salinas de Gortari, y mantienen la misma política de siempre, ésa donde todos los intereses cuentan, menos el interés del pueblo.

Lamento que el “voto útil” se haya convertido en “voto inútil”, que se haya perdido tristemente el tiempo con el

llamado “gobierno del cambio” y no se haya logrado nada, habiendo tantas demandas nacionales insatisfechas. Pero no hay mal que por bien no venga; hacía falta conocer a fondo a los santurrones, a los intolerantes, a los que hipócritamente hablan de “buenas conciencias” y del “bien común”. H hacía falta que esas personas se exhibieran sin tapujos, con toda su torpeza, frivolidad, desparpajo, codicia y mala fe para saber con claridad a qué atenernos.

Diputadas y diputados:

Como deben suponer, estoy acostumbrado a luchar. No soy de los que aceptan dócilmente condenas injustas. Me voy a defender y espero contar con el apoyo de hombres y mujeres de buena voluntad que creen en la libertad, en la justicia y en la democracia.

Les repito: no me voy a amparar ni solicitaré libertad bajo fianza porque, sencillamente, no soy culpable y porque así protestaré de manera pacífica ante la arbitrariedad que se comete en mi contra y en contra de quienes luchan por la democracia y rechazan la injusticia.

Tampoco voy a recurrir a artimañas o a negociaciones vergonzosas. Nada, ni siquiera la aspiración al cargo más elevado de la República, podría justificar el hacer a un lado la dignidad y los principios.

No soy un ambicioso vulgar. No llevaré a nadie al enfrentamiento. Todo lo que hagamos se inscribirá en el marco de la resistencia civil pacífica.

Por último, diputadas y diputados, con sinceridad les digo que no espero de ustedes una votación mayoritaria en contra del desafuero. No soy ingenuo. Ustedes ya recibieron la orden de los jefes de sus partidos y van a actuar por consigna, aunque se hagan llamar representantes populares.

Claro está que otros diputados, los menos desgraciadamente, votarán con dignidad y decoro.

Pero los que van a votar en mi contra y los que cobardemente se abstendrán, pensando que hay justo medio entre ser consecuente o cortesano, no deben ufanarse por haber logrado un *desafuero patriótico* porque la condena de ustedes todavía tendrá que pasar por el escrutinio público, por la opinión y la decisión de la gente.

Estoy seguro de que la mayoría de ustedes votará a favor del *desafuero* sin medir las consecuencias de sus actos, o porque piensan que podrán justificarse, como lo expresó increíblemente una diputada, que llegó a decir: “¡Con esto empieza el Estado de derecho en México!”.

Conste que el Estado aludido no se tardó y debutó muy mal.

Repito: ¿De cuándo a acá los más tenaces violadores de la ley, los saqueadores, quieren aparecer como los garantes del Estado de derecho?

Ustedes me van a juzgar, pero no olviden que todavía falta que a ustedes y a mí nos juzgue la historia.

¡Viva la dignidad!

¡Viva México!

Después de mi intervención en la Cámara, me retiré a mi domicilio, donde permanecí durante tres semanas en espera de que se ordenara mi detención. En todo este tiempo, Alejandro Encinas, secretario de Gobierno, actuó como encargado del despacho. Esos días los viví con mis hijos con mucha intensidad, fueron momentos llenos de emotividad y sentimientos. Todos los días, día y noche, había gente en la calle afuera del edificio de Copilco. Había manifestaciones de apoyo, música, rezos, y pegaban cartulinas,

expresando de distintas maneras su solidaridad. Todos los días, por la mañana, desde el jardín cercano a mi domicilio, seguía yo informando a los ciudadanos sobre nuestra causa.

Por esos días, se llevó a cabo la maniobra de dos diputados locales panistas, Gabriela Cuevas Barrón y Jorge Lara, quienes instruidos por Felipe Calderón y, en acuerdo con la PGR, pagaron una fianza de dos mil pesos para que el juez encargado del asunto abriera el proceso en mi contra, lo cual iba a significar inhabilitarme políticamente, pero sin que yo fuera a la cárcel.

Ante esto, acudí personalmente al juzgado y presenté un escrito exponiendo mi inconformidad. Días después, el juez regresó todo el expediente a la Procuraduría, argumentando que no había sustento jurídico.

Para entonces, la fuerza del movimiento ciudadano en contra del desafuero se había extendido en todo el país. Dondequiera que iba Fox había protestas. Cómo olvidar la escena donde un estudiante en Oaxaca lo encaró con un cartel que decía: "Fox traidor a la democracia". Hasta la prensa extranjera hablaba de una burda maniobra política. Pero lo definitivo fue la Marcha del Silencio. Miles de ciudadanos caminamos el 24 de abril, en una de las manifestaciones más grandes de la historia política de México. Allí informé que legalmente seguía siendo jefe de Gobierno del Distrito Federal, no sólo porque fui electo de manera democrática, sino porque, jurídicamente, no estaba sometido a proceso judicial, ni la Corte había resuelto la controversia constitucional que presentó la Asamblea Legislativa, con la asesoría del abogado Javier Quijano Baz, quien dicho sea de paso, además de ser un profesional de primer orden, siempre me apoyó y formó parte del equipo que me asesoró jurídicamente, integrado entre otros

por Julio Scherer Ibarra, Álvaro Arceo Corcuera, Alberto Pérez Mendoza, María Estela Ríos González, Gerardo Uriel Tufiño Sandoval, Miguel Ángel Mancera Espinosa y Roberto Pérez Martínez.

En consecuencia, al día siguiente regresé a trabajar a mi oficina y dos días después, la noche del 27 de abril de 2005, Fox dio marcha atrás. Frente a la televisión leyó un documento diciendo:

Quiero informarles que he decidido aceptar la renuncia que me ha presentado el procurador general de la República, Rafael Macedo de la Concha... Como presidente de un país democrático asumo mi deber de garantizar, en el ámbito de mis atribuciones, que el proceso electoral de 2006 sea legítimo y que cada partido político participe en un ámbito de apertura, de respeto, sometidos todos a la ley y en defensa de nuestras instituciones... Mi gobierno a nadie impedirá participar en la próxima contienda federal.

En el transcurso de ese día, cuando ya se había filtrado que Fox rectificaría, Emilio Chuayffet, coordinador del Grupo Parlamentario del PRI en la Cámara de Diputados había expresado con desconcierto: “Se nos rajó Fox”.

Una vez más, habíamos triunfado. El pueblo nos había sacado a flote. Pero la mafia de la política no iba a dejarnos en paz. El mismo Fox, como lo declaró recientemente, seguiría empeñado en destruirnos. Esto lo comprobé inmediatamente después del desenlace sobre el desafuero. El día 6 de mayo de 2005 me entrevisté con Fox. Había pedido una audiencia con el ánimo de conciliar y contribuir a crear un ambiente de distensión que permitiera, mediante el diálogo y el apego a la auténtica legalidad,

el fortalecimiento de las instituciones y de la democracia mexicana. Pero todo fue en vano. Fox sólo tenía una idea: evitar a toda costa que yo fuera presidente de México.

A esa cita en Los Pinos llegué puntual. Me recibió el vocero, Rubén Aguilar, quien se había encargado de atacarme en los tiempos del desafuero. Él fue quien copió del periódico *La Crónica*, de Salinas, lo del “señor López”; es decir, llamarme de esa manera. Por cierto, esa expresión dio pie a un buen documental de Luis Mandoki, llamado *¿Quién es el señor López?* También estaba Felipe González, subsecretario de Gobernación, porque Fox no aceptó reunirse a solas conmigo ni quiso tampoco que hubiese medios de comunicación. Me ofrecieron un café antes y, cuando entramos a la oficina de Fox, apareció él de pie, serio, endurecido, hecho un tonto. Yo iba tranquilo, relajado. Cuando nos sentamos expresó: “Dígame”. Yo llevaba un *acordeón*, un guioncito de los asuntos que quería tratar. Uno de ellos era agradecerle, porque a pesar de la tardanza había rectificado, y eso era bueno para todos: se había evitado el agravamiento de una crisis política. Desde entonces le sugerí que los procesos electorales debían llevarse a cabo de manera transparente. Me acuerdo que la respuesta fue “Eso le corresponde al IFE”. El segundo tema fue invitarlo a la inauguración de una obra vial. “Que lo vea el secretario de Gobernación”, me respondió. Ya cuando me di cuenta de que estaba en ese plan, prácticamente dejé de tratarle asuntos. En eso estábamos cuando el subsecretario, sin darse cuenta de lo tenso del ambiente o pensando que así era nuestra relación, intervino y le dijo: “Presidente, ya hablé con Andrés Manuel —porque en la antesala me había comentado sobre un estudio que estaban haciendo de manera conjunta el Gobierno de la Ciudad y el gobierno

federal— sobre el mantenimiento del drenaje profundo”. Volteé justo en ese momento y de reojo vi que Fox le hacía una seña, tocándose el reloj como diciendo: “¡Tiempo, ya estuvo bien!”. Y así terminó la entrevista. Me paré. “Nos vemos.” “Nos vemos.” Por la ventana veía yo el helicóptero en el cual, terminando, se trasladó de nuevo a Guanajuato.

Me cuentan que, antes de trasladarse a la Ciudad de México —porque estaba en León, Guanajuato—, comentó: “Una disculpa porque abusé de su tiempo, lo que sucede es que no quiero llegar a México, y quiero tardarme lo más que se pueda...”. Es decir, venía a regañadientes, enojado. Apenas terminó la entrevista de 10 minutos, se fue de nuevo.

Cuando salí de Los Pinos, los primeros sorprendidos fueron los periodistas, porque no imaginaban que el encuentro iba a ser tan rápido. Por fortuna yo había dicho que la conferencia de prensa la iba a dar en la sede del Gobierno de la Ciudad, y que no hablaría a la salida. En la rueda de prensa, de manera responsable dije que había sido buena la entrevista. Una mentira piadosa para no agravar más las cosas y no continuar con la confrontación pública. “Oiga, pero tardó usted muy poco, fue muy rápido.” “Sí pero... breve y bueno, doblemente bueno.” “¿Pero qué trataron?” Les recité el guión.

Nada. La verdad, no hubo ningún diálogo. Fue un desencuentro. Ésa fue la última vez que lo vi y espero no volvérmelo a encontrar.

CUARTA PARTE

LA REPÚBLICA

El 11 de agosto de 2005 inicié un recorrido por el país, como precandidato a la Presidencia de la República. Toda la gira la hice por carretera, a ras de tierra, no sólo por falta de dinero o porque, en congruencia, no podíamos rentar aviones o helicópteros privados como lo hicieron los otros precandidatos sino, fundamentalmente, porque quería reconocer la realidad de cerca, desde abajo y con la gente. Gracias a ello tuve una visión mucho más clara de lo que sucede en la República. Pude constatar la pobreza y el olvido que hay por todos lados; pero más en el sur, en el sureste y alrededor de las grandes ciudades. Confirmé que existen marcados desniveles entre las diversas regiones del país; a diferencia del norte y del centro, en el sur el atraso se advierte en casi todo. Las carreteras principales de Guerrero, Oaxaca y Chiapas están en pésimas condiciones y son muchas las comunidades aisladas, adonde sólo se puede llegar por brechas, a pie o a caballo.

Observé también el preocupante fenómeno migratorio, el éxodo de miles de mexicanos que se ven obligados a abandonar a sus familias y sus pueblos para ir a trabajar a Estados Unidos, arriesgándolo todo en busca de algo que mitigue su hambre y su pobreza. Hay gente que puede pensar que en éste, como en otros casos, se trata de rezagos que vienen

de tiempo atrás, pero lo cierto es que son problemas nuevos, originados fundamentalmente por la política económica aplicada en los últimos años. Antes la migración era moderada y se daba en el centro y el norte del país; ahora es masiva y la gente está saliendo de casi todos los estados de la República. En el sureste ya es un fenómeno generalizado, y hablamos de una región donde, paradójicamente, hay buenas tierras para la producción agropecuaria, potencial pesquero, agua, bosques, petróleo, gas y muchos otros recursos naturales. Sin embargo, la absurda política económica neoliberal ha renunciado a impulsar el desarrollo productivo y ese abandono ha provocado la huida del país de miles de trabajadores mexicanos, sobre todo de los jóvenes. Recuerdo que en Tabasco, hace 15 años veíamos pasar a los guatemaltecos o salvadoreños por la frontera sur, rumbo a Estados Unidos, sin imaginar que años después mis paisanos harían lo mismo. También, a partir de entonces, han salido a trabajar y vivir en ciudades fronterizas más de un millón de veracruzanos. Ha llegado a tal extremo este fenómeno migratorio, que los indígenas de Chiapas, que por siglos habían permanecido arraigados a sus tierras y a sus culturas comunitarias, hoy se ven obligados a emigrar como única alternativa de sobrevivencia.

México se ha convertido, desgraciadamente, en el país que más mano de obra expulsa al extranjero. Según cifras oficiales, cada año 600 mil mexicanos se exilian por necesidad en Estados Unidos. Es obvio que esta realidad tiene que ver con el estancamiento económico, con el abandono del campo, con la ruina de las actividades productivas y con la falta de empleo. Esta sangría es la prueba más contundente de que no funciona la política económica que se viene aplicando desde hace más de dos decenios. Sólo un dato: de 1934 a 1982, la economía creció a una tasa promedio anual

de 6.1 por ciento y, aunque aumentó considerablemente la población, el crecimiento per cápita fue de 3 por ciento. Sin embargo, de 1983 a la fecha, el crecimiento promedio anual ha sido de 2.5 por ciento y el per cápita de apenas 0.6 por ciento; es decir, la actual política económica, ni siquiera en el enfoque cuantitativo ha dado resultado. Y como es lógico, si no hay crecimiento, no hay empleo y mucho menos bienestar.

En mi recorrido por el país, constaté que sólo ha habido crecimiento económico en ciudades fronterizas o en los centros turísticos; estos sitios, que son como islas rodeadas de abandono, tienen un relativo auge económico y oportunidades de empleo, aunque sea mal pagado. Pero allí mismo, sus habitantes enfrentan carencias de servicios públicos y padecen por la inseguridad. En Tijuana o en Ciudad Juárez, la mitad de las calles no tienen pavimento ni drenaje; la mayoría de la gente vive hacinada en cuartos o en precarias viviendas. Lo mismo ocurre en los centros vacacionales de playa, donde se siguen levantando hoteles de gran turismo, mientras que en las colonias donde habitan los trabajadores se carece hasta de lo más indispensable. Pero lo peor es que en el resto del país, con excepción de algunas ciudades, ni siquiera hay crecimiento ni empleo: reina la pobreza y el abandono. Hay millones de niños desnutridos, enfermos y sin porvenir. En casi todo México, el pueblo clama por trabajo y mejores ingresos: hay 20 millones de mexicanos, madres o padres de familia, que sobreviven con 25 pesos diarios. Durante mi gira recorrí lugares donde contrastan, de manera ofensiva, la opulencia y la pobreza. Vi con tristeza e indignación, cómo millones de familias de Chimalhuacán, Valle de Chalco y Ecatepec viven marginadas, mientras que la llamada “clase política” del Estado de México se regodea en el derroche y la corrupción.

Pero por fortuna, no sólo encontré estas desgracias. Volví a comprobar la fortaleza cultural de nuestro país. Allí está todavía el México profundo; las comunidades y los diferentes grupos indígenas, con su organización social, sus valores, lenguas, tradiciones y costumbres. Allí está la cultura que ha resistido a todos los embates y calamidades que ha padecido el país. Allí están los pueblos y su historia, la belleza de los paisajes, los recursos naturales pero, sobre todo, allí está el carácter emprendedor de los habitantes del norte; la mística de trabajo de los campesinos y obreros del centro y sur del país; el ingenio, la imaginación y el talento de nuestros profesionales, investigadores y artistas. Allí está la grandeza de los mexicanos que empujan con la fuerza de su esperanza hacia la construcción de una sociedad mejor. Allí está todavía el México del futuro.

En todos los actos públicos de esta precampaña, llamé a formar y a levantar un movimiento amplio, plural e incluyente para lograr un cambio verdadero. Expliqué que no se trataba nada más de llegar a la Presidencia y de sentarme en la silla presidencial, sino de llevar a cabo, con el impulso de la gente, una renovación tajante, una verdadera purificación de la vida pública, para remover las caducas estructuras de poder que han impedido a México y a su pueblo salir del atraso y la pobreza.

Dije muchas veces que el país ya no aguanta más cambios cosméticos, que se requiere un cambio de fondo. Y eso sólo es posible con la participación activa, consciente y comprometida de la mayoría de los mexicanos. La convocatoria fue amplia e incluyente. Sostuve que contábamos con el apoyo de los militantes y simpatizantes de los tres partidos de la

coalición: PRD, PT y Convergencia. Pero ese importante respaldo no era suficiente para la gran tarea de transformación progresista que teníamos por delante. Se necesitaba la unidad de todos; de mujeres y hombres de buena voluntad. En consecuencia, durante la precampaña se construyeron las Redes Ciudadanas, donde participaron quienes no tienen militancia partidista. Incluso llamé a convencer a militantes de base del PRI y del PAN, porque con ellos no tenemos diferencias de fondo. Ellos están igual de amolados y esperanzados, como la mayoría de nuestro pueblo. Las diferencias las tenemos con los dirigentes de esos partidos y con sus verdaderos jefes, los que se creen amos y señores de México.

En esta etapa conté con el apoyo de cinco coordinadores nacionales para articular el movimiento ciudadano: Socorro Díaz, Manuel Camacho Solís, José Agustín Ortiz Pinchetti, Ricardo Monreal y Raúl Ojeda. Más adelante participó como coordinador de campaña Jesús Ortega. Además actuaron como asesores José María Pérez Gay, Rogelio Ramírez de la O, Federico Arreola e Ignacio Marván. Y desde entonces, hasta ahora, tengo el respaldo de los dirigentes de los tres partidos de la coalición, así como del equipo que siempre me ayuda, del cual forman parte, entre otros: Alejandro Esquer, César Yáñez, Jesús Ramírez, Alberto Pérez Mendoza, Rafael Marín, Octavio Romero Oropeza, Claudia Sheinbaum, Carlos Torres, Nicolás Mollinedo, Julio Scherer Ibarra...

El 19 de enero comencé la campaña en Metlatonoc, en la montaña de Guerrero, una de las regiones más pobres del país. Una vez más quise dejar de manifiesto mi compromiso con los desposeídos y olvidados de México. El lema de la campaña fue “Por el bien de todos, primero los pobres”.

Pero sostuve que este principio no lo impondríamos, sino que íbamos a persuadir y a convencer de que era lo mejor para todos. No sólo por razones humanitarias, lo cual sería más que suficiente porque significa estar bien con el prójimo y con uno mismo, sino por tranquilidad y seguridad pública, en el entendido de que no puede haber una convivencia en armonía en una sociedad tan desigual y sin justicia.

Durante 10 meses de precampaña y campaña, recorrí 140 mil kilómetros de carretera para llegar a pueblos y ciudades de todas las regiones de México; celebramos 681 mítines y nos reunimos con tres millones y medio de personas. Desde el principio opté por hacer una campaña apoyado en la gente. La idea fue desatar la creatividad y el ingenio de los mexicanos, como sucedió durante el movimiento contra el desafuero. De esta forma muchas mujeres y hombres se convirtieron en promotores del cambio; se dedicaron a convencer a vecinos, familiares y compañeros de trabajo; corrían la voz; elaboraban volantes y los distribuían; hacían sus propias cartulinas, mantas, banderas; pintaban bardas y colocaban la propaganda en casas, autos o centros de trabajo. En fin, puedo decir que esta lucha la hicimos, y la seguimos haciendo, entre todos.

Otra característica fue que la campaña no se limitó a la publicidad o a la mercadotecnia, porque no se trataba de introducir un producto al mercado, sino de postular y transmitir ideas para la transformación del país. Además, las campañas que se sustentan únicamente en la publicidad requieren mucho dinero y nosotros no estábamos dispuestos a conseguirlo a cambio de subordinar principios y decisiones futuras, sometiéndonos a grupos de intereses creados. Desde el principio dije que no quería llegar a cualquier costa a la Presidencia de la República, dejando trozos de dignidad en el camino. Con mucha claridad sostuve que no quería

el cargo para pasármela pagando facturas a potentados o al hampa de la política; que no quería llegar atado de pies y manos, sino con absoluta libertad para poder cumplir con el compromiso de transformar al país.

Debe saberse que varios de los hombres más ricos de México me ofrecieron dinero. Nunca acepté. Sostengo que quien acepta este tipo de *ayuda* termina sometiéndose y pierde su libertad. Por eso, cuando Carlos Slim declaró que es kafkiano lo que hicimos con los campamentos en el zócalo y el Paseo de la Reforma para defender el voto, le pudimos decir abiertamente que no estábamos de acuerdo con su punto de vista. Aunque quien mejor le contestó a Slim y a Carlos Fuentes sobre estos cuestionamientos fue Víctor M. Toledo, en dos espléndidos artículos publicados en *La Jornada*. A Slim le dice que “la verdad revelada hace caer instituciones, mitos, efigies, costumbres, añejos supuestos, conformismos, miedos. La ‘revolución de las conciencias’ hace su entrada, levanta puños y construye efímeros plantones en el centro de la ciudad, para enfrentar la ignominia de la plutocracia, con los más notables de los empresarios incluidos, que violando todo precepto democrático han hecho nombrar a un presidente espurio”. (“Slim, el kafkiano”, 26 de septiembre de 2006.) Y sobre Carlos Fuentes, Toledo afirma que “se equivoca, flaquea, sucumbe a las mareas tramposas en las que los conservadores y reaccionarios del país buscan ahogar la insurgencia civil o el resultado verdadero de las elecciones y, sobre todo, parece que dormita o duerme justo cuando la nación vive uno de los momentos más fascinantes de su historia reciente: el despertar de las conciencias”. (“Fuentes, el desayunado”, 20 de octubre de 2006.)

Durante la campaña, un importante hombre de negocios me ofreció cinco millones de dólares. Como me apenó decirle en el momento y de manera rotunda que no, más tarde, por medio de otra persona me insistió en que me daba el dinero. Siempre pensé que eran cinco millones de pesos, pero llegó el momento en que el enviado me aclaró que eran cinco millones de dólares. Por curiosidad, se me ocurrió preguntarle: “¿Y cómo me los darían?”. Me contestó: “En efectivo”. “Pero cómo, ¿en maletas?” “No —me respondió—, es un paquetito; son billetes de mil dólares.” Nunca he visto un billete de mil dólares, ni siquiera sabía que existían. Mi respuesta fue: “Gracias, no lo necesito”. Lo interesante es que pasó el tiempo, nos hicieron el fraude y meses después leí una declaración de este personaje influyente, que pedía la privatización de Pemex. Si hubiese aceptado el dinero, ante ese pronunciamiento tendría que haber permanecido callado. No habría podido decir nada. Y si me hubiesen respetado el triunfo, ese mismo personaje me estaría casi exigiendo que privatizara Pemex.

En esos niveles, nadie da nada sin pedir algo a cambio. Ésta es la política mafiosa que desgraciadamente impera en el país. Es algo parecido a mi negativa a reunirme con Elba Esther Gordillo. Podrán decir, incluidos los paladines de la llamada “izquierda moderna”, que política es negociación. Sí, siempre y cuando no se comprometan principios y se pierda la dignidad. Ahora más que nunca quien gobierne México necesita de autoridad moral. Además, ¿de qué sirve llegar sin libertad para transformar? ¿Acaso se piensa que si se hacen compromisos vergonzosos con la oligarquía y con el hampa de la política, se va a poder cambiar el país? No. Por eso sostengo que Felipe Calderón es un pelele, y afirmar esto no es un insulto, es una descripción. ¿A poco no es grotesco que le

haya entregado la Secretaría de Educación Pública a Elba Esther Gordillo? El tiempo que Calderón esté en la Presidencia lo dedicará a pagar facturas o favores a quienes lo apoyaron con dinero o le ayudaron en el fraude para imponerlo.

Tampoco hay que engañar a nadie. No es cosa de recibir dinero, hacer compromisos y no cumplir. Eso es perverso y temerario. En un nivel menor —porque estamos hablando de la gran mafia de la política mexicana—, cuando en campañas de gobernadores o de presidentes municipales se recibe dinero o se hacen tratos con el narcotráfico, si se cumplen los acuerdos se cae, en la esfera del derecho penal, en el delito de asociación delictuosa, y si no se cumple, la delincuencia organizada no perdona. Por eso, yo no engañé a nadie. Actué con franqueza. Traté de convencer y persuadir de que era necesario un cambio real y que nuestro triunfo no significaba una amenaza para nadie; incluso, afirmé que aun a las cúpulas podría convenirles porque ya no es posible mantener al país tan deteriorado. Pero no fueron capaces de entender ni de aceptar nada. Decidieron optar por el fraude y robarnos la elección. Prefieren seguir viviendo en el mundo de los carros blindados y rodeados de guaruras, permaneciendo por largas temporadas en el extranjero, en vez de contribuir a la renovación de la vida pública del país.

Como nunca en la historia reciente de México, una campaña política se definió con tanta claridad a partir de dos proyectos de nación no sólo distintos sino contrapuestos. Este proceso ubicó a cada quien en su lugar. Se mostraron con pasión las preferencias o discrepancias políticas de los ciudadanos hasta en el mismo seno familiar, y quedaron al descubierto el pensamiento y los intereses que representan periodistas,

intelectuales, empresarios y otros miembros de la llamada sociedad política.

Nuestros adversarios tuvieron que salir a defender, con descaro, el proyecto antipopular y entreguista que se ha venido aplicando, con expresiones tan directas como las de Fox: “Debemos seguir por el mismo camino”, o la otra: “Hay que cambiar de jinete pero no de caballo”. También el sector empresarial apostó por mantener la misma política económica y el candidato de la derecha se alineó expresando que él no cambiaría el modelo económico ni revisaría el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Nosotros, por el contrario, sostuvimos que el país ya no aguanta más de lo mismo, y que hay que revisarlo todo porque es necesaria una transformación profunda. También sostuve que se debe cambiar la forma de hacer política y, sobre todo, que es imprescindible terminar con los privilegios.

Durante mi campaña fuimos definiendo casi a detalle el Proyecto Alternativo de Nación. Dijimos que al llegar a la Presidencia nos comprometíamos a reactivar la economía, a generar empleos y a garantizar mejores condiciones de vida para la mayoría de nuestro pueblo. Sacaríamos al campo del abandono en el que se encuentra; se fomentaría al sector agropecuario, pesquero y forestal; apoyaríamos a comuneros, ejidatarios y a pequeños propietarios; regresaría el crédito a las actividades productivas; se fijarían precios de garantía; se protegería a los productores nacionales, como lo hacen casi todos los gobiernos del mundo. Impulsaríamos la industria de la construcción no sólo porque hace falta crear infraestructura y obra pública, sino porque de esa manera reactivaríamos rápidamente la economía y se generarían muchos empleos. Fomentaríamos el turismo para generar divisas y empleos, protegiendo el patrimonio histórico, cultural y el medio ambiente.

Modernizaríamos el sector energético para convertirlo en palanca del desarrollo nacional. Cambiaríamos la actual política petrolera, que consiste en vender petróleo crudo al extranjero y comprar gasolinas, gas y productos petroquímicos. Daríamos valor agregado a la materia prima. Integraríamos todo el sector energético. Se invertiría lo necesario en investigación científica y tecnológica. Se buscarían fuentes alternas para la generación de energía. Propusimos construir tres nuevas refinerías para dejar de importar gasolinas y extraer el gas que México tiene en el subsuelo. Hicimos el compromiso de bajar el precio de la energía eléctrica, el gas y las gasolinas, para impulsar la industrialización del país y ser competitivos en el mercado internacional, sin privatizar la industria eléctrica ni el petróleo.

Nuestra propuesta significa progreso con justicia, porque progreso sin justicia es retroceso. Estamos a favor de la modernidad, pero forjada desde abajo y para todos. En consecuencia, nos comprometimos a empezar a pagar la deuda que tenemos con las comunidades y con los pueblos indígenas de México, la verdad más íntima de nuestro país. Dijimos que dotaríamos de servicios públicos a las colonias populares de las grandes ciudades, incluidas las ciudades fronterizas y los principales centros turísticos. Se aplicaría el programa de la pensión alimentaria para todos los adultos mayores del país. Se apoyaría con becas a discapacitados y a madres solteras; se garantizaría la atención médica y los medicamentos de manera gratuita; se fortalecería la seguridad social y se atendería, de manera prioritaria, la educación pública gratuita y de buena calidad en todos los niveles escolares, de manera específica cumpliríamos el compromiso de garantizar el 100 por ciento de cobertura en educación superior: ningún joven sería rechazado en las universidades públicas.

Daríamos a la actividad cultural la atención que merece. La política en esta materia la definirían los propios creadores y de ellos saldría el nuevo responsable de su aplicación. Fomentaríamos la práctica del deporte, tanto en su vertiente de esparcimiento y salud, como en la de alto rendimiento.

Asimismo, reafirmé que la política exterior de nuestro gobierno se sujetaría a los principios constitucionales de no intervención, autodeterminación de los pueblos, solución pacífica de las controversias y cooperación para el desarrollo. Íbamos a tener buenas relaciones con todos los pueblos y gobiernos del mundo, porque llevaríamos a cabo una política exterior mesurada, nada protagonica; no seríamos candil de la calle y oscuridad de la casa. Aplicaríamos el criterio de que la mejor política exterior es la interior, en el entendido de que si hacemos bien las cosas en nuestro país, si hay progreso, justicia, seguridad y paz social, van a respetarnos afuera. Dijimos también que no nos meteríamos en asuntos de otros pueblos y otros gobiernos porque no queremos que nadie intervenga en los asuntos que sólo competen a los mexicanos, como país libre y soberano que somos, y subrayé que el presidente de México no sería pelele de ningún gobierno extranjero.

Propusimos dar un enfoque social al problema de la inseguridad pública. Sostuvimos que la mejor manera de enfrentar a la delincuencia, depende de crear mejores condiciones de vida y de trabajo para nuestro pueblo. Claro está que también hay que atender los efectos. Combatir la corrupción en los cuerpos policiacos; no permitir que se asocie la delincuencia organizada con el gobierno, porque entonces no hay fronteras, no hay autoridad. No caeríamos en la torpeza de combatir a una banda y proteger a otra. La ley tiene que aplicarse por parejo y sin contubernio.



Mis padres, Andrés López Ramón y Manuela Obrador González.



1988. En la campaña por la gubernatura de Tabasco, como candidato del FDN.



1988. En la campaña por la gubernatura de Tabasco.



1989. En la fundación del PRD con Cuauhtémoc Cárdenas, Ifigenia Martínez, Ignacio Castillo Mena y Heberto Castillo.

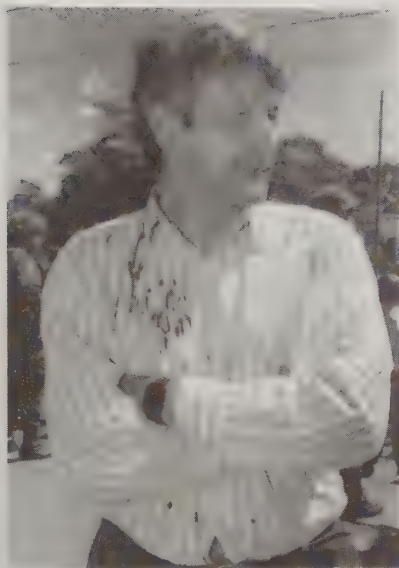


1991. Con Salvador Nava, durante el Éxodo por la Democracia.



1994. Con Amalia García Medina, en la presentación de las cajas con comprobantes del gasto de campaña de Roberto Madrazo Pintado.

1995. Durante la resistencia
civil pacífica contra la
privatización de Pemex.



1996. Con el subcomandante Marcos, en San Cristóbal
de las Casas, Chiapas.



1996. Durante la presidencia del PRD con Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo.



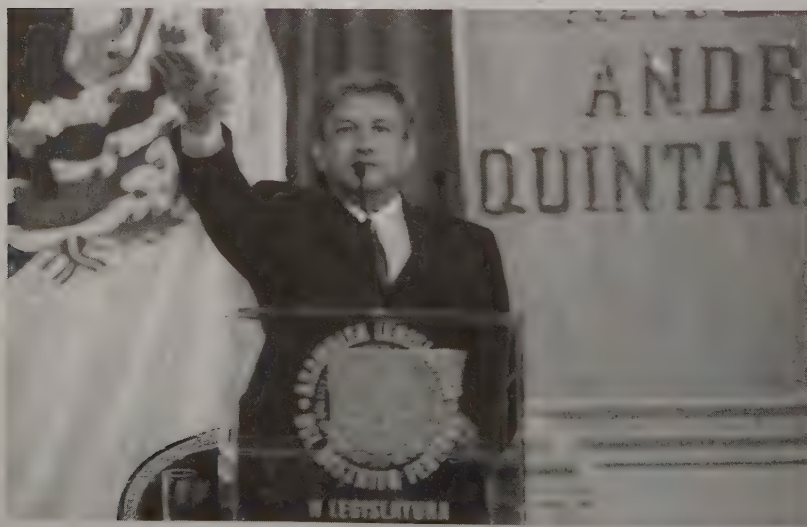
1996. Durante la presidencia del PRD con el presidente Ernesto Zedillo.



1997. Durante la presidencia del PRD con el presidente Bill Clinton.



2000. Como candidato a la Jefatura de Gobierno, en el debate televisivo con Diego Fernández de Cevallos.



2000. En el acto de toma de protesta como jefe de Gobierno del Distrito Federal.



2001. Como jefe de Gobierno, en un acto de entrega de apoyos a adultos mayores.



2002. Como titular del Gobierno de la Ciudad de México, con el papa Juan Pablo II.



2004. Como jefe de Gobierno, con Tenzin Gyatso, el Dalai Lama.



2004. Como jefe de Gobierno, inaugurando una liga infantil de beisbol.



2005. Como jefe de Gobierno, con Alejandro Encinas Rodríguez.



2005. Segundo piso del Periférico.



2005. Durante el desafuero, con mi hijo Gonzalo.



2005. En la sesión de la Cámara de Diputados, durante la defensa en contra del desafuero.



2005. En el acto de toma de protesta como candidato a la Presidencia de la República.



2006. Inicio de campaña como candidato presidencial en Metlatonoc, Guerrero.



2006. Gira de campaña presidencial en Morelia, Michoacán.





30 de julio de 2006. Movilización ciudadana en contra del fraude electoral.

R VOTO
OR CASILLA





Julio de 2006. Con el jefe de Gobierno electo,
Marcelo Ebrard Casaubon.



16 de septiembre de 2006. Durante la primera Asamblea de la CND, acompañado por doña Rosario Ibarra.



20 de noviembre de 2006. En el acto de toma de protesta como presidente legítimo de México.



10 de junio de 2007. Durante un recorrido de trabajo,
en San Juan Cancūc, Chiapas.

También expresé que aspiramos a establecer en México la justicia en el marco de la libertad y el respeto. Gobernaríamos con apego a la Constitución y a las leyes. Se fortalecería la división y el equilibrio entre los poderes. No se permitirían violaciones a las garantías individuales y a los derechos humanos. Demostraríamos que la gobernabilidad es posible sin autoritarismo y sin represión. Es responsabilidad del gobierno mantener la estabilidad social y política. Sin embargo, una autoridad democrática tiene que garantizar la gobernabilidad mediante el diálogo, el acuerdo y la tolerancia sin recurrir a la represión. Me comprometí a hacer valer el principio juarista de “Nada por la fuerza, todo por la razón y el derecho”.

Ofrecimos garantizar la libertad de expresión, la libertad religiosa, la libertad de crítica, el derecho a disentir y el derecho de las minorías. También repetí muchas veces que la venganza no es mi fuerte. Yo no odio, no guardo rencores; soy un hombre feliz. Lo único que quiero, y por lo que he luchado y seguiré luchando toda mi vida, es que vivamos en una sociedad mejor y que no haya privilegios. Es más: el domingo 28 de junio, en el zócalo, en el acto del cierre de campaña, dije que inmediatamente después del triunfo electoral empezaría a convocar a representantes de empresarios, de las Iglesias, de la sociedad civil; a representantes de indígenas, campesinos, obreros, profesionales e intelectuales, para construir un acuerdo, un nuevo pacto nacional, con el propósito de desterrar el influyentismo, la corrupción, la impunidad y encauzar a México por el camino del progreso, la justicia y la verdadera legalidad.

Durante la campaña, siempre expliqué de manera sencilla la forma como íbamos a financiar el desarrollo del país y a cumplir con nuestros compromisos.

Ante la insistencia de nuestros adversarios, en que nuestra propuesta de crecimiento, empleo y bienestar provocaría el endeudamiento del país, muchas veces dije que actuaríamos de manera responsable, mantendríamos el control de las variables macroeconómicas y no habría déficit público (es decir, no gastaríamos más de lo que recaudáramos), se garantizaría la autonomía del Banco de México y se controlaría la inflación. En pocas palabras: habría un manejo técnico, no ideológico de la economía.

Además, sostuve que nuestra fórmula para financiar el desarrollo no requería la contratación de deuda pública ni el aumento o la creación de nuevos impuestos. Nuestra propuesta para obtener recursos y financiar el desarrollo se sustenta en tres grandes decisiones:

Primero. Combatir la corrupción. No permitir que se sigan robando el presupuesto que es dinero del pueblo. Siempre he sostenido que nada ha dañado más al país que la deshonestidad de los gobernantes, que ésa es la causa principal de la desigualdad social y económica. Siempre he creído, también, que a la corrupción hay que combatirla no sólo por razones de índole moral, sino porque ello permite liberar fondos para el desarrollo.

Segundo. Aplicar una política de austeridad de Estado para impulsar el crecimiento y garantizar el bienestar. Con ese propósito se reduciría el costo del gobierno, que paga la sociedad. Teníamos bien estudiado cómo ahorrar, desde el primer año, 100 mil millones de pesos, lo cual implicaba terminar con los privilegios en las altas esferas del gobierno. Repito: en ninguna circunstancia, menos aún en una situación de estancamiento económico, desempleo y empobrecimiento, los servidores públicos pueden disponer del presupuesto para obtener altos salarios, prestaciones, bene-

ficios y comodidades. Por el contrario, esos recursos deben canalizarse a la atención de las necesidades apremiantes de la gente. No puede haber gobierno rico con pueblo pobre.

Tercero. Terminar con los privilegios fiscales. En México, tenemos una evasión fiscal de 50 por ciento. Somos de los países con más privilegios fiscales en el mundo. Por ejemplo, los influyentes, los que están cerca de la Secretaría de Hacienda o de Los Pinos, no pagan impuestos, y cuando los pagan se los devuelven. Pagan impuestos los integrantes de las clases medias, pequeños y medianos empresarios, comerciantes, profesionales y el pueblo raso, pero no los de arriba. Esto se iba a terminar y, con ello, se fortalecería la hacienda pública y habría recursos suficientes para financiar el desarrollo del país. Según nuestros cálculos, evitando la evasión fiscal y terminando con los privilegios que significan los regímenes especiales para las grandes corporaciones económicas y financieras, íbamos a poder obtener, desde el primer año de gobierno, alrededor de 200 mil millones de pesos anuales de ingresos adicionales.

El Proyecto Alternativo de Nación, como es natural, fue creando recelo entre quienes no aceptan ningún cambio en la vida pública del país. No olvidemos que, a pesar de los grandes y graves problemas nacionales y, sobre todo, de la crisis económica y de bienestar social que se padece en el país, el régimen de corrupción y privilegios ha sido benéfico para una pequeña élite que, al amparo del poder público, se ha enriquecido obscena y descaradamente.

El trabajo de Fox y Salinas consistió en unir a todo este grupo en contra de nosotros. Ellos fueron los principales orquestadores de toda la campaña que desembocó en el fraude

electoral. Fox siempre utilizó la investidura presidencial y los recursos del Estado para impedir, por todos los medios, que yo llegara a la Presidencia de la República. Convirtió de hecho a la residencia oficial de Los Pinos en la casa de campaña del candidato de la derecha. De principio a fin se dedicó a hacer el trabajo sucio en mi contra. Por ejemplo, en noviembre de 2005, le pidió al presidente del Partido Verde Ecologista, Jorge Emilio González Martínez, que se uniera en coalición con el PAN y ayudara a Felipe Calderón porque yo representaba “un peligro para México”. Incluso, en esta entrevista Fox fue grabado por González Martínez. Tengo la transcripción. Es vergonzoso advertir cómo Fox degradó su responsabilidad de jefe de Estado y se comportó como jefe de grupo o de camarilla. Ojalá que el dirigente del Partido Verde dé a conocer completas estas grabaciones, que serían esclarecedoras del bajo nivel de la llamada clase política mexicana.

Fox extendió su activismo en contra de nosotros hasta la cúpula del sector empresarial. Los más importantes hombres de negocios vinculados al poder, bajo distintas motivaciones, se agruparon con la idea de apoyar abiertamente al candidato de la derecha. Por ejemplo, tuvieron una actuación muy destacada Gastón Azcárraga y Claudio X. González, presidente y ex presidente, respectivamente, del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios. Gastón Azcárraga le ayudó a Fox con recursos durante su campaña en 2000 y éste, en pago, prácticamente le regaló la Compañía Mexicana de Aviación. Gastón Azcárraga fue uno de los traficantes de influencias más beneficiados del sexenio. Según la revista *Expansión*, ocupaba el lugar 55 entre los hombres más ricos de nuestro

país, y actualmente se ubica en el séptimo lugar. En cuanto a Claudio X. González, es presidente del Consejo de Administración de la empresa Kimberly-Clark de México y fue asesor económico de Carlos Salinas de Gortari. Como es lógico, estos dos personajes siempre nos vieron con malos ojos y se dedicaron a hacer labor en el interior del gremio empresarial en contra de nosotros.

También participaron en la campaña los presidentes de los organismos de segundo rango del sector empresarial. Cabe decir que la mayor parte de estas corporaciones, cámaras y consejos está representada por gerentes o empresarios que actúan como empleados de los grandes hombres de negocios y, desde tiempo atrás, están vinculados al PAN. Por ejemplo, antes de ser secretario de Gobernación, Carlos Abascal había sido presidente de Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), y quien durante la campaña era representante de este organismo, Alberto Núñez Esteva, se atrevió a decir en Mérida, Yucatán, que habían hecho la guerra sucia en mi contra “porque el futuro lo conquistan los audaces” (*La Jornada*, 27 de octubre de 2006). A esta misma pandilla pertenece José Luis Barraza González, presidente del Consejo Coordinador Empresarial, un panista de Chihuahua (vinculado a la histórica familia Terrazas), que se dedicó de tiempo completo a atacarnos.

Otro personaje que se empleó a fondo en contra de nosotros fue el banquero Roberto Hernández, uno de los traficantes de influencias más beneficiados de la política económica neoliberal. En esta historia todos tienen nombre y apellido. No podemos llamar por nombre y apellido a los perjudicados, porque son millones, pero sí a los beneficiados, que han sido muy pocos, unos cuantos. Éste es el caso de Roberto Hernández, quien antes se dedicaba a la especu-

lación financiera pero en el gobierno de Salinas, durante la privatización de los bancos, de la noche a la mañana apareció como el principal accionista de Banamex.

Desde entonces, Roberto Hernández empezó a tener mucha influencia política: primero apoyaba al PRI. En 1994 aportó tres millones de dólares a la campaña de ese partido, como aparece en el estado de cuenta del fideicomiso F/1718-0 del Comité Ejecutivo Nacional del PRI-Banca Cremi, en el periodo del 26 de julio de 1993 al 29 de octubre de 1994. Es necesario recordar que, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1994, declaró: “Si pierde el PRI, la fuga de capitales alcanzará 50 mil millones de dólares, se irán a las nubes las tasas de interés, se restringirá el crédito bancario y se profundizará el desempleo”. En efecto, todo eso pasó, pero no porque haya perdido el PRI sino por la crisis que ocasionó el saqueo y el desbarajuste financiero durante el salinismo. Lo inaudito es que, a pesar de la crisis de diciembre de 1994, que dejó sin patrimonio y afectó a millones de mexicanos, Roberto Hernández, en vez de salir perjudicado, se benefició, *cayó parado*. Fue uno de los banqueros rescatados con demasía por el Fobaproa y conservó la propiedad del banco. En este caso, no podría aplicarse la máxima de Keynes, según la cual “un buen banquero no es aquel que prevé el peligro y lo evita, sino aquel que cuando está arruinado, lo está de una manera convencional y ortodoxa junto con todos sus colegas para que así nadie pueda echarle la culpa”. Por eso, sostengo que estos personajes, en sentido estricto, no son empresarios o banqueros sino traficantes de influencias.

La historia de Roberto Hernández no termina aquí. En la campaña de 2000, además de apoyar al candidato del PRI, con mucho olfato y oportunismo también aportó a la campaña de Fox, quien había estudiado con él. De modo que, al

integrarse el nuevo gobierno, y por recomendación de Roberto Hernández, Fox puso como titular de la Secretaría de Hacienda a Francisco Gil Díaz, que había sido subsecretario de esa dependencia durante el gobierno de Salinas y, posteriormente, se había convertido en director de Avantel, una de las empresas del banquero. Y como era de esperarse, el primer gran negocio que se hace en el gobierno de Fox fue, precisamente, la venta de Banamex a Citigroup. El banco del cual Roberto Hernández era el principal accionista, fue vendido en 12 mil millones de dólares sin pagar un centavo de impuestos. Este tipo de operaciones no se da en ningún lugar del mundo, y lo subrayo porque los defensores del modelo neoliberal son muy dados a utilizar el discurso demagógico de la legalidad, la globalización, el libre comercio y la competencia pero siempre y cuando sean ellos los beneficiados. Además, al mismo tiempo que le condonaban tres mil millones de dólares de impuestos a Roberto Hernández (porque eso era lo que tenía que pagar), Fox también estaba proponiendo, a partir de una recomendación de su secretario de Hacienda, el ex empleado de Roberto Hernández, que todos los mexicanos pagaran IVA en alimentos y medicamentos.

Como resulta obvio, a Roberto Hernández no le convenía que nosotros ganáramos la Presidencia de la República. Ya desde el desafuero, en una reunión con sus socios, opinaba que había que actuar en mi contra sin contemplaciones; que cuando mucho habría uno o dos meses de protestas callejeras y que él ni siquiera estaría en el país, porque pensaba permanecer una buena temporada en el extranjero. Durante la campaña, me encontré con él en una reunión del Consejo de Administración de Televisa. Me invitaron y acepté participar en un encuentro llevado a cabo en Valle de Bravo. Aquí quiero destacar que, de un tiempo a la fecha, han

venido comprando acciones en Televisa y aparecen como socios mayoritarios el mismo Roberto Hernández, Carlos Slim, Lorenzo Zambrano, María Asunción Aramburuzavala, Germán Larrea y Alberto Bailleres. Ellos forman parte de los hombres y mujeres de negocios más importantes del país, los cuales, como es obvio, cada vez tienen más injerencia en la línea editorial de la televisora.

El caso es que, en esa reunión, expliqué por qué debía cambiar la actual política económica, y argumenté sobre la necesidad de una renovación tajante de la vida pública. Les hablé con franqueza porque no utilizo un doble discurso; no me gusta *dorarle la píldora* a nadie. Lo que digo en un mitin ante la gente, es igual a lo que sostengo en una entrevista en medios de comunicación o lo que comento en ese tipo de reuniones. Antes, por ejemplo, había estado con inversionistas estadounidenses, y cuando me preguntaron sobre la privatización del petróleo, externé que bajo ninguna modalidad iba a permitir la privatización de la industria eléctrica y del petróleo. A algunos les sorprendió la respuesta porque pensaban que, como estaba en campaña, iba a utilizar un lenguaje ambiguo, pero fui lo suficientemente claro.

En Valle de Bravo, Roberto Hernández tomó la palabra para reclamarme sobre mis cuestionamientos por el asunto de la venta de Banamex. Sostuvo que todo se había hecho de manera legal. Yo le contesté que, aun aceptando sin conceder, como dicen los abogados, que fuese legal, a todas luces había sido una inmoralidad no pagar los impuestos por la venta del banco. Pero hay que aclarar que tampoco fue legal. Es producto del más descarado influyentismo. De manera expedita, cinco dependencias del gobierno federal autorizaron la compraventa y se aparentó que la operación se estaba llevando a cabo en la Bolsa Mexicana de Valores para no pagar impues-

tos. Hay que tomar en cuenta que existe un ordenamiento legal que exenta del pago de impuestos a quienes obtienen ganancias en la compraventa de acciones de las empresas que cotizan en la Bolsa. Sin embargo, Citigroup no cumplía con este requisito, porque sencillamente no cotizaba en la Bolsa.

Como se comprenderá, después de este ríspido intercambio de puntos de vista en Valle de Bravo, Roberto Hernández, además de dar dinero a Felipe Calderón, hizo campaña en contra de nosotros por todos lados. Un dato adicional: este banquero es muy amigo de la maestra Elba Esther Gordillo. A final de cuentas, son los mismos. Son como una hermandad: se apoyan y defienden mutuamente. En agosto de 2003, los enemigos que la maestra tiene en el PRI, difundieron una conversación telefónica realizada en junio de ese año, cuando la maestra estaba a punto de ser coordinadora del Grupo Parlamentario del PRI en la Cámara de Diputados, en la cual el banquero le decía, desde Londres, que había que impulsar las llamadas reformas estructurales, o sea, privatizar la industria eléctrica y el petróleo. Aquí un fragmento:

EEG: Muy entusiasmada, reuniéndonos con algunos actores para ver sobre lo hacendario, sobre la reforma energética, que ya ves que está ahí muy en la discusión, nos hemos reunido con Barrio, entre otras cosas, amén de saludarte, manifestarte una vez más, como siempre, mi cariño, mi reconocimiento.

RH: Ah, qué linda.

EEG: Porque están habiendo reuniones con empresarios, con banqueros, con una serie de gentes para ir ideando qué vamos a hacer. En días pasados la comida fue en casa de Francisco Barrio, estuvieron algunas personalidades como Carlos Slim, Federico Reyes Heróles, ya te imaginarás, y a mí me toca el 24.

RH: Oye, ¿por qué no invitas a Alfredo Harp Helú?

EEG: A Alfredo Harp, cómo no.

RH: Invítalo, le va a dar mucho gusto, porque yo no estoy pensando en regresar hasta el año que entra, ¿eh?

EEG: Estoy de acuerdo, nada más que quiero que sepas que en todos los actos que hago y realizo estás presente.

[...]

RH: Bueno, oye, te decía. Fíjate que lo de las reformas es muy importante. No sabes, tú estarás más al tanto, pero ahora que yo estoy viviendo aquí [en Londres] los problemas de la falta de haber tomado a tiempo las reformas en toda Europa, especialmente las laborales, ya está creando un problema. O ya... A Francia la tienen parada los sindicatos ahora, aunque el gobierno ya se fajó y va para adelante, ¿verdad? Pero yo creo que la reforma, sobre todo la fiscal, impuestos...

EEG: Impuestos, la laboral, ¿no?

RH: La laboral no tanto. Mira, yo te diría que son impuestos y la parte energética.

EEG: Ajá, muy bien.

RH: Y yo creo que con esas dos que...

EEG: Que sacáramos adelante, ¿verdad?

RH: Y yo creo que va a haber una ventana a finales de año, en el último trimestre, que se pudieran poner de acuerdo...



Un caso especial fue la actitud del Grupo Monterrey. Con el influjo de Salinas y con el pragmatismo que siempre los ha caracterizado, estos importantes empresarios llegaron fácilmente a la conclusión de que yo no les convenía porque iban a perder sus privilegios fiscales. Una anécdota puede servir para entenderlo todo:

En plena campaña presidencial, el ministro Genaro Góngora Pimentel fue a la ciudad de Monterrey a impartir una conferencia. Al terminar, un grupo de empresarios lo invitó a una cena privada. Durante la sobremesa, él les preguntó si verdaderamente creían que yo era una amenaza contra los negocios y si creían que yo iba a nacionalizar empresas, a perseguir a los empresarios y a emular al presidente de Venezuela, Hugo Chávez. Uno de los empresarios más representativos, con franqueza nortea, le respondió: “Por supuesto que nosotros no creemos en las leyendas negras. Las fabricamos y alimentamos con dinero en los periódicos, en la televisión, con los correos electrónicos, donde podemos”. Ante el desconcierto de Góngora, el empresario fue explícito: “Mire usted, el presidente Echeverría autorizó a nuestras mayores empresas para que diferieran el pago del impuesto sobre la renta; el régimen siguiente, de López Portillo, ratificó la medida, y así, uno tras otro, todos los presidentes hasta Fox han confirmado esta autorización. Imagínese lo que esto ha significado para nosotros, ¿cree usted que López Obrador va a aceptar mantener este trato?”. El invitado se quedó en silencio. Era obvio que yo no aceptaría mantener los privilegios fiscales, y a nadie le gusta que lo expulsen del paraíso.

Aquí conviene puntualizar sobre las características y las dimensiones de este trato especial a los potentados de México. Por ejemplo, un trabajador o un integrante de la clase media, según sus ingresos, paga de 15 a 28 por ciento de impuesto sobre la renta (ISR). Sin embargo, por los privilegios fiscales que se otorgan mediante regímenes especiales, los grandes monopolios reducen al mínimo el pago del ISR, al grado de que Cemex, con un margen de utilidad de 40 por ciento, en 2005 sólo pagó 2.2 por ciento de impuesto sobre sus ventas; Telmex, con un margen operativo de utilidades

de 50 por ciento, pagó de impuestos 7.1 por ciento; América Móvil (Telcel), 0.2; FEMSA (Coca-Cola), 4.4; Bimbo, 2.7; Grupo Carso, 2.7; Coppel, 0.3; Wal-Mart, 2.4; Grupo Maseca, -2.9; y Vitro, -2.0 por ciento (es decir, como Maseca, reportó “pérdida”). Todo lo anterior sin considerar que las negociaciones u operaciones multimillonarias que se hacen en la Bolsa de Valores están exentas de impuestos. Es más, en 2004, las empresas pagaron ISR por 118 mil millones de pesos, mientras que los asalariados contribuyeron con 182 mil millones; es decir, los trabajadores de México pagaron 64 mil millones más que todo el sector empresarial. Esto a pesar de que, en ese mismo año, según cifras oficiales, las empresas recibieron 60 por ciento del ingreso nacional, y los trabajadores, apenas 30 por ciento. Por si fuese poco, a estos hijos predilectos del régimen se les permiten prácticas monopólicas, con lo cual cierran la pinza para obtener utilidades que difícilmente pueden alcanzar sus homólogos en otros países del mundo.

Son tan exagerados los cobros de los bienes y servicios en nuestro país, que los mexicanos pagamos por el cemento gris 223 por ciento más que los estadounidenses; 260 por ciento más por internet de banda ancha; 312 por ciento más por telefonía celular; 88 por ciento más por servicio telefónico de línea fija; 230 por ciento más por llamadas de larga distancia nacional; 116 por ciento más por electricidad residencial de alto consumo; 131 por ciento más por electricidad comercial; 36 por ciento más por electricidad de alta tensión; 9 por ciento más por la gasolina *magna*; 22 por ciento más por la gasolina *premium*; 162 por ciento más por la tarjeta Banamex clásica; 109 por ciento más por la tarjeta Bancomer Visa; 116 por ciento más por Cablevisión básico; 126 por ciento más por crédito a la vivienda, y 3 mil 600 por ciento más por comisiones bancarias en compras con tarjeta en almacenes.

Todo ello, a pesar de que el salario mínimo en México es una décima parte del existente en Estados Unidos.

Lo anterior explica por qué somos un país de oligarcas gordos y pueblo flaco. Ocupamos el cuarto lugar en el mundo en multimillonarios y, mientras que las empresas y los bancos extranjeros que operan en México obtienen ganancias exorbitantes, hay 50 millones de mexicanos viviendo en la pobreza extrema. Esto explica también por qué a Fox y a Salinas no les costó mucho trabajo reagrupar a estas élites para hacernos la guerra.

La injerencia de Fox en el proceso electoral no tuvo límite: desde el principio hubo plena correspondencia entre el gobierno federal y el equipo de campaña de Felipe Calderón. Fox y Calderón hacían reuniones conjuntas. Había plena coordinación, por ejemplo, iba Calderón a un estado y detrás iba Fox; o al revés, iba primero Fox y después Calderón. Incluso, planeaban y coincidían hasta en el manejo del discurso. Todo armado de común acuerdo. La secretaria de Desarrollo Social, Josefina Vázquez Mota, pasó a ser la coordinadora de la campaña de Calderón para manejar con propósitos electorales los padrones de beneficiarios de los programas de gobierno.

Abiertamente, se utilizó el gasto público para apoyar al candidato del PAN. Entre enero y mayo de 2006, el gasto público registró un crecimiento, en términos reales, de 12.5 por ciento respecto del mismo periodo del año anterior. Funcionarios de diversas dependencias federales actuaron como comisionados políticos en los estados y, de manera directa o por medio del secretario de Gobernación, el presidente se dedicó a presionar a los gobernadores del PRI y del PRD para conseguir el apoyo a favor del candidato de la derecha. Los que

no estuvieron de acuerdo fueron bloqueados y les retuvieron los recursos presupuestales o participaciones federales.

Pero lo más deleznable de todo fue la guerra sucia. Fox, de manera permanente, utilizó los medios de comunicación para atacarme. Contrataron a dos publicistas extranjeros: Dick Morris, de Estados Unidos, y Antonio Solá, de España; estos mercenarios fueron los creadores de la leyenda negra sobre mi persona y de la propaganda fascista, según la cual yo era “un peligro para México”.

Desde Los Pinos se enviaron millones de correos electrónicos para difamarme impunemente, todo lo cual fue denunciado y probado. No obstante que la Fiscalía Especial para Delitos Electorales de la PGR aceptó que se habían enviado siete millones de correos desde Los Pinos, resolvió que no había delito que perseguir. La fiscal María de los Ángeles Fromow usó como argumento algo verdaderamente absurdo: “La fiscalía hizo toda la investigación pero al tener los peritajes y la información derivada de todas las diligencias que realizamos, lo que tuvimos es que estos correos, estas campañas en las que se estaban utilizando los correos electrónicos eran contra un candidato o de un partido político y nuestro Código Penal Federal establece [la prohibición sobre] el destino de recursos públicos para apoyar a un partido o a un candidato, no en contra”. Es decir, que la prohibición es para apoyar a un candidato, pero en este caso no se interpretó que los correos sirvieran para apoyar a Calderón, sino que eran para atacarme, lo cual no configuraba, según su razonamiento, ningún delito.

En forma paralela, se desarrolló una campaña profesional de alta intensidad por medio de internet para destruir mi imagen, con base en información y argumentos falsos. No se trató de una acción espontánea de ciudadanos, sino de una

campaña orquestada por profesionales. Lo mismo hicieron con llamadas telefónicas, mediante el uso de los llamados “*call center*” para calumniarme e infundir miedo a la gente. Se llegó al extremo de hablar a mi casa. Contestó mi hijo Gonzalo y cuando le preguntaron por quién iba a votar y respondió que por mí, le replicaron que si no sabía que yo había endeudado a la Ciudad de México y que si llegaba a la Presidencia les quitaría sus casas a quienes tuvieran más de una, y otra serie de mentiras.

En plena guerra sucia, en una entrevista Denise Maerker le preguntó a Calderón: “¿Aceptaste hacer una campaña tan fuertemente negativa, digamos, hablando tan mal del adversario, porque sentiste que era la única posibilidad de remontar las encuestas en un momento donde parecía realmente que Andrés Manuel era inalcanzable?”. La repuesta fue: “La campaña negativa fundamentalmente corrió por cuenta del Partido Acción Nacional”. Y cuando ella le insiste: “¿Estabas de acuerdo con eso?”, riéndose y haciéndose el chistoso agregó: “Sí. Si gano Denise, como dicen en mi tierra, *haiga sido como haiga sido*”. (*Punto de Partida*, Televisa, 4 de junio de 2006.) Ése es el dizque presidente de nuestro gran país.

Toda esta guerra sucia se dio en el marco del acuerdo entre Fox, Calderón y los dueños de Televisa, precisamente, cuando se aprobó (el día 31 de marzo de 2006) en el Senado de la República y se publicó (por decisión de Fox, el 11 de abril de 2006) la nueva Ley de Radio y Televisión, que permite a las televisoras monopolizar todo el espectro de la telecomunicación en el territorio nacional. A partir de entonces Televisa prácticamente se hizo cargo de la estrategia publicitaria del PAN y transmitió sin límites todos los mensajes negativos en contra de nosotros, con el emblema de ese partido, del Consejo Coordinador Empresarial y de supuestas

organizaciones civiles. También a partir de entonces nos exigieron pago por adelantado para transmitir nuestros mensajes, y, con el pretexto de que no estábamos al corriente, durante una semana dejaron de transmitir nuestra propaganda.

Además, en la campaña de Calderón se usó dinero a raudales de procedencia desconocida. De acuerdo con la empresa Verificación y Monitoreo, contratada por el periódico *El Universal*, el gasto acumulado por Felipe Calderón rebasó el tope de campaña establecido por el IFE. Tan sólo del 19 de enero al 28 de junio de 2006, los anuncios de candidato del PAN en la Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey fueron equivalentes a 617 millones 109 mil 873 pesos, contra un límite de 651 millones 428 mil 441 pesos con 67 centavos. A esto habría que agregar el gasto de las campañas paralelas en contra de nosotros y para favorecer al candidato de la derecha, que llevaron a cabo las empresas Jumex y Sabritas, el Consejo Coordinador Empresarial, la Asociación Civil “Ármate de Valor”, Víctor González Torres (el doctor Simi) y Demetrio Sodi, los cuales, según el IBOPE, erogaron 348 millones 32 mil 631 pesos, sin incluir otros gastos en publicidad regional, en radio, ni los desembolsos para la promoción del voto, la estructura electoral y el pago de publicistas.

Durante toda la campaña, el IFE, que debía actuar con imparcialidad, se convirtió en un ariete del partido de la derecha. Conviene recordar que cuando se eligió en la Cámara de Diputados al consejero presidente y a los consejeros electorales de este organismo, las propuestas del PRD fueron desechadas y todos ellos fueron nombrados por el PAN y por la entonces coordinadora del Grupo Parlamentario del PRI, Elba Esther Gordillo que, en términos prácticos, fungió como aliada del PAN. Como es lógico, el IFE nunca hizo nada para detener la guerra sucia.

El Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (Cofipe) fue violado impunemente. Este ordenamiento señala: “Es derecho exclusivo de los partidos políticos contratar tiempos en radio y televisión para difundir mensajes orientados a la obtención del voto durante las campañas electorales” (artículo 48, párrafo 1). Asimismo, establece que: “En ningún caso se permitirá la contratación de propaganda en radio y televisión en favor o en contra de algún partido político o candidato por parte de terceros” (artículo 48, párrafo 13). La parcialidad del IFE fue puesta en evidencia por el tratamiento diferente que dio a las intervenciones del ex presidente de España, José María Aznar, y del presidente de Venezuela, Hugo Chávez. Cuando intervino Aznar a favor de Calderón, el IFE se abstuvo de actuar; en cambio, cuando Chávez respondió al *spot* del PAN en el que lo involucraban, de inmediato el Instituto condenó la actitud del mandatario venezolano. Es más, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) ordenó el retiro de algunos *spots*, pero el IFE no hizo caso. Como se recordará, la campaña negra empezó con un ataque del presidente de la República por mi ofrecimiento de reducir los precios de los energéticos. El ataque presidencial se repitió y ante ello respondí con la expresión “cállate chachalaca”. A partir de mi respuesta, el PAN sacó un *spot* en la televisión relacionado con el presidente de Venezuela, y el IFE guardó silencio. La Coalición por el Bien de Todos pidió que fuera retirado. El TEPJF ordenó el retiro pero el Consejo del IFE se negó, de modo que el caso fue nuevamente al Tribunal, que volvió a ordenar su retiro, pero para entonces ya había transcurrido más de un mes de estar al aire el *spot* que nos calumniaba.

Por cierto, “cállate chachalaca” es una expresión tropical que se usa hasta en familia, en Tabasco y en otras partes.

Cuando hay alguien que habla, habla y habla sin sentido, como ese pájaro gritón, uno le dice: “chachalaca” o “cállate chachalaca”. Pero con mala intención, los publicistas de Calderón convirtieron esta expresión popular en un “insulto” y la vincularon con el estilo de hablar del presidente Chávez. Más de una vez sostuve que no conozco al mandatario venezolano y que no tengo ninguna relación con él. Pero nada los detenía. Ya estaban apoderados de los medios de comunicación, y la manipulación en contra de nosotros era imparable. Por ejemplo, 15 días antes de lo de la chachalaca, Felipe Calderón, en un mitin, le respondió a una persona que con gritos le pedía ser atendida, y al pensar que lo estaba cuestionando, le pidió a la concurrencia que le silbaran “como cuando se saluda al árbitro”, o sea, mentándole la madre al señor. Sin embargo, esta majadería no la retomó la televisión y no les pareció ofensiva.

En plena guerra mediática en mi contra, el PAN promovió ante el IFE —y fue secundado por los otros partidos— la realización de un debate entre candidatos. Como sabía que tenían toda una estrategia en medios para hacerme aparecer en el posdebate como perdedor, decidí no participar. De todas maneras, mi inasistencia también fue motivo de una campaña intensa en mi contra, pero calculé que me iba a costar menos que el hecho de asistir y caer en una trampa.

Cualquier análisis serio sobre el papel de los medios y la forma como me atacaron en los meses de abril y mayo, demostraría que en la historia reciente no ha habido nada que se le parezca. En esos momentos, no sólo era “un peligro para México”, me parecía “a Hugo Chávez”, iba “a endeudar al país”, “a expropiar bienes de las clases medias”, a limitar que

“sólo se tuviera un departamento, un carro y dos hijos por familia”, y otras mentiras más, sino que se difundían supuestos estudios psicológicos sobre mi persona, donde aparecía como desquiciado.

Junto con toda esta leyenda negra, ampliamente difundida, desataron el clasismo y el racismo. Había quienes, con ínfulas de superioridad, contaban, entre otros chistes, que era el Whiskas (marca de un alimento para gatos), porque ocho de cada diez *gatas* (trabajadoras domésticas) me preferían. Además de llamarme “naco”, me criticaban porque decían que no hablaba inglés y no tenía visa para viajar al extranjero; en fin, que ni siquiera era licenciado, porque no me había titulado. En lo personal, confieso que ninguno de estos ataques vulgares me afectó moralmente. Tengo suficiente fuerza interior y eso me da aplomo. Además, conozco bien la historia de los que han luchado en nuestro país en contra de los poderosos. A Hidalgo lo llamaban “demagogo”; a Morelos, “hereje”; a Juárez, “indio mugroso”; a Villa y a Zapata, “bandidos”, y a Madero, “loco espiritista”.

El 6 de junio de 2006 asistí al segundo debate. Opté por plantear con absoluta claridad las propuestas que venía sosteniendo durante la campaña. No quise aceptar ninguna estrategia que implicara perder mi autenticidad. Recuerdo que ya estando en el salón, unos minutos antes de comenzar el debate, fue a saludarme, con la hipocresía que lo caracteriza, Felipe Calderón. Le correspondí con sequedad, casi diciéndole: “Siga usted su camino”. Quizá pensaba en que me iba a confiar, como si no supiera lo falsarias que son este tipo de personas. Antes del debate entre Diego Fernández y el ingeniero Cárdenas, en 1994, Diego buscó al ingeniero y se portó de manera amigable. Sin embargo, ya en el debate se le fue encima sin miramientos. Y lo mismo sucedió en esta

confrontación: Calderón se dedicó a atacarme con mentiras sobre el endeudamiento y la inseguridad pública en la Ciudad de México, hasta que decidí pararlo, haciendo público que su cuñado Hildebrando Zavala había obtenido ganancias por 600 millones de pesos en el sexenio de Fox, por medio de una empresa de computación que obtenía contratos en las distintas dependencias del gobierno federal. Incluso había recibido contratos de Pemex y de la Comisión Federal de Electricidad cuando Calderón era secretario de Energía. Además, sostuve que no sólo había obtenido ganancias millonarias, sino que no había pagado impuestos, todo lo cual probé con documentos, de manera puntual. Calderón sólo se dedicó a negar los hechos y el cuñado optó por demandarme por el supuesto delito de daño moral. Sin embargo, hace relativamente poco, el 7 de octubre de 2006, retiró en sigilo su demanda y de esto prácticamente nadie se enteró, porque la mayoría de los medios de comunicación guardó, como en otros casos, un silencio cómplice.

A pesar de toda la guerra sucia, al final de la campaña manteníamos la delantera en casi todas las encuestas. Por eso no voy a cansarme de rendir homenaje a millones de mexicanos, conscientes, libres y no susceptibles de manipulación. En casi todos los sondeos de opinión publicados en la fecha límite legal (10 días antes de la elección), teníamos ventaja. Los diarios *Reforma* y *El Universal* nos daban 2 puntos porcentuales arriba; Mitofsky-Televisa, 3 puntos; BIMSA, 4.5; Parametría, 4, y María de las Heras, 4.9 puntos. Las encuestas que no fueron publicadas por impedimento legal, y que fueron levantadas hasta el día anterior a la elección, mostraron que se mantuvo la misma tendencia. En la última medición de BIMSA, del día anterior a la elección, la ventaja era de 3.5 puntos porcentuales, y en una encuesta nacional

de Parametría, cuyos resultados se obtuvieron el día anterior a la elección, la ventaja era también de 3.5 puntos. La encuesta que realizó una semana antes de la elección, el equipo técnico que me viene apoyando desde hace 10 años, arrojó que Felipe Calderón aparecía con 28.1 por ciento; Roberto Madrazo, 18.1; Andrés Manuel López Obrador, 37.5; Patricia Mercado, 2.6; Roberto Campa, 0.1; otro, 0.5; ninguno, 3.6, y no sabe o no contestó, 9.5 por ciento.

Sin embargo, la estrategia de Fox, Salinas, Elba Esther Gordillo, Calderón y otros de la misma pandilla era, para entonces, no permitir por ningún motivo nuestro triunfo. La mafia había tomado una decisión de Estado: había resuelto llevar a cabo el fraude electoral. Según confesó el presidente del PAN, Manuel Espino, el 21 de febrero de 2007 en Colombia, una semana antes de la elección llegaron al acuerdo con ocho gobernadores del PRI para que les ayudaran a “ganar” el 2 de julio. En este contexto debe interpretarse la llamada telefónica de Elba Esther Gordillo realizada el día de la jornada electoral, con el gobernador de Tamaulipas, Eugenio Hernández Flores, en la cual la maestra le dice que “ya es el momento de definirse” y que “venda” el favor a Calderón. Estamos hablando de que esta comunicación telefónica se llevó a cabo dos o tres horas antes del cierre de las casillas. Y, como es obvio, la intervención del gobernador no fue para ordenar que simpatizantes del PRI (ya prácticamente en las filas) votaran a favor de Calderón, sino para cometer el fraude electoral. Además, se dio a conocer otra llamada que se verificó al día siguiente de la elección, en la cual Pedro Cerisola, en ese momento secretario de Comunicaciones y Transportes del gobierno federal, le agradece al gobernador de Tamaulipas su colaboración; incluso le reconoce que cumplió en demasía:

PC: Eugenio.

EH: Secretario, buenas tardes. ¿Cómo estás, Pedro?

PC: Pues muy agradecido, creo que te sobregiraste.

EH: No, hombre, ja, ja, ja.

PC: Con mucho gusto y mucho aprecio...

Por eso, días antes de la elección, empezaron a hablar del “empate” para preparar a la opinión pública ante el atraco. Ya sabían cómo iban a maniobrar, pero necesitaban justificarlo; tenían que difundir que estaba muy cerrada la elección, que había un “empate técnico” en las encuestas y así, el 2 de julio, como sucedió, cometer el fraude a favor del candidato del PAN. El mismo Fox habló con los directivos de Televisa antes de la difusión de la última encuesta de Mitofsky, con el propósito de que alteraran el resultado y dieran “empate técnico”. Sin embargo, cuando Roy Campos da a conocer la encuesta en el programa de Joaquín López-Dóriga, e informa que estoy tres puntos arriba de Calderón, Joaquín le pregunta: “¿Implica un empate técnico o no?”, y Roy le contesta: “No es un empate”. López-Dóriga insiste: “¿Así llega?”. La respuesta es: “Sí. Tres puntos de ventaja es mejor que tenerlos de desventaja”.

También por esos días, primero Marta Sahagún y luego Fox, reiteradamente le insistieron a Juan Francisco Ealy Ortiz, dueño y director de *El Universal*, que truqueara la encuesta de ese periódico para dar empate.

Llegó a tal punto esta actitud inmoral de Fox, que el día 22 de junio, 10 días antes de la elección, cuando se reunió en el Club de Industriales de la capital del país con el Grupo por México —integrado, entre otros, por Carlos Slim, el cardenal Norberto Rivera, Olegario Vázquez Raña y Juan Francisco Ealy Ortiz—, les pidió de manera abierta que ayudaran a Cal-

derón. Pero no sólo eso: antes de entrar al salón, llamó a Ealy Ortiz a una salita del club para insistirle en que modificara la encuesta y, como Ealy se resistía, llegó a ofrecerle a cambio la concesión de un banco. Se podría decir que no es cierto, que Juan Francisco, quien me platicó a detalle esta indecencia, me mintió. Pero resulta que 10 días antes de que dejara la Presidencia de la República, Fox entregó varias concesiones para la operación de bancos, todo esto en complicidad con el secretario de Hacienda, Francisco Gil. Y la pregunta es: ¿A quiénes se las dieron? Tengo información suficiente para afirmar que, entre otros beneficiarios, están Wal-Mart y Enrique Coppel, de Sinaloa, que se dedicó precisamente a hacer campaña en mi contra en esa región del país: no sólo repitió todos los temas de la guerra sucia, sino que envió una carta a los trabajadores de su cadena comercial conminándolos a votar por el PAN, como también lo hicieron los dueños de otras empresas, de los bancos y de las grandes cadenas comerciales. La constante en el texto de este tipo de cartas era una amenaza al trabajador: “Si votas por Andrés Manuel, este centro de trabajo va a cerrar y tú perderás tu empleo”.

Dos días antes del 2 de julio, sucedió algo muy revelador de todo lo que estuvo en juego durante la elección presidencial: el viernes 30 de junio, asistí a una comida a la que me habían invitado los principales directivos de Televisa. Este encuentro se llevó a cabo en la casa de Bernardo Gómez y estaban presentes Emilio Azcárraga, Alfonso de Angoitia Noriega y José Antonio Bastón Patiño; es decir, el presidente y los vicepresidentes de esa empresa. Luego de los primeros intercambios de puntos de vista, Emilio Azcárraga me interrogó con mucha seriedad: “Tengo información de que..., ¿vas a expropiar Televisa?”. Al principio, hasta sorprendido, le respondí que no era cierto.

Ellos sabían que yo no estaba de acuerdo con el monopolio que ejercen en la comunicación, ni mucho menos con que se quieran convertir en un poder *de facto*, por encima de los poderes legal y legítimamente constituidos. No estoy de acuerdo con la *república de la televisión*. Sin embargo, nunca he pensado en que el camino para democratizar a los medios de comunicación y garantizar el derecho a la información, sea expropiar Televisa.

Inmediatamente después de la pregunta de Azcárraga y de mi respuesta, me entregó el texto de un decreto expropiatorio que supuestamente yo presentaría al Congreso el 2 de diciembre de 2006, es decir, al día siguiente de mi toma de protesta como presidente de la República. El documento, que por cierto quedó en mi poder, está bastante bien hecho porque se redactó precisamente para ser creíble. No sólo cuenta con toda la fundamentación legal, sino que detalla la razón social de cada una de las empresas del consorcio, algo que yo mismo desconocía. Se habla de expropiar no sólo Televisa sino también las empresas: Grupo Televisa, S. A.; Corporativo Televisa, S. A.; Telesistema Mexicano, S. A. de C. V.; Corporativo Vasco de Quiroga, S. A. de C. V.; G-Televisa-D, S. A. de C. V., y Televisión Independiente de México, S. A. de C. V.

Es importante saber quién elaboró este documento. Creo que corresponde a Emilio Azcárraga aclarar cómo llegó a sus manos, pero casi podría asegurar que pudo haber sido fabricado por el Cisen o por el equipo cercano a Calderón o Fox; incluso, con la colaboración de algunos funcionarios de la misma televisora.

Lo que sí está claro es que el propósito fue sembrar la desconfianza. Tengamos en cuenta que si engañaron a muchos integrantes de la clase media, por qué no hacer dudar a quien representa tantos intereses económicos como Emilio

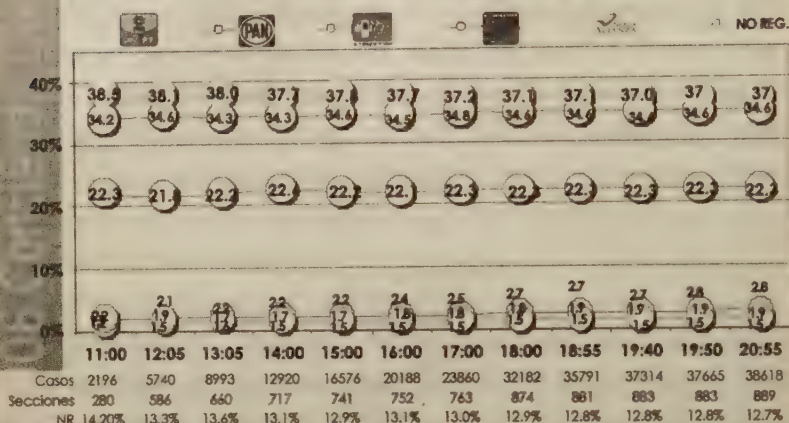
Azcárraga. Por eso es imprescindible que se garantice el derecho a la información por encima de intereses de grupo. La mejor manera de lograrlo es democratizando los medios de comunicación. No expropiándolos, sino abriendo la competencia y evitando los monopolios. También en esto hay que seguir el ejemplo de los liberales de la Reforma y de la República Restaurada: el presidente Sebastián Lerdo de Tejada decía que “la prensa corrige a la prensa”.

El día de la elección fui a votar con mis hijos muy temprano y regresé a mi domicilio. Ahí permanecí hasta las 8 de la noche. En mi casa, en compañía de Federico Arreola, estuve recibiendo los reportes de una encuesta de salida que se contrató a la empresa de la doctora Ana Cristina Covarrubias. Este sondeo consistió en aplicar 38 mil 618 entrevistas, inmediatamente después de que los ciudadanos habían votado. Fue el ejercicio más grande y riguroso que se aplicó en todo el país el día de la jornada electoral. Desde el primer reporte de las 10 de la mañana hasta el último, siempre nos mantuvimos arriba con un promedio de tres puntos de ventaja.

Este mismo resultado se reflejaba en otras encuestas de salida aplicadas durante la jornada electoral. Incluso, hacia las cinco de la tarde, recibí una llamada de Bernardo Gómez, de Televisa, para decirme que ellos tenían información de que había ganado la elección presidencial. Sin embargo, al cierre de las casillas, cuando comenzaron a falsificar los resultados, se empezó a hablar de un empate en los conteos rápidos. Aquí cabe recordar que las encuestas de salida se hacen preguntando a los ciudadanos por quién votaron (es una fuente directa), mientras que los conteos rápidos se sustentan en los resultados contenidos en las actas; es decir, cuando ya se

Síntesis de Resultados de Encuesta de Salida

Elección Presidencial



2 de Julio de 2006

habían introducido boletas de más con votos a favor de Calderón, nos habían quitado o anulado votos indebidamente, o de plano, habían falsificado un buen número de actas.

Esa noche, justo después de que Luis Carlos Ugalde, consejero presidente del IFE, informara por televisión que no darían resultados de las 7 mil 281 casillas del conteo rápido del Instituto, porque la contienda estaba muy cerrada, apareció Vicente Fox para transmitir un mensaje en el mismo sentido. Quedó en evidencia que estaban actuando de manera concertada, sin respetar la autonomía y la imparcialidad que debía normar la actuación del IFE. Lo mismo quedó de manifiesto con la manipulación del Programa de Resultados Electorales Preliminares (PREP) del IFE. Este mecanismo fue diseñado para consumir el fraude. Por ejemplo, el PREP arrancó con ventaja para Calderón. Escogieron casillas cuya votación de antemano sabían que favorecía a Calderón. Es decir, la información no fluyó libremente conforme termi-

naba el conteo de las actas, sino que siempre hubo un filtro. Sobresale el hecho paradójico de que en una elección tan cerrada nunca hubo un momento, en el flujo informativo, en el que Calderón apareciera abajo en la votación, a diferencia de lo que por lo común aparece en comicios muy competidos donde los vaivenes entre el primero y segundo lugar son frecuentes. Incluso, esta tendencia está en contradicción con el informe del propio presidente del IFE sobre el conteo rápido que, según él, arrojaba en las primeras horas “traslape entre los dos candidatos punteros”.

Como ya dijimos, durante el inicio del reporte de información, el candidato de la derecha apareció con amplia ventaja, pero ésta fue disminuyendo, hasta que a las tres de la mañana, cuando estaba a punto de darse el cruce, cambió la tendencia, y la votación a mi favor empezó a disminuir. Es obvio que manipularon el sistema de cómputo. Es inexplicable que una votación que se reporta al azar, de acuerdo con el cierre de casillas, tenga ese comportamiento. Los distintos estudios matemáticos y estadísticos muestran que el comportamiento de esta información obedece a un diseño predeterminado y no al libre acceso, que debió caracterizar la contabilidad de los resultados de la elección en el PREP.

La noche del 2 de julio no dormí, estuve pendiente de los resultados oficiales. Al día siguiente, en el PREP aparecía reportado el 98.45 por ciento de las casillas electorales para presidente de la República, lo que significaba, según el IFE, que sólo faltaba por contabilizarse la votación de 2 mil 17 casillas. De acuerdo con el PREP, el supuesto resultado de la votación le daba una ventaja a Calderón de 1.04 puntos porcentuales. Ese mismo día, en una conferencia de prensa, empecé a demostrar cómo nos estaban quitando votos. Unos ejemplos: en el Estado de México, en la casilla 1019 contigua

3, del distrito 33, donde teníamos 188 votos, en el PREP sólo había 88. En la delegación Gustavo A. Madero del Distrito Federal, en la casilla 1614 básica, en el PREP aparecían 68 votos para mí, cuando en el acta tenía 168. Asimismo, en la casilla 1501, contigua 2, de Puebla, en la 955 básica de Jalisco, en la 2662 de Guanajuato y en 781 casillas más, aparecían en el PREP más votos que el número de ciudadanos de la lista nominal. Además, en el PREP reportaban muchas casillas repetidas —donde Calderón ganaba con amplio margen—, con el propósito deliberado de inflar la votación a su favor. Pero lo más importante es que denuncié que de manera inexplicable, en el PREP no aparecían alrededor de 3 millones de votos. El 4 de julio, el IFE tuvo que reconocer que, en efecto, faltaban por contabilizar en el PREP 11 mil 184 casillas que contenían “inconsistencias”, y que el resultado de estas casillas era de 743 mil 795 votos para el PAN, 809 mil 3 votos para el PRI y 888 mil 971 votos para la Coalición, lo cual redujo la ventaja de Calderón, en 24 horas, de 1.04 a 0.63 puntos porcentuales. Aquí conviene decir que el IFE nunca aclaró cómo fue que se contabilizaron los votos de las llamadas “actas inconsistentes” y por qué, una vez que el IFE entregó a los partidos políticos el llamado “archivo de inconsistencias”, aparecían 13 mil 432 casillas y no las 11 mil 184 que tuvieron que dar a conocer.

El miércoles 5 de julio, se llevó a cabo el cómputo distrital. Para entonces, dado el cúmulo de irregularidades que aparecían por todos lados, la gente empezó a demandar que se contaran los votos casilla por casilla. Sin embargo, la instrucción del Consejo General del IFE a los consejos distritales fue que no se permitiera la apertura de los paquetes electorales. En vez de garantizar la transparencia, la consigna fue que negaran por completo el conteo de votos. Incluso,

enviaron un memorándum poniendo por escrito esta instrucción. Aun así, en los pocos paquetes que se abrieron se encontró que siempre el PAN tenía votos de más y nosotros, de menos. Por ejemplo: en el acta del distrito 3 de Querétaro aparecen 400 votos para el candidato del PAN, y cuando se hizo el recuento, resultó que sólo eran 200. En el distrito 6 de Guanajuato, en la casilla 1614, contigua 4, de acuerdo con el acta, el candidato del PAN aparecía con 445 votos, y tras el recuento se comprobó que nada más eran 345. En el distrito 2 de Tlaxcala, en un paquete que se abrió, en el acta se registraban 193 votos para el PAN y sólo eran 93. En ese mismo estado, en la casilla 3820, en el acta aparecieron 53 votos para nosotros, y cuando se abrió el paquete, resultó que eran 153. La constante era que siempre aparecían 100 votos de más para el PAN o 100 menos para nosotros. Además, muchos votos nulos, realmente eran nuestros. En el distrito de Zacoatlán, Puebla, cuando se efectuó el recuento, supimos que nos habían anulado 64 votos de manera injustificada.

Reitero: fueron muy pocos los casos en que se abrieron los paquetes electorales, porque siempre hubo la oposición de los presidentes de los consejos distritales, quienes contaron con el respaldo de los representantes del PRI y del PAN. No obstante, después del llamado cómputo distrital, ya Calderón no ganaba con 0.63 sino con 0.58 puntos porcentuales.

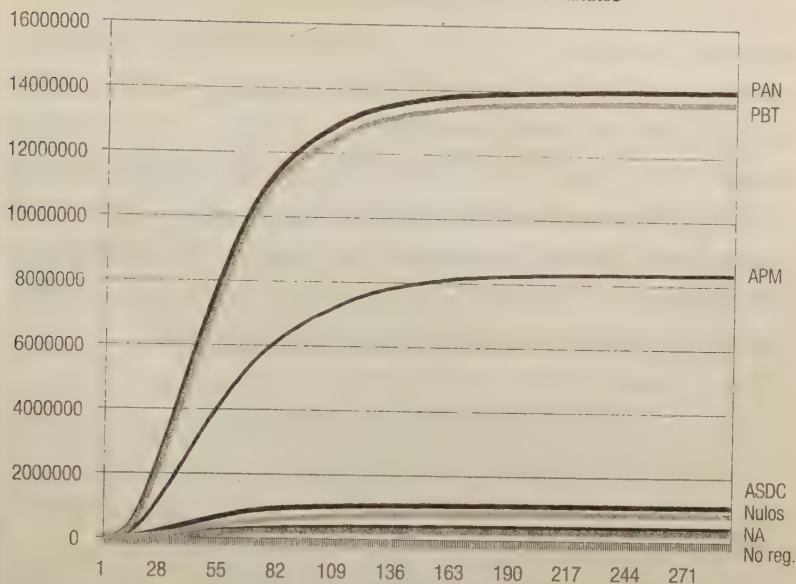
Ese día, el 5 de julio de 2006, la manipulación y el engaño lastimaron la dignidad de millones de mexicanos. El cómputo final por distrito fue transmitido por televisión y los resultados comenzaron exactamente al revés de como se presentaron al final de la jornada electoral. Yo aparecía con ventaja todo el tiempo hasta que, hacia las cuatro de la mañana del día 6, me “rebasó” Calderón. Después apareció el presidente del Consejo General del IFE y, usurpando funciones, lo declaró ganador.

Fue una canallada la manipulación que llevaron a cabo los operadores del fraude con la colaboración de las televisoras. Ese día del cómputo distrital, millones de mexicanos se ilusionaron pensando que íbamos a ganar. Durante muchas horas aparecimos arriba y esto generó esperanzas que luego terminaron en llanto y tristeza. Lo cierto es que todo estaba planeado. Incluso hubo reportes en televisión, y esto lo pudimos demostrar, que se dieron a conocer antes de que llegaran los resultados al IFE; es decir, actuaron a partir de un programa previamente diseñado.

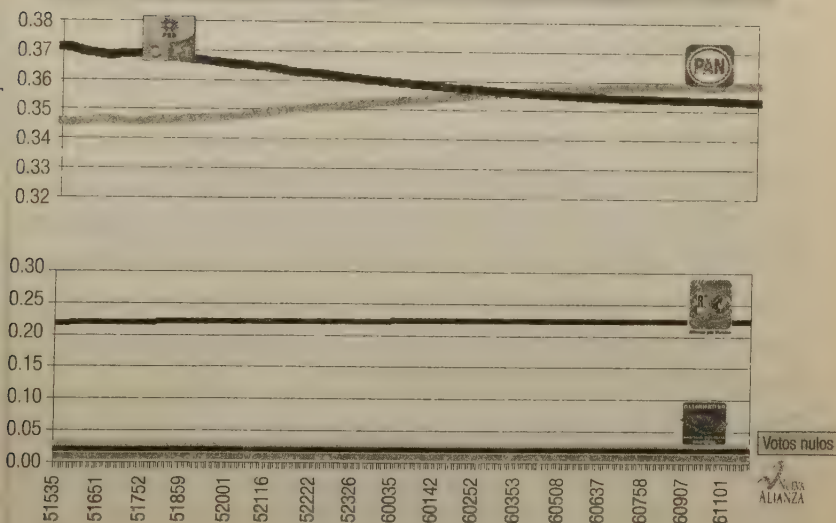
Ese día, 5 de julio, como a las 12 de la noche, estaba en la oficina pero decidí retirarme a mi domicilio. No quise prestarme al escarnio, porque los medios estaban esperando lo que era evidente: que en la madrugada me rebasara Calderón. Evité dar entrevistas. En Televisa, estaban como comentaristas Joaquín López-Dóriga, Ciro Gómez Leyva, Denise Maerker y Carlos Loret de Mola. Uno de ellos comentó que me fui a dormir, que tiré la toalla, que no me importó la gente. Para empezar, ¿qué objetividad puede haber en el manejo de esa información? ¿Cómo comprueban que me fui a dormir, sólo porque me retiré a mi casa? ¿Que en la casa de uno nada más se duerme? Además, ¿cómo iba a poder dormir en medio de esta terrible situación? ¿Quién va a conciliar el sueño en estas circunstancias? Y sin embargo, hubo ese juicio ligero, malintencionado. Son de esos comentarios irresponsables que padecemos y seguimos padeciendo. Como es natural, esa noche estuve al tanto de todo hasta el amanecer, cuando me bañé y me fui a la casa de campaña, porque tenía una rueda de prensa a las ocho de la mañana. Fue el día en que convoqué a la primera movilización en el zócalo para el sábado 8 de julio.

Ese miércoles 5, hasta los empresarios que estaban en mi contra se alarmaron, cayeron en la trampa de la manipula-

PREP, Acumulado de votos cada 5 minutos



Votos computados
(porcentaje)



Fecha y horario de emisión del reporte

Fuente: IFE, Resultados del Cómputo Distrital de la Elección de Presidente de los Estados Unidos Mexicanos de 2006
por entidad federativa.

ción informativa. Está la anécdota de don Isaac Saba, uno de los empresarios más fuertes de México: empezó a preocuparse y por ello llamó a Los Pinos, donde le dijeron: "Todo está bajo control, no se preocupe", y que ya les informarían de parte del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios, presidido por Gastón Azcárraga. En efecto, como a las seis de la tarde, el secretario ejecutivo de ese organismo, Emilio Carrillo Gamboa, envió un correo electrónico a los principales potentados de México en el que dice lo siguiente:

CONSEJO MEXICANO DE HOMBRES DE NEGOCIOS, A. C.

OFICINA DE LA SECRETARÍA
EDIFICIO "OMEGA", CAMPOS ELISEOS No. 345, 2° PISO, COLONIA CHAPULTEPEC POLANCO, 11560 MEXICO, D. F.
TELS 5279-5400 y 5280-6023

5 de julio de 2006

A TODOS LOS MIEMBROS DEL CONSEJO

Muy estimado y fino amigo:

Seguramente varios de ustedes han visto en Internet o recibido noticias de que el cómputo electoral se ha iniciado y que el PRD tiene mayor número de votos que el PAN.

A las 17:00, con el 69.01% de las casillas computadas, las cifras son 36.81% para el Lic. López Obrador y 34.64% para el Lic. Calderón.

La razón de esto consiste - según nos ha informado el Lic. Ulises Beltrán que ustedes conocen porque nos ha hecho las encuestas para el Consejo - es que el PRD está siguiendo la estrategia de aprobar rápidamente las actas de las casillas en donde la votación le favorece y retrasar la aprobación de las casillas en las que el PAN resultó triunfador, dado que como ustedes saben, en los Comités Distritales asisten con voz pero sin voto los representantes de los partidos políticos.

Sin embargo, el Dr. Beltrán informa que el resultado final será el ya conocido, en donde el Lic. Calderón resultará con un mayor número de votos que el Lic. López Obrador, en una cifra similar a la que ya se ha venido difundiendo en días pasados en los medios. Todo está bajo control.

Atentamente,

Emilio Carrillo Gamboa
Secretario Ejecutivo

c.c. Gastón Azcárraga Andrade Presidente
c.c. Lic. Don Agustín Santamarina Consejero Especial

Nunca he tenido duda: nosotros ganamos la elección presidencial. Las pruebas están en los propios documentos oficiales. Como pocos, el gran fraude electoral de 2006 está plenamente documentado. Podrán destruir y aun quemar las boletas, pero en las propias estadísticas del IFE hay un cúmulo de alteraciones. Actualmente, aparecen en la página *web* del IFE, 122 casillas cuya votación total es mayor que el número de electores inscritos en la lista nominal. A pesar de que, supuestamente, el Tribunal Federal Electoral ya realizó el cómputo y dio resultados oficiales, todavía se puede ver que hay casillas, como la contigua 1 del distrito 4, sección 1449, de Ciudad Valles, en San Luis Potosí, donde el PAN aparece con 766 votos y el listado nominal es de 412. O la casilla 798, contigua 1, de Guadalupe, Nuevo León, en la que ese partido obtuvo 786 votos y sólo hay 603 electores.

Un dato duro, estadístico, comprobable, demuestra cómo en esta elección de Estado, en las casillas donde supuestamente hubo más participación ciudadana o fervor cívico, resultó más beneficiado el candidato de la derecha. Por ejemplo, en 9 mil 545 casillas, donde hay una participación ciudadana de más de 10 por ciento de la media registrada en el distrito electoral, el candidato del PAN obtiene 43.3 por ciento de los votos y nosotros 28.7 por ciento, mientras que el resultado por distrito fue de 35.9 por ciento para el PAN y 35.3 para la Coalición por el Bien de Todos; es decir, en todas las casillas donde hubo mayor participación, ellos incrementaron su porcentaje en 7.38 puntos y el de nosotros se redujo en 6.66 puntos. Es más: en 28 de las 32 entidades federativas del país, en todas las “casillas con mayor participación ciudadana”, el candidato del PAN aumentó su porcentaje de votación y la nuestra disminuyó, a pesar de que nosotros, en los datos oficiales, ganamos en 16 de los 32 estados.

Casillas con participación de electores de mas de 10% por encima de la media de participacion distrital

Región	Estado	Casillas	Vot. total	PAN	APM	PBT	NA	ASDC	No reg.	Nulos
1	BAJA CALIFORNIA	218	73382	40998	12492	14863	791	2855	475	908
				55.9%	17.0%	20.3%	1.1%	3.9%	0.6%	1.2%
	Variación (puntos %)			8.52	-4.35	-3.34	-0.34	0.11	-0.04	-0.56
1	BAJA CALIFORNIA SUR	49	13795	5043	2198	5761	151	433	62	147
				36.6%	15.9%	41.8%	1.1%	3.1%	0.4%	1.1%
	Variación (puntos %)			2.20	-0.59	-1.30	0.28	0.11	-0.23	-0.48
1	COLIMA	20	5358	2506	1419	1230	35	103	8	57
				46.9%	26.5%	23.0%	0.7%	1.9%	0.1%	1.1%
	Variación (puntos %)			4.98	-3.19	-0.84	0.05	-0.12	-0.15	-0.71
1	GUANAJUATO	585	219099	137267	34317	34304	1748	6625	1194	3644
				62.7%	15.7%	15.7%	0.8%	3.0%	0.5%	1.7%
	Variación (puntos %)			3.73	-3.14	0.28	-0.15	0.49	-0.33	-0.88
1	JALISCO	313	125187	67884	27095	22398	1038	3287	696	2789
				54.2%	21.6%	17.9%	0.8%	2.6%	0.6%	2.2%
	Variación (puntos %)			4.91	-2.61	-1.32	-0.47	-0.60	-0.01	0.11
1	NAYARIT	123	34069	7119	12367	12692	372	688	295	536
				20.9%	36.3%	37.3%	1.1%	2.0%	0.9%	1.6%
	Variación (puntos %)			2.01	2.60	-4.57	0.04	-0.09	0.34	-0.33
1	SINALOA	420	103957	43878	24671	30772	565	2547	329	1195
				42.2%	23.7%	29.6%	0.5%	2.5%	0.3%	1.1%
	Variación (puntos %)			5.15	-3.14	-1.16	-0.14	0.35	-0.23	-0.81
1	SONORA	335	116217	64495	25589	21259	682	2111	552	1529
				55.5%	22.0%	18.3%	0.6%	1.8%	0.5%	1.3%
	Variación (puntos %)			5.37	3.25	-7.41	-0.15	-0.67	0.08	-0.48
TOTAL REGIÓN 1		2063	691064	369190	140148	143279	5382	18649	3611	10805
				53.4%	20.3%	20.7%	0.8%	2.7%	0.5%	1.6%
	Variación (puntos %)			5.29	-2.51	-1.73	-0.28	-0.13	-0.10	-0.53

<i>Resultados por entidad en conteos distritales</i>							
<i>Vot. total</i>	<i>PAN</i>	<i>APM</i>	<i>PBT</i>	<i>NA</i>	<i>ASDC</i>	<i>No reg.</i>	<i>Nulos</i>
950720	450186	203233	224275	13522	35917	6468	17599
	47.4%	21.4%	23.6%	1.4%	3.8%	0.7%	1.8%
180847	62127	29874	77875	1475	5470	1225	2801
	34.4%	16.5%	43.1%	0.8%	3.0%	0.7%	1.5%
258126	107880	76586	61434	1567	5284	784	4591
	41.8%	29.7%	23.8%	0.6%	2.1%	0.3%	1.8%
1961051	1155403	368789	301463	18611	49753	17136	49896
	58.9%	18.8%	15.4%	0.9%	2.5%	0.9%	2.5%
2910366	1435334	705925	559266	37739	93836	16537	61729
	49.3%	24.3%	19.2%	1.3%	3.2%	0.6%	2.1%
365847	69097	123284	152999	3840	7730	1919	6978
	18.9%	33.7%	41.8%	1.1%	2.1%	0.5%	1.9%
980684	363461	263553	301709	6717	20620	5397	19227
	37.1%	26.9%	30.8%	0.7%	2.1%	0.6%	2.0%
934327	468288	175365	240114	6914	23187	3724	16735
	50.1%	18.8%	25.7%	0.7%	2.5%	0.4%	1.8%
8541968	4111776	1946609	1919135	90385	241797	53210	179056
	48.1%	22.8%	22.5%	1.1%	2.8%	0.6%	2.1%

Casillas con participación de electores de más de 10% por encima de la media de participación distrital

Región	Estado	Casillas	Vot. total	PAN	APM	PBT	NA	ASDC	No reg	Nulos
2	AGUASCALIENTES	79	29 377	17 111	4 687	5 686	284	1 113	211	285
				58.2%	16.0%	19.4%	1.0%	3.8%	0.7%	1.0%
	Variación (puntos %)			11.47	-7.61	-2.37	-0.39	-0.14	-0.09	-0.88
2	CHIHUAHUA	407	125 409	67 166	30 257	20 302	2 242	3 325	431	1 686
				53.6%	24.1%	16.2%	1.8%	2.7%	0.3%	1.3%
	Variación (puntos %)			8.46	-5.31	-2.07	0.03	-0.05	-0.22	-0.84
2	COAHUILA	315	120 200	69 664	21 407	23 568	837	3 125	518	1 031
				58.0%	17.8%	19.6%	0.7%	2.6%	0.4%	0.9%
	Variación (puntos %)			14.87	-8.64	-4.58	-0.21	-0.24	-0.45	-0.75
2	DURANGO	201	57 625	28 919	14 182	11 791	486	1 127	305	815
				50.2%	24.6%	20.5%	0.8%	2.0%	0.5%	1.4%
	Variación (puntos %)			5.57	-2.31	-2.07	-0.17	-0.00	-0.54	-0.49
2	NUEVO LEÓN	585	247 478	164 155	39 852	30 576	3 672	5 576	608	3 039
				66.3%	16.1%	12.4%	1.5%	2.3%	0.2%	1.2%
	Variación (puntos %)			17.44	-11.50	-3.61	-0.27	-0.67	-0.40	-0.99
2	QUERÉTARO	133	59 666	36 462	7 323	12 496	283	1 617	578	907
				61.1%	12.3%	20.9%	0.5%	2.7%	1.0%	1.5%
	Variación (puntos %)			12.20	-7.89	-3.34	-0.44	0.21	0.09	-0.82
2	SAN LUIS POTOSÍ	320	111 287	59 695	23 258	20 562	1 017	2 363	586	3 806
				53.6%	20.9%	18.5%	0.9%	2.1%	0.5%	3.4%
	Variación (puntos %)			5.06	-0.91	-3.06	0.04	-0.36	-0.26	-0.50
2	TAMAULIPAS	180	57 826	24 820	15 947	14 097	827	1 027	288	820
				42.9%	27.6%	24.4%	1.4%	1.8%	0.5%	1.4%
	Variación (puntos %)			1.63	1.65	-2.09	0.42	-0.27	-0.80	-0.55
2	ZACATECAS	238	60 480	23 135	11 736	21 246	583	1 976	771	1 033
				38.3%	19.4%	35.1%	1.0%	3.3%	1.3%	1.7%
	Variación (puntos %)			6.31	-5.04	-0.49	-0.22	0.69	-0.44	-0.81
TOTAL REGIÓN 2		2 458	869 348	491 157	168 649	160 344	10 231	21 249	4 296	13 422
				56.5%	19.4%	18.4%	1.2%	2.4%	0.5%	1.5%
	Variación (puntos %)			11.46	-6.36	-3.67	-0.09	-0.18	-0.40	-0.75

<i>Resultados por entidad en conteos distritales</i>							
<i>Vot. total</i>	<i>PAN</i>	<i>APM</i>	<i>PBT</i>	<i>NA</i>	<i>ASDC</i>	<i>No reg.</i>	<i>Nulos</i>
413897	193588	97513	89920	5597	16275	3335	7669
	46.8%	23.6%	21.7%	1.4%	3.9%	0.8%	1.9%
1161633	523914	341916	212069	20375	31414	6540	25405
	45.1%	29.4%	18.3%	1.8%	2.7%	0.6%	2.2%
929944	400894	245960	225117	8412	26450	8192	14919
	43.1%	26.4%	24.2%	0.9%	2.8%	0.9%	1.6%
572043	255229	153990	128881	5769	11188	6113	10873
	44.6%	26.9%	22.5%	1.0%	2.0%	1.1%	1.9%
1769218	865006	488402	282384	31112	51760	11343	39211
	48.9%	27.6%	16.0%	1.8%	2.9%	0.6%	2.2%
660384	322975	133188	160383	6028	16536	5823	15451
	48.9%	20.2%	24.3%	0.9%	2.5%	0.9%	2.3%
951724	462329	207602	204983	8360	23648	7470	37332
	48.6%	21.8%	21.5%	0.9%	2.5%	0.8%	3.9%
1225922	506177	317849	324491	12424	25025	15853	24103
	41.3%	25.9%	26.5%	1.0%	2.0%	1.3%	2.0%
525275	167806	128392	187088	6218	13523	9004	13244
	31.9%	24.4%	35.6%	1.2%	2.6%	1.7%	2.5%
8210040	3697918	2114812	1815316	104295	215819	73673	188207
	45.0%	25.8%	22.1%	1.3%	2.6%	0.9%	2.3%

Casillas con participación de electores de mas de 10% por encima de la media de participacion distrital

Región	Estado	Casillas	Vot. total	PAN	APM	PBT	NA	ASDC	No reg.	Nulos
3	CAMPECHE	111	38 920	10900	13409	10718	1859	338	111	1585
				28.0%	34.5%	27.5%	4.8%	0.9%	0.3%	4.1%
	Variación (puntos %)			-3.84	6.48	-4.84	2.07	-0.65	-0.24	1.03
3	CHIAPAS	623	201 037	28878	71406	89573	899	1989	691	7601
				14.4%	35.5%	44.6%	0.4%	1.0%	0.3%	3.8%
	Variación (puntos %)			-2.56	1.94	1.20	-0.13	-0.19	-0.32	0.06
3	OAXACA	477	155 137	21446	57849	67636	536	1951	608	5111
				13.8%	37.3%	43.6%	0.3%	1.3%	0.4%	3.3%
	Variación (puntos %)			-2.95	5.56	-2.36	-0.07	-0.19	-0.18	0.18
3	QUINTANA ROO	136	50 901	14676	18078	16158	261	694	135	899
				28.8%	35.5%	31.7%	0.5%	1.4%	0.3%	1.8%
	Variación (puntos %)			-0.07	8.27	-6.58	-0.20	-0.92	-0.44	-0.05
3	TABASCO	102	43 519	958	13722	27927	204	127	21	560
				2.2%	31.5%	64.2%	0.5%	0.3%	0.1%	1.3%
	Variación (puntos %)			-1.31	-6.28	7.90	0.26	-0.18	-0.13	-0.26
3	VERACRUZ	475	167 191	55298	49663	53392	903	2306	834	4795
				33.1%	29.7%	31.9%	0.5%	1.4%	0.5%	2.9%
	Variación (puntos %)			-1.14	4.97	-3.29	-0.06	-0.52	-0.36	0.41
3	YUCATÁN	216	79 204	37717	28071	10330	297	962	246	1581
				47.6%	35.4%	13.0%	0.4%	1.2%	0.3%	2.0%
	Variación (puntos %)			1.45	2.48	-2.82	-0.20	-0.43	-0.55	0.06
TOTAL REGIÓN 3		2140	735 909	169 873	252 198	275 734	4 959	8 367	2 646	22 132
				23.1%	34.3%	37.5%	0.7%	1.1%	0.4%	3.0%
	Variación (puntos %)			-2.73	4.38	-1.40	0.07	-0.39	-0.32	0.40

Resultados por entidad en conteos distritales

<i>Vot. total</i>	<i>PAN</i>	<i>APM</i>	<i>PBT</i>	<i>NA</i>	<i>ASDC</i>	<i>No reg.</i>	<i>Nulos</i>
312522	99526 31.8%	87412 28.0%	101192 32.4%	8470 2.7%	4756 1.5%	1652 0.5%	9514 3.0%
1272623	215358 16.9%	427351 33.6%	551749 43.4%	7378 0.6%	15065 1.2%	8395 0.7%	47327 3.7%
1349183	226304 16.8%	428026 31.7%	620062 46.0%	5620 0.4%	19482 1.4%	7672 0.6%	42017 3.1%
385722	111485 28.9%	105086 27.2%	147839 38.3%	2768 0.7%	8801 2.3%	2729 0.7%	7014 1.8%
911113	31975 3.5%	344526 37.8%	512743 56.3%	1906 0.2%	4261 0.5%	1582 0.2%	14120 1.5%
2942364	1006676 34.2%	727638 24.7%	1036494 35.2%	17777 0.6%	55971 1.9%	25396 0.9%	72412 2.5%
789155	364353 46.2%	260116 33.0%	125152 15.9%	4504 0.6%	12962 1.6%	6784 0.9%	15284 1.9%
7962682	2055677 25.8%	2380155 29.9%	3095231 38.9%	48423 0.6%	121298 1.5%	54210 0.7%	207688 2.6%

Casillas con participación de electores de más de 10% por encima de la media de participación distrital

Región	Estado	Casillas	Vot. total	PAN	APM	PBT	NA	ASDC	No reg.	Nulos
4	DISTRITO FEDERAL	186	84109	28689	6803	43488	415	2892	217	1605
				34.1%	8.1%	51.7%	0.5%	3.4%	0.3%	1.9%
	Variación (puntos %)			6.72	-0.46	-6.43	-0.07	-0.19	-0.05	0.47
4	HIDALGO	223	71533	19599	19383	27410	981	1710	254	2196
				27.4%	27.1%	38.3%	1.4%	2.4%	0.4%	3.1%
	Variación (puntos %)			0.77	2.15	-2.48	-0.25	-0.33	-0.33	0.46
4	MORELOS	109	41628	11773	6293	20104	913	1365	406	774
				28.3%	15.1%	48.3%	2.2%	3.3%	1.0%	1.9%
	Variación (puntos %)			-3.64	-0.55	4.18	0.48	-0.21	0.00	-0.26
4	PUEBLA	429	158354	69353	33876	44990	1899	4050	635	3551
				43.8%	21.4%	28.4%	1.2%	2.6%	0.4%	2.2%
	Variación (puntos %)			6.31	-1.80	-3.63	0.17	0.03	-0.42	-0.46
4	TLAXCALA	73	22338	8031	3114	9627	171	594	316	485
				36.0%	13.9%	43.1%	0.8%	2.7%	1.4%	2.2%
	Variación (puntos %)			1.79	-0.61	-0.90	-0.07	-0.05	-0.17	0.01

TOTAL REGIÓN 4	1020	377962	137445	69469	145619	4379	10611	1828	8611
			36.4%	18.4%	38.5%	1.2%	2.8%	0.5%	2.3%
Variación (puntos %)			6.13	3.97	-10.21	0.28	-0.43	-0.09	0.35

5	GUERRERO	477	122282	21398	34747	59176	1193	1879	520	3369
				17.5%	28.4%	48.4%	1.0%	1.5%	0.4%	2.8%
	Variación (puntos %)			1.35	1.90	-3.03	-0.08	-0.16	-0.29	0.32

5	MÉXICO	844	334915	161196	48254	104872	3070	10860	1671	4992
				48.1%	14.4%	31.3%	0.9%	3.2%	0.5%	1.5%
	Variación (puntos %)			17.06	-3.71	-12.00	-0.16	-0.54	-0.34	-0.30

5	MICHOACÁN	543	184526	84664	30252	61118	910	4126	924	2532
				45.9%	16.4%	33.1%	0.5%	2.2%	0.5%	1.4%
	Variación (puntos %)			11.40	-2.54	-8.05	-0.06	0.23	-0.22	-0.76

TOTAL REGIÓN 5	1864	641723	267258	113253	225166	5173	16865	3115	10893
			41.6%	17.6%	35.1%	0.8%	2.6%	0.5%	1.7%
Variación (puntos %)			11.76	-1.64	-8.81	-0.17	-0.58	-0.32	-0.23

TOTAL NACIONAL	9545	3316006	1434923	743717	960142	30124	75741	15496	65863
			43.8%	22.4%	28.7%	0.9%	2.3%	0.5%	2.0%
Variación (puntos %)			7.38	0.17	-6.66	-0.05	-0.42	-0.25	-0.18

Resultados por entidad en conteos distritales

<i>Vot. total</i>	<i>PAN</i>	<i>APM</i>	<i>PBT</i>	<i>NA</i>	<i>ASDC</i>	<i>No reg.</i>	<i>Nulos</i>
4839285	1325474	413644	2813112	27152	175517	14833	69553
	27.4%	8.5%	58.1%	0.6%	3.6%	0.3%	1.4%
945590	251772	235926	385750	15360	25702	6444	24636
	26.6%	25.0%	40.8%	1.6%	2.7%	0.7%	2.6%
709101	226340	111118	312815	12129	24736	6901	15062
	31.9%	15.7%	44.1%	1.7%	3.5%	1.0%	2.1%
1984166	743831	460183	639659	20418	50234	16227	53614
	37.5%	23.2%	32.2%	1.0%	2.5%	0.8%	2.7%
410230	140128	59672	180487	3426	11130	6504	8883
	34.2%	14.5%	44.0%	0.8%	2.7%	1.6%	2.2%
8888372	2687545	1280543	4331823	78485	287319	50909	171748
	30.2%	14.4%	48.7%	0.9%	3.2%	0.6%	1.9%
992131	160253	263055	510217	10493	16809	7132	24172
	16.2%	26.5%	51.4%	1.1%	1.7%	0.7%	2.4%
5701032	1771515	1033110	2469093	61494	215857	48075	101888
	31.1%	18.1%	43.3%	1.1%	3.8%	0.8%	1.8%
1495097	515600	283157	615535	8229	29951	10780	31845
	34.5%	18.9%	41.2%	0.6%	2.0%	0.7%	2.1%
8188260	2447368	1579322	3594845	80216	262617	65987	157905
	29.9%	19.3%	43.9%	1.0%	3.2%	0.8%	1.9%
41791322	15000284	9301441	14756350	401804	1128850	297989	904604
	35.9%	22.3%	35.3%	1.0%	2.7%	0.7%	2.2%

Esas casillas con alta votación a favor del PAN fueron prácticamente tomadas por delincuentes electorales que falsificaron los verdaderos resultados. Hay que recordar que el día de la jornada electoral, 19 mil 454 funcionarios de casilla que “no se presentaron” fueron sustituidos por personas que supuestamente se encontraban en los primeros lugares de las filas de votantes. Estamos hablando de 186 presidentes de casilla, mil 856 secretarios y 17 mil 412 escrutadores. Nunca se ha querido informar si estas personas que se fueron a formar pertenecían a la sección correspondiente, como lo establece la ley. Lo que sí es un hecho es que la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica del Instituto Federal Electoral está a cargo del profesor Hugo Alejandro Concha Cantú, incondicional de la maestra Elba Esther Gordillo.

Para tratar de justificar el fraude, algunos han argumentado que la Coalición por el Bien de Todos es responsable de la alteración de los resultados, en razón de que no tuvo representantes en 100 por ciento de las casillas. Pero ningún partido o coalición logró tener representantes en todas las casillas. Además, el argumento no justifica el fraude. Si la falta de representación justificara la pérdida de votos, sería inexplicable que el Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina, que no tuvo representación en las casillas, hubiera mantenido las intenciones de voto que reflejaron las encuestas. En el caso de Nueva Alianza, que sí pudo contar con una mayor estructura de representación, llama la atención que su votación para diputados y senadores haya sido significativamente mayor que las cifras reflejadas en las encuestas. En síntesis: la Coalición por el Bien de Todos perdió votos por la falta de representación; Alternativa, sin representación, alcanzó el resultado previsto en las encuestas, y

Nueva Alianza duplicó su intención de voto. ¿Cómo puede ser esto posible?

Pero conviene puntualizar cómo fue que montamos la estructura electoral de defensa del voto y la forma en que fue vulnerada por los hampones electorales que tenían la encomienda de hacer el fraude.

A principios de noviembre de 2005 se comenzó a construir la estructura electoral de la Coalición por el Bien de Todos con la misión de garantizar la vigilancia y la defensa del voto en cada una de las casillas el día de la jornada electoral del 2 de julio.

Esta estructura comenzó a operar con una coordinación nacional, 32 coordinadores estatales y 300 distritales. Para mediados del mes de junio de 2006, como producto de un trabajo constante, arduo y discreto, se logró construir la mayor parte de su base fundamental con la incorporación de alrededor de 290 mil ciudadanos.

Con este ejército humano se garantizaba una cobertura para la vigilancia y la defensa del voto de 95 por ciento de las casillas con un representante propietario, 70 por ciento, con dos representantes propietarios y 99 por ciento del total de los representantes generales.

En esta estructura había militantes de los partidos que conformaron la coalición, pero de manera fundamental se logró incorporar a ciudadanos que simpatizaron y se comprometieron con el Proyecto Alternativo de Nación.

Sin embargo, esta estructura fue vulnerada por los hombres del poder y por los delincuentes electorales. En los 16 días previos a la jornada electoral y durante el 2 de julio, la red de defensa del voto fue desarticulada en una cuarta parte del universo de representantes generales y de representantes de casilla.

La estrategia de que se valieron fue la de utilizar a los consejos distritales, que son la parte operativa del IFE, y que fueron quienes manipularon, en más de 150 distritos electorales, las acreditaciones de los representantes generales y de los representantes de casilla; además, el día de la jornada electoral se dedicaron a bloquear el ingreso de nuestros representantes a las mesas directivas de casilla y durante el conteo distrital impidieron que se abrieran los paquetes electorales, en un afán por ocultar el gran fraude electoral cometido a favor del candidato de la derecha.

Todo inició cuando se presentaron las solicitudes de acreditación de nuestros representantes ante los consejos distritales. Como respuesta, los funcionarios electorales comenzaron a realizar observaciones, tanto de forma como de fondo, la mayor parte de ellas en el sentido de que los ciudadanos que proponíamos también aparecían en las solicitudes de registro presentadas por otro organismo político contendiente (de manera recurrente, por la Alianza por México y el PAN, aunque hubo casos de Alternativa y de Nueva Alianza).

Esto no fue más que una manipulación orquestada por los funcionarios electorales, seguramente en complicidad con los dirigentes de dichas organizaciones políticas. En más de 100 distritos se presentaron estos problemas que afectaron hasta en ocho por ciento el listado de representantes.

La mayor parte de los distritos en donde se registraron este tipo de duplicidades en las solicitudes de acreditación fue precisamente en los estados del norte y centro occidente del país. Sirvan para ilustrar, los casos de los funcionarios electorales distritales de Aguascalientes, Durango, Nuevo León y Tamaulipas, quienes pusieron muchas trabas para aceptar, primero, las solicitudes de registro de nuestros re-

presentantes ante las mesas directivas de casilla, y luego, manipularon ostensiblemente las supuestas duplicidades.

En la mayoría de los distritos de esos cuatro estados comenzaron a rechazarnos las copias de las credenciales de elector que se integraban con la documentación de las solicitudes de registro, argumentando que no aparecían en el subsistema oficial o que las credenciales de elector no eran presentadas en orden alfabético.

Particularmente en los distritos electorales del estado de Nuevo León, el porcentaje de representantes de casilla que fueron rechazados por supuesta duplicidad fue de 25 por ciento; en Guanajuato, de 20 por ciento; en Baja California y Jalisco, de 15 por ciento. Se trata de estados con supuesta fuerza panista y donde a los hombres del poder les interesaba garantizar la operación del fraude, ya que disponían de las condiciones idóneas para hacerlo, es decir, el aparato de gobierno y la estructura de poder económico.

Esto causó desconcierto e introdujo en otra dinámica a nuestros coordinadores distritales.

En muchos distritos estos coordinadores lograron contactar a nuestros representantes generales y de casilla, quienes firmaron cartas donde renunciaron a la supuesta representación de la Alianza o del PAN, de Alternativa o del Paa, y ratificaron su decisión de ser nuestros representantes. En otros casos, se pudieron sustituir de manera oportuna por otros ciudadanos.

Sin embargo, en entidades como Baja California, Chihuahua, Guanajuato, Jalisco, Nuevo León, San Luis Potosí, Tamaulipas y otras, donde los distritos son geográficamente grandes y la comunicación resulta complicada, no se pudo contactar a todos, ni fue posible hacer sustituciones, por lo que sufrimos las primeras mermas.

La verdad es que los ciudadanos que aparecieron tanto en nuestras solicitudes como en las de la Alianza, del PAN, de Alternativa y del Panal, sostuvieron que jamás fueron consultados por los dirigentes de esos partidos políticos para que los representaran en las elecciones del 2 de julio.

Pero el golpe más duro lo asestaron los funcionarios electorales el 2 de julio. Ese día, en la mayoría de los distritos los funcionarios del IFE obstaculizaron el acceso de nuestros representantes a las mesas directivas de casilla.

Esta actitud antidemocrática de impedir el acceso a nuestros representantes se acentuó aún más en los estados en donde hubo elecciones estatales concurrentes, como fueron los casos de Colima, Guanajuato, Jalisco, Nuevo León, Querétaro, San Luis Potosí y Sonora.

En esas entidades arrancaron primero las elecciones locales y hasta una hora después las federales. Además, en las casillas en donde la oposición cubría los dos tipos de elecciones, la local y federal, los funcionarios de las casillas manipularon este hecho y trataron a toda costa de confundir y retirar a nuestros representantes. Argumentaban que con un solo representante bastaba para representar a la oposición, aunque en las elecciones locales no existía coalición y había urnas por separado.

En Baja California, la actitud prepotente de los funcionarios electorales, que no dejaban ingresar a nuestros representantes a las mesas directivas de casilla, generó conatos de violencia en los distritos I, II y IV. Como resultado de este ambiente, seis compañeros nuestros fueron encarcelados por exigir respeto a su derecho a estar en las casillas.

En los distritos de Ciudad Obregón y Hermosillo, Sonora, prevaleció el mismo ambiente. Allí quedaron descubiertas 15 por ciento de las casillas.

En el distrito 1 de Sonora, hasta las 11:20 de la mañana se permitió el acceso a nuestros representantes de casilla, porque los funcionarios electorales argumentaban que no aparecían en los listados oficiales que les había entregado el Consejo Distrital. Fue hasta esa hora cuando el Consejo envió el oficio para que los dejaran entrar.

En Guanajuato y Jalisco la actitud prepotente y agresiva de los funcionarios electorales campeó como norma general. Sólo lograron ingresar aquellos ciudadanos que resistieron todo tipo de amenazas e hicieron valer sus acreditaciones.

Pero a quienes nunca dejaron entrar a las casillas fue a los representantes que se acreditaron legalmente con credencial de elector de otros estados. Sobre esto, cabe aclarar que en los estados del norte —particularmente en Baja California, Nuevo León y Sonora—, pero también en Guanajuato, Jalisco, Querétaro y Yucatán, se impulsó con mucha fuerza la campaña del miedo para impedir la participación de nuestros simpatizantes.

Esta campaña fue reforzada por las cámaras patronales, industriales y de comercio, que presionaron a sus miembros con el propósito de que *alinearan* a sus empleados para votar a favor del candidato de la derecha.

Un buen número de ciudadanos que habían aceptado cuidar las casillas en Nuevo León, Guanajuato y Jalisco, nos advirtió de la presión que estaban recibiendo de sus patrones y de la conveniencia de que se reforzaran las casillas con gente de otras entidades para garantizar la defensa del voto. Incluso, nos hicieron ver que no podían pegar calcomanías a sus vehículos, ni vestir playeras con propaganda de la Coalición porque en su fuente de trabajo el patrón o jefe inmediato les llamaba la atención y les predicaba las calamidades que sufriría la nación si nosotros triunfábamos.

En esta circunstancia, se consideró conveniente que para el cuidado de las casillas detectadas como *focos rojos* en León, Celaya y Guadalajara, se conformaran equipos de ciudadanos voluntarios, quienes viajaron de la Ciudad de México y de los estados de Nayarit y Zacatecas para defender el voto en esas ciudades, lo cual hicieron afuera de las casillas, porque no se les permitió el acceso.

Esta forma de actuar de los funcionarios del IFE se presentó en la mayoría de las casillas del país, pero fue más acentuado donde el PAN tiene presencia. Por ejemplo, en la delegación Benito Juárez, en la Ciudad de México, donde gobierna ese partido, las listas de representantes de casilla de la Coalición no llegaron a los funcionarios en una buena parte del distrito. Esto provocó que la Coalición se quedara sin representantes en más de la mitad de las casillas de dicho distrito, donde precisamente el candidato de la derecha obtuvo la mayor votación en la Ciudad.

Aunado a lo anterior, también tenemos la sospecha de que algunos coordinadores nuestros y representantes de casilla, fueron cooptados o comprados. Hubo coordinadores que, con el pretexto de que se les habían traspapelado las credenciales de elector, llegaron a las oficinas de los consejos distritales 15 minutos antes de que se venciera el plazo para el registro de nuestros representantes y no se pudo registrar la estructura completa; en otros casos, inscribieron listados que no eran los originales o lo hicieron de manera incompleta. Aunque en general estos casos fueron pocos, y la mayoría se comportó con rectitud y lealtad.

En suma, del potencial de representantes generales y de representantes de casilla con los cuales se contó hasta 16 días antes de las elecciones, para garantizar una cobertura de 95 por ciento de las casillas electorales, terminamos la jorna-

da electoral del 2 de julio cubriendo 102 mil 641 de las 130 mil 489 casillas que se instalaron; es decir, tuvimos presencia en 78.66 por ciento de las casillas.

Como es obvio, la falta de cobertura de 21 por ciento de las casillas les dio un margen holgado para llevar adelante el fraude electoral. Sin embargo, fue tanta la votación que se registró a nuestro favor en todo el país, que no les alcanzaron sus trampas y tuvieron que emplearse desesperadamente a fondo, dejando huellas por todos lados.

Como se comprenderá, es muy difícil evitar un fraude electoral de Estado con estas características. A esto se refirió Fox cuando sostuvo que no había podido destituirme con el desafuero, pero que se había desquitado el 2 de julio. También debe tenerse en cuenta que, aunque Fox es muy limitado, era ni más ni menos el jefe del Estado, y cualquier presidente de México, por tonto que sea, posee suficientes instrumentos del poder para agraviar e imponer su voluntad.

Desde el día siguiente de la elección, la gente que llegó de manera espontánea a nuestra casa de campaña, empezó a co-rear: “¡Voto por voto, casilla por casilla!”. Esta consigna se convirtió en la principal demanda del movimiento postelectoral. En una entrevista de radio con Carmen Aristegui, hice el ofrecimiento a Calderón de que, si él aceptaba el recuento de los votos, me comprometía a no convocar a ninguna movilización, y aunque nunca dejaría de hablar del fraude electoral, aceptaría el resultado del recuento. Incluso, el 24 de julio, le escribí una carta, donde le digo, entre otras cosas:

Como usted comprenderá, yo nunca podré decir que estas elecciones fueron equitativas, limpias y libres. No obstante,

por mi responsabilidad como dirigente de un movimiento democrático, y frente a la demanda de millones de mexicanos de llevar a cabo un recuento voto por voto, casilla por casilla, le propongo lo siguiente: si usted se pronuncia a favor del recuento de todos los votos, y el Tribunal Federal del Poder Judicial de la Federación ordena esta diligencia, yo ofrezco el compromiso de aceptar los resultados, si a usted le favorecen y no convocar a más movilizaciones. De la misma manera, usted tendría que aceptar el fallo emitido por el Tribunal si resulto triunfador en el recuento.

Sé muy bien que, de conformidad con la ley, le corresponde al Tribunal calificar la elección y tomar las decisiones sobre las impugnaciones y el recuento de los votos; pero como es obvio, si usted acepta y hace público su acuerdo con esta propuesta, el Tribunal tendría todos los elementos políticos y legales, para resolver la inconformidad generada por esta elección, de la mejor forma posible.

En otras palabras: lo más conveniente para México es que ambos aceptemos el recuento de los votos y nos comprometamos a respetar el resultado.

En países democráticos hay ejemplos en los que el candidato que resulta ganador por estrecho margen, ha propuesto revisar las irregularidades y contar los votos, despejando así las dudas sobre su triunfo. Ahí está el caso reciente de Óscar Arias, en Costa Rica, quien habiendo obtenido el triunfo por pocos votos pidió que se revisaran todas las denuncias de su adversario y que se contaran manualmente todas las boletas. Al final del recuento, se confirmó ganador y su triunfo fue legítimo e inobjetable, lo que fue reconocido por el otro candidato y la sociedad en su conjunto.

En caso de que usted no acepte esta propuesta, asumirá su responsabilidad de cara a los mexicanos. Si el Tribunal

no cuenta los sufragios y avala su “triunfo”, quedarán para siempre la sospecha o la certidumbre de que usted no ganó en las urnas y de que hubo fraude en la elección. De ser así, para millones de mexicanos usted será un presidente espurio y nuestro país no merece ser gobernado por alguien que no tenga autoridad moral ni política.

Calderón ni siquiera lo pensó. El mismo día me respondió con el mismo sonsonete hipócrita de que “la ley es la ley”, dando todo un rodeo, insistiendo en lo obvio: que la elección la hicimos todos y correspondía al Tribunal Electoral resolver sobre la apertura de los paquetes electorales.

Bajo la consigna del “voto por voto, casilla por casilla”, el 8, el 16 y el 30 de julio se llevaron a cabo tres grandes manifestaciones en la Ciudad de México. Convoqué la primera dos días antes y aun así, el zócalo se llenó; las otras dos fueron realmente impresionantes, como nunca se ha visto en la historia del país. Participaron ciudadanos de todas las clases sociales: había integrantes de la clase media, profesionistas, intelectuales, artistas, obreros, campesinos, comerciantes, estudiantes, maestros, trabajadores al servicio del Estado y mucha gente humilde, que siempre nos ha acompañado y es nuestro principal orgullo.

En mis intervenciones dije que el objetivo central no sólo era lograr el reconocimiento de nuestro legítimo triunfo en la elección presidencial, sino hacer valer la democracia en nuestro país. En la segunda asamblea informativa dije que nadie debía temer que la elección se resolviera y calificara ante los ojos de México y el mundo. Repetí que el “voto por voto, casilla por casilla” era lo que más convenía para la esta-

bilidad política, económica y financiera del país; para avanzar y dejar atrás la cultura política de la desconfianza; para estar bien con nuestra conciencia cívica y con nosotros mismos; para contribuir a la paz social; para que no siga triunfando el dinero sobre la dignidad y la moral del pueblo; para no dejar en ninguna mexicana o mexicano que votó el 2 de julio la sensación de insatisfacción o farsa; para no cerrar la puerta a la democracia; para mantener en alto el decoro de México; para fortalecer las instituciones; para afianzar la legalidad; para alejar la confrontación irracional y contribuir a la reconciliación y a la unidad de los mexicanos. Ahí anuncié que en uso de nuestras facultades y derechos, íbamos a recurrir al Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación para que ordenara abrir los paquetes electorales y que se llevara a cabo un auténtico recuento de votos. Y como ya teníamos información de que funcionarios del IFE estaban entrando a violar paquetes electorales, aunque el Ejército supuestamente los resguardaba, pedí que reforzáramos los 300 campamentos ciudadanos que, unos días antes, habíamos instalado en las afueras de los consejos distritales, donde se encontraba la paquetería electoral.

En la asamblea del 30 de julio, que fue, sin duda, la más grande, propuse a los asistentes que nos quedáramos en campamentos en Paseo de la Reforma y en el zócalo, hasta que resolviera el Tribunal Electoral. Por esta decisión fuimos muy cuestionados. Los medios de comunicación, con honrosas excepciones, vieron la oportunidad para justificar su inclinación a favor del fraude. Incluso simpatizantes nuestros cuestionaron la medida. Pero no teníamos otra opción y, al paso del tiempo, sigo creyendo que fue correcto lo que hicimos. Debe tomarse en cuenta que en esos momentos, como hasta ahora, de todos modos hiciéramos lo que hicié-

ramos, los medios de comunicación estarían al servicio del régimen. Sabíamos que si después de esa gran manifestación no podíamos, por la razón que fuera, congregar al mismo número de ciudadanos, nuestros adversarios iban a empezar a hablar del “debilitamiento del movimiento”, como ya lo tenían preparado.

Al día siguiente de esa concentración, el periódico *Reforma* publicó como nota principal que con fotografías panorámicas nos había contabilizado, “cabeza por cabeza, colocando alfileres de colores sobre todas las personas” y resultaba que la cifra de personas en el zócalo capitalino fue de 135 mil. En tanto que el total de participantes en la manifestación, sumando los que estuvieron en las calles adyacentes al zócalo, así como en las principales concentraciones que se dieron a lo largo de la avenida Juárez y de Reforma, fue de 348 mil... “Mientras la Coalición por el Bien de Todos prometió movilizar a más de tres millones de personas, la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal aseguró que asistieron poco más de dos millones y la Policía Federal Preventiva calculó en menos de 200 mil en total”. Todo ello, dijeron, “fue realizado por 26 estudiantes del taller de periodismo de Grupo Reforma y fue certificado de principio a fin por tres notarios públicos”.

Sabíamos que los medios estaban entregados por completo a la derecha, y que si no protestábamos de manera notoria, nos iban a ignorar. Sin embargo, en la capital, en el centro político, económico y social de nuestro país, aunque sólo fuese para atacarnos, tenían que dar la noticia de que existíamos.

También debo decir que no sólo actuamos así por la *mala leche* de los medios de comunicación, sino porque teníamos la necesidad de contrarrestar con nuestra presencia, en el

corazón del país, las presiones a las que ya estaban sometidos los magistrados del Tribunal Electoral con la intención de que no se llevara a cabo el recuento de los votos. Pero, sobre todo, tomé esa polémica decisión —aunque nunca lo acepten nuestros adversarios— porque no quería que se desatara la violencia. Sabía bien cuál era el ánimo de la gente: había mucha tristeza, había llanto y depresión en millones de mexicanos, porque les estaban arrebatando la esperanza de una vida mejor. Debe entenderse que la democracia no significa lo mismo para todos. Hay quienes la conciben como el mecanismo para elegir a los gobernantes, pero para otros, sobre todo para los pobres y excluidos, la democracia es más que eso, constituye un asunto de sobrevivencia. Había mucha tristeza pero también coraje. Mucha gente estaba dispuesta a cualquier cosa, me pedían que actuáramos con más energía, y otros me decían: “Vamos a hacer lo que usted diga. Usted ordene”. Y eso implicaba cualquier acción.

Por esos días tuve en mis manos una encuesta nacional de Mitofsky, denominada “La resistencia civil postelectoral. ¿Hasta dónde?”, en la cual se le preguntaba a la gente si estaba bien lo que estábamos haciendo. El 44 por ciento se pronunciaba a favor de que siguiera peleando por que se limpiara la elección, 34 por ciento decía estar de acuerdo en que siguiera haciendo manifestaciones en el zócalo para declarar que hubo fraude en la elección, 29.2 por ciento se manifestaba a favor de que continuara manteniendo plantones en calles y avenidas como símbolo de la resistencia ciudadana pacífica, 20.4 por ciento decía estar de acuerdo en que se llamara a una resistencia contra el gobierno por medio de acciones más violentas, como tomas de oficinas públicas, 15.5 por ciento se expresaba a favor de que llamara a una resistencia en que los simpatizantes se enfrentaran con policías, y 13.2 por ciento

contestó estar de acuerdo en que convocara a un levantamiento armado contra el gobierno. Esto último representa la opinión de 10 millones de ciudadanos. Así estaba de encendido el ánimo de muchos mexicanos.

Ya he dicho que no soy partidario de la violencia. Creo que se puede avanzar con la resistencia civil pacífica. No íbamos a lograr nada si el movimiento se descarrilaba. Por eso, actuamos con absoluta responsabilidad y, aunque la decisión que tomamos fue muy cuestionada y tuvimos que pagar un costo político, no caímos en ninguna provocación y el movimiento quedó a salvo y con mucha autoridad moral para seguir luchando por la transformación del país.

Los 48 días y noches que pasamos en los campamentos fueron realmente extraordinarios. Fue una gran experiencia: volvimos a constatar la generosidad de la gente, su actuación responsable; vivimos juntos momentos de tensión; padecimos de la incomprensión de muchos y de las inclemencias del tiempo; compartimos momentos de tristeza y alegría; aprendimos más sobre la política y reafirmamos nuestras convicciones; pero, sobre todo, de allí surgió la decisión de declarar abolido el régimen de corrupción y privilegios y tomar el camino de la construcción de la nueva República.

Ya instalados en el zócalo, el 5 de agosto el Tribunal Electoral determinó rechazar nuestra demanda de abrir los paquetes y contar todos los votos emitidos el 2 de julio. A cambio, decidió efectuar el recuento sólo en 9 por ciento de las 130 mil casillas que se instalaron en todo el país. A partir de esa decisión empezamos a percibir que los integrantes del Tribunal mantenían un criterio estrecho, limitado, y que les faltaba altura de miras. Pero no sólo eso: esta decisión nos

hizo sospechar porque el criterio que asumió el Tribunal era exactamente igual al que desde unos días antes venían sosteniendo los principales dirigentes del PAN. Esto lo pudimos probar porque teníamos en nuestro poder correos electrónicos que se intercambiaron César Nava, secretario general adjunto del PAN, y Juan Molinar Horcasitas, diputado panista, ambos miembros del círculo cercano del candidato de la derecha. En esos mensajes, el secretario del PAN expresa la intención de aceptar sólo el criterio estrecho, el del recuento de sólo un número pequeño de casillas, tal y como el que utilizó el Tribunal.

Es más, en esa sesión del Tribunal, la magistrada Alfonsina Bertha Navarro argumentó que si faltaban boletas se debía a que la gente que iba a sufragar, se las llevaba a su casa, no las depositaban en la urna; y que esto lo hicieron particularmente los jóvenes. Nada más que a esta “ilustre” magistrada se le olvidó decir que se trababa de 722 mil 326 boletas faltantes.

Dos días después, en una concentración frente al edificio del Tribunal, expresé que no aceptábamos el recuento parcial, que el pueblo de México no quería sólo una pequeña parte de la verdad. “No queremos —dije— un diezmo democrático. Queremos democracia al 100 por ciento en nuestro país.”

El Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, que conforme al artículo 99 constitucional es la máxima autoridad jurisdiccional en la materia, a pesar de las evidencias del fraude se opuso a limpiar la elección y se negó a realizar el recuento “voto por voto” y “casilla por casilla”, no obstante que le fue demandado por millones de mexicanos y que tiene facultades de ley para ello.

Las irregularidades fueron muchas y en las cifras del IFE la diferencia entre los candidatos punteros fue mínima, pues el aspirante del PAN habría obtenido 15 millones 284 vo-

tos y el abanderado de la Coalición por el Bien de Todos, 14 millones 756 mil 350 votos; es decir, una diferencia entre ambos de apenas 0.58 puntos porcentuales (243 mil 934 sufragios). No obstante, los magistrados del Tribunal Electoral, en un acto de simulación, sólo ordenaron la apertura de los paquetes electorales de 11 mil 839 casillas —al final resultaron 11 mil 720—, correspondientes a 9.07 por ciento de las 130 mil 477 instaladas en todo el territorio nacional.

A pesar de ello, esta diligencia judicial practicada por el Tribunal demostró que las alteraciones de los resultados electorales no fueron producto de “errores aritméticos” de los ciudadanos, sino parte de un operativo de fraude electoral fraguado y organizado por el grupo en el poder. En este recuento parcial quedó de manifiesto que se violó de manera sistemática la ley para defraudar a los votantes, llegándose incluso a manipular el conteo de los votos:

1) En el operativo fraudulento, de manera ilegal se introdujeron y eliminaron votos en las urnas, pues en 43 por ciento de las casillas revisadas por los jueces se encontraron votos de más, es decir, votos que no fueron emitidos por ciudadanos (se introdujeron ilegalmente un promedio de seis sufragios por casilla), y en 30 por ciento de las urnas se robaron un promedio de 10 votos emitidos a favor del candidato presidencial de la Coalición por el Bien de Todos.

2) La falsificación dolosa de actas de escrutinio se hizo evidente al recontar los votos: en miles de ellas aparecen registrados sufragios que no corresponden a los depositados por los ciudadanos. En 81 por ciento de las actas de escrutinio revisadas existen variaciones respecto de los votos emitidos, lo que confirma la adulteración masiva y deliberada para favorecer al candidato de la derecha, al que se le agregaron de forma artificial un promedio de 1.14 votos por casilla.

3) Este recuento demostró también que los paquetes electorales fueron abiertos y manipulados. En todos los distritos electorales revisados, se encontraron cientos de paquetes sin los sellos oficiales y sin las firmas de los representantes de los partidos y de los funcionarios de casilla, evidenciándose de tal manera un manejo ilegal de paquetes, sobres y boletas electorales, antes, durante y después del cómputo distrital.

4) El recuento parcial ordenado por los magistrados comprobó así, que el Consejo General del IFE y muchos de los consejos distritales actuaron con dolo, en complicidad con el gobierno federal, para beneficiar al PAN y robarnos la elección presidencial.

Si nos atenemos a los criterios establecidos por el Tribunal Electoral para analizar las casillas que se recontaron, podemos asegurar que nosotros ganamos la elección. La sentencia del Tribunal Electoral para ordenar la apertura de los paquetes electorales establece que “el número de ciudadanos debe ser igual a las boletas depositadas en la urna y a la votación emitida”. Y precisa:

En especial, las cifras correspondientes a las boletas depositadas en la urna y la votación total emitida deben coincidir, pues en este caso ya no se concibe la posibilidad de que en el paso de extraer las boletas y contabilizar los votos para los contendientes, merme o se incremente la suma de boletas extraídas de la urna, por lo cual, si alguna de esas cifras es mayor, se genera un indicio en el sentido de que en algún momento del escrutinio y cómputo, se sustrajeron indebidamente votos válidos o se incluyeron espurios, salvo que se demuestre lo contrario.

La Ley General del Sistema de Medios de Impugnación en Materia Electoral establece, en su artículo 75, como una de las causas de nulidad de casillas: “Existir irregularidades graves, plenamente acreditadas y no reparables durante la jornada electoral o en las actas de escrutinio y cómputo que, en forma evidente, pongan en duda la certeza de la votación y sean determinantes para el resultado de las mismas”.

Si los magistrados hubiesen respetado los términos de la sentencia para el recuento parcial de casillas que ellos mismos aprobaron, y acatado la legislación electoral, tendrían que haber reconocido que en las casillas recontadas hay 71 mil 142 votos espurios, introducidos ilegalmente en las urnas, y 122 mil 266 sufragios válidos que fueron sustraídos inexplicablemente. Si hubieran aplicado la ley y respetado sus propios criterios, deberían haber anulado las casillas donde se mantienen estas irregularidades aun después del recuento. Y si hubieran procedido de esa manera, habrían reconocido que la Coalición por el Bien de Todos triunfó en la elección presidencial por 526 mil votos.

Es más, si se aplican los mismos criterios legales y se proyectan a la votación nacional, eliminando los votos espurios agregados de forma arbitraria y los que fueron sustraídos con dolo, los magistrados debieron reconocer que ganamos la Presidencia de la República por más de dos millones de votos. De esa dimensión ha sido el fraude electoral realizado en contra de nosotros.

Al declarar válidos los resultados de los comicios, los magistrados asumieron una decisión política y no jurídica. La sumisión de estas personas, que no supieron actuar como jueces, a los designios de un grupo de privilegiados y de extremistas de derecha, que se han apoderado del aparato estatal haciendo a un lado los intereses de la República, representa

no sólo una vergüenza en la historia de nuestro país, sino una violación al orden constitucional y un verdadero golpe de Estado.

Los que ordenaron y operaron el fraude electoral contaron con el apoyo de algunos intelectuales, quienes en artículos y desplegados argumentaron que todo había sido legal y legítimo; es decir que no vieron o que prefirieron callar y obedecer la versión oficial, por convenir así a sus intereses. Esto no es nada nuevo, siempre, a lo largo de la historia de México, ha habido intelectuales serviles. Don Luis González, extraordinario historiador michoacano, decía que los científicos del porfiriato eran “los alcahuetes del régimen”. Aunque, en honor a la verdad, los actuales apoyadores de la derecha no tienen ni siquiera el nivel cultural y científico de ese grupo de hombres que apoyaban a Porfirio Díaz.

Uno de estos tenaces defensores de la derecha es, sin duda, Enrique Krauze. Se dedicó por entero a atacarme: me tachó de mesiánico porque expresé que México necesitaba una renovación tajante, una verdadera purificación de la vida pública. En un programa de televisión le recordé que la frase era de don Daniel Cosío Villegas, uno de los mejores historiadores políticos que ha habido en nuestro país, fundador de El Colegio de México y, precisamente, maestro de él, de Héctor Aguilar Camín, Lorenzo Meyer, Samuel del Villar y otros destacados analistas políticos. Don Daniel escribió un extraordinario ensayo, en 1946, que tituló *La crisis de México*. En este trabajo hace una revisión, un diagnóstico del fracaso de la Revolución mexicana y, entre otras cosas, habla de la inmoralidad, de la corrupción, de toda la descomposición que se estaba dando, y ante esta realidad, señala: “La aspira-

ción única de México es la renovación tajante, la verdadera purificación, aspiración que sólo quedará satisfecha con el fuego que arrase hasta la tierra misma en que creció tanto mal”. Sin embargo, Krauze, con mucha deshonestidad intelectual, al poco tiempo escribió un artículo diciendo que “al releer el ensayo” no encontró “las frases exactas”. Más tarde, el 28 de junio publicó un artículo en *The New York Times* con el título “Acercando México a Dios”, en el que sostenía que si yo resultaba triunfador en las elecciones:

...podría inaugurar una variante inédita en la izquierda latinoamericana, la del populismo mesiánico. La frágil democracia mexicana podría convertirse en su primera víctima. Fuera de México, la gente se pregunta si López Obrador es un Chávez, un Evo Morales u otro Lula. En realidad no se parece a ninguno. Su liderazgo no tiene el puño militar del comandante Chávez ni las raíces indigenistas de Morales. Tampoco se asemeja al de Lula, de quien se ha dicho que como antiguo líder sindical, está acostumbrado a negociar y “sabe el valor de un 10%”. López Obrador es distinto: siempre busca el 100%. Y tiene modelos más altos.

Y toda su elaboración partía del hecho de que a principios de 2006, cuando en una entrevista Joaquín López-Dóriga me preguntó sobre qué religión profesaba, contesté que era católico y fundamentalmente cristiano, porque admiraba la vida y la obra de Jesús, que fue perseguido, espiado y crucificado por los poderosos de su época. Esto le sorprendió a Krauze, “Jesús nunca se menciona en la política mexicana”, y lo interpretó diciendo que “él admira a Jesús porque cree que la vida de Jesús se parece a la suya”. Por cierto, en esa entrevista con López-Dóriga también dije que, de ganar la

Presidencia, iba yo a tener como colaboradores en la Secretaría de Hacienda a Rogelio Ramírez de la O, un economista egresado de la UNAM y doctorado en Cambridge; en la Secretaría de Relaciones Exteriores a José María Pérez Gay, embajador de carrera y doctor en sociología, y para la Secretaría de Gobernación iba a invitar a Juan Ramón de la Fuente, actualmente rector de la UNAM. Pero este perfil que estaba proyectando para el gabinete no le interesó a Krauze. Él estaba metido en sus elucubraciones sobre mi persona.

En realidad no es que yo sea mesiánico, lo que pasa es que Krauze es simpatizante de la derecha y un intelectual orgánico del PAN. Por ejemplo, recientemente escribió el prólogo de una biografía de Luis Terrazas, el hombre más rico de Chihuahua durante el porfiriato, que además de banquero, con abuso de poder y métodos ilegales e inmorales, llegó a ser dueño de 2.6 millones de hectáreas, al grado de que es famosa la frase de que "Terrazas no era de Chihuahua, sino Chihuahua era de Terrazas". Sin embargo, Krauze, no sólo trata de limpiar la imagen de Terrazas, sino que se atreve a decir que "México ha rendido demasiado tributo a los héroes que matan. No perdamos la esperanza de que alguna vez exalte a los héroes que construyen. Merecen, tanto o más que los otros, un recuerdo de gloria, un sepulcro de honor". Esa biografía la promovió Santiago Creel, que era secretario de Gobernación y es bisnieto de Luis Terrazas. No obstante, la actitud de Krauze es entendible: cada quien analiza la realidad en función de su pensamiento o de sus intereses.

También tengo que decir que muchos intelectuales nos apoyaron. Diría, incluso, que son más las mujeres y los hombres del mundo de la cultura y del arte que comparten la idea y contribuyen en forma independiente, sin afiliación

partidista, a la transformación de la vida pública de México. Tal es el caso de Carlos Monsiváis, que no sólo es un hombre de gran cultura, sino un defensor sincero de causas justas y de derechos humanos. Asimismo, subrayo la postura de Fernando del Paso, a quien considero el mejor escritor de nuestro país. Mucho tenemos que agradecerle a Sergio Pitol, quien no sólo estuvo en el zócalo, sino que incluso, en algunas entrevistas que le hicieron en vísperas de que recibiera el premio Cervantes —el mejor reconocimiento que se otorga en lengua castellana—, se pronunció en contra del fraude electoral; y ni hablar de Elenita Poniatowska, valiente, inteligente y una dulzura de mujer, y de otros escritores y periodistas como Lorenzo Meyer, Guadalupe Loaeza, Miguel Ángel Granados Chapa, Luis Javier Garrido, Enrique Maza, Octavio Rodríguez Araujo, Rolando Cordera, Adolfo Sánchez Rebolledo y muchos más que ayudan cotidianamente a construir una sociedad mejor.

La prensa extranjera tampoco vio el fraude. A diferencia de lo sucedido en el tiempo del desafuero, en las elecciones no hubo cobertura suficiente. Nuestros adversarios le dieron un trato especial a los corresponsales, que no salieron mucho del círculo de Polanco y manejaron más la versión de los “especialistas” y de la llamada clase política. Aunque debemos señalar que de todas maneras informaron más que la mayoría de los medios nacionales. Es increíble, pero hay veces que es más objetiva la información de CNN en español que la difundida por las televisoras mexicanas.

Lamentable ha sido la postura de *El País*, periódico español con fachada de profesional e independiente. A este medio

no le gustó que desconociéramos los resultados electorales, porque son partidarios de la izquierda legitimadora, de la que transa, y lo negocia todo, y a ello le llaman *izquierda moderna*. También en este caso, como en otros, para llegar a la verdad hay que seguirle la pista al dinero. El Grupo Prisa, que edita *El País*, tiene muchos intereses en México. Por eso, los dueños de este consorcio, cuando consideraron que era un hecho la imposición de Calderón, lo primero que hicieron fue plegarse y contratar a Juan Ignacio Zavala —cuñado del presidente espurio—, con un sueldo de 30 mil dólares mensuales para el manejo de sus relaciones públicas en América Latina. Esto explica también por qué *El País* dedicó, entre otros artículos, un editorial abiertamente franquista, cuando la policía federal ocupó Oaxaca para cometer infames violaciones a los derechos humanos de un pueblo digno y bueno.

Características semejantes ha tenido el comportamiento de algunos escritores extranjeros. Por ejemplo, cada vez que viene a México Mario Vargas Llosa, se dedica a despotricar en contra de nosotros. Es un buen escritor, pero en lo político se comporta como una chiva loca. Vocifera sin conocer nuestra realidad y siempre esgrime el estribillo de la modernidad neoliberal.

Pero no todos los escritores extranjeros actúan de manera imprudente. Tal es el caso de Gabriel García Márquez, que se cuece aparte. Estoy hablando del mejor escritor de habla hispana de nuestro tiempo. García Márquez, a pesar de que vive en México y tiene, como es natural, una mejor información, nunca opina sobre temas políticos. Con él llevo buena amistad aunque jamás se pronuncia ni a favor ni en contra de mí o de nadie. Además, cuando nos encontramos en casa de Chema Pérez Gay y de Lilita, yo prefiero aprovechar el tiempo para preguntarle sobre su experiencia con relación a

políticos notables de América Latina, El Caribe y el mundo. Una vez le pregunté sobre Omar Torrijos y me platicó cosas interesantes de ese dirigente popular, nacionalista, tropical, fruto de Panamá. Me contó una fascinante historia, una breve novela. Gabo acompañó a Torrijos cuando se firmaron los tratados para la devolución del Canal de Panamá. Torrijos llegó a Estados Unidos con dos invitados especiales: Gabriel García Márquez y otro gran escritor, Graham Greene, quien escribió una novela sobre el líder panameño, llamada *El General*. En esa ocasión, el presidente Carter y Torrijos habían invitado a todos los jefes de Estado de América Latina y entre ellos estaba el inefable Pinochet, y fue, según Gabo, toda una hazaña evitar que Graham Greene se topara con Pinochet, porque tenía la firme intención de encararlo en plena ceremonia y quién sabe qué hubiese pasado.

Durante la estancia en el zócalo, resistimos todo: las intensas lluvias, las granizadas, el frío, las incomodidades de vivir a la intemperie pero, sobre todo, padecimos de un clima de linchamiento impresionante de los medios de comunicación. Sin ninguna consideración, se nos atacó por estar bloqueando el centro de la Ciudad. Por más que repetimos que era más peligroso y más costoso para nuestra patria el cierre de la vía democrática que el de las calles del centro de la Ciudad, se ensañaron atacándonos. Nunca explicaron nada del fraude electoral, que fue lo que nos llevó a tomar esas medidas. Callaron como momias y gritaron como pregoneros para denostarnos. Por aquellos días, en el programa *Tercer Grado* de Televisa, hubo un intercambio de opiniones que refleja con claridad el papel que jugaron los comunicadores:

Denise Maerker: “Por supuesto que en la democracia vale la pena eso y mucho más, siempre y cuando esté en peligro. Creo que aquí el problema es: ¿está la democracia en peligro?”

Carlos Marín: “Ni siquiera si estuviera en riesgo la democracia, se justifica, pues es impedir los derechos de terceros.”

Adela Micha: “Un bloqueo como el que estamos viendo, que ya dejó de ser un plantón, ya es un bloqueo como el que estamos viendo, ¿no es el que pone en peligro nuestra democracia?”

Carlos Marín: “Yo ya no sé si el problema que trae es una frustración por no imaginar, por no tender sus calzones en Palacio Nacional.”

Cuánta razón tuvo el periodista independiente Jaime Avilés, cuando afirmó:

A mí me llama mucho la atención el hecho de que la televisión nunca, nunca vio una sola anomalía, nunca se dio cuenta de que ni siquiera en una casilla los votos no correspondían. Antes, decían, bueno, en el 5 por ciento de las casillas los votos no correspondían (cuando se hacían los fraudes en la época del PRI). Aquí no, aquí fue perfecto, aquí fue invisible.

O la opinión del científico Jorge Zavala, en el sentido de que:

En México se puede ser muy crítico en todos los medios, inclusive en televisión; pero no en el momento adecuado. En el momento adecuado se cierra, ésa es la cuestión, así funciona la censura. A nosotros nos van a dejar hablar del fraude de 2006

cuando estemos en el 2014 y [entonces] vamos a ser muy democráticos. Pero hoy, en el momento que se están dando los procesos, los medios están cerrados.

Fue enorme el sacrificio de quienes participaron en los plantones para mantener en alto la bandera de la dignidad. Aguantaron de manera estoica los ataques de nuestros adversarios; la incomprensión de mucha gente que no alcanzaba a ver el carácter injusto y la gravedad de la situación, así como el desprecio de los poderosos con el clasismo y el racismo que desataron.

Todos los días, en las asambleas de las 7 de la noche, argumentábamos que el objetivo de nuestro movimiento era salvar la democracia y hacer valer la Constitución que, en su artículo 41, establece que la soberanía popular, base de nuestras instituciones, se expresa mediante las elecciones libres y auténticas en las que deben regir los principios de certeza, legalidad, equidad, imparcialidad y transparencia. Y, en consecuencia, si no se respetaba el voto ciudadano, se estaban socavando las bases democráticas de la República y violando la Constitución. Desde las primeras asambleas empezó a surgir la idea de poner un hasta aquí al régimen caduco. Incluso, así lo expresé el domingo 13 de agosto:

¡Hasta aquí! ¡Se acabó la República simulada! ¡Nunca más la violación a los principios que garantizan el interés general, el interés del pueblo! Aquí y ahora comenzará, está comenzando, una etapa nueva de la vida pública de México. Con el apoyo y la decisión de la gente, con el poder soberano del pueblo, llevaremos a cabo, con ese poder ciudadano, los cambios y las transformaciones que necesita el país.

Debo reconocer que hubo, aunque pocos, medios de comunicación que actuaron con profesionalismo y objetividad, a pesar de estar sometidos a fuertes presiones. Todos los días, Radio Monitor, de don José Gutiérrez Vivó, transmitió en vivo las asambleas informativas de las 7 de la noche. También lo hizo Ricardo Rocha, a pesar del poco tiempo de que dispone en radio. A veces se pasaban fragmentos en Radio 13 y cápsulas informativas en Formato 21. Es digno de destacar el periodismo profesional de Carmen Aristegui, Jorge Saldaña y, desde luego, Radio Universidad y Radio Educación. Hay medios de comunicación que están a la altura de las circunstancias, cerca del pueblo y distantes del poder. Es ejemplar el periodismo de *La Jornada* y de algunos otros medios de comunicación de los estados. Menciono el caso de los periódico *Por Esto!* de Yucatán, *Noticias de Oaxaca*, *Diario del Istmo* de Veracruz, *Tabasco Hoy* y *La Verdad del Sureste* de Tabasco, *Cuarto Poder* de Chiapas, y muchos otros, a los que ofrezco disculpas por no mencionarlos —o a lo mejor si lo hiciera hasta los perjudicaría, por lo vengativos y poco tolerantes que han resultado los derechistas usurpadores.

Mención especial merecen por su ingenio y compromiso a favor de la justicia, los caricaturistas: El Fisgón, Helguera, Naranjo, Magú, Helioflores, José Hernández, Rocha, Rius, Patricio y muchos otros. También han jugado un papel importante comunicadores voluntarios que nos han ayudado a romper el cerco informativo mediante la utilización de internet, como es el caso de El Sendero del Peje y Radio AMLO.

En tiempos recientes, contratamos media hora los martes a la una de la mañana en el canal 13, de TVAzteca, para transmitir nuestro programa *La Verdad Sea Dicha*. Este caso

sirve para medir el atraso en cuanto a apertura informativa en nuestro país: en otros países democráticos, en los medios en general, y en la televisión en particular, buscan afanosamente los equilibrios. Pero aquí sólo podemos contar con espacios en la madrugada. Sin embargo, tengo que reconocer a los directivos de Televisión Azteca que cuando menos se atrevieron a vendernos el espacio.

Desde el plantón efectué el seguimiento a la elección de gobernador en Chiapas que, entre otras cosas, sirvió para dejar al descubierto la alianza mantenida, desde las elecciones federales, entre las cúpulas del PRI y del PAN. El sábado 12 de agosto, con Juan Sabines, nuestro candidato, hice un recorrido por la región de Tapachula. Dos días antes había estado Manuel Espino, líder del PAN, para anunciar que el candidato de este partido a la gubernatura declinaba a favor del candidato del PRI. Lo mismo hizo el candidato de Nueva Alianza (el partido de la maestra Elba Esther Gordillo). Con este apoyo, el PAN le pagaba al PRI su reconocimiento al presidente espurio. Desde luego, no sólo en eso consistió la negociación con el PRI, también incluyó la impunidad al gobernador de Puebla y, sobre todo, al de Oaxaca, un personaje siniestro, que ha sido apuntalado con el uso de la fuerza y con el sufrimiento del pueblo oaxaqueño. Además, en este marco de negociaciones mafiosas, debe verse la elección de Tabasco y el reciente triunfo del PRI en Yucatán.

Un día antes de la elección en Chiapas, el sábado 19 de agosto, en la asamblea informativa del plantón se dio a conocer una grabación telefónica en la cual, Víctor Hugo Islas Hernández, el delegado del PRI en Chiapas, habla con el presidente del PAN, Manuel Espino:

VI: Jefe.

ME: ¿Qué pasó, Víctor?

VI: Con una molestia, nada más para checar si estoy en la misma frecuencia. ¿Siempre sí les mandaste el uno y medio?

ME: Mandé uno. Mañana se va alguien con la otra mitad.

VI: Con el medio otro.

ME: Es que ando...

VI: Yo sé, yo sé. ¿Es lo único que nos vas a mandar?

ME: Creo que sí. Les he pedido a unos amigos, tuyos y míos, por ejemplo al gobernador de Durango, y me dijo que ya estaba en eso. También le pedí a Puebla, también le pedí a Enrique que pusiera. Hace rato me comuniqué con él, ya confirmé y ya estamos mandando. No sé a quién se lo estén mandando, ¿eh?

VI: Sí, sí, yo he estado recogiendo algunas cosas.

ME: Órale.

VI: Yo ya les había dado uno. Te dije, ¿no?

ME: Sí.

VI: Voy a ver ahorita qué otro asuntito hago y luego les doy otro apoyo.

ME: Ándale pues.

VI: ¿Entonces les digo que les vas a mandar mañana?

ME: Sí.

VI: Órale.

ME: Gracias.

VI: A ti. Bye.

Como se puede advertir, allí Espino habla con mucha familiaridad del apoyo que, desde antes del 2 de julio, le venían dando a la derecha los gobernadores del PRI de Durango, Puebla y Estado de México, entre otros.

Conviene recordar que, en el caso de Chiapas, precisamente el gobernador de ese estado, Pablo Salazar Mendiguchía, después del 2 de julio fue tratado como traidor porque no quiso someterse a la cuota de votos y de dinero que le pidieron desde Los Pinos para apoyar a Calderón. Lo cierto es que Salazar no se metió, y en ese estado ganamos con 124 mil 351 votos de ventaja al PRI y con 336 mil 380 al PAN. Tengo información de que luego de las elecciones del 2 de julio, el propio Fox le reclamó a Salazar Mendiguchía. Y es un hecho que el presidente del PAN, en esa visita a Chiapas, lo acusó de traidor. A pesar de todo el dinero utilizado por el PRIAN y compañía y de la guerra sucia —porque también allí, entre otras inmoralidades, instalaron un sistema telefónico y llamaban para decir que Juan Sabines había “dejado endeudado el ayuntamiento de Tuxtla” y que era “un peligro para Chiapas”—, la gente votó a favor de nuestro candidato y triunfamos.

En el plantón, de las reflexiones íntimas y circulares con otros dirigentes, surgió la idea de celebrar la Convención Nacional Democrática (CND); la que yo llamaría la gran solución, la salida al conflicto, y el nuevo camino que tomaría el movimiento. El 13 de agosto, por primera vez di a conocer que el 16 de septiembre llevaríamos a cabo la CND con representantes de todos los pueblos del país, para decidir en definitiva el papel que asumiríamos en la vida pública de México.

Teníamos que encontrar una alternativa para enfrentar la imposición, en el caso, como sucedió, de que el Tribunal convalidara el fraude. En esos días yo estaba convencido de que nuestros adversarios, la mafia de la política y del dinero, no aceptarían ni siquiera anular la elección. Más que nada,

mi preocupación giraba en torno a cómo buscar una salida al movimiento sin claudicar y, al mismo tiempo, sin caer en la trampa de la violencia. De modo que la Convención se convirtió en la alternativa. Esta asamblea soberana podría, entre otras cosas, plantear el fin de la República simulada y construir las bases de un poder democrático, de un verdadero Estado social y democrático de derecho.

El 15 de agosto dimos a conocer la convocatoria, señalando que vivíamos momentos de definición histórica, que, de consumarse el fraude electoral para imponer al candidato de la derecha en la Presidencia de la República, se estaría pisoteando la voluntad del pueblo expresada en las urnas el 2 de julio. A este agravio, que representó en los hechos reducir la democracia a una mera farsa, habría que agregar la decadencia y el descrédito de las instituciones que han dejado de representar el interés general del pueblo, como lo establece la Constitución.

A partir de entonces, en todas las asambleas de las 7 de la noche me dediqué a informar sobre la organización, los temas de discusión, la celebración de asambleas estatales y municipales, y de los delegados que, día con día, se iban sumando para participar el 16 de septiembre; y a repetir que si se violaba la Constitución, si se pisoteaban los derechos de los ciudadanos, nosotros teníamos que tomar una decisión y esto lo íbamos a hacer en definitiva en la CND.

Así, poco a poco se fue preparando todo. Se definió el lema de la Convención: "Sufragio efectivo, no imposición". También se integró la Comisión Organizadora, encabezada por Socorro Díaz, Bertha Maldonado —más conocida como Chaneca, con todo cariño—, Elena Poniatowska, Jesusa Rodríguez, Federico Arreola, Dante Delgado, Rafael Hernández Estrada, José Agustín Ortiz Pinchetti y Fernando Schütte.

Durante todo ese tiempo, en mis intervenciones, expuse que nuestros actos se amparaban en el artículo 39 de la Constitución, cuyo antecedente es el principio utilizado para fundar nuestra República. Cuando México se transforma en un país soberano e independiente, los que lucharon por la Independencia proclamaron, antes que nada, que la soberanía radica en el pueblo, que el pueblo es soberano, que el pueblo es el que decide, el que manda.

Recordemos que en 1814, los insurgentes impulsaron la creación del Estado mexicano, basado en el artículo 4° de la Constitución de Apatzingán, que a la letra dice:

Como el gobierno no se instituye por honra o interés particular de ninguna familia, de ningún hombre ni clase de hombres, sino para la protección y seguridad de todos los ciudadanos, unidos voluntariamente en sociedad; éstos tienen derecho incontestable a establecer el gobierno que más les convenga, alterarlo, modificarlo y abolirlo totalmente cuando su felicidad lo requiera.

Este principio fundamental quedó establecido en la Constitución de 1857 y fue la base para convocar al Constituyente de 1917 y reconstruir a la nación, a partir de las demandas sociales surgidas del movimiento revolucionario.

Considero que fue muy afortunado encontrar esta salida a nuestro movimiento; es decir, con apego a la experiencia histórica de otros mexicanos y dirigentes que han luchado por la dignidad, la justicia y la democracia. Por eso, siempre sostengo que la historia es la maestra de la vida: el que no sabe de dónde viene, difícilmente sabrá adónde va. El que no sabe de dónde viene, difícilmente encontrará la salida en una situación como la que enfrentamos.

El 28 de agosto, cuando el Tribunal declaró válidos los resultados de los comicios, propuse para su análisis, discusión y, en su caso, aprobación, por la Convención Nacional Democrática, el siguiente:

PLAN

- 1°. Se desconoce el cómputo oficial dado a conocer el día de hoy por el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, que pretende legalizar el fraude cometido el 2 de julio de 2006.
- 2°. Se rechaza la usurpación y se desconoce al señor Felipe Calderón Hinojosa como presidente de la República, lo mismo que a los funcionarios que él designe, así como a todos los actos de su gobierno de facto, ya que todo poder público debe dimanar de la libre voluntad del pueblo.
- 3°. Propongo que la Convención Nacional Democrática resuelva, previa deliberación y con el voto libre de los delegados, si constituimos un Gobierno de la República o una Coordinación de la Resistencia Civil Pacífica. Esto implica también decidir, democráticamente, si habremos de reconocer y ratificar a un presidente legítimo de los Estados Unidos Mexicanos, o si la Convención elige a un jefe de Gobierno en Resistencia, a un encargado del Poder Ejecutivo, o a un coordinador nacional de la Resistencia Civil Pacífica. Todo ello, en tanto dure la usurpación.
- 4°. El órgano que aprobemos y quien lo represente deberá aplicar un programa básico con cinco objetivos fundamentales:
 - 1) Llevar a cabo todas las acciones necesarias para defender y proteger a millones de mexicanos pobres, humillados y excluidos, que tienen hambre y sed de

justicia, buscando combatir a fondo la pobreza y la creciente desigualdad que imperan en nuestro país.

- 2) Defender el patrimonio de la Nación, que es de todos los mexicanos, por lo que no se permitirá bajo ninguna modalidad la privatización del petróleo ni de la industria eléctrica, como tampoco de la educación pública en todos sus niveles, ni de las instituciones de salud y de seguridad social; y se defenderán por todos los medios legales y mediante acciones de resistencia civil pacífica, los recursos naturales estratégicos para el bienestar de los mexicanos y la independencia y soberanía de la Nación.
- 3) Hacer valer el derecho público a la información a fin de que los medios de comunicación públicos y privados garanticen espacios a todas las expresiones sociales, culturales y políticas del país, brinden una información veraz y objetiva, contribuyan al enriquecimiento cultural de los mexicanos y sirvan de base para que la población participe de manera consciente y libre en la toma de decisiones.
- 4) Trabajar para hacer desaparecer el Estado patrimonialista, ya que el gobierno no puede seguir siendo un comité al servicio de una minoría, por lo que la lucha contra la corrupción y la impunidad debe enfrentarse como una prioridad, a fin de que se castigue a quienes desde el poder lo utilizan para beneficio propio, cometen abusos transgrediendo impunemente las leyes y despojan a los mexicanos de su patrimonio. El poder público y el ejercicio del gobierno no pueden significar la protección de privilegios ni de la corrupción.
- 5) Luchar para que las instituciones nacionales sean objeto de una renovación profunda, en particular las

instituciones políticas, que lejos de atender el interés público se encuentran secuestradas por unos cuantos grupos de poder y sólo actúan en su beneficio. La política económica y hacendaria se aplica sólo en beneficio de algunos potentados y traficantes de influencias. La Suprema Corte de Justicia de la Nación, en lugar de proteger al débil, actúa para legalizar los despojos que comete el fuerte y proteger a los delincuentes *de cuello blanco*.

- 5°. Propongo que la Convención Nacional Democrática decida si el órgano de gobierno y quien lo represente, se instale y tome posesión formalmente el 20 de noviembre o el primero de diciembre de 2006.
- 6°. Los acuerdos tomados por la Convención Nacional Democrática Por el Bien de Todos deberán asumirse de manera voluntaria por ciudadanos libres de todas las condiciones sociales, pueblos, religiones e ideologías.
- 7°. El nuevo gobierno surgido de la Convención Nacional Democrática no pedirá apoyo corporativo e incondicionalidad a nadie y respetará las decisiones que tomen partidos políticos, legisladores, gobernadores e integrantes de los ayuntamientos del país.

Mexicanas y mexicanos:

Hoy vivimos momentos de definición histórica. Ante la gravedad de los acontecimientos, muchos ciudadanos, hombres y mujeres libres, pensamos que es tiempo de reafirmar los derechos individuales y sociales, y los ideales de libertad, democracia y justicia que han marcado las luchas más nobles de los mexicanos.

Con la imposición del gobierno de la usurpación se violó la soberanía popular y se transgredió la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. A este agravio, que repre-

senta en los hechos reducir la democracia a una mera farsa, hay que agregar la decadencia y el descrédito de las instituciones públicas que han dejado de representar el interés general del pueblo.

No sólo está en cuestión la estructura jurídica del Estado y su régimen político. En un país como el nuestro, donde existen tantos privilegios y tanta desigualdad, la democracia adquiere una dimensión social fundamental: se convierte en un asunto de sobrevivencia. La democracia es la única opción, la única esperanza para millones de pobres; representa para la mayoría de la gente la vía para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Por todo eso, hacemos el compromiso de defender la democracia y hacerla valer.

A fin de mantener sus privilegios y por capricho de los poderosos, se anuló la voluntad popular y, en consecuencia, se hace imprescindible reivindicar y luchar por la justicia, la democracia y la renovación radical de las instituciones de la República.

¡Nunca más una República simulada! ¡Nunca más la violación a los principios constitucionales que garantizan los derechos del pueblo! ¡Nunca más instituciones dominadas por el poder y el dinero! ¡Nunca más el engaño y la mentira como forma de gobierno! ¡Nunca más aceptaremos un gobierno ilegal e ilegítimo en nuestro país!

Convoco hoy al pueblo de México a iniciar juntos una etapa nueva de la vida pública del país. Con los principios por delante, con la dignidad moral y con el apoyo de la gente, haremos los cambios y las transformaciones que necesita la República.

Esta propuesta está inspirada en lo más profundo de la historia de nuestro país y en pensamientos como los del presidente Benito Juárez, que en su tiempo escribió: "El pueblo

que quiere ser libre lo será. Hidalgo enseñó que el poder de los reyes es demasiado débil cuando gobiernan contra la voluntad de los pueblos”.

El plantón fue más que una protesta ciudadana por el fraude, o el sitio donde se definió colectivamente la construcción de una nueva República. El plantón fue un extraordinario espacio de convivencia y fraternidad humana. Durante los 48 días que permanecemos en los campamentos, vivimos experiencias inolvidables. El movimiento político se hizo acompañar del movimiento cultural. Participaron, como parte de la resistencia civil pacífica, artistas plásticos, músicos, escritores, poetas, cantantes, grupos de danza, de música clásica, cantantes de ópera, grupos de jazz, de rock, de música para niños, promotores del medio cultural —como Isaac Masri—, empresas de audio y video —entre otras, la de Luis Mandoki, que siempre ha estado con nosotros y es, desde mi particular punto de vista, el mejor cineasta mexicano.

Se ocuparon los espacios públicos con imaginación e inteligencia, se contribuyó a la creación de una cultura democrática con la participación y la organización espontánea de los ciudadanos. A través de la palabra, la pintura, la música, el baile, la fiesta y la alegría, también reafirmamos nuestros ideales y el sentido mismo de la democracia. Como dice el poeta y pintor John Berger: “La resistencia comienza cuando dejamos de pensarnos como nos piensa el poder”. Acompañados de los artistas iniciamos algo verdaderamente nuevo. Todos los días había actividad cultural en los campamentos. En el Monumento a la Revolución se presentó, para el disfrute de los jóvenes, Panteón Rococó, así como muchos otros grupos. Un día, por la tarde, estando en mi tienda de

campaña pregunté quiénes eran los que estaban tocando en el templete y me dijeron que eran músicos muy reconocidos en los ámbitos nacional e internacional: Los de Abajo. Un aplauso para ellos, ¡arriba los de abajo!

Lo más extraordinario fue la integración del coro monumental La Patria es Nuestra Voz, con cientos de participantes dirigidos por el maestro Eduardo García Barros. También estuvo siempre presente el inagotable ingenio popular que con humor expresa sus ideas, sus sentimientos, las críticas contra la imposición y los abusos de los poderosos. Aquí quiero dejar de manifiesto mi profundo agradecimiento a Jesusa Rodríguez, quien nos ayudó mucho en la conducción de todo el proceso vivido durante el tiempo que permanecemos en los campamentos.

No es mi propósito contar todas las vivencias, sólo señalo que me tocó compartir momentos de tensión, de tristeza y también de mucha alegría. Recuerdo que al mediodía del 1° de septiembre, cuando Fox debía rendir su informe presidencial, nos reunimos, como lo hacíamos todos los días, en una tienda de campaña —que era nuestra sala de juntas—, los principales dirigentes del movimiento: Socorro Díaz, Leonel Cota, Dante Delgado, Alberto Anaya, Porfirio Muñoz Ledo, Manuel Camacho, Ricardo Monreal, Jesús Ortega, Marcelo Ebrard, Javier González Garza, José Agustín Ortiz Pinchetti, Horacio Duarte, Luis Maldonado, Federico Arreola, Alejandro Esquer y César Yáñez Centeno, entre otros. En esa ocasión, teníamos que resolver si nos movilizábamos hacia la Cámara de Diputados para protestar contra Fox. Existía un ambiente de mucha preocupación, porque se habían desatado rumores de que nos reprimirían. Además,

toda esa zona de la Ciudad estaba llena de policías y militares. Habían amurallado, desde muchas calles antes, el Palacio Legislativo de San Lázaro. De modo que se expuso el tema, como siempre se hacía; se deliberó y, al final, en una votación muy reñida, se determinó no ir y evitar la provocación. Me tocó exponer a la gente la decisión que se había tomado. El zócalo estaba lleno porque muchos querían que nos movilizáramos. Tuve que emplearme a fondo; hablé cerca de una hora, argumentando que teníamos que cuidar el movimiento, que nuestra causa no la íbamos a dirimir mediante el enfrentamiento, que era un asunto político, no policiaco ni militar. Al final, cuando pedí que se votara si íbamos o nos quedábamos, la mayoría levantó la mano para no marchar. Y volvió a quedar de manifiesto la responsabilidad de la gente.

De todos modos, Fox no pudo rendir su último informe. Se quedó en la puerta del recinto legislativo, porque nuestros diputados tomaron la tribuna en protesta por el estado de sitio en que se encontraba, no sólo la Cámara de Diputados sino parte de la Ciudad. Esa tarde noche, en el zócalo y en sus hogares, muchos mexicanos se sintieron felices.

Pero no todo fue alegría. Días después, cuando el Tribunal Electoral resolvió, avalar el fraude, me tocó estar en mi tienda de campaña escuchando, al mismo tiempo, la relatoría de los magistrados y las expresiones de la gente que estaba en el zócalo viendo en una pantalla, el desenlace. Mientras escuchaba los argumentos cantinflescos —con todo respeto a Cantinflas—, de que sí intervino Fox, sí intervinieron los empresarios, sí se violó la ley con la publicidad del Consejo Coordinador Empresarial, pero que no se pudo determinar si eso influyó o no en el resultado de la elección, haciéndose tontos y queriendo ocultar que se habían puesto al servicio del régimen; también, en esos precisos momentos, escuchaba

los gritos de la gente, el silencio, el llanto, la tristeza. Fue algo muy duro para todos. Pero de una u otra manera, ya lo esperaba. Uno siempre tiene más información, sobre todo, conoce más acerca de la perversidad de nuestros adversarios, pero la gente es muy buena y siempre tiene la ilusión. Yo no esperaba mucho, no esperaba que los magistrados actuaran de manera consecuente, pero la gente sí y por eso da mucho coraje la desvergüenza y la ingratitud de los de arriba. Esa noche me tocó hablar en medio de la tristeza para fortalecer a la gente y darle poderosas razones para no desmayar y seguir adelante.

Con motivo de la ceremonia del grito de Independencia, vivimos también momentos interesantes. A Fox no podíamos permitirle que diera el grito de Independencia desde el balcón principal del Palacio Nacional y se burlara aún más de nosotros. Desde antes había mucha expectativa porque habíamos dicho que permaneceríamos en el zócalo y allí celebraríamos la noche del grito de Independencia, nuestra principal fiesta cívica. No impediríamos el desfile militar del día siguiente, pero lo íbamos a decir en su momento. La verdad es que no tenemos nada en contra del Ejército, la mayoría de los soldados votaron por nosotros el 2 de julio, porque ellos también están inconformes con la situación de pobreza y olvido que prevalece en los pueblos donde viven sus familiares. Además, hasta en las altas jerarquías vieron bien mi postura, en el sentido de que el Ejército debe dedicarse a defender la soberanía nacional y no ser usado para suplir las incapacidades del gobierno civil, y menos para reprimir al pueblo que lucha por la justicia y la libertad. Sin embargo, aunque en esos días me buscó el secretario de la Defensa, no quise tener un encuentro con él porque sabía que me iba a

hablar del desfile. Y aunque, como ya dije, no íbamos a impedirlo, no quería que lo supieran antes de tiempo. En estos menesteres no se puede ser predecible. Lo cierto es que la decisión era: desfile sí, grito no.

En este asunto volvió a quedar de manifiesto la hipocresía de Fox. Uno o dos días después de que no pudo dar su informe en el Congreso, se encontró con Alejandro Encinas, jefe de Gobierno del Distrito Federal, en un homenaje, precisamente al Ejército, y le pidió que me dijera que permitiéramos el desfile y que estaba de acuerdo en buscar una salida a la ceremonia del grito, dándole a entender que podía encabezar el acto en otra parte, como se ha hecho en algunas ocasiones. Alejandro me transmitió el mensaje y me preguntó mi opinión. Le contesté lo mismo, que no habría problemas con el desfile, sólo que eso lo veríamos a su tiempo; pero en el caso del grito, era otra cosa. Incluso le propuse que hablara con Fox para que aceptara que él, como jefe de Gobierno, diera el grito en la Ciudad de México, y Fox podía darlo en Dolores Hidalgo, cuna de la Independencia. Alejandro se alegró porque pensó que iba a ser fácil. Sin embargo, hizo la propuesta, pasaron los días y no le respondían nada. Un día antes del grito, el 14, desayuné con Alejandro y, decepcionado, me contó que Fox estaba necio, y decidido a dar el grito en el zócalo. Es decir, aunque había dicho estar dispuesto a un acuerdo, al final se echó para atrás. Todo fue, como es su costumbre, pura mentira.

En esta circunstancia resultó para nosotros muy difícil decidir qué hacer. Lo de Fox era una abierta provocación. Nosotros estábamos en el zócalo y la gente se mantenía muy molesta. Además teníamos la preocupación de que esa noche llegara más gente y no pudiésemos controlar la situación. Por eso convoqué a una asamblea para la mañana del 15,

con la intención de convencer a la gente y tener el tiempo para ensayar, con el apoyo del Coro Monumental, un acto de protesta pacífica, que consistiría en que al momento en que Fox saliera al balcón principal del Palacio Nacional, a dar el grito, nosotros, en forma organizada, le diéramos la espalda en silencio, y que una vez que él se metiera, nos volteáramos y llevaríamos a cabo nuestra ceremonia. Afortunadamente no hubo necesidad de esto. Llegó a mis manos un documento sobre la estrategia del Estado Mayor Presidencial para garantizar la presencia de Fox, que consistía básicamente en tomar la calle frente al Palacio, una noche antes del grito, que nosotros manteníamos libre porque el campamento estaba ubicado en la plancha del zócalo. Iban a poner un cerco, una valla y nos iban a encerrar. El plan comprendía llenar esa calle frente al balcón con tres mil militares vestidos de civil y allí mismo colocarían los equipos de televisión para transmitir a todo el país, como va siendo costumbre, las tomas y el sonido controlado, como si se tratara de una grabación en un estudio, para proyectar una imagen de completa normalidad.

De modo que tuve que optar y decidimos adelantarnos. Dos horas antes, en vez de que ellos pusieran las vallas, nosotros las pusimos hasta la banquetta del Palacio, tomamos la calle y recorrimos el campamento. Cuando se dio cuenta el Estado Mayor, hubo un pequeño forcejeo y momentos de tensión, pero ya no pudieron evitarlo. Al final se dieron cuenta de que el balcón quedaba muy cerca y que iba a ser muy difícil para todos que Fox saliera a dar el grito. Al día siguiente por la mañana, no tuvieron más opción que anunciar que Fox se iba a Guanajuato.

Yo no tenía pensado dar el grito. Si bien la gente quería eso, nunca lo consideré conveniente. Yo estaba en la idea de que el grito lo diera doña Rosario Ibarra. Pero como se

presentaron las circunstancias que ya expliqué, al final los del gobierno federal le dijeron a Alejandro Encinas que siempre sí aceptaban que él diera el grito. Por eso, en la asamblea de la tarde, que fue la última que llevamos a cabo en el zócalo antes de levantar los campamentos, hicimos un reconocimiento al jefe de Gobierno por la forma en que había resistido los embates y las críticas de personas y de medios, que deseaban que usara la policía para desalojarnos. En este marco, propuse a la asamblea que Alejandro debía dar el grito en nombre de todos y que él merecía tocar la campana de la libertad que nos habían llevado al campamento. También en esa asamblea hicimos un balance de los 48 días de convivencia entrañable. Todos estábamos llenos de sentimientos. Se había logrado conducir la resistencia civil pacífica de manera ordenada: no se rompió un solo vidrio, no se dañaron jardines ni monumentos históricos, no se pintaron espacios públicos, no se cayó en ninguna provocación, todo transcurrió sin violencia. En este acto, entregué reconocimientos a quienes habían permanecido de principio a fin en los campamentos. Por su comportamiento ejemplar se les distinguió con el nombramiento de ciudadano fundador o ciudadana fundadora de la Convención Nacional Democrática, para su honra, la de sus familias y la de sus comunidades.

Por la noche, se llenó el zócalo. Fue bellísima la ceremonia. Fue uno de los aniversarios de la Independencia más importantes, más emotivos de que se tenga memoria. La gente estaba feliz, fue un verdadero acto por la libertad. Aunque no salió una sola imagen por televisión.

El 16 de septiembre por la tarde, a pesar de la lluvia, se llevaron a cabo los trabajos de la Convención. Asistieron miles de

delegados que desbordaron de nuevo el zócalo de la Ciudad. En ese histórico día, los delegados a la Convención declararon abolido el régimen de corrupción y privilegios y se sentaron las bases para la construcción y el establecimiento de una nueva República. Allí expliqué cómo se había originado la crisis política y quiénes eran los verdaderos responsables. Expresé que, desde mi punto de vista, la descomposición del régimen viene de lejos, se acentuó en los últimos tiempos y se precipitó y quedó al descubierto con el fraude electoral.

Esta crisis política tiene como antecedente inmediato el proyecto salinista, que convirtió al gobierno en un comité al servicio de una minoría de banqueros, hombres de negocios vinculados al poder, especuladores, traficantes de influencias y políticos corruptos.

A partir de la creación de esta red de intereses y complicidades, las políticas nacionales se subordinaron al propósito de mantener y acrecentar los privilegios de unos cuantos, sin importar el destino del país y la suerte de la mayoría de los mexicanos.

Recordé también que, desde entonces, el principal lineamiento del régimen ha sido privilegiar los intereses financieros sobre las demandas sociales y aun sobre el interés público. En este marco de complicidades y componendas entre el poder económico y el poder político, se llevaron a cabo las privatizaciones durante el gobierno de Salinas.

También, en este contexto, debe verse el asunto del Fobaproa, el saqueo más grande que se haya registrado en la historia de México desde la época colonial.

Afirmé que Zedillo, con el apoyo del PRI y del PAN, del PRIAN, decidió convertir las deudas privadas de unos cuantos en deuda pública. A la llegada de Vicente Fox se fortaleció y se hizo más vulgar esta red de complicidades, al

grado que un empleado del banquero Roberto Hernández pasó a ser el encargado de la hacienda pública.

Pero lo más grave es que Fox se convirtió en un traidor a la democracia y se dedicó tenaz y obcecadamente, con todos los recursos a su disposición, a tratar de destruirnos políticamente.

En esta cruzada, Fox se confabuló con Roberto Hernández, Claudio X. González, Carlos Salinas, Mariano Azuela, Diego Fernández de Cevallos, Gastón Azcárraga, y para ello contaron con la complicidad de algunos medios de comunicación, de intelectuales alcahuetes, de periodistas deshonestos y de quienes se hacen pasar por jueces. En fin, se formó en contra de nosotros una pandilla de delincuentes *de cuello blanco* y de políticos corruptos.

Ahora bien, conviene preguntarnos por qué este grupo fue capaz de desatar tanto odio, por qué llegaron incluso al descaro de promover la intolerancia, el clasismo y utilizar el racismo para distinguirse y descalificar lo que nosotros dignamente representamos. La respuesta es sencilla: tienen miedo de perder sus privilegios y los domina la codicia. Por eso no aceptan el Proyecto Alternativo de Nación que nosotros postulamos y defendemos. Por eso, para seguir detentando la Presidencia de la República, no les importó atropellar la voluntad popular y romper el orden constitucional.

En el discurso de ese día, planteé a mis adversarios dos interrogantes de fondo: “¿Qué fue lo que ganaron realmente? ¿Creen acaso que el pelele que impusieron les va a significar tranquilidad y normalidad política?”. La respuesta la estamos viendo. El país permanece estancado y reina el caos y la violencia por todas partes.

En la Convención se aprobó, también, el plan de resistencia civil pacífica y la preparación de los trabajos para la refor-

ma constitucional, y el rescate de las instituciones para lograr que sean verdaderamente del pueblo y para el pueblo.

Fruto de este proceso que desemboca en la Convención Nacional Democrática fue la creación del Frente Amplio Progresista. Esta nueva agrupación política será el espacio para articular a todos los ciudadanos y organizaciones políticas y sociales que se expresaron durante la campaña, así como para recibir nuevas adhesiones. El Frente Amplio Progresista surge en el momento preciso en que, a la vista de todos, se ha conformado un bloque de fuerzas derechistas, a partir de la alianza abierta y descarada entre las cúpulas del PRI y del PAN. De modo que el Frente Amplio Progresista tendrá como objetivo principal enfrentar al bloque conservador, al brazo político de la minoría rapaz que tanto daño ha causado a nuestro país. A final de cuentas, volvemos a lo que ha sido la historia de México. Antes eran liberales y conservadores. Ahora, en la lucha política de nuestro país habrá dos agrupamientos distintos y contrapuestos: derechistas y progresistas.

La Convención decidió crear también un nuevo gobierno que se instituye para ejercer y defender los derechos del pueblo. El gobierno que emerge es obligadamente nacional. Tiene una sede en la capital de la República y, al mismo tiempo, es itinerante, a fin de observar, escuchar y recoger el sentir de todos los sectores y de todas las regiones del país. Hay un gabinete, es decir, un equipo de trabajo que integra los diagnósticos, propone las soluciones y examina las posibilidades en cada caso. Los recursos, como es obvio, son escasos, pero con el trabajo de equipo, la honradez, y la interacción con la sociedad, la escasez se convierte en eficacia.

Este equipo está integrado por seis mujeres y seis hombres, con experiencia, profesionalismo y, sobre todo, compromiso y sensibilidad social. Son personas íntegras y forjadas en

la convicción de que la política es un imperativo ético. José Agustín Ortiz Pinchetti es secretario de Relaciones Políticas; Gustavo Iruegas Evaristo, de Relaciones Internacionales; Bernardo Bátiz Vázquez, de Justicia y Seguridad; Octavio Romero Oropeza, de Austeridad y Honestidad Republicana; Mario di Constanzo Armenta, de Hacienda; Luis Linares Zapata, de Desarrollo Económico y Ecología; Claudia Sheinbaum Pardo, de Patrimonio Nacional; Bertha Elena Luján Uranga, de Trabajo; Martha Pérez Bejarano, de Estado de Bienestar; Raquel Sosa Elizaga, de Educación, Ciencia y Cultura; Asa Cristina Laurell, de Salud, y Laura Itzel Castillo Juárez, de Asentamientos Humanos y Vivienda.

Luego de la Convención, y hasta antes del 20 de noviembre, fecha en que tomé protesta como presidente legítimo, me dediqué a recorrer las principales ciudades del país, para informar sobre las decisiones que habíamos tomado y aclarar las dudas que surgieron por haber aceptado el cargo de presidente legítimo.

Debo decir que inicialmente pensé que constituía una manera de protestar y que, al mismo tiempo, era una forma de desahogo al coraje de la gente, que la gente podría decir “nos robaron la presidencia, pero tenemos nuestro presidente”. Una especie de legítima defensa ante el agravio; era dar a la gente, cuando menos, esa satisfacción. Pensé también que no teníamos por qué optar por lo ortodoxo. Se acostumbra en otras partes del mundo, sobre todo en países europeos, que cuando un candidato pierde —y en este caso no perdimos, nos arrebataron el triunfo—, se convierte en el líder de la oposición. Pero yo no podía aceptar ser líder de la oposición porque significaba un reconocimiento tácito al presi-

dente espurio, y nosotros nunca vamos a reconocer a Felipe Calderón como presidente legal y legítimo de México.

En esta gira también argumenté que frente a la operación fraudulenta que lesionó la democracia electoral e intenta detener la democratización económica, social y cultural; frente al uso faccioso del Poder Ejecutivo y de los recursos públicos de un candidato y de un partido; frente a la intromisión ilegal y pandilleril de un buen número de empresarios y caciques sindicales, éstos que ya santifican el clientelismo; frente al secuestro de las instituciones, que en este caso son típicamente sus instituciones: el IFE, el Tribunal Electoral y la Suprema Corte de Justicia; frente a todo esto, y ante el cúmulo de pruebas que presentamos y que fueron tramposamente desechadas, mantengo una certidumbre: ganamos la elección presidencial.

Acepté el cargo de presidente legítimo de México porque rechazamos la imposición y la ruptura del orden constitucional. Pasar por alto el fraude electoral, como algunos propusieron, y reconocer a un gobierno usurpador, además de un acto de traición, implicaría posponer indefinidamente el cambio democrático en el país.

El triunfo en las urnas nos compromete ante nuestros electores y ante los votantes honrados del 2 de julio que, opciones políticas aparte, creyeron en la validez de la elección. Ese compromiso con la democracia es el que nos impulsa.

Nuestros adversarios se imponen con el dinero, el prejuicio conservador, la injusticia, la ilegalidad, la propiedad de muchísimos medios informativos. Nosotros contamos con la voluntad de cambio de millones de personas.

El régimen político de ellos se agotó; en cambio, desde nuestro punto de vista, la Presidencia, esta Presidencia, simboliza las esperanzas, los esfuerzos y el anhelo de justicia social del pueblo de México.

Además, el cargo de presidente de México se me confirió en el marco de un movimiento empeñado en transformar las instituciones y refrendar la República, es decir, aclarar el sentido de la vida política, hoy tan enturbiado. La Presidencia, en una democracia genuina, es la interpretación justa y cotidiana de los deseos del pueblo, de la gente y de la comunidad. Es obvio que acepté este honroso cargo no por ostentación o por ambición de poder. Lo asumí incluso a sabiendas de que también por esto iba a ser atacado. Pero lo hice convencido de que así voy a seguir contribuyendo, junto con muchos otros mexicanos, mujeres y hombres, en las transformaciones del país. Además, en las actuales circunstancias, aceptar este cargo constituye un acto de resistencia civil pacífica, y es lo que más conviene a nuestro movimiento. Es un tengan para que aprendan, un tengan para que aprendan a respetar la voluntad popular.

El 20 de noviembre, en esta fecha tan importante y significativa, cuando conmemoramos el aniversario de la Revolución mexicana, que liberó a nuestro pueblo de la dictadura porfirista y conquistó derechos sociales para todos, tomé protesta en el zócalo, ante miles de ciudadanos, como presidente legítimo de México.

Allí sostuve que me han atacado sin tregua porque dije: “¡Al diablo con sus instituciones!”. Pero no fuimos nosotros quienes las echaron a perder. Fueron ellos, fue la mafia. Quizá debí ser más preciso: ¡Al diablo con las ruinas de instituciones que nos quieren imponer, luego de envilecerlas y desmantelarlas! También expresé que el gobierno legítimo comenzaba, con el apoyo de millones de mexicanos, paso a paso, sin falsas ilusiones y sin atender burlas despreciables, la

construcción de una nueva República y de las instituciones democráticas que le corresponden. El propósito fundamental del Gobierno Legítimo, reiteraré, será proteger los derechos del pueblo, defender el patrimonio de todos los mexicanos y la soberanía nacional.

Ese día anunciamos las primeras 20 tareas del Gobierno Legítimo:

1. Impulsar el proceso para la renovación de las instituciones públicas.
2. Defender el derecho a la información y demandar la apertura de los medios de comunicación a todas las expresiones de la sociedad.
3. Atender el grave problema migratorio, insistiendo en el cambio de la política económica para la generación de empleos en nuestro país.
4. Denunciar permanentemente cualquier injusticia y vigilar la actuación de ministerios públicos, jueces, magistrados y ministros.
5. Elevar a rango constitucional el combate a la corrupción y hacer valer la austeridad republicana.
6. Terminar con los privilegios fiscales.
7. Presentar propuestas a los legisladores del Frente Amplio Progresista para la aprobación del presupuesto de egresos de cada año.
8. Combatir las prácticas monopólicas que provocan cobros exagerados de bienes y servicios en nuestro país.
9. Exigir que se investigue el fraude del Fobaproa, de los rescates de carreteras y revisar todos los contratos de crédito y los llamados pidiregas en la Comisión Federal de Electricidad y Pemex.
10. Proteger a los productores nacionales ante la apertura comercial indiscriminada y sin límites. Particularmente,

impulsar un plan de acción para impedir que en enero de 2008 se aplique la cláusula del Tratado del Libre Comercio de América del Norte que permite la libre importación de maíz y de frijol.

11. Defender el derecho constitucional a un salario justo y no permitir el desmantelamiento del régimen de protección social.
12. Luchar por que los trabajadores del sector informal de la economía, los jornaleros agrícolas, las trabajadoras domésticas, los comerciantes ambulantes, entre otros, gocen de protección legal y tengan derecho a la seguridad social.
13. Defender la autonomía sindical y promover la democratización de los sindicatos.
14. No permitir la privatización de la industria eléctrica y del petróleo en ninguna de sus modalidades.
15. Defender el patrimonio nacional, es decir, los recursos naturales, las zonas arqueológicas, los ecosistemas, los bosques, las aguas y la cultura.
16. Promover ante el Congreso de la Unión que se establezca en la Constitución el Estado de bienestar, que consiste en dar protección y una vida digna a todos los mexicanos, desde la cuna hasta la tumba.
17. Impulsar el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, que garantizan los derechos económicos, políticos y culturales de los pueblos indígenas.
18. Impedir que sean rechazados los jóvenes que desean ingresar a las universidades públicas.
19. Hacer valer el derecho de los mexicanos a la salud.
20. Ayudar a millones de mexicanos que viven en colonias populares, barrios, pueblos y comunidades rurales, sin servicios públicos y en viviendas precarias.

También propuse que construyéramos una red nacional de representantes del Gobierno Legítimo. Argumenté que de poco serviría tener gobierno, presidente, gabinete y programa, si no se contaba con el apoyo del pueblo. Un gobierno divorciado de la sociedad no es más que una fachada, un cascarón, un aparato burocrático. Por eso propuse que el Gobierno Legítimo fuese el pueblo organizado. La democracia implica la participación ciudadana en los asuntos públicos. La democracia es el poder del pueblo, para el pueblo y con el pueblo.

Concretamente, invité a todos a formar parte del Gobierno Legítimo. Para ello, además de seguir cotidianamente defendiendo nuestros principios y el programa alternativo de Nación, ustedes, les dije, podrían actuar como representantes del Gobierno dondequiera que se encuentren.

Se trata de crear una red y un directorio de millones de representantes del Gobierno en todo el territorio nacional. El procedimiento para ello consiste en suscribir una carta compromiso, expresando de manera libre, consciente y voluntaria, el propósito de defender los derechos del pueblo y el patrimonio de la Nación. Asimismo, asumirían el compromiso de estar atentos ante cualquier llamado o convocatoria que haga el presidente legítimo cuando se pretenda cometer una injusticia o se quiera consumir un acto antipopular o entreguista. En esta carta se pone la firma y la huella, y cada representante recibe una credencial, como símbolo del compromiso, firmada por el presidente legítimo.

Pero lo más importante es que cuando la derecha quiera imponer algo, sobre todo porque se mantienen acuerdos cupulares entre el PRI y el PAN en el Congreso, como sucedió en el caso del Fobaproa o en el desafuero, ante una circunstancia de esa gravedad, se convocaría a la movilización, y

estoy seguro de que se concentrarían millones de representantes del Gobierno Legítimo y pondríamos las cosas en su lugar. Así les propuse, entre otras cosas, que gobernaríamos.

Ésta es la carta compromiso (véase p. 285) que hasta junio de 2007 han suscrito más de un millón de personas de todo el país, y tenemos la meta de llegar a cinco millones de representantes del Gobierno Legítimo para finales de 2008.

El 20 de noviembre también hablé de que ejercería una Presidencia itinerante. Tres días de la semana, lunes, martes y miércoles, atiendo asuntos públicos en la Ciudad de México. Y jueves, viernes, sábado y domingo me dedico a recorrer los 2 mil 500 municipios de nuestro país, para crear la organización ciudadana más importante que se haya visto en toda nuestra historia y llevar a cabo, desde abajo y con la gente, la transformación política, económica, social y cultural que requiere México.

El acto de toma de protesta del 20 de noviembre fue realmente emotivo. Recuerdo que retomé el concepto de la felicidad que aparece en la Constitución de Apatzingán de 1814. Protesté diciendo: “Protesto cumplir y hacer cumplir la Constitución General de la República, desempeñar, leal y patrióticamente, el cargo de presidente legítimo de México. Me comprometo a proteger los derechos de los mexicanos, a defender el patrimonio y la soberanía nacional y a procurar la felicidad del pueblo, y si así no lo hiciere, que la nación me lo demande”.

Esa noche Silvio Rodríguez, hermano cubano, muy solidario como siempre, cantó “Rabo de nube” y “Ese hombre”. Esta última composición es de mis preferidas. En una ocasión que cenamos juntos, le dije que esa canción me gustaba mucho porque era una recomendación, un memorándum para todos los políticos de izquierda. Silvio me contestó, un

CARTA COMPROMISO



C. Andrés Manuel López Obrador
Presidente Legítimo de México

Expreso de manera voluntaria, libre y consciente, mi adhesión y apoyo al Gobierno Legítimo de México, cuyos postulados son la protección de los derechos del pueblo y la defensa del patrimonio nacional.

Por lo tanto, estoy de acuerdo en:

Luchar por el establecimiento del Estado de bienestar que otorgue protección a todos los mexicanos desde la cuna hasta la tumba; en particular, la pensión alimentaria para adultos mayores, la ayuda a personas con discapacidad, a madres solteras y la atención médica y medicamentos gratuitos para toda la población.

Pugnar por un salario justo y remunerador para los trabajadores, así como defender las conquistas laborales.

Defender a los productores mexicanos del campo y la ciudad ante la apertura comercial indiscriminada y sin límites; en especial, no permitir que se aplique la cláusula del Tratado de Libre Comercio, según la cual, en 2008, quedará libre la importación de maíz y frijol.

Hacer valer los derechos de los pueblos indígenas.

Terminar con los monopolios, la corrupción, los privilegios fiscales de potentados e influyentes y no permitir el cobro del IVA en alimentos y medicinas.

Impulsar la educación pública en todos los niveles escolares; demandar más presupuesto para las universidades públicas y evitar que sean rechazados miles de jóvenes que desean estudiar.

Impedir la privatización de la industria eléctrica y del petróleo. Proteger el patrimonio cultural y defender los bosques, el agua, los litorales y otros recursos naturales.

Rechazar la utilización de las fuerzas armadas para enfrentar conflictos sociales o políticos.

Construir una nueva República para hacer valer la justicia social, la democracia, los derechos humanos, el derecho a la información, y donde las leyes e instituciones estén al servicio de todas y todos los mexicanos.

En consecuencia, acepto ser representante del Gobierno Legítimo y acudiré al llamado o convocatoria que haga el Presidente Legítimo de México para defender estas causas.

Firma y Huella

Paso a paso hacia la construcción de una nueva República

tanto sorprendido, "la escribí para mí". Me contó que la compuso regresando de Angola, donde estuvo como internacionalista, e inmediatamente después de presentarse como cantautor en España, donde ya era muy famoso y sintió que debía cuidarse de no perder el piso. Es una canción bellísima, la letra es precisa:

*Ese hombre que por hechos o por dichos
es respetado tanto
ese hombre que por dichos o por hechos
es festejado tanto
debiera olvidar que casi iba solo
cuando desnudó aquella emoción
que ahora es de todos
debiera olvidar que casi iba solo
cuando conquistó el cetro que hoy
le ciñen a coro.*

*Ese hombre que por hechos o por dichos
es escuchado tanto
ese hombre que por dichos o por hechos
es contemplado tanto
recuerde por qué, por qué es que le quieren
recuerde que ha partido de sí
en pos de otros seres
recuerde por qué, por qué es que le quieren
recuerde que dar con una razón
alumbra deberes.*

*Ese hombre que por hechos o por dichos
es amado tanto
ese hombre que por dichos o por hechos
es alabado tanto
se cuide de sí, se cuide de él solo*

*porque hay un placer perverso en creer
merecerlo todo
se cuide de sí, se cuide de él solo
porque el mismo don que lo levantó
puede ahogarlo en lodo.*

El 1° de diciembre, día en que tomó posesión como presidente espurio Felipe Calderón, nos congregamos desde las 7 de la mañana en el zócalo de la Ciudad de México.

Fue realmente admirable cómo, a pesar de la hora, del día y del ambiente de tensión que prevalecía en toda la Ciudad, miles de ciudadanos acudieron a nuestro llamado. Unos días antes, el Grupo Parlamentario del PAN había tomado la tribuna de la Cámara de Diputados, y en respuesta, habían hecho lo mismo legisladores del Frente Amplio Progresista.

La Ciudad de nuevo estaba sitiada. El acto de toma de protesta de Calderón se dio en medio de gritos y empujones. Sin embargo, nada se escuchó en la transmisión de las estaciones de radio y televisión. Calderón entró al salón de plenos del Palacio Legislativo de San Lázaro por la puerta conocida como “tras banderas”, es decir, por la puerta de atrás, y la ceremonia duró tres minutos. Nosotros decidimos en el zócalo marchar hacia el Auditorio Nacional, donde Calderón, después del fugaz acto en la Cámara, celebraría con sus incondicionales su desfachatez. Sabíamos que no nos iban a dejar llegar. Además, no estábamos dispuestos a arriesgar a la gente, sólo queríamos que no se consumara en frío la imposición.

De modo que, en Reforma, a la entrada del Bosque de Chapultepec, hicimos nuestro acto. Allí refrendé el compromiso de luchar por elecciones limpias y libres y sostuve que

nunca aceptaremos que los de arriba, con el control y la manipulación que ejercen los medios de comunicación, decidan sobre quién sí y quién no debe gobernar nuestro país. Afirmé que lucharemos sin descanso hasta hacer valer la auténtica e irrenunciable democracia.

El 4 de enero comencé en Yucatán mi gira por los municipios del país. Y desde entonces, como ya dije, de jueves a domingo, estoy llevando a cabo asambleas informativas en cada pueblo o cabecera municipal. Hasta ahora llevo más de 500 municipios visitados y tengo pensado terminar el año con mil 200 y cumplir la meta de los 2 mil 500 a finales del año próximo. En todas estas reuniones doy a conocer a la gente la decisión que tomamos de seguir adelante y no permitir que se apague la llama de la esperanza. También recojo los sentimientos del pueblo y escucho constantemente la recomendación de no claudicar, de no rendirnos, y la disposición de seguir luchando. Por eso estoy absolutamente seguro de que vamos a poder transformar a México desde abajo y con la gente.

Ésta es una nueva etapa en mi vida pública-política. Estoy casi como empecé en Tabasco, haciendo el trabajo tan indispensable de concientización y organización social y política. Se trata de jornadas muy intensas, de transitar por caminos de terracería, de llevar a cabo, bajo el sol, con frío o lluvia, siete asambleas diarias en promedio. Sin embargo, es muy estimulante el contacto con la gente y reconocer la realidad desde abajo. Además, en cada pueblo de México hay una historia. Es impresionante la cultura que se expresa en todos lados; y, desde luego, la gente humilde es limpia y pura, no vive entre la avaricia y el odio.

El 25 de marzo de 2007, cuando habían transcurrido ocho meses del fraude electoral, se llevó a cabo la primera asamblea de la Convención Nacional Democrática. En esa ocasión nos congregamos para hacer un balance de nuestras condiciones políticas y evaluar nuestras acciones en el marco del objetivo general de transformar a México, proteger al pueblo y defender el patrimonio de la nación.

En mi discurso planteé la interrogante: ¿Fue correcto o no que, después del fraude electoral, se haya constituido esta Convención Nacional Democrática y el Gobierno Legítimo de México? Aunque a estas alturas cada quien tiene su propia valoración, mi respuesta es que fue acertado tomar este camino, optar por esta estrategia.

Imaginemos qué habría pasado y qué sería de nosotros si hubiésemos aceptado las reglas del juego de la política tradicional. Si después del fraude, en aras de una supuesta unidad nacional, hubiéramos negociado y llegado a acuerdos políticos con quienes pisotearon la voluntad popular, violaron la Constitución y usurparon el gobierno. Si hubiésemos actuado de esa manera, habríamos convalidado el golpe a la democracia y cancelado la posibilidad de una sociedad mejor para millones de mexicanos. En otras palabras, no tendríamos cara para ver de frente a nadie sin avergonzarnos, mucho menos a nuestros hijos. Sencillamente, expresé, no estaríamos aquí.

Asimismo, si en las protestas contra el fraude no hubiéramos conducido con responsabilidad el movimiento, y hubiéramos caído en la trampa de la violencia, tampoco eso hubiese significado una salida. Al contrario, habríamos dado el pretexto que querían nuestros adversarios para reprimir, intimidar y desatar el miedo. Nuestro movimiento no tendría hoy el apoyo de millones de mexicanos que quieren un

cambio verdadero pero sin violencia. Estaríamos en todo ese vía crucis que significa la pérdida de vidas, las desapariciones, las cárceles, el ultraje a mujeres, la tortura y la violación a los derechos humanos. Y posiblemente tampoco estaríamos aquí.

También habría sido un error garrafal sólo limitarnos a no aceptar el fraude y protestar pacíficamente, como lo hicimos, pero retirarnos a nuestras casas y dejar tirado el movimiento. Es decir, si hubiésemos caído en el inmovilismo al no dar continuidad a nuestra lucha, y quedarnos a esperar hasta que llegaran las nuevas elecciones.

En vez de esto, ¿qué fue lo que hicimos? Asumimos nuestra responsabilidad histórica. Rechazamos el fraude, desconocimos al gobierno usurpador, declaramos abolido el régimen de corrupción y privilegios, mandamos al diablo a sus instituciones, protestamos —y lo seguiremos haciendo— con responsabilidad y con apego a los principios de la resistencia civil pacífica. Pero lo más importante de todo, es que tomamos la decisión de crear el espacio de la Convención Nacional Democrática, constituir el Gobierno Legítimo y seguir luchando hasta lograr la verdadera transformación de México.

En ese acto informé que el gabinete del Gobierno Legítimo cuestionó con fundamento el proyecto de presupuesto de 2007, presentado al Congreso por el gobierno usurpador, y se logró una mejor inversión para la educación, la cultura, la salud y el desarrollo social. Al mismo tiempo, por iniciativa del Gobierno Legítimo, los diputados del Frente Amplio Progresista lograron que se aprobara una partida de 6 mil 200 millones de pesos para entregar 500 pesos mensuales de pensión alimentaria a todos los adultos mayores del país que viven en comunidades de menos de 2 mil 500 habitantes.

También, en respuesta a una recomendación que hicimos a las autoridades del Distrito Federal, el jefe de Gobierno, Marcelo Ebrard, con firmeza y sensibilidad, decidió desmarcarse de la política antipopular del gobierno de la derecha, y en la Ciudad de México no aumentó el precio de la leche Liconsa, ni el pasaje del Metro y, además, continúan los programas sociales de apoyo a los adultos mayores, madres solteras, discapacitados y a la gente más humilde de la Ciudad.

También propusimos al Senado de la República una Ley de Precios Competitivos y contra los monopolios, para acabar con los abusos y las altas tarifas en bienes y servicios. De aprobarse esta ley, los consumidores mexicanos estarían ahorrándose 10 por ciento de sus ingresos. Y se presentó a la Cámara de Diputados una propuesta de reforma fiscal, bajo el principio constitucional de que los impuestos deben ser progresivos, justos y equitativos.

A pesar de la propaganda y de la manipulación informativa, lo cierto es que el gobierno usurpador no ha hecho absolutamente nada en beneficio del pueblo de México. Por el contrario, en el tiempo que lleva, permitió el aumento de los precios de todos los productos básicos. Subió el precio de la tortilla, la leche, el huevo, la carne, el pollo, el diesel, la gasolina, el gas, la luz; mientras que el salario de los trabajadores perdió poder adquisitivo en más de 25 por ciento.

Frente a esta escalada de precios, participamos el 31 de enero en una manifestación de protesta y demandamos: un aumento salarial de emergencia, subsidio a la tortilla, y la aprobación de precios de garantía en beneficio de los productores del campo. Vamos a seguir defendiendo la economía popular y el derecho de los trabajadores a un salario justo. Nuestras acciones siempre estarán encaminadas a promover la soberanía alimentaria. Volvemos a reafirmar nuestra con-

vicción de que “sin maíz no hay país”. Mantenemos la idea de que salvar a México es salvar al campo, a los campesinos y a los indígenas. Seguimos demandando que coman los que nos dan de comer.

Recientemente, el gobierno usurpador promovió una nueva ley del ISSSTE, que fue aprobada en el Congreso por los legisladores del PAN, el PRI, el PVEM y el Panal. La nueva ley afecta las pensiones de 2.5 millones de empleados federales, incluidos todos los maestros del país. Entre otros perjuicios para los trabajadores, la nueva legislación establece que, en vez de jubilarse con el 100 por ciento de su salario integrado, después de 30 años de servicio, ahora se jubilarán hasta los 60 años o un mínimo de 30 años de servicio y con una pensión muy por debajo de 50 por ciento de su salario. Los asegurados del ISSSTE pagarán cuotas más altas, a cambio de una pensión menor. Asimismo, se abre el camino para privatizar los servicios médicos, sin que ello implique mejorar la atención y los servicios de esta institución. Los únicos beneficiados serán los banqueros, porque sus afores y aseguradoras harán grandes negocios con los fondos de pensiones. Así ha ocurrido con las pensiones del IMSS, por las que han obtenido ganancias del orden de 25 mil millones de pesos al cobrar altas comisiones. Otra beneficiada, desde luego, será la maestra Elba Esther Gordillo, quien en la práctica administrará el llamado Pensionisste durante tres años, como pago por su participación en el fraude electoral de 2006.

Con motivo de esta reforma, el Gobierno Legítimo desplegó, junto con sindicatos, dirigentes y abogados, una serie de acciones: se distribuyeron millones de folletos para informar a los trabajadores del contenido real de la reforma y se elaboró un proyecto de amparo para quienes decidieran protegerse. Al día de hoy, incluyendo todas las iniciativas en

este sentido, más de 500 mil trabajadores recurrieron a este procedimiento legal. Asimismo, envié una carta a los afectados en la que les expreso nuestro compromiso de derogar, en cuanto las condiciones lo permitan, esta injusta ley.

Todas estas medidas antipopulares y entreguistas forman parte de la agenda que defiende e impulsa el Fondo Monetario Internacional, desde hace más de dos decenios. Por eso no es casual que el 12 de abril de 2007, Rodrigo Rato, presidente de ese organismo y ex ministro de finanzas del gobierno derechista de España durante la presidencia de José María Aznar, haya declarado eufórico que felicitaba al gobierno usurpador por la reforma a la Ley del ISSSTE, y le recomendara que hiciera lo mismo con la llamada reforma fiscal y, posteriormente, con la energética. Y días después, el pelele de Calderón declaró que impulsaría la reforma fiscal. Por eso debemos estar atentos. El gobierno usurpador está tramando dar otro golpe a la economía popular. Ahora quieren aumentar los impuestos a los pobres y a las clases medias. Éste es un asunto que pone al descubierto el carácter perverso del actual régimen. Debe saberse, y por eso lo repito, que en México sólo pagan impuestos los pobres y las clases medias, mientras que los potentados gozan de privilegios fiscales. •

También, en la primera asamblea de la Convención Nacional Democrática en el zócalo, reiteré que no permitiríamos la entrega a particulares —ni nacionales ni extranjeros— de la industria petrolera. En este tema se han esgrimido muchas mentiras y falsedades. Desde la época de Salinas, de manera deliberada, se dejó de invertir en Pemex, sobre todo en materia de exploración, con el único propósito de justificar la privatización del petróleo.

Ahora de nuevo la derecha ha lanzado una campaña para desmoralizar y hacer creer a la población que Pemex está en

quiebra y que no hay más remedio que dejar el petróleo en manos privadas. Esto no es verdad. El petróleo es el mejor negocio del mundo. Extraer un barril de crudo cuesta tres dólares y se vende en 44 dólares, porque entre otras cosas no se le paga renta a la naturaleza.

Recordemos que tan sólo en 2006, Pemex vendió más de 90 mil millones de dólares y entregó impuestos por 79 mil millones de dólares. Ninguna empresa en México tiene esta capacidad de contribuir a la hacienda pública, y ninguna petrolera del mundo paga tantos impuestos a su gobierno.

En el sexenio de Fox, como nunca en la historia, el sector público recibió recursos presupuestales del petróleo. El gobierno de Fox obtuvo 335 mil millones de dólares, y todo este dinero, en vez de destinarse a modernizar Pemex, a promover el desarrollo de México y a garantizar el bienestar del pueblo, fue derrochado en beneficio de la alta burocracia o se fue por el caño de la corrupción.

De modo que es hasta inmoral que quien se desempeñara como secretario de Energía del gobierno de Fox, y actualmente *funciona* como presidente espurio, ahora insinúe que tenemos que privatizar Pemex porque hace falta inversión privada, nacional y extranjera.

Que se oiga bien y que se oiga lejos: por ningún motivo vamos a permitir la entrega del petróleo a particulares. Nuestros recursos energéticos deben ser la palanca del desarrollo nacional. Y tengamos en cuenta que a pesar de la mala administración que prevalece en Pemex, en la actualidad, de cada peso del presupuesto, 40 centavos provienen de los ingresos petroleros. Si se entrega el petróleo a particulares, ¿cómo se integraría el presupuesto, cómo se impulsaría el desarrollo, cómo financiaríamos la educación, la salud y el bienestar de los mexicanos?

Por todas estas razones, en la primera asamblea de la Convención Nacional Democrática dije: “Hago a esta asamblea una propuesta muy concreta. Pongo a consideración de ustedes, lo siguiente: ¿Están dispuestos a que, si se presenta en el Congreso, en la Cámara de Diputados o en la de Senadores, una iniciativa para reformar la Constitución o las leyes, con la intención de privatizar Pemex en cualquiera de sus modalidades, les convoque con carácter extraordinario o urgente a este mismo lugar, aquí, al zócalo, para tomar las medidas que sean necesarias y defender el petróleo?”. La gente respondió que sí y formalizó este acuerdo.

A manera de reflexión final, expreso que estoy absolutamente convencido de que el remedio a los males que aquejan y atormentan a la nación, no vendrá de la élite que detenta el poder en nuestro país. La llamada sociedad política está podrida. Esta mafia sólo vive pensando en mantener y acrecentar sus privilegios. Nada bueno puede esperarse de quienes han demostrado que no les importa el destino del país ni, mucho menos, el sufrimiento de la mayoría de los mexicanos. Ya constatamos cómo prefirieron el fraude electoral, el golpe de Estado y el agravamiento de la crisis política, antes que permitir la transformación ordenada y pacífica de la vida pública de México. Y no hay nada que indique que este proceder escueto se modificará en el futuro. Por el contrario, el pelele que impusieron en la Presidencia, les ha resultado obediente y descarado. En el tiempo que lleva no sólo ha demostrado estar dispuesto a seguir aplicando, al pie de la letra, la misma política antipopular y entreguista de los últimos tiempos, sino que ha dejado de manifiesto su falta de escrúpulos para aliarse con caciques, líderes charros y con otros

personajes del sector financiero, empresarial, de la política y del periodismo de la peor calaña.

Esta política mafiosa tal vez pueda ayudarles a mantenerse transitoriamente en el poder, pero no sólo no representa ninguna alternativa para enfrentar los grandes y graves problemas nacionales, sino que profundiza más el deterioro en todos los órdenes de la vida nacional.

Por eso sostengo que la actual crisis política, económica y de bienestar social que afecta al país, no podrá superarse si no llevamos a cabo, desde abajo y con la gente, una renovación tajante de la vida pública de México.

El país necesita una transformación de las dimensiones del movimiento de Independencia, del movimiento de Reforma y de la trascendencia de la Revolución mexicana. Desde luego, en nuestro tiempo, esta gran transformación debe darse de manera pacífica, con una revolución de las conciencias (un cambio de mentalidad que afortunadamente ya se inició) y con mucha organización y participación ciudadana. Este es el camino que nos hemos trazado y, con todo realismo y objetividad, sostengo que hay condiciones inmejorables para llevar a cabo este cambio de fondo.

Estoy optimista porque disponemos de la voluntad de cambio de millones de personas, libres y conscientes. Tenemos de nuestro lado, y lo digo con orgullo, con alegría y entusiasmo, a ese sector inmenso del pueblo mexicano que tiene hambre y sed de justicia, como dijo bíblicamente en su tiempo el prócer de la democracia, don Francisco I. Madero. Reitero, nunca en la historia de México había habido tanta gente consciente y dispuesta a luchar por una transformación. Mujeres y hombres que incluso nunca habían participado en política se fueron involucrando en el movimiento desde el caso del desafuero y terminaron por convencerse

durante el proceso electoral. Ahora no cambiarán por nada su manera de pensar y de ser. Eso es lo principal. Ése es el principal recurso. Ése es nuestro tesoro.

Ahora que estoy de nuevo recorriendo el país, dondequiera que voy, hasta en el más apartado rincón de la patria, hay hombres y mujeres convencidos y esperanzados en este movimiento, al que consideran —y lo subrayo— como la única opción para sacar a México del atraso y, sobre todo, para sacar a nuestro pueblo de la pobreza y la marginación.

También contamos con suficiente autoridad moral para impulsar los cambios que requiere el país. A diferencia de la derecha y de sus aliados incondicionales o fortuitos, nosotros no hemos titubeado, ni hemos traicionado nuestros principios. Además, es justa y necesaria la causa que postulamos y defendemos. Nadie con un poco de luz en la frente puede negar que debe cambiar la actual política económica. Nadie puede decir en honor a la verdad que debemos seguir haciendo política con la corrupción de siempre. Y mucho menos, nadie que se precie de humanista puede aceptar que siga imperando la desigualdad económica y social, esta monstruosa desigualdad económica y social que afecta, que golpea, que padece la mayoría de los mexicanos. Esa desigualdad social que ha cancelado injustamente el futuro de millones de mexicanos.

En todo lo anterior fundo mi optimismo. Sostengo que más temprano que tarde triunfará nuestra causa. Todo depende de que no nos cansemos de pensar y de ser como somos. Todo depende de la perseverancia. Todo depende de que cada uno asuma su responsabilidad y de que nunca perdamos la fe en lo que estamos defendiendo y en lo que nosotros representamos para el destino de nuestra patria.

Mantengamos con firmeza nuestras convicciones. La voluntad es el motor de toda victoria. Hoy más que nunca hay

que actuar con perseverancia, con terquedad en la defensa de nuestros principios y de nuestros ideales. Debemos inspirarnos en la inquebrantable fe que siempre tuvo en el triunfo ese presidente ejemplar, Benito Juárez García.

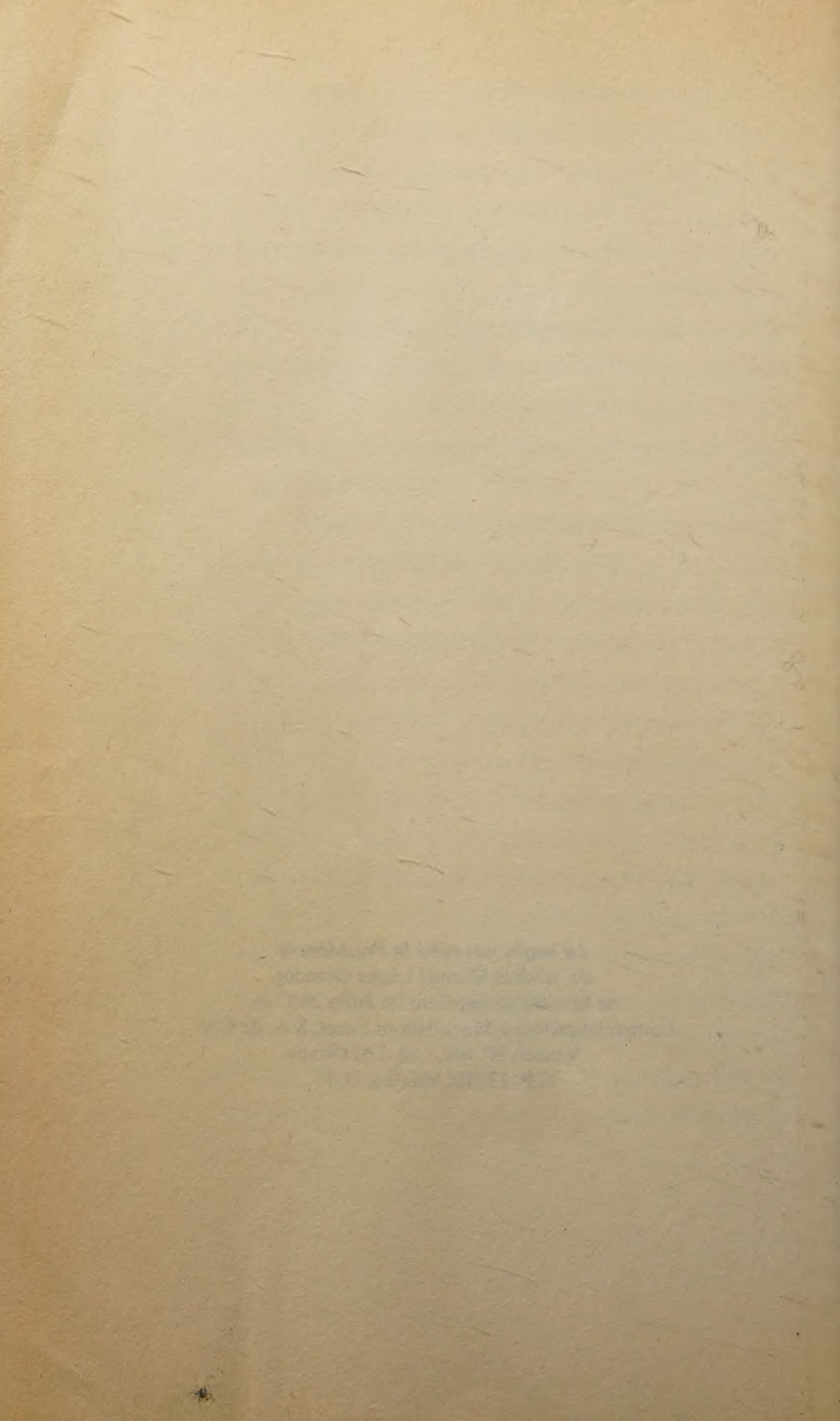
Quiero recordar esa anécdota de cuando Juárez y su gabinete estaban esperando noticias de una batalla que libraban los liberales en contra de los conservadores. Al llegar el parte militar, Juárez lo leyó y, aunque las fuerzas liberales habían perdido esa batalla, se volteó y les dijo a los miembros de su gabinete: “Señores: Les informo que sólo le han quitado una pluma a nuestro gallo”.

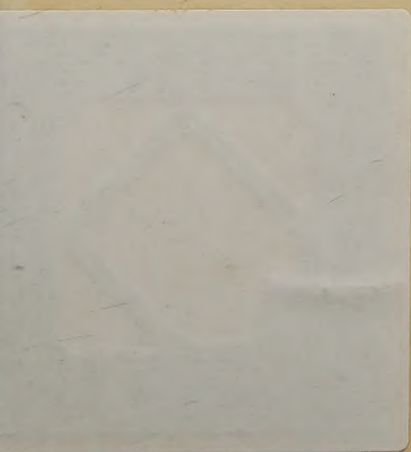
Esta lucha no es de un día, nos puede llevar tiempo, pero vale la pena porque es muy trascendente la causa que estamos defendiendo. Si ya iniciamos la construcción de una nueva República, vamos a hacerlo bien, a construir buenos cimientos. Vamos a establecer nuevas condiciones económicas, sociales, políticas, culturales y espirituales, por nosotros y por los que vienen detrás de nosotros, por nuestros hijos.

Y una última reflexión personal, destinada a quienes tanto me han preguntado cómo me defino en lo político o en lo ideológico. A quienes incluso, de manera simplista, quieren saber si estoy más cerca de Chávez o de Lula. De una vez aprovecho para decirles que me considero de izquierda y pelliceriano. Soy de izquierda porque de ese lado está ubicado el corazón, y pelliceriano porque este maestro protestó por la injusticia social y escribió poemas en voz alta, siempre llenos de esperanza, como este fragmento con el que me despido:

*Algún día el maíz será de todos.
Algún día las cosas de la tierra
estarán en las manos juveniles
de otros hombres más hombres
y las rosas guadalupanas multiplicarán
los panes y los peces en los lagos,
y la inocente y poderosa milpa,
y en el taller de la ciudad profunda,
las palabras del Lirio
abrirán rosas nuevas,
más rosas, todas las que necesitamos,
y Tú, Señora de todos los cielos,
Madre nuestra, Lirio nuestro, Rosa nuestra,
estarás en la rosa de nuestros propios pechos,
Anunciada y Divina, Amanecida, Eterna.*

La mafia nos robó la Presidencia
de Andrés Manuel López Obrador
se terminó de imprimir en **Julio** 2007 en
Comercializadora y Maquiladora Tucef, S.A. de C.V.
Venado N° 104, Col. Los Olivos
C.P. 13210, México, D. F.





Andrés Manuel López Obrador, el líder político y social más popular de los últimos años, cuenta en estas páginas toda su vida pública: Tabasco, PRD, gobierno de la Ciudad de México, desafuero, campaña presidencial, fraude electoral, resistencia civil pacífica, Convención Nacional, constitución del Gobierno Legítimo y la actual construcción de una nueva República. Ésta es la historia de una lucha incansable por la democracia y la dignidad, un relato autobiográfico en el que también se da cuenta de la particular manera en que operan los grupos políticos mexicanos.

El 2 de julio de 2006 nuestra democracia vivió la más polémica de sus jornadas. Andrés Manuel López Obrador expone la verdadera historia del fraude. La mafia, asegura, actuó como siempre: "Cuando se trata de defender intereses particulares o de grupo y, sobre todo, cuando advierten que pueden ser desplazados, como lo hicieron ante la autenticidad y la fuerza de nuestro movimiento, se asocian y se disciplinan de manera jerárquica y operan como una especie de hermandad".

En este libro se narran los pormenores de la estrategia que impidió que a López Obrador se le reconociera el triunfo electoral, desde la sucia embestida del desafuero hasta las campañas negras en los medios durante los meses de la resistencia. He aquí las historias que nadie más ha contado: los enfrentamientos con los grandes empresarios, las amenazas de los dueños de los medios de comunicación y de los hombres más ricos del país. Una crónica de los acercamientos y los desencuentros que cambiaron la historia de México.

ISBN 978-970-780-215-5



9 789707 802155